1677

HISTORIA
DE LA
REVOLUCION FRANCESA

POR

M. A. THIERS

DE LA ACADEMIA FRANCESA.

TRADUCIDA Y ANOTADA

POR

DON SEBASTIAN MIÑANO

DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA.

TOMO SEGUNDO.

SAN SEBASTIAN

Imprenta de Ignacio Ramon Baroja.

Caracteres de la fundicion de LAURENT et DE BERNY de Paris.

1840.

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION FRANCESA.

ASAMBLEA CONSTITUYENTE.

CAPITULO PRIMERO.

Estado político y disposiciones de las potencias estrangeras durante el año 1790.— Discusiones sobre el derecho de paz y guerra.— Primera creacion del papel moneda ó sean los asignados.— Organizacion judicial.— Constitucion civil del clero.—Abolicion de los títulos de nobleza.—Aniversario de 14 de Julio.— Fiestas de la primera confederacion. — Alzamiento de las tropas en Nancy.— Dimision de Necker.— Proyectos de la corte y de Mirabeau.— Formacion del campamento de Jalés. — Juramento cívico mandado prestar á los eclesiásticos.

En la época de que estamos hablando principiaba la revolucion francesa á llamar la atencion de los soberanos estrangeros. Era su lenguage tan elevado y tan firme; tenia un carácter de generalidad tal, que parecia destinado á mas de un pue-

blo y no podia menos de inquietar á los príncipes estrangeros. Hasta entonces habia motivos para creer que fuese pasagera la agitacion; pero las ventajas obtenidas por la asamblea, su firmeza, su constancia inesperada y sobre todo el porvenir que se proponia, tanto para sí misma como para todas las naciones, al paso que la granjeaban mas consideracion, suscitaban contra ella el ódio y la atencion de los gabinetes. En aquel tiempo se hallaba dividida la Europa en dos grandes alianzas enemigas una de otra; la Inglaterra con la Prusia por una parte, y las cortes imperiales por otra.

Federico el grande habia tenido por sucesor en el trono de Prusia á Federico Guillermo, príncipe casquivano y débil, que renunciando á la política de su ilustre antecesor, habia abandonado la alianza de la Francia por la de la Inglaterra. Unido con esta potencia, formó aquella famosa liga Anglo-Prusiana que intentó tantas y tan grandes cosas sin ejecutar ninguna, quequiso sublevar la Suecia, la Polonia y la Puerta-Otomana, contra la Rusia y el Austria, abandonando despues á todos los que habia sublevado y contribuyendo ademas á despojarlos, como se vió en el reparto de la Polonia.

El proyecto de la Inglaterra y la Prusia, habia sido arruinar á la Rusia y al Austria, suscitándoles la enemistad de la Suecia, donde reinaba el caballeresco Gustavo; la de la Polonia que

acababa de sufrir su primera desmembracion y la de la Puerta-Otomana que estaba irritada por las invasiones rusas. La intencion particular de la Inglaterra en esta liga, era vengarse del auxilio prestado á las colonias americanas por la Francia, sin declaracion de guerra. El medio que encontró para conseguirlo fué hacer que estallara una guerra entre los Turcos y los Rusos, en la cual no podia la Francia mantenerse neutral sin enagenarse á los Turcos, que contaban con ella, sopena de perder la superioridad comercial en el Levante. Por otro lado si tomaba parte en la guerra perdia la alianza de la Rusia, con quien acababa de firmar un tratado muy ventajoso, que la aseguraba el surtido de maderas de construccion y todos los objetos que con tanta abundancia suministra el Norte á la marina. Por manera que en los dos casos, la Francia esperimentaba un perjuicio, mientras que la Inglaterra preparaba sus fuerzas y se disponia á desplegarlas en caso necesario. Han creido algunos que al ver el desórden de la hacienda, descubierto por los notables, y la licencia popular bajo la asamblea constituyente, discurrió la Inglaterra que no tenia necesidad de la guerra para destruir á la Francia, bastando los alborotos interiores para conseguirlo. Pero se ha creido generalmente que fomentaba nuestras discordias.

Dió ocasion la liga Anglo-Prusiana á algunos combates cuyo éxito quedó dudoso, habiendo sabido Gustavo salir como un héroe de la situacion en que se habia metido como un aventurero. A favor de las intrigas inglesas y de los ejércitos prusianos, habia quedado sometida al Stathuder la Holanda iusurreccionada, quedando de este modo privada la Francia por los manejos de Inglaterra de una poderosa aliada marítima; y el monarca prusiano, que se contentaba con satisfacer su vanidad, se habia vengado de los insultos hechos por los estados de Holanda á la esposa del Stathuder que era hermana suya. Acababa de constituirse la Polonia é iba á tomar las armas, al mismo tiempo que los Rusos habian batido á los Turcos; pero varió enteramente el estado de cosas con la muerte del emperador de Austria José II acaecida en enero 1790. Tuvo por sucesor á Leopoldo, príncipe ilustrado y pacífico, cuyo feliz reinado habia merecido las bendiciones de la Toscana. No menos ilustrado que prudente, quiso Leopoldo poner fin á la guerra, y para conseguirlo recurrió á los medios de seduccion que tanto influjo tenian en la movible imaginacion de Federico Guillermo. Se le hicieron presentes á este príncipe las delicias del reposo, los males de la guerra, que pesaba despues de tanto tiempo sobre su pueblo, y por fin, los peligros de la revolucion francesa que

proclamaba tan funestos principios. Se procuró despertar en él las ideas del poder absoluto, lisonjeándole con la esperanza de castigar á los revolucionarios franceses, como habia castigado á los de Holanda. De modo que seducido aquel príncipe, se dejó persuadir, en el instante mismo en que iba á recoger el fruto de aquella liga tan atrevidamente concebida por su ministro Hertzberg. [1] Firmóse la paz en Reichembach en julio 1790 y en agosto firmó la suya la Rusia con Gustavo, de suerte que solo tuvo que guerrear con la Polonia que era poco temible y con los Turcos que ya estaban batidos en todas partes. Hablarémos mas adelante de estos acontecimientos; pero por entonces la revolucion francesa absorvia casi esclusivamente la atencion de todas las potencias. Poco antes de la conclusion de la paz entre la Prusia y Leopoldo, cuando la liga Anglo-Prusiana amenazaba á las dos cortes imperiales y perseguia secretamente á la Francia y á la España, nuestra constante y fiel aliada, se apoderaron los Españoles de algunos buques mercantes ingleses en la baía de Notka. Reclamó vivamente la Inglaterra y dispuso un armamento general en todos sus puertos, con cuyo motivo solicitó inmediatamente la España los auxilios de la Francia, en virtud de los tratados, y mandó Luis XVI equipar quince navíos. Se acusó á la Inglaterra de que en aquella

ocasion solo intentaba aumentar nuestros apuros, y es lo cierto que los clubs de Lóndres habian cumplimentado varias veces á la asamblea nacional; pero el gabinete hacia poco caso de aquellos desahogos filosóficos á que se entregaban algunos filántropos, mientras que él asalariaba, segun se dijo, á los perpetuos agitadores que tanto daban que hacer á nuestras guardias nacionales. Mayores fueron todavía las turbulencias interiores en el momento del armamento general, y saltaba á los ojos de todos la relacion que habia entre las amenazas de la Inglaterra y el desórden que volvia á reproducirse. Lafayette que raras veces hablaba en la asamblea, como no fuese sobre objetos que interesasen á la tranquilidad pública, denunció en la tribuna un cierto influjo secreto diciendo. « No puedo menos de llamar la atencion de la « asamblea sobre esa fermentacion nueva y combi- « nada que se manifiesta desde Strasburgo hasta « Nimes, desde Brest hasta Tolon, y que en vano « los enemigos del pueblo quisieran achacársela á « él solo, cuando es patente que tiene todo el « carácter de un influjo secreto. Si se tra ta de de- « marcar los departamentos, inmediatamente se « devastan las casas de campo; si arman las po- « tencias vecinas, al instante se manifiesta al- « gun desórden en nuestros puertos y astilleros. » En efecto se habia asesinado á varios comandan-

tes, y sea por casualidad ó de intento habian sido sacrificados nuestros mejores oficiales de marina. El embajador ingles habia recibido encargo de su corte de desmentir semejantes imputaciones, pero ya se sabe la poca confianza que merecen tales encargos. Tambien Calonne * habia escrito al rey justificando á la Inglaterra, pero era demasiado sospechoso su testimonio empleado en favor de los estrangeros. En vano alegaba que todos los gastos eran públicos en un gobierno representativo, y que hasta los secretos se espresan con la calidad de tales, siendo asi que no constaba ninguno de este género en los presupuestos ingleses. Pero está demostrado por la esperiencia que nunca falta dinero á los ministros para lo que quieren, por mas responsables que sean ** Lo mas que se puede decir sobre esta cuestíon es que á pesar de que todo se descubre con el tiempo, jamas se ha podido averiguar nada, y que Necker, que estaba en situacion de saberlo, jamas sospechó aquel influjo secreto.

El rey, como ya hemos dicho, habia hecho notificar á la asamblea el equipo de los 15 navíos de línea, creyendo que seria aprobada aquella medida

* Véase en el armario de yerro, documento número 25, carta de Calonne al rey de 20 de abril 1790.

** Téngase presente que Mr. Thiers ha sido y es actualmente ministro. *(N. del T.)*

y que se votarian los fondos necesarios para ella. Fué perfectamente acogido el mensage por la asamblea, pero antes de contestar al rey consideró que se envolvia en él una cuestion constitucional y quiso resolverla. « Una vez que ya están tomadas « las medidas, dijo Alejandro Lameth, nuestra « discusion no puede retardarlas, y asi es preciso « decidir antes de todo á quien corresponde el de- « recho de hacer la paz y la guerra, si al rey ó á « la asamblea. »

Era esta en efecto la última atribucion importante que quedaba por fijar y una de las que debian escitar mayor interes. La idea dominante en aquel tiempo era ponderar las faltas de los cortesanos, sus alternativas de ambicion y debilidad, y no se queria dejar al trono la facultad de envolver á la nacion en una guerra peligrosa, ó de deshonrarla con infames concesiones. Sin embargo, entre todos los actos de cualquier gobierno, las cuestiones de paz y guerra son las que exijen mas accion y en que debe ejercer mayor influjo el poder ejecutivo: por tanto, parece regular que se le deje mayor anchura para que obre con libertad y con acierto. Habia sido anunciado de antemano el parecer de Mirabeau, de quien se decia que estaba ganado por la corte, y era muy favorable la ocasion para hacerle tiro y despojarle de su popularidad tan envidiada. Conociendo los Lameth la

importancia de aquel incidente, encargaron á Barnave la lucha con Mirabeau y la gloria de vencerle. Se retiró, por decirlo asi, todo el lado derecho dejando el campo libre á los dos rivales.

Abrióse el 14 de mayo la discusion aguardada con tanta impaciencia, y despues que algunos oradores espusieron ciertas ideas preliminares, habló Mirabeau sentando la cuestion de un modo enteramente nuevo. La guerra en su opinion era casi siempre imprevista, pues solian principiarse las hostilidades antes que las amenazas. Encargado el rey de salvar el estado debe repelerlas, de suerte que la guerra puede estar empezada antes que la asamblea haya podido intervenir en ella. Lo mismo sucede con los tratados. Solo el rey puede conocer el momento oportuno para negociar, conferenciar ó discutir con las potencias. No tiene la asamblea otra facultad que la de ratificar las condiciones estipuladas; en ambos casos solo el rey puede obrar y la asamblea aprobar ó desaprobar. Intentaba pues Mirabeau que al poder ejecutivo se le impusiese la obligacion de resistir á las hostilidades principiadas, y que el poder legislativo, segun las circunstancias, tolerase la continuacion de la guerra ó requiriese la paz. Fué aplaudida esta opinion porque lo era siempre la voz de Mirabeau, pero no obstante, tomó la palabra Barnave, y dejando á un lado cuanto habian dicho

los demas oradores, solo contestó á Mirabeau. Convenia con él en que muchas veces se habria desembainado la espada antes de poder consultar á la nacion, pero sostuvo que las hostilidades no son una guerra formal y que debe el rey repelerlas y dar aviso inmediatamente á la asamblea, la cual entonces declara soberanamente sus propias intenciones. De manera que toda la diferencia consistia en las palabras, supuesto que Mirabeau dejaba á la asamblea el derecho de desaprobar la guerra y exigir la paz, y Barnave el de declarar la una ó la otra. Pero en los dos casos era obligatorio el voto de la asamblea y Barnave no lo otorgaba ni amplificaba mas que Mirabeau. Sin embargo, aquel fué aplaudido y llevado en triunfo por el pueblo, y se dijo que su adversario estaba vendido á la corte, tanto que hicieron sus enemigos correr por las calles un folleto intitulado, *La gran traicion del conde de Mirabeau.* Era la ocasion demasiado crítica para que no aguardasen todos un esfuerzo de aquel terrible atleta, el cual en efecto pidió la palabra para replicar y habiéndola obtenido, subió á la tribuna en presencia de un inmenso concurso que se habia reunido para oirle, y declaró al subir que no bajaria sino muerto ó victorioso. « Yo tambien, « dijo al empezar, he sido llevado en triunfo, y sin « embargo hoy va gritándose por esas calles *la gran « traicion del conde de Mirabeau*: no necesitaba yo de

« este ejemplo para saber que solo dista un paso el « capitolio de la roca Tarpeya ; mas con todo , no « detendrán mi carrera estos golpes dirigidos des- « de abajo arriba. » Despues de estas palabras imponentes, declaró que solo contestaria á Barnave y principió así: Hablemos claros: « Vsd. en su « opinion ha reducido la facultad del rey al sim- « ple derecho de notificar á la asamblea la noticia « de que se han principiado las hostilidades, mien- « tras que esta sola es quien puede declarar cuál « es la voluntad nacional. Ahora bien, esto es esen- « cialmente contrario á nuestros principios, segun « los cuales la espresion de la voluntad nacional « existe en la asamblea y en el rey; el que atribu- « ya á la asamblea sola este derecho, se opone á « la constitucion, y como tal le llamo á Vsd. al « órden..... ¿No me contesta Vsd.?..... Pues « prosigo..... » En efecto nada habia que contestar, y Barnave permaneció espuesto durante una larga réplica á estos fulminantes apóstrofes. Fué contestándole Mirabeau artículo por artículo, y demostrando que nada habia concedido su adversario á la asamblea mas de lo que él mismo la habia atribuido; y que por el contrario limitando la intervencion real á una mera notificacion, la privaba de su concurso, el cual era indispensable para espresar la voluntad nacional. Ultimamente acabó por echar en cara á Barnave aquellas riva-

lidades tan impropias en hombres que debian vivir como verdaderos compañeros de armas. Como Barnave habia hecho alarde de los partidarios de su opinion, tambien Mirabeau enumeró los suyos, señalando entre ellos á los hombres moderados que habian sido los primeros fundadores de la constitucion, y que habian hecho mil esfuerzos por inspirar á los franceses el amor de la libertad, cuando sus viles calumniadores chupaban la leche de la corte: (aludia á los Lameths que habian recibido muchos beneficios de la reina) y concluyó diciendo: « mis partidarios honrarán hasta el « sepulcro á sus amigos y á sus enemigos. » Fueron unánimes los aplausos que cubrieron la voz de Mirabeau, porque existia en la asamblea una porcion bastante numerosa de diputados que no pertenecian ni á la derecha ni á la izquierda, y que sin tomar partido de antemano, seguian el impulso del momento. Por ellos triunfaban el ingenio y la razon, porque arrastraban la mayoría al lado donde ellos se inclinaban. Quiso replicar Barnave, pero se opuso la asamblea y se pidió la votacion. Tuvo la preferencia para aquel acto el decreto de Mirabeau, que despues de haber sido enmendado con mucho acierto por Chapellier, fué adoptado por fin el 22 de mayo con satisfaccion general. Es de notar que estas rivalidades no salian del círculo donde habian nacido, y le era in-

diferente al partido popular vencer con el auxilio de Mirabeau ó con el de los Lameths.

El decreto conferia al rey y á la nacion el derecho de paz y guerra quedando á cargo del rey la disposicion de las fuerzas, la notificacion de las hostilidades principiadas, la convocacion de la asamblea sino lo estaba en aquel momento y la propuesta del decreto de paz ó de guerra. A la asamblea se la encargaba la deliberacion sobre la proposicion del rey que sancionaba despues aquella deliberacion. Chapellier fué el que por una enmienda muy juiciosa exigió que la proposicion fuese espresa y la sancion definitiva. Este decreto tan conforme á la razon y á los principios ya establecidos, escitó una alegría sincera entre los constitucionales, al paso que hizo nacer esperanzas muy estravagantes en los contra-revolucionarios, los cuales se lisonjeaban de que iba á variar el espíritu público y que esta victoria de Mirabeau vendria á convertirse en provecho propio. Lafayette, que en aquella circunstancia se habia unido á Mirabeau, escribió á Bouillé sobre el asunto y le hizo entrever esperanzas de calma y de moderacion, procurando como siempre atraerle al nuevo órden de cosas.

Continuaba la asamblea en sus trabajos de hacienda que consistian en disponer del modo mas acertado la enagenacion de los bienes del clero,

decretada hacia mucho tiempo y que se iba ejecutando, á pesar de las protestas, de las cartas pastorales y de las intrigas que procuraban entorpecerla. Despojar á un cuerpo demasiado poderoso de una gran porcion de sus propiedades, repartirlas del mejor modo que fuese posible y de manera que se aumentase su producto por la subdivision, introduciendo asi en la clase de los propietarios á una parte considerable del pueblo, que aun era proletaria: estinguir por medio de la misma operacion las deudas del estado y restablecer el órden en la hacienda pública: tal era el fin que se proponia la asamblea, la cual estaba demasiado penetrada de la utilidad para arredrarse con los obstáculos. Ya habia ordenado la venta de bienes del estado y de la iglesia hasta la cantidad de 400 millones de francos, pero era necesario encontrar un medio de vender aquellos bienes sin desacreditarlos por la concurrencia si se remataban todos á la vez.

Propuso Bailly en nombre de la municipalidad de Paris un proyecto perfectamente concebido, que consistia en trasmitir dichos bienes á las municipalidades, quienes los comprarian en masa para volverlos á vender despues poco á poco, de suerte que se pusiesen gradualmente á pública subasta, y como no tenian fondos las municipalidades para pagar al contado, tomarian plazos

y se pagaria á los acredores del estado con bonos sobre las municipalidades que deberian saldarlos sucesivamente. Estos bonos que fueron llamados *papel municipal* en el curso de la discusion, dieron la primera idea de los *asignados*. Conforme al proyecto de Bailly se echaba mano de los bienes eclesiásticos, cuya naturaleza variaba por el solo hecho de repartirse entre las municipalidades, y al mismo tiempo se afianzaba la hipoteca á los acreedores dándoles un título contra las municipalidades, en vez de tenerle contra el estado. Por consiguiente se aumentaban las seguridades, abreviando el plazo del pago y dándoles ademas la facultad de efectuarlo por sí, supuesto que con aquellos pagarés ó asignados podian adquirir un valor proporcional de los bienes que estaban en venta. Muy favorables les eran aquellas disposiciones, pero aun se quiso tomar otras que lo fuesen mucho mas, porque podia suceder que los acreedores no quisiesen adquirir propiedades, por escrúpulos ó por cualquier otro motivo, y en este caso sus recibos quedaban inutilizados en sus manos, si no circulaban como moneda y se reducían á meras certificaciones no satisfechas. Quedaba pues por último recurso dar á aquellos papeles la facultad de circular; en cuyo caso venia á ser una verdadera moneda, pues pudiendo darla los acreedores en pago, quedaban verdaderamen-

Biblioteca Universitaria - Oviedo

te reembolsados. Habia otra consideracion decisiva, cual era la falta del numerario, cuya escasez se imputaba á la emigracion, asi como á los pagos que era preciso hacer á los estrangeros, sin que dejasen tambien de contribuir mucho á ella los malévolos. La verdadera causa era la falta de confianza producida por las turbulencias que impedian la circulacion, pues cuando reina la confianza hay actividad en las transacciones, corre con rapidez el numerario, se manifesta por todas partes y parece mayor su cantidad por el uso mas frecuente que se hace de él; pero cuando por las disenciones políticas se aumentan los temores, inmediatamente se paran los capitales, corre el numerario con lentitud, muchas veces se oculta y entonces se cree falsamente que no existe.

El deseo de suplir á la falta de metálico que la asamblea creyó haberse agotado, y de dar á los acreedores otra cosa que no fuese un título inútil en sus manos, asi como la necesidad de proveer á un sin fin de atenciones urgentes, parecieron motivos suficientes para dar á tales bonos ó asignados el curso forzoso de moneda metálica. Asi se pagaba el acreedor, pues que podia hacer que se aceptase el papel que habia recibido y cumplir de este modo con sus obligaciones y compromisos, y si no queria comprar tierras, al cabo tendrian que comprarlas los que recibiesen el

papel que le circulaba. Los asignados que ingresaban por este conducto debian ser quemados públicamente, de suerte que pronto se hallarian distribuidas las tierras del clero y quemado el papel. Estos asignados devengaban un interes diario y adquirian aumento de valor en manos de los tenedores.

Viendo el clero en aquel proyecto un medio ejecutivo para la enagenacion de sus bienes, lo rechazó con empeño, y se opusieron igualmente sus aliados los nobles, y otros, que contrariaban todo cuanto facilitase la marcha de la revolucion, criticando amargamente la creacion de un papel moneda que despertaba naturalmente la idea de la bancarrota de Law, cuyo recuerdo estremecia. Pero no era justa la comparacion, supuesto que el papel de Law habia sido hipotecado únicamente sobre las ganancias futuras de la compañia de las Indias; mientras que los asignados tenian por hipoteca un capital territorial efectivo y disponible con toda facilidad. Ademas de que habia fabricado Law una multitud de títulos falsos á beneficio de la corte, escediendo exageradamente el valor presunto del capital de la compañía. La asamblea por el contrario tenia motivos de esperar y creer en virtud de sus nuevas medidas, que no se verificarian semejantes exacciones, y por otra parte la suma de los asignados creados representaba solamente una muy pequeña parte del capital que respondia

de ellos. Pero lo verdaderamente cierto era, que el papel, por seguro que sea, nunca es como el dinero una realidad, y segun la espresion de Bailly, *una actualidad fisica*. Lleva el numerario consigo su propio valor, el papel al contrario exige todavía una operacion, como por ejemplo, una compra de tierra, una realizacion. Se clasifica siempre en menos valor que el numerario, de donde resulta que el poseedor de este, no quiere darle en cambio de papel sino que le oculta y hace desaparecer. Si á esto se agregan los desórdenes en la administracion de los bienes, si con emisiones inmoderadas de papel, se rompe la proporcion entre el capital y los efectos en circulacion, se pierde la confianza; se conserva el valor nominal, pero cesa de existir el valor real. La persona que da en pago aquella moneda de convencion, defrauda al que la recibe y suele estallar una crisis. Todo esto era muy posible y hubiera debido preveerse, si se hubiese tenido mas esperiencia. No era pues estraño que considerada esta medida económicamente, fuese justamente criticada, aunque en política fuese tan justa como necesaria, pues que remediaba necesidades urgentes y dividia la propiedad sin recurrir á una ley agraria. No debia pues titubear la asamblea, y á pesar de Maury y de los suyos, decretó 400 millones de francos en asignados cuyo curso era forzoso y que producia intereses diario

Hacia tiempo ya que Necker habia perdido no solamente la confianza del rey, sino tambien la antigua deferencia de sus cólegas y el entusiasmo de la nacion. Esclusivamente ocupado en sus cálculos, discutia algunas veces con la asamblea, y al ver su reserva respecto á los gastos estraordinarios, habia dado motivo á que se le pidiese comunicacion del libro encarnado, que era una especie de registro en que se decia que estaban anotados todos los gastos secretos. Con mucha dificultad consintió Luis XVI en entregarle, despues de sellar las ojas en que estaban sentados los gastos de su antecesor Luis XV. La asamblea se conformó con su delicadeza, y se limitó á examinar los gastos del reinado presente, en que nada se encontró que fuese personal al rey, siendo relativas á los cortesanos todas las prodigalidades. Figuraban los hermanos Lameths por 60 mil francos concedidos por la reina para su educacion, y que devolvieron inmediatamente al tesoro público. Se redujeron todas las pensiones, proporcionándolas á los servicios y al antíguo estado de las personas, y en general manifestó la asamblea la mayor moderacion en su exámen, suplicando al rey que se dignase fijar él mismo la lista civil ó renta de la corona, y votó por aclamacion los 25 millones de francos que pidió.

Esta asamblea que se consideraba fuerte por el número de sus individuos, por sus propias luces,

por su poder y por sus resoluciones, habia concebido el proyecto inmenso de regenerar todos los ramos del estado y acababa de arreglar el nuevo órden judicial. Habia distribuido los tribunales del mismo modo que las administraciones, por distritos y por departamentos, dejando al pueblo la eleccion de los jueces; pero habia sido fuertemente impugnada esta última medida, con argumentos sacados de la metafísica política, con el fin de probar, que dependiendo el poder judicial de la autoridad ejecutiva, solo pertenecia al rey el nombramiento de los jueces. Se habian espuesto razones por una y otra parte; pero la única que se debia dar á la asamblea, cuya intencion era constituir una monarquía, es que despojando sucesivamente de sus atribuciones al poder real, este venia á ser una mera magistratura y el estado una república. Mas no se atrevia nadie á esplicar con exactitud lo que es de esencia de la monarquía, porque en tal caso era indispensable exigir concesiones poco fáciles de obtener del pueblo en el primer momento de las revoluciones. La suerte de las naciones es pedir demasiado ó no pedir nada. La asamblea queria con sinceridad establecer una monarquía, y respetaba al rey como lo manifestaba á cada paso; pero al mismo tiempo que amaba su persona, iba aniquilando su dignidad sin saber que la aniquilaba.

Despues de haber establecido la uniformidad en la justicia y en la administracion, quedaba por regularizar el culto de la religion y constituirle como á todos los demas servicios públicos. De manera que habiendo establecido un tribunal de apelacion y una administracion superior en cada departamento, parecia muy natural poner en cada uno una silla episcopal. En efecto no podia tolerarse que algunos obispados tuviesen una estension de 1500 leguas cuadradas, al paso que otros apenas tenian 20; que algunas parroquias tuviesen diez leguas de circunferencia y otras no pasasen de quince vecinos; que muchos curas no disfrutasen á lo sumo mas que 700 francos de renta, mientras que á su lado vivian algunos beneficiados que la gozaban de 10 y de 15 mil. Mas no por reformar los abusos se mezclaba la asamblea en las doctrinas eclesiásticas, ni tampoco en la autoridad del papa, supuesto que la circunscripcion de las diócesis habia pertenecido siempre al poder temporal. Solo intentaba formar una nueva division, someter como antiguamente los curas párrocos y los obispos á la eleccion popular y en esto solo perjudicaba al poder temporal, como que el rey era quien elegia los dignitarios eclesiásticos á quienes daba el papa la institucion. Este proyecto que se denominó *constitucion civil del clero* y que produjo mas calum-

nias á la asamblea que todo cuanto habia hecho hasta entonces, era obra esclusiva de los diputados mas severos en materias religiosas, como Camús y varios jansenistas, quienes queriendo afianzar la religion en el estado, procuraban ponerla en armonía con las nuevas leyes. Es lo cierto que estando restablecida la justicia en todos los ramos, hubiera sido muy estraño que no lo estuviese tambien en la administracion eclesiástica. A no ser por Camús y algunos otros, la mayor parte de los diputados, educados en la escuela filosófica, hubieran mirado el cristianismo como á las demas religiones admitidas en el estado, y no se hubieran ocupado de él. Cedieron á una clase de sentimientos que ya en nuestras costumbres actuales nadie se empeña en combatir, aun cuando no participe de ellas. En consecuencia apoyaron el proyecto religioso y sinceramente cristiano de Camús. Opúsose el clero, pretendiendo que se atacaba la autoridad espiritual del Papa y apeló á Roma. Pero sin embargo se adoptaron las bases principales del proyecto el 12 de julio y fueron presentadas inmediatamente al rey, que pidió tiempo para consultar al Sumo Pontífice. Luis XVI, cuya conciencia ilustrada reconocia la sabiduría de aquel plan, escribió al Papa con deseo sincero de obtener su consentimiento, con cuyo auxilio esperaba satisfacer todas las objecciones del clero: luego

darémos cuenta de las intrigas que mediaron para impedir la realizacion de sus deseos.

Iba adelantándose el mes de julio, é iba á cumplirse el año despues de la toma de la Bastilla, cuyo resultado habia sido apoderarse la nacion de todos los poderes, declarando su voluntad por medio de la asamblea y ejecutándola ella misma, ó haciéndola ejecutar bajo su inspeccion. Se consideraba el 14 de julio como el dia en que habia empezado una era nueva y asi se resolvió celebrar aquel aniversario como una gran festividad. Ya entonces las provincias y ciudades habian dado el ejemplo de confederarse para resistir en comun á los enemigos de la revolucion. Propuso la municipalidad de Paris para el dia 14 una confederacion general de toda la Francia que se celebraria en la capital por los diputados de todas las guardias nacionales y de todos los cuerpos del ejército. Fué admitido con entusiasmo este proyecto, y se hicieron preparativos inmensos para que la fiesta fuese digna de su ohjeto.

Como ya hemos insinuado antes, tenian las naciones clavados sus ojos en la Francia, y empezaban los soberanos á odiarnos y temernos al paso que los pueblos á estimarnos. Se presentaron en la asamblea algunos estrangeros entusiastas, cada uno con el traje de su nacion. Su orador Anachársis Clootz [2], natural de Prusia, hombre de imagina-

Universitaria - Oviedo

cion acalorada, pidió en nombre del género humano hacer parte de la confederacion.

Estas escenas que parecen ridículas á los que no las han visto, conmueven profundamente á los que las presencian. Accedió la asamblea á la solicitud, y en su contestacion á los estrangeros les dijo el presidente, que serian admitidos para que pudieran referir á sus compatricios lo que habian visto y darles á conocer los gozes y beneficios de la libertad.

A esta escena siguió otra que conmovió todavía mas. Existia una estátua de Luis XIV representado á caballo hollando las imágenes de varias provincias vencidas. « No se puede tolerar, esclamó uno de los Lameths, que existan monumentos « de esclavitud en estos dias de libertad, y no hay « razon para que los habitantes del Franco Condado, cuando vienen á Paris, vean encadenada de « este modo su propia imágen. » Combatió Maury aquella propuesta poco importante y que no era mas que una simple concesion al entusiasmo público. En aquel mismo instante propuso un diputado la abolicion de los titulos de conde, marques, baron etc., la proscripcion de las libreas, y en fin la destruccion de todo título hereditario. Sostuvo la proposicion el jóven Montmorency [3], pero preguntó otro noble ¿ qué es lo que se podria sustituir á estas palabras: *Fulano ha obtenido el título de con-*

de por haber servido al estado? « Se dirá únicamente, contestó Lafayette, que *tal dia fulano salvó al estado.* » El decreto quedó adoptado, no obstante la estraordinaria irritacion de la nobleza, que se resentia mucho mas de la supresion de sus títulos que de las pérdidas mas esenciales que habia sufrido desde el principio de la revolucion. La parte mas moderada de la asamblea hubiera querido que, al suprimir los títulos, se dejase á cuantos quisiesen la facultad de conservarlos. Lafayette procuró dar aviso á la corte antes que se sancionase el decreto, y aconsejó que se devolviese á la asamblea quien consentiria en enmendarle; pero el rey se dió prisa á sancionarle, lo cual dió motivo á sospechar que queria llevar las cosas á lo peor.

El objeto de la confederacion era el juramento cívico. Se preguntó si los federados y la asamblea jurarian en manos del rey, ó si, considerando al rey como primer magistrado público, juraria como todos los demas sobre el altar de la patria. Fué preferido este último medio, con el cual la asamblea acabó de poner en armonía la etiqueta con las leyes, y dió al monarca en la ceremonia que se preparaba el mismo lugar que ocupaba en la constitucion. La corte á quien inspiraba Lafayette perpétuos recelos, estaba un poco inquieta con la voz que corria de que se le iba á nombrar comandante de todas las guardias nacionales del reino. Para

quien no conociese á Lafayette era natural esta desconfianza, que sus enemigos de todos colores procuraban aumentar, y en efecto no parecia creible que dejase de abusar de su popularidad un hombre que la disfrutaba en tan alto grado, y que ademas era gefe de una fuerza tan considerable. Sin embargo no era tal su intencion, sino que se contentaba con ser ciudadano, y sea por virtud ó por ambicion bien entendida, el mérito es el mismo, porque siendo indispensable que el orgullo humano se proponga algun objeto, podrá llamarse virtud el elegir uno bueno. Para prevenir los recelos de la corte, propuso Lafayette que un mismo individuo no pudiese mandar mas que la guardia nacional de un departamento: se votó el decreto por aclamacion y se aplaudió el desinteres del general. Sin embargo se le comisionó para todos los preparativos de la fiesta y se le nombró gefe de la confederacion, en su calidad de comandante de la guardia nacional de Paris.

Se acercaba el dia y se hacian los preparativos con la mayor actividad, debiendo celebrarse la funcion en el campo de Marte, que es una inmensa llanura que se estiende entre la escuela militar y el Sena. Se habia proyectado acarrear la tierra del medio y ponerla á los costados para formar un anfiteatro en que pudiese caber la multitud de espectadores. Doce mil obreros trabajaban sin ce-

sar y sin embargo se temia que los trabajos no quedasen concluidos para el dia 14; por lo cual se empeñaron los habitantes en ayudar personalmente á los trabajadores, de cuyas resultas toda la poblacion quedó trasformada en brazeros en un instante. Religiosos, militares, personas de todas clases echan mano á las palas y á los azadones: hasta las damas mas elegantes quisieron contribuir á los trabajos. Cundió el entusiasmo con rapidéz y llegaba la gente en comparsa con banderas de varios colores, y al toque de tambor; pero apenas llegaban, todos se mezclaban y ponian á trabajar en comun; á la noche cada uno se reunia con los suyos y todos volvian á sus hogares. Duró esta dulce fraternidad hasta la conclusion de los trabajos, y mientras tanto iban llegando continuamente los confederados á quienes se recibia con la mas cariñosa hospitalidad. Era general la efusion y sincera la alegría, á pesar de las inquietudes que se esforzaba por esparcir un corto número de hombres que miraban con indiferencia tales emociones. Se decia que se aprovecharian los bandidos del momento en que el pueblo estuviese en la federacion para saquear la ciudad. Se atribuian al duque de Orleans, recien llegado de Lóndres, proyectos siniestros; pero no por eso se alteró en lo mas mínimo la alegría nacional, ni se dió crédito á ninguna de aquellas malignas profecías.

Amaneció en fin el 14 de julio, y todos los confederados diputados por las provincias y por el ejército, puestos en órden bajo sus banderas y gefes respectivos, se pusieron en marcha desde la plaza de la Bastilla dirigiéndose á las Tullerías. Al pasar por la calle de la *Ferronnerie* donde fué asesinado Enrique IV, los diputados del *Bearne* le tributaron un homenage que en aquel instante de emocion se manifestó con lágrimas, y en el jardin de las *Tullerias*, la municipalidad y la asamblea se incorporaron con los confederados. Precedia á la asamblea un batallon de jóvenes armados como sus padres, y le seguia un grupo de ancianos, recordando de este modo la antigua memoria de Esparta. Avanzaba la procesion en medio de los gritos y aplausos del pueblo, estando los muelles del rio y las casas adyacentes llenos de espectadores. Se habia echado de un lado al otro del Sena y en poquísimos dias, un puente que por un camino cubierto de flores desembocaba al frente del campo de la federacion, en el que estaba preparado un magnífico anfiteatro para las autoridades nacionales. En un instante se llenó todo el espacio y cada cuerpo ocupó el lugar que le correspondia. El rey y el presidente de la asamblea se sentaron al lado uno de otro en asientos iguales bordados de flores de lis de oro. En un balcon detras del rey estaba la reina y la corte, y á poca distancia del

monarca, por los dos lados, los ministros y los diputados. Cuatrocientos mil espectadores asistian á la fiesta en los anfiteatros laterales. Sesenta mil confederados armados ejecutaban sus evoluciones en el campo intermedio, y en el centro, sobre una basa de veinte y cinco pies, se levantaba el magnífico altar de la patria. Trescientos sacerdotes revestidos de albas blancas con fajas tricolores estaban en el altar para asistir y ayudar á misa.

Duró tres horas la marcha de los confederados que iban llegando, y durante todo este tiempo estaba el cielo obscurecido por nubes sombrías y llovia á torrentes. Este cielo cuyo esplendor aumenta con tanta armonía la alegria de los hombres, les negaba en aquel momento la serenidad y la luz. Uno de los batallones que acababa de llegar depuso sus armas y se le ocurrió formar una danza. Los demas le imitaron inmediatamente, y en un instante el campo intermedio se llenó de sesenta mil hombres, tanto soldados como ciudadanos que desafiaban con su alegría á la tempestad. Empieza por fin la ceremonia, y por una feliz casualidad se despeja el cielo é ilumina magestuosamente aquella solemne escena.

Principió la misa que fué celebrada por el obispo de Autun, y al mismo tiempo que los coros acompañaban la voz del Pontífice se escuchaba el ruido solemne del cañon. Concluido el santo sacri-

Universitaria - Oviedo

ficio, bajó Lafayette de su caballo, subió las gradas del trono y vino á recibir las órdenes del rey que le entrego la fórmula del juramento. Llevóla Lafayette al altar, y en el mismo momento tremolaron todas las banderas y brillaron todas las espadas. El general, el ejército, el presidente, los diputados gritaban á una voz. *Juro!* El rey en pié con la mano tendida hácia el altar dijo: *yo rey de los franceses, juro emplear el poder que me ha delegado el acta constitucional del estado, en mantener la constitucion decretada por la asamblea nacional y aceptada por mí.* En este momento la reina arrebatada por el movimiento general, coge en sus brazos al augusto infante heredero del trono, y desde lo alto del balcon en que estaba colocada, le presenta á la nacion reunida. Al ver aquella demostracion unos gritos estraordinarios de júbilo, amor y entusiasmo se dirigen hácia la madre y el hijo indicando que eran suyos todos los corazones. En este mismo instante la Francia entera reunida en las ochenta y tres capitales de los departamentos, hacia el mismo juramento de amar al rey que los amase á ellos. En tales momentos el mismo ódio se enternece, cede el orgullo, todos son dichosos con la comun felicidad y participan con gloria de la dignidad de todos. ¿Por qué se han de olvidar tan pronto los placeres tan deliciosos de la concordia?

Concluida la augusta ceremonia volvió á formarse la procesion y el pueblo se entregó á todas las inspiraciones del júbilo. Duraron los regocijos muchos dias y despues hubo revista general de los confederados, en que sesenta mil hombres sobre las armas presentaban un cuadro magnífico, militar y nacional á un tiempo. Por la noche ofrecía Paris un espectáculo delicioso, siendo los puntos principales de reunion los campos Eliseos y la Bastilla. Se leia á la entrada del recinto donde habia existido aquella famosa fortaleza trocada en plaza pública: *aqui se baila*, supliendo los fuegos de artificio repartidos en guirnaldas el esplendor del dia. Se habia prohibido á la opulencia turbar aquella fiesta pacífica con el movimiento de los coches, sino que todos debian hacerse pueblo y encontrar su felicidad en serlo. Presentaban los campos Eliseos una escena admirable, pues se circulaba por todas partes sin ruido, sin tumulto, sin rivalidad y sin ódio. Confundidas todas las clases paseaban al dulce reflejo de las luces y se mostraban alegres de verse reunidas, por manera que en el mismo centro de la antigua civilizacion parecian renacer los tiempos de la fraternidad primitiva. Los confederados, despues de haber asistido á las discusiones imponentes de la asamblea nacional, á las pompas de la corte, á las magnificencias de Paris, despues de haber

sido testigos de la bondad del rey, á quien visitaron todos y que les correspondió con espresivas y bondadosas atenciones, volvieron á sus hogares enagenados, llenos de buenos sentimientos y sobre todo de ilusiones. Despues de tantas escenas crueles y teniendo que referir otras mas terribles todavía, el historiador se detiene con gusto en estas horas fugitivas en que todos los corazones esperimentaban un solo sentimiento, que es el amor del bien público. *

Esta fiesta tan interesante de la federacion produjo solamente una emocion momentánea. Al dia siguiente los corazones querian todavía lo que habian querido la víspera, volvia á empezar la guerra con nuevas y mezquinas recriminaciones contra el ministerio; una de las quejas era que se habia concedido el paso á las tropas austriacas que se dirigian al pais de Lieja; se acusó á Saint Priest de haber favorecido la evasion de varios encausados por sospechas de maquinaciones contra-revolucionarias. La corte por su lado, habia vuelto á suscitar el proceso empezado en la audiencia del Chatelet contra los fautores del 5 y 6 de octubre, en que se hallaron implicados el duque de Orleans y Mirabeau. Esta causa singular abandonada y vuelta á seguir varias veces, adolecia de los influjos diver-

* Véase la nota 1 al fin del tomo.

sos que habian promovido su instruccion: estaba llena de contradicciones y no ofrecia ningun cargo suficiente contra los dos principales acusados. La corte, aunque procuraba conciliarse á Mirabeau, no tenia con él ningun plan consecuente, sino que unas veces procuraba atraerle, otras se alejaba de él y mas bien parecia querer apaciguarle que seguir sus consejos. Al renovar el proceso del 5 y 6 de octubre, su intento no era perseguir á Mirabeau sino al duque de Orleans, que habia sido muy aplaudido á su regreso de Lóndres, y á quien se habia repelido con dureza cuando solicitó una reconciliacion y volver á la gracia del rey. Debia Chabrout [4] leer un informe á la asamblea para que decidiese si habia ó no lugar á la acusacion, y deseaba la corte que Mirabeau no tomase la palabra sino que abandonase al duque de Orleans, único objeto de su ódio; mas sin embargo la tomó y probó cuan ridículas eran las imputaciones que se le hacian. En efecto se le acusaba de haber avisado á Mounier que Paris marchaba sobre Versalles y de haber añadido las siguientes palabras: « Queremos un rey, ¿pero qué importa que « sea Luis XVI ó Luis XVII? » De haber recorrido las filas del regimiento de Flandes con el sable en la mano y haber esclamado en el momento del viage del duque de Orleans á Inglaterra. « Este « G. C..... no merece la pena que uno se toma

« por él. » No habia cosa mas fútil que semejantes acriminaciones, cuya debilidad y ridiculez demostró Mirabeau hablando muy poco acerca del duque de Orleans, y dijo al concluir. « Si señores, ya se ha descubierto en fin el secreto de « esa causa infernal, ahi está todo entero (señalando al lado derecho), está en el interes de aquellos, cuyos falsos testimonios y calumnias han « urdido la trama, está en los recursos que ha « suministrado á los enemigos de la revolucion, « está .... está en el corazon de los jueces, tal « cual le esculpirá luego la historia, con la mas « justa y la mas implacable venganza. »

Mil aplausos cubrieron el oportuno apóstrofe de Mirabeau y no cesaron hasta que llegó á su asiento. Los dos acusados fueron absueltos por la asamblea y quedó avergonzada la corte con aquella inútil intentona.

Era forzoso que se verificase la revolucion en todas partes, asi en el ejército como en el pueblo. El ejército que es el último apoyo de la autoridad, era tambien el último motivo de recelo que tenia el partido popular. Eran todos los gefes militares enemigos de la revolucion, porque como poseian esclusivamente los grados y las mercedes, veian con sentimiento que se admitiese como partícipe al mérito. Por contrario motivo se inclinaban los soldados al nuevo órden de cosas y no hay duda

de que el odio á la disciplina y el deseo de mayor paga obraban tan poderosamente sobre ellos como el espíritu de libertad. Se manifestaba en casi todo el ejército una peligrosa insubordinacion, sobre todo en la infanteria, tal vez porque se mezclaba mas con el pueblo y porque tiene menos orgullo militar que la caballería. Bouillé que veia con sentimiento escapársele su ejército, empleaba todos los medios posibles para contener el contagio del espíritu revolucionario. Habia recibido de Latour Dupin [5], ministro de la guerra, las mas amplias facultades, en cuya virtud mudaba incesantemente sus tropas de cuartel, para estorbar que se familiarizasen con el pueblo, con una larga permanencia en los mismos puntos. Les prohibia sobre todo asistir á los clubs y no perdonaba ningun medio para mantener la subordinacion militar. Despues de una larga resistencia juró Bonillé por fin la constitucion, y como era muy honrado, parece que desde entonces se resolvió á guardar fidelidad al rey y á la ley fundamental del estado. Su repugnancia con respecto á Lafayette, cuyo desinteres no podia desconocer, habia desaparecido y manifestaba mas disposiciones qne antes á entenderse con él. Las guardias nacionales de la vasta comarca donde mandaba habian querido elegirle por su general, y aunque se habia negado al principio, ya se arrepentia de

Universitaria

ello, considerando cuánto bien hubiera podido hacer; mas no obstante se mantenia en el aprecio popular á pesar de las denuncias de los clubs.

Estalló la primera rebelion en Metz donde los soldados aprisionaron á sus oficiales, se apoderaron de las banderas y de las cajas é intentaron ademas hacer contribuir al ayuntamiento. Despues de haber corrido grandes peligros, logró Bouillé reprimir la sedicion; pero poco despues se manifestó en Nancy igual revuelta en que tomaron parte los regimientos suizos, y hubo motivos para temer que aquel ejemplo fuese imitado, y que dentro de poco todo el reino se hallase entregado á los escesos reunidos de la soldadesca y del populacho. La misma asamblea tembló y mandó marchar á un oficial con un decreto espedido contra los rebeldes, el cual no pudo hacer que se ejecutase y se dió órden á Bouillé de marchar sobre Nancy para que la ley quedase obedecida. Pocos soldados tenia con que contar, pero felizmente las tropas que recientemente se habian puesto en insurreccion en Metz, humilladas de que no se fiára de ellas, ofrecieron ir contra los rebeldes. La misma oferta hicieron las guardias nacionales, con cuyo auxilio, añadido á su caballeria que era bastante numerosa, pudo dirigirse sobre Nancy. Su situacion era peligrosa, porque no podia maniobrar su caballeria, ni tenia

suficiente infanteria para atacar á los rebeldes sostenidos por el populacho. Sin embargo habló á estos con la mayor firmeza y logró imponerles, en términos que iban saliendo del pueblo con arreglo á sus órdenes, cuando se dispararon algunos tiros, no se sabe por qué lado, y desde entonces no se pudo evitar el combate. Las tropas de Bouillé creyendo que estaban vendidas, combatieron con el mayor ardor, mas aunque la accion fué muy reñida no pudieron penetrar sino paso á paso en medio de un fuego vivisimo. Dueño por fin de las plazas principales, logró Bouillé que se sometiesen los regimientos y los hizo salir de la ciudad. Libertó á los oficiales y á las autoridades encarceladas y mandó arrestar á los principales reos que puso á disposicion de la asamblea nacional. Esta victoria causó una alegria general, calmando los temores que se habian concebido por la tranquilidad del reino.

Recibió Bouillé felicitaciones y elogios del rey y de la asamblea; pero despues se le calumnió y su conducta fue tachada de cruel, aunque ciertamente fuese digna de aprobacion y aplauso como se la juzgó entonces. El rey aumentó el territorio de su mando que ya era inmenso, como que se estendia desde la Suiza hasta el Sambra, comprendiendo en sus límites la mayor parte de la frontera. Contando mucho mas con la caballeria que

con la infanteria eligió Bouillé por acantonamientos las orillas del Seille que desemboca en el Mosella. Alli tenia llanuras donde pudiese maniobrar su caballeria, forrages para mantenerla, plazas bastante fuertes para atrincherarse y sobre todo poca poblacion que temer. Estaba decidido Bouillé á no emprender nada contra la constitucion, pero desconfiaba de los patriotas y tomaba precauciones para socorrer al rey, si llegaba á necesitarlo.

La asamblea habia suprimido los parlamentos, instituido el jurado, destruido las ordenanzas gremiales, é iba á decretar una nueva emision de asignados. Ofrecian los bienes del clero un capital inmenso, y como por medio de aquel papel se podia disponer siempre de ellos, era natural que usase con profusion. Se renovaron con mas violencia las objeciones hechas ya anteriormente, y el mismo obispo de Autun se pronunció contra aquella nueva emision, pronosticando con mucho acierto todos los resultados anti-económicos de aquella medida. * Pero Mirabeau, considerando ante todas cosas los resultados políticos, insistió obstinadamente y se salió con la suya.

Decretóse pues la emision de 80 millones de asignados y se decidió que no ganarian intereses, porque era injusto conceder interes á una ver-

* Véase la nota 2 al fin del tomo.

dadera moneda. Que se haga asi con un título que no puede circular y está ocioso en manos de quien lo posea, muy santo y muy bueno; pero estenderlo á un papel que ya tenia curso forzoso, era un error, en que la asamblea no debia incurrir por segunda vez. Se opuso Necker á aquella nueva emision, en una memoria que dirigió á la asamblea, la cual no hizo ningun caso de ella, porque habian variado los tiempos para Necker. Ya no era aquel ministro de quien el pueblo esperaba exclusivamente un año antes su felicidad. Privado de la confianza del rey, reñido con sus cólegas, escepto con Montmorin, la asamblea le consideraba poco y no le tributaba las atenciones que hubiera podido esperar de ella. Consistia el error de Necker en creer que la razon bastaba para todo, y que con tal que esta se espusiese con convencimiento y lógica, necesariamente habia de triunfar de la obstinacion de los aristócratas y de la irritacion de los patriotas. No le faltaban á Necker ni razon ni razones, si bien mezcladas con alguna altaneria, para juzgar los estravíos de las pasiones; pero le faltaba aquella otra razon menos orgullosa, aunque mas elevada, que no se limita á desaprobarlas, sino que aspira á dirigirlas. Asi es que colocado en un teatro de gente apasionada, solo fue un estorbo para todos y á nadie sirvió de freno. Aislado y sin amigos des-

de que se ausentaron Mounier y Lally, únicamente habia conservado al inútil Malouet. La asamblea estaba ya fastidiada de él por sus perpétuas reconvenciones sobre el descuido de la hacienda, y ademas no dejaba de ridiculizarse de cuando en cuando por el modo con que hablaba de sí mismo. Presentó su dimision el dia 14 de setiembre y fué admitida con mucho gusto por todos los partidos, siendo de observar que el carruage en que se puso en camino fué detenido á la salida del reino por aquel mismo pueblo que poco antes le habia llevado en triunfo, y fué necesario nada menos que una órden de la asamblea para que le dejasen en libertad de pasar á Suiza. Por fortuna no tardó en conseguirla y se retiró á Copet para contemplar allí desde lejos una revolucion, que le era mas fácil observar que conducir.

Se hallaba el ministerio reducido á la nulidad como el mismo rey, ó cuando mas, se ocupaba en intrigas inútiles ó criminales; Saint Priest estaba en relacion con los emigrados; Latour Dupin condescendia con todo lo que exigian de él los gefes militares; Montmorin gozaba de la estimacion de la corte, pero no de su confianza, y se le empleaba en intrigas con los corifeos populares, con quienes estaba en contacto por su moderacion. Fueron denunciados todos los ministros bajo pretesto de nuevas conspiraciones. « Y yo tambien,

« esclamó Cazales, los denunciaria si permitiera la « generosidad perseguir á unos hombres tan dé- « biles. Por ejemplo acusaria al ministro de ha- « cienda por no haber ilustrado á la asamblea « sobre los *verdaderos recursos del estado*, y por no « haber sabido dirigir una revolucion provoca- « da por él mismo; acusaria al de guerra por ha- « ber dejado desorganizar el ejército; al del inte- « rior por no haber hecho respetar las órdenes del « rey, y á todos en fin por su nulidad y por los « consejos tan tímidos que dan á su amo. » La inaccion es un delito á los ojos de los partidos que quieren lograr el fin que se proponen; por este motivo el lado derecho condenaba á los ministros, no por lo que habian hecho, sino por lo que habian dejado de hacer. Sin embargo Cazales y los suyos, al paso que condenaban á los ministros, se oponian á que se pidiese su remocion al rey, porque miraban semejante demanda como un ataque á la prerrogativa real. No se pidió su destitucion, pero renunciaron sucesivamente, escepto Montmorin que se quedó solo. Duport du Tertre [6], que era un mero abogado, fué nombrado guarda sellos; Duportail [7], que habia sido presentado al rey por Lafayette, reemplazó á Latour Dupin en el ministerio de la guerra, donde manifestó mejores disposiciones que su antecesor á favor del partido popular. Una de sus resoluciones fué privar á Boui-

llé de la libertad de que estaba usando en toda la estension de su mando, y particularmente de la facilidad de situar las tropas donde tenia por conveniente, facultad de que ya dijimos usaba Bouillé para impedir que los soldados fraternizasen con el pueblo.

Habia hecho Luis XVI un estudio particular de la historia de la revolucion inglesa. La suerte de Carlos I le habia llamado siempre la atencion, y no podia echar de si algunos siniestros presentimientos. Habia notado sobre todo el motivo de la sentencia de Carlos I que fué la guerra civil, y esta circunstancia contribuyó á inspirarle un invencible horror contra toda medida que pudiese causar derramamiento de sangre. Por eso se habia opuesto constantemente á todos los proyectos de fuga que se le propusieron por la reina y por la corte.

Durante el verano de 1790 que pasó en Saint Cloud, hubiera podido escaparse, pero jamas quiso, ni aun oir hablar de semejante proyecto. Los amigos de la constitucion tenian tanto miedo como él de semejante recurso, porque recelaban que de él pudiera seguirse la guerra civil. Solos los aristócratas le deseaban, porque una vez alejado de la asamblea, se hacian dueños de su persona y se prometian no solo gobernar en su nombre, sino volver con él á la cabeza de los

estrangeros; como que ignoraban todavia entonces, que el que tiene la desgracia de valerse de su auxilio, nunca vuelve á su cabeza sino en pos de ellos. A los aristócratas se unian tal vez algunos hombres de imaginacion prematura, que soñaban ya en una república, en que nadie pensaba todavia, y cuyo nombre jamas se habia pronunciado, como no fuese por la reina en sus arrebatos contra Lafayette y contra la asamblea, aquienes acusaba de que la deseaban ardientemente. Lafayette como gefe del ejército constitucional y de todos los amigos sinceros de la libertad, vigilaba constantemente sobre la persona del monarca, porque aquellas dos ideas, ausencia del rey, y guerra civil, se habian asociado con tanta fuerza en los ánimos desde el principio de la revolucion, que se miraba la fuga del monarca, como la mayor desgracia que podia suceder. Entre tanto la espulsion de un ministro, que aunque no gozaba de la confianza de Luis XVI era eleccion suya, le indispuso contra la asamblea, porque recelaba que á ella se seguiría la total destruccion del poder ejecutivo. Los nuevos debates religiosos á que dió origen la mala fé del clero * con motivo

* En el clero frances no hubo ciertamente mala fè en aquella época, aunque tal vez pudiese haber error en no acomodarse á las principales reformas que exigia imperiosamen-

de la constitucion civil, alarmaron su conciencia delicada y desde luego pensó en ausentarse. A fines de 1790 escribió sobre ello á Bouillé, que al principio se resistió y cedió despues por no hacerse sospechoso al desgraciado monarca. Mirabeau por su parte habia formado un plan para sostener la causa de la monarquía, pero á pesar de estar continuamente en relacion con Montmorin, no habia emprendido nada sério hasta entonces, á causa de que la corte titubeando entre los estrangeros, la emigracion y el partido nacional, á nada se decidia francamente y nada temia tanto como someterse á un gefe tan sinceramente constitucional como Mirabeau. Sin embargo, por aquella época ya se puso de acuerdo con él enteramente, prometiéndole montes y maravillas si salia bien la empresa, y se pusieron á su disposicion todos los recursos posibles. Talon [8], que era fiscal civil en el Chatelet, y Laporte [9], recientemente nombrado por el rey para administrar su real patrimonio, recibieron órden de verle y de prestarse á la ejecucion de sus planes. Desaprobaba Mirabeau la nueva constitucion por ser en su dictámen

te la opinion general. Tan distante estuvo de obrar de mala fé, que despues de defender parlamentariamente los que creia derechos suyos, llevó su resistencia hasta el martirio. No obra de mala fé el que sella sus opiniones, por erradas que sean, con su sangre. *(N. del T.)*

demasiado democrática para una monarquía, y para una república habia un rey de sobra. Viendo sobre todo que iba creciendo siempre el desencadenamiento popular, resolvió contenerlo; mas nada podia intentarse en Paris bajo el imperio de la multitud y de una asamblea que era todo poderosa. No encontró mas recurso que el de alejar al rey de Paris y conducirle á Lyon, donde hubiera podido esplicarse y manifestar con energía los motivos que le hacian desaprobar la nueva constitucion, y habria promulgado otra que estaba ya preparada convocando al mismo tiempo la nueva legislatura. Es de advertir que en sus conferencias por escrito con los diputados mas populares, habia sabido arrancarles á todos la desaprobacion de un articulo de la constitucion actual, y con la reunion de aquellos diversos pareceres la constitucion entera se encontraba reprobada por sus mismos autores. Su intento era insertarlos en el manifiesto del rey para asegurar su efecto, y hacer resaltar con mas fuerza la necesidad de una nueva constitucion. No se tiene noticia de los medios con que contaba para la ejecucion, solo se sabe que por la policía de Talon habia sabido ganar á un cierto número de folletistas y oradores de clubs y de corrillo, y que por medio de su inmensa correspondencia debia contar con 36 departamentos del medio dia. Sin duda que tambien pensaba en

Universitaria

apoyarse en Bouillé, pero no queria ponerse á la disposicion de aquel general, sino que mientras Bouillé tuviese su campamento en Montmedy queria que el rey se mantuviese en Lyon, y él, segun las circunstancias, pasar á Lyon ó permanecer en Paris. Un príncipe estrangero amigo de Mirabeau, tuvo una entrevista con Bouillé de parte del rey y le dió cuenta de aquel proyecto, pero sin que lo supiese Mirabeau, el cual no soñaba si quiera en Montmedy, hacia donde se encaminó el rey mas adelante * Admirado Bouillé de la astucia de Mirabeau, contestó que nada debia omitirse para tener seguro á un hombre semejante, y que en cuanto á él, estaba pronto á auxiliarle con cuanto estuviese en su mano

Lafayette no sabia una palabra de tal proyecto, y auque sinceramente adicto á la persona del rey, no tenia la misma confianza que la corte, y por otra parte escitaba la envidia de Mirabeau que no queria tenerle por compañero. Ademas de eso, Lafayette pasaba por no gustar de otro camino que el recto en todos los negocios, y este plan era demasiado atrevido y sobre todo muy opuesto al órden legal para que pudiera convenirle. Sea de

* Bouillé parece inclinarse en sus memorias á que se le hicieron esta comunicaciones de parte del rey y de Mirabeau, pero es una eqnivocacion. Mirabeau ignoraba esta doble maniobra y no pensaba en ponerse en manos de Bouillé.

esto lo que se quiera, Mirabeau se propuso ser el único ejecutor de su plan, y en efecto le condujo solo, durante el invierno de 1790 á 1791. No se puede asegurar si hubiera tenido buen éxito, pero es indudable que ya que no hiciese retroceder el torrente revolucionario, hubiera á lo menos influido mucho en su direccion, y sin variar el resultado inevitable de una revolucion como la nuestra, hubiera modificado los acontecimientos por su poderosa oposicion. Puede preguntarse tambien si, aun cuando hubiese logrado sujetar al partido popular, habria podido hacerse dueño de la aristocracia y de la corte. A un amigo suyo que le hacia esta última pregunta le respondió. « Me han ofrecido todo cuanto puedo exijir. » ¿Y si no os cumplen la palabra? « Si no me la cumplen, les planto una república. »

Decretados ya los artículos principales de la constitucion civil del clero, que eran la nueva circunscripcion de los obispados y la eleccion de todos los funcionarios eclesiásticos, el rey habia consultado al papa, quien despues de haberle contestado en un tono medio severo y medio paternal, apelaba en resúmen él mismo al clero frances. Aprovechó este la ocasion y pretendió que las medidas de la asamblea comprometian la jurisdicion espiritual. Al mismo tiempo esparció cartas pastorales, declarando que los obispos no

se retirarian de sus sillas sino por fuerza; que alquilarian casas en que continuarian sus funciones episcopales y que los fieles que se preciaban de tales no deberian dirigirse sino á ellos. El clero intrigaba particularmente en el Vendee y en ciertos departamentos del medio dia, donde se concertaba con los emigrados. Se habia formado en Jalés, en los primeros dias de setiembre, un campamento federativo en el cual, bajo pretesto aparente de las confederaciones, querian los supuestos federados establecer un centro de oposicion á las medidas de la asamblea. Estas maniobras irritaron al partido popular, que conociendo su propia fuerza y cansado ya de moderacion, resolvió emplear un medio decisivo. Hemos visto ya los motivos que habian influido en la adopcion de la constitucion civil, cuyos autores eran los cristianos mas sinceros de la asamblea, pero irritados con tan injusta resistencia, resolvieron vencerla.

Sabido es que un decreto obligaba á todos los funcionarios públicos á jurar la nueva constitucion. Cuando se trató de este juramento cívico, el clero quiso siempre distinguir la constitucion eclesiástica de la civil y nadie se habia parado en ello. Pero en aquella circunstancia resolvió la asamblea exijir á los eclesiásticos un juramento rigoroso, que los pusiese en la necesidad de retirarse si no lo prestaban, ó en el caso contrario de cumplir

fielmente con sus funciones. Tuvo muy bien cuidado de declarar que no era su intento violentar las conciencias de nadie y que respetaria la determinacion de los que, considerando la religion comprometida por las nuevas leyes, no quisiesen jurar, pero que era indispensable conocerlos para no confiarles los nuevos obispados. Hasta aqui sus pretensiones eran justas y francas, pero añadia el decreto, que los que reusasen el juramento quedarian privados de ejercer sus funciones y de percibir las rentas, quedando ademas obligados por el buen ejemplo todos los diputados eclesiásticos, á jurar en el seno mismo de la asamblea ocho dias despues de haber sido sancionado el decreto.

El lado derecho se opuso fuertemente y Maury se entregó á su violencia acostumbrada, con el fin de que se le interrumpiese y tener motivo para quejarse; pero Alejandro Lameth que presidia, le mantuvo la palabra y le privó del placer de ser apeado de la tribuna. Mirabeau mas elocuente que nunca, tomó á su cargo la defensa de la asamblea, diciendo: « ¡ Vosotros perseguidores de la religion! « ¡ Vosotros que la habeis tributado un homenage « tan noble y tan delicado en el mas digno de « vuestros decretos! ¡Vosotros que consagrais á su « culto una parte considerable de las rentas pú- « blicas, cuya economía os recomendaban la pru-

« dencia y la justicia! ¡Vosotros que habeis hecho « intervenir la religion en la division del reino y « plantado la señal de la cruz en todos los límites « de los departamentos! ¡Vosotros en fin que sa- « beis que Dios es tan necesario á los hombres co- « mo la libertad! »

La asamblea decretó el juramento y el rey dió inmediatamente parte á Roma. El arzobispo de Aix, que al principio habia combatido contra la constitucion civil, haciéndose cargo de la necesidad de una pacificacion, se unió al rey y á algunos de sus cólegas mas moderados para solicitar el consentimiento del Papa. Los emigrados de Turín y los obispos oponentes de Francia escribieron á Roma en sentido enteramente opuesto, y el Papa, bajo varios pretestos, difirió su contestacion. Irritada con estas dilaciones la asamblea, insistió por obtener la sancion del rey, quien aunque decidido á ceder, se valia de las astucias ordinarias de la debilidad. Queria dejarse obligar para que se viese que no obraba libremente. En efecto aguardó á que estallase un motin y entonces se dió prisa á dar la sancion. Sancionado el decreto, quiso la asamblea ponerle en ejecucion inmediatamente y obligó á sus miembros eclesiásticos á jurar en su seno. Hombres y mugeres que hasta entonces habian manifestado poco celo por la religion, se pusieron de repente en movimiento para provocar

una negativa de parte de los eclesiásticos.* Algunos obispos y curas, prestaron el juramento, pero el mayor número se resistió con una moderacion fingida y una adhesion aparente á sus principios. Mas la asamblea persistió en el nombramiento de los nuevos obispos y curas párrocos y fué perfectamente auxiliada por los cuerpos administrativos. Los antiguos funcionarios eclesiásticos tuvieron la libertad de ejercer su culto á parte, y los que eran reconocidos por el estado ocuparon su puesto en las iglesias. Los disidentes alquilaron en Paris la iglesia de los Teatinos para sus ejercicios, con permiso de la asamblea, y la guardia nacional les protegió cuanto pudo contra el furor popular, que no siempre les dejó ejercer con sosiego su ministerio particular.

Se ha hablado mal de la asamblea por haber dado motivo á este cisma y por haber añadido una nueva causa de division á las que ya existian. En cuanto á sus derechos es evidente para todo hombre imparcial, que la asamblea no se excedia de ellos ocupándose de las cosas temporales de la iglesia. En cuanto á las consideraciones de prudencia se puede decir que poco se aventuraba despues de todo lo pasado, porque en efecto la corte, la nobleza y el clero habian perdido lo bastante y el

* Véase la nota 4 al fin del tomo.

pueblo adquirido lo sobrado para establecer una enemistad irreconciliable entre ellos y para que la revolucion tuviese el mismo éxito que ha tenido, aun sin los efectos del nuevo cisma. Por otra parte, cuando se iban destruyendo los abusos ¿podia la asamblea tolerar los de la antigua organizacion eclesiástica? ¿Podia tolerar que los ociosos viviesen en la abundancia, mientras que los curas párrocos, que son los únicos útiles, tenian á penas lo necesario?

NOTAS DEL TRADUCTOR

PERTENECIENTES AL CAPITULO PRIMERO.

PAGINA 5.

1 N. Conde de Hertzberg, ministro de Federico II rey de Prusia, mereció la mas completa confianza de aquel gran soberano y se la continuó su sucesor Federico Guillermo. Este fué el que dirigió y ejecutó la espedicion del duque de Brunswick en Holanda en 1785 y el que escitó de concierto con la Inglaterra á los Suecos, los Turcos y los Polacos contra Catalina II; pero engañado con las intrigas de Bischoffwerder y la política del emperador Leopoldo, tuvo el disgusto de ver que las conferencias de Reichembach habian terminado los negocios de un modo opuesto á sus miras. Entonces dió su dimision.

El origen de su gran fortuna no fué otro que una obra de literatura que habia escrito en su juventud, y por tanto se declaró protector de los literatos. Murió en Berlin en 1795 en una edad muy avanzada.

PAGINA 23.

2 Juan Bautista de Clootz, baron prusiano, conocido en la revolucion con el nombre de Anacharsis, nació en Cleves el 24 de junio 1755 y llegó á poseer un caudal considerable que disipó por falta de conducta. Dotado de talento natural y de una pasion fanática por la libertad, unidas á las sutilezas metafísicas que tanto agradan á los alemanes, produjeron en su celebro un cierto trastorno que sin llegar á privarle enteramente de razon, hicieron de él el loco mas original del mundo. Era sobrino de

UNIVERS

Cornelio Paw y quiso ser escritor como él. Viajó por diferentes reinos de Europa y frecuentó mucho en Inglaterra la sociedad de Burke, que era entonces del partido de la oposicion en el parlamento. Pero no podia satisfacerle por mucho tiempo la filosofia de aquel anciano, y solo la revolucion francesa le abria una carrera digna de su carácter. La primera escena en que se dió á conocer fué aquella célebre comparsa, conocida bajo el nombre de *Embajada del género humano*, en que se presentó nuestro Clootz el dia 19 de junio 1790 en la barra de la asamblea, seguido de una porcion de mozos de cordel, disfrazados con trages estrangeros, diciéndose diputados de todas las naciones. El se dió á sí mismo el título de *Orador del género humano* y pidió que le admitiesen en la federacion, lo que le fué concedido. El 22 de enero 1792 escribió á la asamblea una carta que principiaba así: « el « orador del género humano á los legisladores del género « humano, salud. » El 21 de abril del mismo año volvió á arengar en la barra acerca de la declaracion de guerra del rey de Hungria y Bohemia, proponiéndola ponerse á dieta durante un año y concluyendo con ofrecer un donativo patriótico de 12 mil francos. El 12 de agosto volvió á felicitarla por el suceso de la jornada del 10 y ofreció levantar una legion prusiana bajo el nombre de *legion vándala*, y en su discurso llamaba al rey de Prusia *el Sardanápalo del Norte*, llenando de dicterios á la emperatriz de Rusia y á la reina de Francia. El 27 vino tambien á proponer á la asamblea que pusiese á precio la cabeza del rey de Prusia, añadiendo que « Carlos IX habia teni« do un sucesor, pero que Luis XVI no le tendria. Voso« tros sabeis apreciar las cabezas de los filósofos; solo os « falta poner un precio á las de los tiranos. »

Pero en donde mas perdia la chabeta era en materias religiosas, pues se declaró *enemigo personal de Jesucristo*. En setiembre 1792 fué nombrado diputado á la convencion por el departamento del Oisa y votó la muerte de Luis XVI *en nombre del género humano*, comprendiendo tambien en su sentencia *al infame Federico Guillermo*.

Pero todas estas pruebas clásicas de liberalismo no le preservaron del cadalso, sino que habiendo inspirado sospechas á Robespierre fué condenado á muerte, como hebertista, el 24 de marzo 1794. Murió con mucho valor y cuando caminaba para el suplicio fué predicando á Hebert, para impedirle que cayera, segun le dijo, en ideas religiosas. Habia publicado una obra bajo el título de *República universal*, en que sienta el principio de que el pueblo es no solo soberano, sino tambien el único Dios, y que solo los tontos pueden creer en la existencia del Ser supremo.

PAGINA 24.

3 Este Montmorency es el conde Mateo de... que adoptó las ideas revolucionarias por persuasion de su suegro el duque de Luynes. Cuando se opuso al abate Maury en los términos que refiere el texto, se dijo en Paris *que este era el primer Montmorency que hubiese rendido las armas*. Despues que se concluyó la legislatura de la asamblea fue nombrado edecan del anciano Luckner y luego anduvo errante por la Suiza durante algun tiempo; pero habiendo vuelto á presentarse en Paris, le prendieron el 26 de diciembre 1795 y le soltaron al cabo de un mes. Desde entonces se curó de raiz de todas aquellas ideas desorganizadoras y se hizo administrador de los hospitales de Paris.

PAGINA 33.

4 Chabroud, natural de Vienne, era abogado cuando le nombraron diputado á los estados generales por el estado llano del Delfinado. El informe que dió á la asamblea en la ocasion de que habla el texto, le valió el apodo de *la lavandera Chabroud*, porque habia intentado sacar limpia la reputacion del duque de Orleans y de Mirabeau. Sus opiniones fueron siempre en el sentido del movimiento, y asi hallándose de presidente cuando Luis

XVI se quejó de la violencia con que el populacho le habia impedido ir á Saint Cloud, se contentó con responder « que era inseparable cierta inquietud de los pro- « gresos de la libertad. » Asi tambien se opuso á que se hiciesen los honores fúnebres al jóven Desilles, á quien habia asesinado la canalla de Nancy. Mas al contrario, tomó mucho empeño en que fuesen juzgados con la última severidad todos los cómplices en la fuga del rey, y tomó la defensa de una peticion para que se aboliese la monarquía. En julio 1792 publicó una obra con el título de *Proyecto de acta de union de todos los ciudadanos franceses*, en que proponia una especie de confederacion para defender la constitucion de 1791, que los jacobinos intentaban derribar. Con este motivo le acusó Manuel y le arrestaron, pero tuvo la fortuna de sobrevivir al régimen del terror. En 1795 llegó á ser miembro del tribunal de casacion y últimamente se redujo á abrir en Paris un gabinete de consultas para ganar de comer.

PAGINA 35.

5 J. F. Conde de Latour-du-Pin-Gouvernet nació en Grenoble 1728 y era teniente general de los reales ejércitos cuando le nombraron diputado por la nobleza de Saintes á los estados generales. A poco tiempo de abrirse estos últimos, fué nombrado ministro de la guerra y presentó un plan de organizacion del ejército. Amigo del órden y de la disciplina, se quejó muchas veces de las frecuentes insurrecciones que se observaban en el ejército, y aun quiso castigar á un sargento llamado Muschard, que habia levantado el sable contra su capitan; pero como este sargento pasaba por muy adicto á la revolucion, todo el lado izquierdo se declaró protector suyo y el ministro fué acusado de mal patriota. Cuando llegó el proceso de la reina fué llamado como testigo y tuvo valor para decir la verdad y ser justo con aquella princesa, tributándola en presencia de sus bárbaros jueces los respetos que la eran debidos. Por lo tanto, conducido él mismo pocos dias

despues ante el mismo tribunal, fué condenado á muerte el 28 de abril 1794 á la edad de 66 años.

PAGINA 41.

6 Manuel Francisco Duport Dutertre, abogado de Paris y ministro de la justicia en 1791 y 92, era hijo de un literato é hizo bien sus estudios en el colegio de Luis e Grande, donde adquirió cierta reputacion sobre todo de probidad. Todos los partidos á lo menos le han hecho esta justicia, y solo las ideas filosóficas le hicieron abrazar el de la revolucion. Lafayette fué quien se le designó al rey para el ministerio, en el cual hizo todo cuanto pudo por conformarse con la constitucion que acababa de plantearse; pero era tan imposible gobernar con ella como con la de Cadiz, y asi fué denunciado una multitud de veces. Despues de la fuga del rey á Varennes vino á presentar á la asamblea el sello del estado, segun la órden que le habia dado aquel príncipe, pero la asamblea le devolvió, y con él selló la órden para arrestarle. De resultas de la jornada del 10 de agosto fue proscripto y enviado á Orleans, donde pudo escapar de la matanza que hicieron de los presos en Versailles, y últimamente fué condenado á muerte el 28 de noviembre 1793 por corruptor de la libertad de imprenta, sin embargo de haberse justificado con el testimonio del mismo Marat. Cuando le leyeron la sentencia dijo « las revoluciones ma- « tan á los hombres : la posteridad les juzga!! » Habia nacido en Paris el 6 de mayo 1754.

PAGINA 41.

7 Duportail, ministro de la guerra en 1790, servia en el cuerpo de ingenieros antes de la revolucion y gozaba de la reputacion de buen oficial. Siendo todavia cadete en Mezieres sufrió algunos contratiempos, y aun estuvo preso por un alborotillo que se armó en la escuela para impedir que fuese admitido en ella un sobrino de un

empleado en el ministerio de la guerra. Luego le emplearon en América, donde se unió con Lafayette y contribuyó mucho á sus ventajas, de suerte que cuando volvió tenia ya el grado de brigadier. Habiendo pedido el rey de Nápoles algunos oficiales franceses para formar sus tropas, le enviaron á Duportail por el arma de ingenieros; pero permaneció allí muy poco tiempo por haberse desavenido con el general Salis-Marchulins que mandaba los guardias suizos en Nápoles. En 1788 le hicieron mariscal de campo, y con el apoyo de Lafayette ascendió al ministerio de la guerra en 1790 y acabó de revolucionar el ejército, permitiendo á los soldados que asistiesen á los clubs. Denunciado á la asamblea en 1791, tuvo precision de dar cuenta del estado en que se hallaban las plazas fronterizas, y fué tanto lo que le fastidiaron con los continuos chismes y contrariedades en todas las operaciones, que al fin dejó el ministerio á fines de aquel año. Luego le emplearon militarmente en la Lorena, pero su retiro no le puso al abrigo de las persecuciones, sino que en agosto 1792 le denunció Fauchet y salió un decreto de acusacion contra él. Se escondió en Paris durante 22 meses hasta que salió la ley que condenaba á muerte á todos los que ocultaban á los proscriptos, y no queriendo comprometer á sus favorecedores se determinó á pasar á América. Antes de embarcarse depositó en manos de dos notarios un escrito en que declaraba los motivos que le forzaban á abandonar su patria. En consecuencia de este hecho solicitó Mateo Dumas en el cuerpo legislativo el 18 de junio 1787 que se borrase su nombre de la lista de los emigrados y el permiso para volver á Francia, pero no tuvo efecto alguno porque murió durante la travesia.

PAGINA 44.

8 Talon era fiscal de la audiencia territorial de Chatelet, y el rey Luis XVI le habia confiado los fondos secretos de policia para ganar á los diputados. Despues del 10 de Agosto 1792 le acusaron de que se habia que-

dado con dos millones de francos. Lo cierto es que volvió á Francia en 1802 con un caudal considerable, y habiéndose comprometido en algunas intrigas contra ciertos personages de aquella época, le encerraron en el castillo de If en 1805.

PAGINA 44.

9 Antonio de Laporte, intendente de marina de Tolon antes de la revolucion y despues mayordomo del rey en 1790, 91 y 92, se manejó en este destino con el mayor desinteres y el mas acendrado zelo por la persona de Luis XVI. El fué quien presentó á la asamblea nacional el 21 de junio 1791 la declaracion que habia dejado hecha aquel príncipe antes de marchar á Varennes. El 28 de mayo 1792 le acusó Merlin de Thionville de haber quemado el dia anterior 52 legajos que contenian la correspondencia austriaca; pero los 52 legajos, que luego se redujeron á 30, no eran mas que la edicion de las memorias de Madama Lamotte contra la reina como se demostró despues. Sin embargo, habiéndole envuelto en la causa del rey, le encarcelaron el dia 11 de agosto y le condenaron á muerte el 28, como uno de los agentes de la conspiracion de Luis y de su familia contra el pueblo frances en la citada jornada del 10 de aquel mes 1792. Murió con un valor que admiró hasta sus propios verdugos, dirigiendo á los espectadores las siguientes palabras. «Ciu-« dadanos, en el momento en que voy á subir al suplicio « os declaro que muero inocente: plegue á Dios que mi « sangre ocasione la paz á mi patria.»

CAPITULO II.

Progresos de la emigracion. — Ataque del castillo de Vincennes por el pueblo amotinado. — Conspiracion de los caballeros del puñal. — Discusion de la ley sobre emigrados. — Muerte de Mirabeau. — Intrigas contrarrevolucionarias. — Fuga del rey y de su familia. , su detencion en Varennes y su vuelta á Paris. — Disposiciones de las potencias estrangeras; preparativos de los emigrados. — Declaracion de Pilnitz. — Ley marcial proclamada en el campo de Marte — El rey acepta la constitucion. — La asamblea nacional cierra sus sesiones.

La larga y última lucha entre el partido nacional y la clase privilegiada del clero, cuyas circunstancias principales hemos ya referido, acabó de dividir los ánimos. Mientras que el clero agitaba las provincias del oeste y del medio dia, los refugiados de Turin preparaban diversas tentativas que inutilizaba su propia debilidad y la anarquía que reinaba entre ellos. Se intentó conspirar en Lyon, donde anunciaban la próxima venida

de los príncipes y una distribucion abundante de mercedes, llegando hasta ofrecer que aquella ciudad seria capital del reino, en lugar de Paris, que habia desmerecido el favor de la corte. Avisado el rey de aquellas intrigas, cuyo suceso no preveia, ni tal vez deseaba, porque desesperaba de gobernar á la aristocracia victoriosa, hizo cuanto pudo para oponerse á ellas. Se descubrió la conspiracion á fines de 1790 y sus agentes principales fueron entregados á los tribunales. Este último reves decidió á la emigracion á trasladarse desde Turin á Coblentz, donde se fijó definitivamente en territorio del elector de Tréveris con no poco menoscabo de su autoridad que los emigrados usurparon del todo. Ya hemos dicho que los individuos de aquella nobleza escapada de Francia se dividian en dos partidos: los unos, que eran los antiguos palaciegos colmados de favores y formando lo que se llamaba la corte, querian apoyarse en la nobleza de las provincias, pero sin repartir con ella ni el influjo ni la autoridad, por cuyo motivo preferian recurrir á los estrangeros. Los otros que contaban mas con su espada que con ageno auxilio, querian sublevar las provincias del medio dia despertando el fanatismo. Vencieron los primeros y por eso se decidió la traslacion á Coblentz, sobre la frontera del norte, para aguardar alli á las potencias. En vano insis-

tieron los que querian combatir en el medio dia, porque se prefiriese el auxilio del Piamonte, de la Suiza y de la España, que eran aliadas fieles y desinteradas, y porque se dejase á su inmediacion un gefe respetable; mas no lo consintió la aristocracia dirigida por Calonne. En nada habia variado sus costumbres aquella aristocracia con su salida de Francia, sino que continuaba tan frívola, tan altanera, tan incapaz y tan pródiga en Coblentz como en Versalles, ostentando todavia mas vicios en medio de las penurias del destierro y de la guerra civil. No tenia reparo en humillar á aquellos hombres intrépidos, que ofrecian combatir en el medio dia y que preguntaban bajo qué título servirian, calificándolos de *paisanos.* * Solo se quedaron en Turin algunos agentes subalternos, émulos unos, de otros que se tiraban reciprocamente, imposibilitando toda operacion. El príncipe de Condé, que parecia haber conservado toda la energía de su estirpe, gozaba de poco favor con una parte de la nobleza, y asi se situó cerca del Rhin con todos aquellos que á su ejemplo querian batirse y no intrigar.

Aumentábase diariamente la emigracion y se cubrian los caminos de nobles que se figuraban cumplir con un deber sagrado, corriendo

* Véase la nota 5 al fin del tomo.

á tomar las armas contra su patria, y las mismas mugeres para manifestar su horror á la revolucion, abandonaban el suelo frances. En una nacion en que todo se hace por arrebato y por moda se emigraba por imitacion, sin apenas despedirse los que se ausentaban; tal era su persuasion de que el viage seria corto, y la vuelta inmediata. Los revolucionarios de Holanda, vencidos por su general y abandonados por sus aliados, habian cedido en pocos dias, y lo mismo habia sucedido en el Brabante, de donde inferian los imprudentes emigrados la consecuencia de que bastaria una sola campaña, para someter la revolucion francesa y restablecer el poder absoluto en todo su vigor sobre la Francia avasallada.

Irritada mas bien que asustada de su presuncion, habia la asamblea propuesto medidas que siempre se habian ido dilatando. Las tias del rey juzgaron que su conciencia se hallaba comprometida en Paris y quisieron ir á buscar su salvacion cerca del Papa. Salieron para Roma, pero en el camino fueron detenidas por la municipalidad de Arnay-le-Duc. Luego que se supo la noticia en Paris, corrió el pueblo al palacio que habitaba el hermano mayor del rey, quien, segun decian, pensaba tambien en fugarse; pero habiéndose presentado aquel señor y prometido que no abandonaria al rey, se tranquilizó el pueblo. La asam-

blea se puso á deliberar sobre la salida de las tias del rey y ya se prolongaba demasiado la discucion, cuando Menou la dió fin con una chufleta diciendo, «Se admirará la Europa cuando sepa «que una grande asamblea ha malgastado mu«chos dias en decidir si dos viejas irian á oir mi«sa á Roma ó en Paris.» Sin embargo, se encargó á la comision de constitucion que propusiese una ley sobre la residencia de los empleados públicos y sobre la emigracion. Por el decreto que se adoptó á propuesta suya despues de una discusion muy reñida, se obligaba á los empleados públicos á que residiesen en el lugar de sus funciones; y al rey, como el primero de todos, se le prohibia alejarse del cuerpo legislativo durante el tiempo de cada sesion, y en ningun caso salir del reino. La pena que se imponia á los contraventores era la destitucion.

Mientras tanto el rey, no pudiendo tolerar ya las trabas que se le imponian y las menguas sucesivas de su autoridad, decretadas por la asamblea, atormentado ademas en su conciencia desde los últimos decretos sobre los eclesiásticos, se hallaba decidido á escaparse. Todo el invierno se habia pasado en preparativos y en escitar el celo de Mirabeau, ofreciéndole cuanto quisiese, si lograba poner en libertad á la familia real; y él por su parte seguia su plan con la

mayor actividad. Lafayette acababa de romper con los hermanos Lameth, para quienes habia llegado á hacerse sospechoso por su adesion á la corte, y como no podian recelar de su integridad, como de la de Mirabeau, echaban la culpa á su falta de talento, diciendo que se dejaba engañar. Los enemigos de los Lameth atribuian á la envidia que les inspiraba el poder militar de Lafayette sus murmuraciones contra este general; asi como á los celos de su superioridad oratoria las voces que esparcian contra Mirabeau. Lo peor que hicieron fué unirse, á lo menos en apariencia, con los amigos del duque de Orleans, y aun se dijo que intentaban proporcionar á uno de ellos el mando de la guardia nacional. Carlos Lameth era quien aspiraba á la ambicion de este mando, lo cual en opinion de muchos fué el verdadero motivo de las perpetuas dificultades que se suscitaron despues á Lafayette.

El dia 28 de febrero el pueblo, escitado segun decian por el duque de Orleans, se reunió en tumulto al rededor del castillo de Vincennes, destinado por la municipalidad á custodiar los presos que estaban amontonados en las cárceles de Paris. Empezaba el ataque del castillo como si fuese una nueva Bastilla; pero Lafayette acudió á tiempo y dispersó los habitantes del arrabal de San Antonio, capitaneados por Santerre [1] para

esta espedicion. Mientras que Lafayette restablecia el órden en aquel barrio de Paris, otras dificultades le aguardaban en el palacio de Tullerias. Al oir la noticia de que habia estallado un motin, muchos de los palaciegos acudieron en número de algunos centenares con armas ocultas, como cuchillos de caza y puñales. La milicia nacional, que estaba de guardia en palacio, admirada de ver tanta gente, concibió alguna inquietud y quitó las armas á algunos de aquellos hombres, no sin maltratarlos; pero sobrevino Lafayette é hizo evacuar el palacio apoderándose de las armas. Al instante corrió la voz de lo que acababa de pasar y los desarmados fueron designados con el apodo *de caballeros del puñal*, por habérseles encontrado á muchos esta clase de armas; pero ellos sostuvieron siempre que solo habian acudido á defender la persona del rey amenazada. Díjose que habian intentado sacarle de palacio y, segun costumbre, el suceso dió lugar á muchas calumnias recíprocas. Esta escena determinó la verdadera situacion de Lafayette, pues se demostró con mas claridad que nunca que colocado entre los partidos mas opuestos, su mision era proteger la persona del rey y la constitucion. Con esta doble victoria, crecieron su popularidad, su poder y el ódio de sus enemigos. Mirabeau que tenia el defecto de querer aumentar la desconfianza de la

corte con respecto á Lafayette, pintó su conducta en aquella ocasion, como el resultado de una hipocresía profunda, añadiendo que bajo las apariencias de moderacion y de querer hacer guerra á todos los partidos, propendia á la usurpacion. Dominado por su mal humor, designaba á los Lameth como unos perversos ó mas bien insentatos, que unidos con el duque de Orleans, no contaban mas que con unos treinta partidarios en la asamblea. En cuanto al lado derecho, decia redondamente Mirabeau, que no se podia contar con él para nada, y solo se fiaba en los tres ó cuatrocientos diputados libres de todo empeño y siempre dispuestos á decidirse por lo que les dictaba su razon ó la elocuencia de los oradores.

Lo único exacto y verdadero que habia en este cuadro era el cómputo de la fuerza respectiva de los partidos y la opinion acerca de los medios de dirigir la asamblea, porque en efecto la gobernaba Mirabeau, dominando á todos los que no tenian compromisos anteriores. En aquel mismo dia 28 de febrero, ejercia casi por la última vez su imperio desenmascarando su ódio contra los Lameths y desplegando contra ellos su terrible poder.

Iba á discutirse la ley sobre la emigracion presentada por Chapellier en nombre de la comision, y este se mostraba penetrado de la indignacion general contra aquellos franceses que abandonaban

su patria; pero declaraba al mismo tiempo que despues de muchos dias de reflexiones habia reconocido la comision lo imposible, que era hacer una ley contra la emigracion. Era en efecto muy dificil hacerla, porque ante todas cosas era indispensable resolver si habia derecho para sujetar á nadie á no salir de su pais, y aun cuando en efecto exista tal derecho en los peligros notorios de la patria, era preciso hacer distincion entre los motivos que pudieran tener los viajantes, lo cual no dejaba de ser un poco inquisitorial, debiendo tambien entrar en cuenta su calidad de franceses ó de estrangeros, de emigrados ó de meros comerciantes. Era pues la ley muy dificil por no decir imposible, y asi añadió Chapellier que la comision, deseando obedecer las órdenes de la asamblea, habia redactado una que si se queria iba á leerla, pero que advertia de ante mano que violaba todos los principios. «Que se lea.... que no se lea.... » gritaban los diputados por todas partes y muchos de ellos pidieron la palabra. Mirabeau la pidió tambien y no solo la obtuvo, sino lo que es mas, impuso silencio para leer una carta muy elocuente, dirigida por él en otro tiempo á Federico Guillermo, en la que reclamaba la libertad de emigrar como uno de los derechos mas sagrados del hombre, el cual no estando apegado á la tierra con raices como los árboles, solo debia

fijarse en ella para su propia felicidad. Tal vez Mirabeau para adular á la corte, pero sobre todo por conviccion, repelia como tiránica toda medida contraria á la libertad individual de ir y venir donde se quisiese. Se abusaba sin duda de aquella libertad en el momento, pero la asamblea descansando en su propia fuerza, habia tolerado tantos excesos de la imprenta cometidos contra ella misma, habia disimulado tantos intentos vanos contentándose con despreciarlos, que bien se la podia aconsejar que persistiese en el mismo sistema. La opinion de Mirabeau fué muy aplaudida; pero no por eso dejaron de insistir en que se leyese el proyecto de ley, lo cual tuvo que hacer Chapellier. Principiaba el proyecto por proponer en los casos de turbulencia la institucion de una comision dictatorial, compuesta de tres individuos, los cuales habian de designar nominalmente y á su arbitrio las personas que habian de gozar de la libertad de salir fuera del reino. Estallaron grandes murmullos al oir aquella sangrienta ironía que demostraba la imposibilidad de semejante ley. « Vuestros murmullos me han consolado, excla-
« mó Mirabeau, porque veo que vuestros corazo-
« nes están acordes con el mio en repeler tan
« absurda tiranía. Por lo que hace á mí, me creo
« exonerado de todo juramento con respeto á los
« que tengan la infamia de admitir una comision

« dictatorial. » Se oyeron vivas aclamaciones en el lado izquierdo. « Si, lo juro, repitió Mirabeau, y volviéndole á interrumpir de nuevo, replicó con una voz tremenda : « Esta popularidad que yo am-« bicioné y que he disfrutado como cualquiera otro, « no es una caña débil, sino que la plantaré « profundamente en la tierra y la haré brotar « sobre el terreno de la justicia y de la razon.... » Toda la concurrencia prorrumpió en aplausos y entonces añadió el orador. « Si se vota la ley de emi-« gracion, juro desobedecerla. » Bajó Mirabeau de la tribuna despues de haber admirado á la asamblea é impuesto á sus enemigos, pero sin embargo continuó la discusion, queriendo unos que se suspendiese para tener tiempo de hacer una ley mejor, mientras que otros exigian que se declarase inmediatamente que no se haria ninguna, con el fin de calmar al pueblo y poner término á sus agitaciones. Mas al ver que se aumentaban los murmullos, los gritos y los aplausos, volvió á pedir Mirabeau la palabra con un tono de exigencia, oido lo cual esclamó Mr. Goupil [2] ¿ y cuáles son los titulos en cuya virtud Mr. de Mirabeau ejerce aquí su dictadura? Mirabeau sin hacerle caso, corre hácia la tribuna. « No he concedido todavía la palabra, dice el presidente, la asamblea decidirá. » Pero sin decidir nada la asamblea se pone á escuchar con atencion: « Ruego á los interrupto-

« res, dijo Mirabeau, que se acuerden de que toda « mi vida he combatido contra la tiranía y que « la combatiré en cualquier parte que la halle sen- « tada. » Al pronunciar estas palabras, echó una larga mirada de la derecha á la izquierda y numerosos aplausos acompañaron su voz. « Suplico á « Mr. Goupil que se acuerde que padeció en otro « tiempo una solemne equivocacion sobre un cier- « to Catilina, cuya dictadura recela en este dia: « ruego tambien á la asamblea que se digne ad- « vertir que la cuestion de suspender la discusion, « aunque aparentemente sencilla, encierra otras « miras ocultas, como por ejemplo la de suponer « que se ha de hacer otra ley. » Se oyen nuevos murmullos á la izquierda. « Callen los treinta! ¡ « esclamó el orador fijando la vista en los bancos « donde se sentaban Barnave y los Lameths. Ul- « timamente añadió, yo no tendré reparo en vo- « tar la suspension si se quiere, pero con la con- « dicion de que se decrete que desde hoy hasta que « cumpla el plazo, no han de estallar nuevas sedi- « ciones. » Estas últimas palabras excitaron unánimes aclamaciones, mas apesar de eso se votó la próroga de la discusion, aunque por una mayoría tan corta que ofreció dudas y fué necesaria segunda votacion.

En esta ocasion impuso respeto Mirabeau por su estraordinaria osadía, y nunca tal vez habia

subyugado á la asamblea con tanto imperio; pero se aproximaba el término de su existencia, y estos eran ya sus últimos triunfos. Ciertos presentimientos de muerte se mezclaban á sus vastos proyectos y contenian algunas veces sus ímpetus: mas con todo, su conciencia estaba satisfecha, y la estimacion pública unida con la suya propia, le daban la confianza de que si no habia hecho todavía lo bastante para salvar al estado, habia hecho á lo menos lo suficiente para su propia gloria. Pálido y con los ojos hundidos, se presentaba á la tribuna enteramente demudado y le acometian á menudo desmayos repentinos. Sus excesos en los placeres y en el trabajo, juntamente con las emociones de la tribuna, habian minado en poco tiempo aquella naturaleza tan vigorosa. El uso de los baños compuestos con cierta disolucion de sublimado producia aquel color verde que se notaba en su semblante y que se atribuia al veneno; la corte estaba inquieta, todos los partidos atónitos, y antes de que se verificase su muerte cada uno procuraba indagar las causas de ella. La última vez que subió á la tribuna tomó cinco veces la palabra; pero quedó tan debilitado, que no volvió á asistir á la asamblea, sino que desde la tribuna pasó al lecho de la muerte del cual salió para el Pantheon. Habia exigido de Cabanis [3] que no se llamasen médicos; pero se le desobedeció, y cuando llegaron

le encontraron ya casi muerto y con los pies insensibles. Su cabeza resistió hasta el último instante. Un pueblo inmenso se agolpaba al rededor de su casa y ocupaba todas las avenidas, guardando el mas profundo silencio; á cada minuto enviaba la corte recados y mas recados, y se trasmitian de boca en boca los boletines de su salud, esparciendo por todas partes un general sentimiento, segun iba progresando el mal. Rodeado de sus amigos, espresaba Mirabeau la pena que le causaba ver sus trabajos interrumpidos y se echaba de ver algun orgullo de sus pasadas tareas. « Sostenme, « le decia á su criado, sosten esta cabeza que es « la mas fuerte de Francia. » Se mostró muy agradecido al amor que le manifestaba el pueblo, y la visita de su adversario Barnave que vino á verle en nombre de los jacobinos, le causó una dulce conmocion. Todavía le ocupaban los negocios públicos. En aquel mismo momento discutia la asamblea una ley sobre testamentos, y el moribundo llamó á Mr. de Tayllerand y le entregó un discurso que acababa de redactar. « Gracioso será, le dijo, oir hablar contra los testamentos á un hombre que ya no existe, y que acaba de hacer el suyo. » En efecto habia querido la corte que le hiciese, ofreciendo cumplir todos sus legados. Volviendo entonces la vista sobre Europa, y adivinando los proyectos de Inglaterra, « Este Pitt, dijo, es el mi-

« nistro de los preparativos, gobierna con amenazas; yo le daria que hacer si viviera. » Vino el cura de su parroquia á ofrecerle su asistencia y le dió gracias con mucha política, diciéndole con sonrisa que le admitiria con mucho gusto si no tuviese en su casa á su superior eclesiástico, el señor obispo de Autun. Mandó abrir las ventanas y dijo á Cabanis, «amigo mio, moriré hoy mismo y ya no « me queda mas que rodearme de perfumes, co- « ronarme de flores y entregarme á la música para « entrar con quietud en el eterno sueño. » Estos discursos tan nobles y serenos eran interrumpidos de cuando en cuando por acervos dolores. «me habiais prometido, dijo á sus amigos, ahor- «rarme estos tormentos inútiles. » Al decir estas palabras pidió ópio con mucha instancia, y como se le reusaban, lo exigió con su acostumbrada violencia. Para darle satisfaccion le engañaron, presentándole una copa y persuadiéndole que estaba llena de ópio; la cogió con sosiego, tragó el brevaje que creia ser mortal y pareció satisfecho. Un instante despues espiró el dia 2 de abril de 1791. Al instante se esparció la noticia en la corte, en la ciudad y en la asamblea. Todos los partidos esperaban en él, y todos, escepto los envidiosos, esperimentaron un síncero dolor. La asamblea interrumpió sus trabajos, mandó que se observase un luto general y que se preparasen magníficos funera-

les. Al designar algunos diputados para asistir á la ceremonia, *iremos todos*, fué el grito universal. La iglesia de Santa Genoveva fué destinada para Panteon, con una inscripcion que ya no existe en el momento en que refiero estos hechos.*

A LOS GRANDES HOMBRES LA PATRIA RECONOCIDA.

Mirabeau fué el primero que colocaron al lado de Descartes. Al dia siguiente se celebraron los funerales, á que asistieron todas las autoridades, el departamento, las municipalidades, las sociedades populares, la asamblea y el ejército. Un mero orador obtuvo mas honores que jamas hayan recibido los pomposos atahudes que antes iban á Saint Denis. Asi acabó aquel hombre estraordinario, que despues de haber atacado con audacia y vencido á las antiguas razas, se atrevió á emplear sus esfuerzos contra las nuevas que le habian ayudado á vencer, á contenerlas con sola su voz y hacérsela amable aun cuando la empleaba contra ellos; aquel hombre en fin que hizo su deber, movido de la razon y de su génio, y no por un poco de oro con que se intentó dar pábulo á sus pasiones; y que tuvo el honor singular en un tiempo en que todas las popularidades acabaron por disgustar al pueblo, de ver la suya no ceder mas que á la muer-

* Ya se ha vuelto á reponer de resultas de la revolucion del año 30.

te. ¿Pero quién se atreverá á decir que él hubiera bastado para inspirar resignacion en la corte y moderacion en el corazon de los ambiciosos? ¿Hubiera él podido decir á los tribunales populares que querian brillar á su vez « *paraos y permaneced en vuestros obscuros arrabales?* » ¿Hubiera bastado su voz para decirle á Danton (aquel otro orador del populacho), « *detente en tu seccion y no subas mas arriba?* » Solo Dios lo sabe; pero lo cierto es que en el momento de su muerte, todos los intereses inciertos se habian puesto en sus manos y contaban con él. Mucho tiempo duró el sentimiento de su muerte, y en la confusion de las disputas parlamentarias solian dirigirse las miradas hácia el asiento que él habia ocupado, como si invocáran aquel que con una palabra feliz solia terminarlas. Ya no está aquí Mirabeau, exclamó un dia Maury al subir á la tribuna: ya no me impedirá nadie hablar.

Con la muerte de aquel grande hombre se estinguió todo el valor de la corte, y otros nuevos acontecimientos vinieron á precipitar su resolucion de fuga. El dia 18 de abril quiso el rey ir á Saint Cloud, y se estendió la voz de que no queriendo servirse de un sacerdote juramentado para cumplir con el precepto pascual, se habia propuesto retirarse al sitio durante la semana santa, añadiendo algunos otros que su proyecto era huir. Inmediatamente se arremolinó el pueblo y detu-

Biblioteca Universitaria Oviedo

vo los caballos. Luego que lo supo Lafayette, se presentó á S. M. y le suplicó que se estuviese en el coche, porque iba á hacerle abrir paso. Con todo eso el rey se apeó y no quiso permitir ninguna tentativa violenta, como que habia tomado por empeño aparentar que no estaba libre. Segun el dictámen de sus ministros, se dirijió á la asamblea para quejarse del ultraje que acababa de recibir, y en efecto le acogió con el respeto ordinario, prometiendo hacer cuanto dependiese de ella para asegurar su libertad. Salió de alli Luis XVI cubierto de aplausos de todas partes menos del lado derecho. El 23 de abril, siguiendo un consejo que le dieron, hizo que el ministro Montmorin escribiese una carta á los embajadores estrangeros, en la cual desmentia todas las voces que corrian fuera de Francia sobre sus intenciones, declarando á las potencias que él habia prestado juramento á la constitucion y que estaba dispuesto á cumplirle, declarando enemigos suyos á todos los que insinuasen lo contrario. Las espresiones de aquella carta eran espresamente exageradas, á fin de que pareciese arrancada por la violencia, y aun asi mismo se lo declaró el rey al enviado de Leopoldo. Este príncipe recorria entonces la Italia y se encontraba en aquel momento en Mantua, donde Calonne estaba negociando cerca de su persona. Pocos dias despues vino de

aquella ciudad un enviado suyo, que fué Mr. Alejandro de Durfort, para informarse de las disposiciones del rey y de la reina. Lo primero que les preguntó fué acerca de la carta escrita á los Embajadores y se le respondió que bastaba ver su lenguage para conocer que era dictada por la fuerza: luego se informó acerca de las esperanzas que tenian, y se le dijo que ningunas despues de la muerte de Mirabeau: últimamente quiso informarse acerca de sus disposiciones respecto del Sr. Conde de Artois y se le aseguró que eran escelentes.

Para comprender el motivo de estas preguntas, es preciso saber que el baron de Breteuil era enemigo declarado de Calonne, y que su enemistad no se habia calmado nada con la emigracion, antes por el contrario, estando encargado con plenos poderes de Luis XVI * cerca de la corte de Viena, no hacia otra cosa que oponerse á todos los proyectos de los principes. Siempre le decia á Leopoldo que el rey no queria deber su salvacion á los emigrados porque temia sus exigencias, y que la reina personalmente estaba reñida con el conde de Artois. Bastaba que Calonne propusiese algo para la salvacion del trono, para que él propusiese lo contrario y nada omitia para destruir el efecto de aquella nueva negociacion. El

* Véase sobre esto á Bertrand de Molleville,

conde de Durfort volvió á Mantua, y el dia 20 de mayo 1791 prometió Leopoldo que haria marchar 35 mil hombres á Flandes y 15 mil á la Alsacia, anunciando que igual número de Suizos debia dirigirse hacia Lyon, otros tantos Piamonteses hacia el Delfinado y que la España reuniria 20 mil hombres. El emperador prometia la cooperacion del rey de Prusia y la neutralidad de Inglaterra. Al mismo tiempo habia de publicarse una protesta en nombre de la casa de Borbon, que firmarian el rey de Napoles, el de España, el infante de Parma y los príncipes expatriados. Hasta aquel caso se exigia el más profundo secreto. Igualmente se le recomendaba á Luis XVI que no pensase en escaparse, aunque habia manifestado deseos de hacerlo, al paso que Breteuil insistia en aconsejar al rey que huyese sin dilacion. Es muy posible que estos consejos fuesen dados por una y otra parte de muy buena fé, pero lo que no puede dudarse es que eran dictados por el interes de cada uno de ellos. Como Breteuil tenia empeño en combatir la negociacion de Calonne en Mantua, aconsejaba la partida, y como este último sabia que en cuanto Luis XVI pisase la frontera se acababa su mando, le insinuaba que se estuviese quieto. Sea de esto lo que se quiera, el rey se decidió á marchar y se le oyó decir muchas veces y de muy mal humor

« Breteuil se empeñó en ello » * Entonces escribió á Bouillé diciendo que estaba resuelto á no diferirlo por mas tiempo, aunque á la verdad sus intenciones no eran de salir del reino, sino retirarse á Montmedy, desde donde en caso necesario podia apoyarse en el Luxemburgo y recibir auxilios estrangeros. Se prefirió la ruta de Chalons por Clermont y Varennes contra el dictámen de Bouillé, y se hicieron todos los preparativos para salir el dia 20 de junio. El general reunió las tropas en que tenia mayor confianza, y bajo pretesto de que habia observado movimientos en la frontera, preparó un campamento en Montmedy y reunió allí muchos forrages. La reina estaba encargada de los preparativos desde Paris hasta Chalons, y Bouillé desde Chalons á Montmedy. Varios cuerpos de caballeria poco numerosos debian dirijirse, bajo pretesto de escoltar una conducta de dinero, á diferentes puntos del camino y recibir al rey á su paso, proponiéndose el mismo Bouillé adelantarse á cierta distancia de Montmedy. La reina se habia asegurado de una puerta escusada para salir del palacio, y la familia real debia viajar con nombre estrangero y con pasaportes falsos. Todo estaba preparado para el dia 20, pero un temor infundado hizo retardar el via-

* Véase á Bertrand de Molleville.

je hasta el dia siguiente, cuyo retardo fué bien fatal á aquella desgraciada familia. No sabia Lafayette una palabra de semejante viaje ni tampoco el ministro Montmorin, á pesar de la confianza con que le honraba la corte: solo las personas indispensables tenian conocimiento de él. Verdad es que habian corrido voces de que se proyectaba una fuga, bien fuese porque hubiera traspirado alguna indiscrecion ó por la general inquietud que era tan comun en aquella época. Sea lo que fuese, lo cierto es que la comision de vigilancia tuvo viento de ella y que se aumentó el recelo de la guardia nacional.

A las doce de la noche del 20 de junio salieron de palacio el rey, la reina, madama Isabel y madama de Tourzel, aya de los infantes [4], todos disfrazados. Esta última con los niños se dirijió á la plazuela del Carrousel y montó en un coche conducido por Mr. de Fersen, [5] que era un señorito estrangero, disfrazado de cochero. El rey no tardó en reunirse con ellos, pero la reina, que habia salido con un guardia de corps, les causó á todos la mayor inquietud, porque ni ella ni su guia conocian las calles de Paris y anduvieron perdidos sin encontrar la plazuela hasta mas de la una de la noche, siendo lo particular que en el camino se encontraron con el coche de Mr. de Lafayette, cuyos criados llevaban hachas encendi-

das. La reina se escondió bajo los postigos del Louvre y habiendo escapado de aquel peligro, llegó por fin al coche donde la esperaban con impaciencia. Reunida ya toda la familia, se pusieron en marcha y llegaron despues de otro largo rodeo por ignorar el camino hasta la puerta de San Martin, donde montaron en otro coche tirado de seis caballos, que les estaba allí esperando. Madama de Tourzel pasaba en el viaje por ser una madre que caminaba con sus hijos; y el rey era su ayuda de cámara; los tres guardias de corps disfrazados debian preceder el carruage en calidad de correos, ó seguirle como criados. Echaron por fin á andar, acompañados de los mejores deseos de Mr. de Fersen, que se volvió á Paris para desde allí tomar el camino de Bruselas. En el mismo momento el hermano mayor del rey se dirigia con su esposa á Flandes por otro camino para evitar sospechas, y para que no faltasen caballos en el camino.

Toda la noche estuvieron viajando el rey y su familia sin que en Paris se supiese la menor cosa, como que Mr. de Fersen estuvo á las ocho en el ayuntamiento para averiguar lo que se decia, y todavia no se sabia nada. Mas no tardó en correr la voz por toda la ciudad y Lafayette reunió sus dos edecanes, mandándoles que montasen inmediatamente á caballo, pues aunque no creia

que alcanzasen al rey, era necesario cubrir el espediente. Tomó sobre sí la responsabilidad de la órden que les daba, y supuso al redactarla que los enemigos de la causa pública habian arrebatado por fuerza á la familia real. Esta suposicion respetuosa fué admitida por la asamblea y repetida por todas las autoridades, al mismo tiempo que el público culpaba al general de haber facilitado la evasion del rey, y luego los aristócratas le acusaban de que le habia dejado escapar, con el objeto de prenderle despues y perderle en la opinion con aquella vana tentativa. Sin embargo, si Lafáyette hubiera querido favorecer la fuga del monarca, ¿habría enviado sin órden de la asamblea dos edecanes en persecucion suya? Y si fuera cierto lo que suponian los aristócratas, ¿le habría dejado tomar toda una noche de delantera? El pueblo no tardó en desengañarse y Lafayette recuperó su anterior aprecio.

A las nueve de la mañana se reunió la asamblea con la misma magestad imponente que en los primeros dias de la revolucion. Todos convinieron en suponer que al rey se le habia llevado, y durante toda la sesion reinó la mayor calma y la mas perfecta conformidad, aprobándose espontáneamente todas las medidas tomadas por Lafayette. El pueblo habia arrestado á los edecanes en las barreras, pero la asamblea, cuyas órdenes eran obe-

decidas de todos, les hizo abrir las puertas. Uno de ellos que era el mas jóven de los Romeuf [6] llevó consigo el decreto que confirmaba las órdenes ya espedidas por el general y mandaba á todos los empleados públicos, que *detuviesen*, por todos los medios posibles, *las consecuencias de dicho rapto é impidiesen la continuacion del viage.* Por las señas é indicaciones que dió el mismo pueblo tomó Romeuf el camino de Chalons, que era el verdadero, como que habian visto pasar por él un coche con seis caballos. Luego mandó la asamblea comparecer á los ministros y decretó que no recibiesen órdenes de nadie sino de ella misma. Al tiempo de partir habia Luis XVI mandado al ministro de la justicia que le entregase el sello del estado, y la asamblea decidió que este mismo sello se conservára para sus decretos, mandando al mismo tiempo que se pusiesen las fronteras en estado de defensa, y que el ministro de relaciones esteriores asegurase á las potencias, que las disposiciones de la nacion francesa no habian sufrido alteracion alguna respecto de ellas.

Luego se dió audiencia al mayordomo mayor Mr. de Laporte, el cual habia recibido diferentes órdenes del rey, entre otras una esquela, que suplicó á la asamblea que no se abriese, y una memoria que contenia los motivos del viage. La asamblea, que siempre estaba pronta á respetar todos

los derechos, devolvió sin abrir la esquela que Mr. de Laporte queria tener reservada, y mandó que se leyese la memoria. Fué escuchada esta lectura con el mayor silencio y no produjo casi ninguna impresion. En ella se quejaba el rey de la pérdida de su poder y dignidad, y se mostraba tan sentido de ver reducida su lista civil á treinta millones de francos, como de haber perdido todas sus prerrogativas. La asamblea escuchó todos estos duelos del monarca, compadeció su debilidad y pasó adelante.

Poquísimas personas deseaban en aquel momento el arresto de Luis XVI. Los aristócratas veian cumplido en su fuga el mas ardiente de sus deseos, y se lisongeaban con una próxima guerra civil. * Los miembros mas exaltados del partido popular que ya principiaban á fastidiarse de tener un rey, celebraban que su ausencia les proporcionase la ocasion de pasar sin él y concebian la idea y la esperanza de una república. Toda la parte moderada que en aquel tiempo dominaba en la asamblea, deseaba que el rey llegase sano y salvo á Mont-

* Estas suposiciones de Mr. Thiers son demasiado injuriosas para que deban admitirse sin prueba. La aristocracia podia desear la continuacion de privilegios injustos, en lo cual hacia muy mal, pero de esto á desear la guerra civi hay tantos grados de perversidad, que no pueden suponerse ligeramente. *(N. del T.)*

medy, lisonjeándose, atendida su equidad natural, que seria mas fácil un acomodo entre el rey y la nacion. No se miraba entonces con tanto asombro como antiguamente el ver á un monarca amenazando la constitucion del estado en medio de un ejército, y el pueblo solo era el que temia, porque asi se lo habian inspirado, y el que deseaba con ansia el arresto del rey, no la asamblea. Tal era el estado de las cosas en Paris.

Los viageros, que habian salido en la noche del 20 al 21, habian vencido sin obstáculo una gran parte del camino y llegado sin tropiezo á Chalons en aquel mismo dia á las cinco de la tarde. Alli, por la manía que tenia el rey de asomarse á la portezuela, no faltó quien le conociese y quien quiso revelar el secreto; pero se lo estorbó el corregidor, que era un realista á toda prueba. Mas al llegar la real familia á Pont-de-Sommeville no encontró los destacamentos que debian estarla esperando, y eso que los tales destacamentos habian estado aguardando allí muchas horas; pero la conmocion del pueblo que se inquietaba con aquellos movimientos de tropas les obligó á retirarse. Sin embargo llegó el rey á Sainte Menehould, donde sacando la cabeza por la portezuela fué conocido por Drouet, hijo del maestro de postas y revolucionario de primer órden. [7] Inmediatamente aquel jóven, viendo que no podia detener el

coche en Sainte Menehould, echó á correr para Varennes. Un honrado sargento que habia observado su prisa y que sospechó el motivo, echó á correr detras de él para detenerle, pero no le pudo alcanzar. Fué tanta la diligencia que hizo Drouet, que llegó á Varennes antes que la familia real, é inmediatamente dió aviso á la municipalidad é hizo tomar todas las medidas necesarias para el arresto. Está situada Varennes á la orilla de un riachuelo estrecho pero profundo, donde estaba de guardia un destacamento de húsares; pero como el oficial no veía llegar la conducta que le habian anunciado, habia dejado su tropa en el cuartel. Llegó por fin el coche y pasó el puente, pero apenas hubo entrado en una especie de bóveda que era preciso atravesar, cuando Drouet, acompañado de otro individuo, detiene los caballos y amenazando con un fusil á los viageros, les pide que presenten sus pasaportes. Inmediatamente se le entregaron y cogiéndole Drouet, dice que debe examinarle el procurador síndico del ayuntamiento, llamado Sausse, á cuya casa condujeron á la familia real. [8] Este, despues de examinar el pasaporte, fingió que le encontraba muy en regla, y con la mayor atencion suplicó al rey que aguardase. En efecto estuvieron aguardando bastante tiempo hasta que, asegurado Sausse de que ya habia llegado un número suficiente de guardias nacionales, se

quitó la mascarilla y le declaró al príncipe que estaba reconocido y arrestado. El rey estuvo sosteniendo que era falso y la disputa principiaba á acalorarse, cuando la reina impacientada, le dijo « supesto que Vd. le reconoce por su rey, háblele « á lo menos con el respeto que le debe. »

Viendo S. M. que era inútil toda negativa, renunció al disimulo, y como la pieza en que se hallaban estaba llena de gente, tomó la palabra y se esplicó con una vehemencia que no era comun en él. Protestó de sus buenas intenciones, asegurando que solo iba á Montmedy para escuchar con mas libertad los deseos de los pueblos y sustraerse de la tiranía de Paris. Pidió que le dejasen continuar su viage y que le acompañasen hasta allí, llegando hasta á abrazar á Sausse y rogarle por la salvacion de su esposa é hijos. La reina unió sus súplicas á las de su marido, y tomando en brazos al Delfin volvió á pedir á Sausse que le salvase. Mas este, aunque enternecido, se resiste y les insta á que se vuelvan á Paris para evitar una guerra civil. Por el contrario el rey, estremecido de esta vuelta, persiste en querer continuar á Montmedy, cuando llegaron Damas [9] y Goguelas [10] con los destacamentos que estaban situados en diferentes puntos. En aquel momento se creyó libre la familia real, pero no se podia contar con los húsares. Les reunieron los oficiales, anunciándo-

les que el rey y su familia se hallaban arrestados y que era preciso libertarlos, pero los soldados respondieron que ellos estaban por la nacion. Ya entonces iban acudiendo á Varennes una multitud de guardias nacionales de las cercanias á quienes habia llegado el aviso, y toda la noche se pasó en aquel estado. A las 6 de la mañana llega el jóven Romeuf con el decreto de la asamblea y encuentra el coche con los seis caballos enganchados mirando hacía Paris. Presenta su decreto con la mayor amargura é inmediatamente empieza á gritar toda la familia contra Lafayette, diciendo que él es quien la habia hecho arrestar. La reina misma parece admirada de que no haya perecido á manos del pueblo, y el jóven Romeuf solo dijo que tanto él como su general no habian hecho mas que cumplir con su obligacion intentando seguirles, pero que hubieran celebrado mucho no haberles encontrado. La reina cogió el decreto y le tiró en la cama de los niños, pero luego le quitó de allí diciendo que la mancharia. Entonces le dijo Romeuf, Señora ¿querria V. M. que otro que yo fuese testigo de tales cosas? La reina volvió en sí misma y conservó despues toda su dignidad. Estando en esto anunciaron la llegada de los diferentes cuerpos que habia situado Bouillé en las inmediaciones, pero la municipalidad mandó que en el mismo instante marchase la familia real á Paris, y no

tuvo mas remedio que subir al coche y emprender aquella marcha tan fatal como temida.

Advertido Bouillé á eso de la media noche de aquella ocurrencia, se puso inmediatamente al frente de un regimiento de caballeria y salió gritando *viva el rey*. En medio de las mayores inquietudes marchó aquel valiente general á toda brida haciendo nueve leguas en cuatro horas, y llegó á Varennes, donde encontró diferentes cuerpos ya reunidos, pero el rey habia salido hora y media antes. Se habian tomado en Varennes disposiciones de defensa, cortando el puente y no pudiendo vadearse el rio, de suerte que para salvar al rey debia Bouillé primero, dar un combate para apoderarse del pueblo, pasar el rio y despues de tanto tiempo perdido alcanzar al coche que tenia ya hora y media de anticipacion. Estos obstáculos eran insuparables y no se necesitaba nada menos para detener á un hombre tan adicto y tan emprendedor como Bouillé, el cual tuvo que retirarse traspasado de dolor.

Cuando llegó á Paris la noticia del arresto del rey, todo el mundo le creia ya fuera del alcance del pueblo y por lo mismo fué estraordinaria la alegria. Diputó la asamblea tres comisionados nombrados de las tres secciones de la izquierda para acompañar al monarca y conducirle hasta Paris; fueron elegidos Barnave, Latour-Maubourg [11]

y Petion, los cuales llegaron hasta Chalons, y luego que encontraron á la familia real, todas las órdenes emanaron de ellos solos. Madama de Tourzel pasó á otro coche de comitiva con Latour-Maubourg, pero Barnave y Petion subieron al coche de la familia real. Era Latour-Maubourg un caballero de mucha distincion, amigo de Lafayette, é igualmente adicto al rey que á la constitucion. Si cedió á los dos cólegas el honor de alternar con la familia real no fué mas que por interesarlos en favor de aquellos ilustres desgraciados. Barnave se sentó en la testera del coche entre el rey y la reina, y Petion en la delantera entre madama Isabel y la princesita María Teresa. El delfin, que era todavia un niño descansaba alternativamente sobre las rodillas de todos. Tal habia sido el curso rápido de los acontecimientos! Un abogado jóven de poco mas de veinte años, sin otra distincion que su talento: otro, conocido por su ilustracion y sobre todo por el rigorismo de sus principios, se hallaban sentados al lado del príncipe, que poco antes era el mas absoluto de toda Europa, y dirigian todos sus movimientos. El viaje seguia con lentitud para acomodarse al paso de los guardias nacionales, y asi duró ocho dias desde Varennes hasta Paris. El calor era escesivo y un polvo abrasador ocasionado por la turba, sofocaba á los viajantes. En los primeros instantes en

que la reina no pudo disimular el mal humor que la dominaba, reinó un silencio casi absoluto, pero al cabo el rey trabó conversacion con Barnave, y pasando de un objeto á otro vino á fijarse la conversacion sobre el viaje de Montmedy. Unos y otros se admiraron de ver cuan diversos eran de lo que cada uno pensaba del otro. La reina quedó sorprendida del buen seso y delicadas atenciones del jóven Barnave, y asi no tardó en alzarse el velo que la cubria la cara y tomar parte en la conversacion. La bondad del rey y la graciosa dignidad de la reina hicieron impresion en Barnave, pero Petion se manífestó mas áspero y guardó y mereció menos consideraciones. Al fin del viaje estaba ya Barnave enteramente adicto á aquella desgraciada familia y la reina, apasionada del mérito y juicio recto del jóven tribuno, le habia concedido toda su estimacion. Asi fué que en las relaciones que tuvo despues con los diputados constitucionales, Barnave fué el que obtuvo mas particularmente su confianza. ¡Con cuanta facilidad se perdonarian los partidos unos á otros si pudieran verse y oirse! *

Se habia determinado en Paris el modo con que debia recibirse á la real familia y fijado en varias partes un cartel en que se decia: «*Se apaleará á cual-*

* Véase la nota 6 al fin del tomo.

quiera que aplauda al rey y se ahorcará á cualquiera que le insulte. Fué puntualmente ejecutada esta órden y no se oyeron insultos ni aplausos. Se hizo dar un rodeo al coche por no atravesar por Paris, y entró por los campos Eliseos que conducen directamente á palacio donde concurrió un gentio inmenso, pero silencioso y con el sombrero puesto. Lafayette acompañado de una numerosa guardia habia tomado las mayores precauciones. Los tres guardias de corps que habian contribuido á la fuga estaban sentados en el pescante del coche, espuestos á la vista y á la ira del pueblo, mas sin embargo no se les hizo ninguna violencia. Cuando llegó á palacio el coche, se rodeó inmediatamente de gente y la familia real apeándose precipitadamente, se halló en medio de una doble fila de guardias nacionales, destinados á protegerla. La reina que venia la última, se vio casi sostenida en brazos de los señores de Noailles y D'Aiguillon, enemigos de la corte, pero amigos generosos de la desgracia. Al verlos acercarse, concibió al principio sospechas contra sus intenciones, pero se entregó á ellos y llegó sana y salva á palacio.

En esto paró aquel viage, cuyo éxito funesto no puede atribuirse con justicia á ninguno de los que lo habian preparado. Una casualiad le descompuso, asi como otra casualidad pudo haberle conducido á buen término. Si por ejemplo

Drouet hubiese sido detenido y arrestado por el que le persiguió, el coche hubiera seguido sin estorbo. Tal vez le faltó al rey un poco de energia cuando le conocieron; pero de todos modos á nadie se debe acriminar por el tal viaje; ni á los que le aconsejaron ni á los que le ejecutaron, sino que fue el resultado de aquella fatalidad que persigue á los débiles en medio de las tormentas revolucionarias.

El viaje de Varennes tuvo por efecto acabar con todo respeto al rey, acostumbrar los ánimos á pasarse sin él y dispertar el deseo de la república. Desde la mañana misma de su llegada, la asamblea proveyó á todo por medio de un decreto. Luis XVI quedaba suspenso de sus funciones y se le puso una guardia responsable de su persona, asi como de la reina y del delfin. Se encargó á tres diputados, que fueron D'Andre [12], Tronchet [13] y Duport, que tomaron las declaraciones al rey y á la reina observándose la mayor mesura en las espresiones, como que jamas faltó aquella asamblea al decoro y atenciones debidas, pero esto no salvaba lo sustancial que era quedar el rey provisionalmente destronado.

La responsabilidad que se impuso á la guardia nacional hizo que se mostrase severa y muchas veces importuna en su servicio cerca de las personas reales, pues continuamente velaban centi-

Biblioteca Universitaria Oviedo

nelas en las puertas sin perderlas jamas de vista. Queriendo un dia asegurarse el rey de si estaba realmente preso, se presentó á una puerta, pero el centinela se opuso á su paso. Entonces le dijo Luis XVI ¿Me conoce V.? Si señor, contestó el centinela. Solo se le dejó al rey la facultad de pasearse por el jardin de Tullerias antes de la hora en que se abria para el público.

Hicieron entonces Barnave y los Lameths lo que tanto habian echado en cara á Mirabeau, que fué ponerse al lado del trono y entenderse con la corte. Verdad es que no recibieron dinero *, pero lo que echaban en cara á Mirabeau, no tanto era el precio de la alianza, cuanto la alianza misma, y despues de haberse mostrado antes tan severos, se conformaban ahora con la ley comun que obliga á todos los gefes populares á reconciliarse con la autoridad á medida que la van poseyendo. Sin embargo es de alabar, visto el estado de cosas, el servicio que hicieron al rey Barnave y los Lameths en aquel momento, y jamas manifestaron mayor destreza, energía y talento. Barnave fué quien dictó la contestacion del rey á los comisarios nombrados por la asamblea. En aquella contestacion daba Luis XVI por motivos de su fuga el deseo de conocer mejor la opinion pública; aseguraba haberla estu-

* Bagatela es la diferencia. (*N. del T.*)

diado bien durante su viage y probaba con hechos que no habia querido salir de Francia. En cuanto á sus protestas contenidas en las memorias que habia remitido á la asamblea, decia con razon que versaban no sobre los principios fundamentales de la constitucion, sino sobre los medios de ejecucion que se habian dejado en sus manos; añadia que ahora, conociendo la voluntad general, no titubearia en conformarse á ella y en hacer todos los sacrificios necesarios al bien de todos. *

Para hacer que recayese solo en su persona la ira de la asamblea, la dirigió Bouillé una carta que podria llamarse insensata, á no tener por escusa la generosidad que la habia dictado. Confesaba en ella ser el único autor del viage del rey, cuando se sabia por el contrario que él se habia opuesto. Declaraba en nombre de los soberanos que Paris responderia de la seguridad de la familia real, y que una venganza terrible castigaria el menor insulto que se le hiciese; añadia una especie cuya falsedad nadie sabia mejor que él, y era que los recursos militares de la Francia eran nulos y que conduciria él mismo los ejércitos enemigos al corazon de su patria por caminos que él conocia. Quiso prestarse la asamblea á esta generosa bravata, fingiendo creer que toda la culpa estaba de parte

* Véase la nota 7 al fin del tomo.

de Bouillé, que ya no tenia nada que temer habiendo desertado al estrangero. Temiendo la corte de España que la menor demostracion irritase los ánimos y espusiese la familia real á mayores peligros, se opuso á un intento preparado contra la frontera del medio dia, en que debian tomar parte los caballeros de Malta con dos fragatas, y en seguida declaró al gobierno frances que no se habian alterado sus buenas disposiciones. El Norte no guardó tanta cordura, pues las potencias de aquel lado, escitadas por los emigrados, tomaron una actitud amenazadora. Despachó el rey comisionados á Bruselas y á Coblentz para que se acercasen á los emigrados, y les hiciesen conocer las buenas disposiciones de la asamblea, y las esperanzas que se habia concebido de un arreglo ventajoso. Pero se les recibió muy mal y tuvieron que volver inmediatamente á Paris. Aquellos levantaron tropas en nombre del rey, obligándole de este modo á que los desmintiese formalmente. Pretendian los emigrados que el conde de Provenza, * que estaba á la sazon con ellos, era regente del reino y que hallándose prisionero el rey, no tenia voluntad propia pues todo cuanto decia era obra de sus opresores. La paz de Catalina de Rusia con los Turcos, que se concluyó en el mes de

* El mismo que fué despues Luis XVIII.

agosto de aquel año, escitó todavia mas su insensata alegria, persuadiéndose á que podian disponer de todas las potencias de Europa. A no considerar mas que el estado de las plazas fuertes que estaban desmanteladas, y la desorganizacion del ejército abandonado de todos sus oficiales, parecia fuera de duda una próxima invasion que hubiera sido muy temible. Pero se habian pasado ya cerca de dos años desde que habian salido de Francia sin haber logrado volver á entrar como vencedores, á pesar de sus grandes esperanzas. Aparentaban las potencias estar prontas á todo, pero Pitt no se daba prisa: Leopoldo debilitado por la guerra y poco satisfecho de los emigrados, ansiaba por la paz. El rey de Prusia ofrecía mucho, pero tenia poco interes en cumplir sus ofertas. Gustavo anelaba por mandar una espedicion contra la Francia, pero se hallaba muy distante, y Catalina, que era quien podia ayudarle, apenas desembarazada de la guerra con los Turcos, tenia que comprimir á la Polonia. Ultimamente para armar aquella coalicion era necesario consultar tantos intereses que era muy difícil combinarla.

Bastaba para haber abierto los ojos de los emigrados la declaracion de Pilnitz sobre el decantado celo de los soberanos, porque aquella declaracion hecha en comun por el rey de Prusia y el emperador Leopoldo, decia que la situacion del rey

de Francia importaba á todos los soberanos, quienes sin duda se reunirian para proporcionar á Luis XVI los medios de establecer un gobierno conforme á los intereses del trono y del pueblo; que en este caso se reunirían el rey de Prusia y el emperador á los demas príncipes para conseguir el mismo fin, y entretanto debian preparar sus tropas para obrar. Se ha sabido despues que aquella declaracion contenia artículos secretos en que se estipulaba que el Austria no pondria obstáculos á las pretensiones de la Prusia, sobre una parte de la Polonia. No se necesitaba nada menos para incitar á la Prusia á desentenderse de sus mas antiguos intereses, ligándose con el Austria contra la Francia. ¿Qué era pues de esperar de un celo que se necesitaba escitar por tales medios y qué habia que esperar de sus obras, cuando se notaba tal reserva en sus palabras? A la verdad, la Francia estaba como desarmada, pero cuando un pueblo entero se subleva, no tarda mucho en armarse, y como dijo despues el célebre Carnot, nada hay imposible para veinte y cinco millones de hombres. Es cierto que se retiraban los oficiales, pero como eran jóvenes los mas de ellos y colocados por mero favor, no tenian esperiencia ni prestigio en el ejército. Por otra parte, el arranque de todos los ciudadanos y de todos sus recursos iba muy pronto á producir oficiales y generales, mas sin embargo no puede

negarse que aun sin tener la presuncion que dominaba en Coblentz, era muy dudoso que la Francia opusiese tanta resistencia como luego vimos á la invasion.

Entretanto, envió la asamblea comisionados á las fronteras y dictó grandes preparativos. Todas las guardias nacionales pedian que se las pusiese en actividad, y varios generales, entre otros Dumouriez, que despues salvó á la Francia en los desfiladeros de la Argona, se presentaban para servir.

Al paso que no olvidaba nada para la seguridad esterior del estado, se daba prisa la asamblea á concluir su obra constitucional, á restituir al rey el ejercicio de sus funciones y si era posible algunas de sus prerrogativas.

Todos los matizes del lado izquierdo, esceptuando los que empezaban á llamarse republicanos, habian aderido á un mismo sistema de moderacion. Barnave y Malouet votaban juntos y trabajaban de acuerdo; Petion, Robespierre, Buzot [14] y algunos otros habian adoptado la república, pero su número era corto. El lado derecho continuaba en sus imprudencias y protestaba en lugar de unirse á la mayoría moderada, que no dejaba por eso de dominar la asamblea. Sus enemigos que le hubieran ciertamente acusado, si hubiese destronado al rey, le han echado despues en cara haberle vuelto á Paris, y colocado sobre un trono vacilante. ¿ Pero

qué medio la quedaba? Reemplazar al rey por una república era muy aventurado, cambiar la dinastía era inútil, porque en caso de tener un rey, mas valia conservar el actual, fuera de que el duque de Orleans no merecia ser preferido á Luis XVI. En uno y otro caso, quitar al rey era faltar á unos derechos reconocidos y dar á la emigracion un gefe muy precioso para ella, pues que la hubiera llevado títulos de que carecia. Por el contrario, devolver á Luis XVI su autoridad restituyéndole cuantas prerrogativas se pudiese, era cumplir con la obligacion nacional y quitar todo pretesto á la guerra civil. En una palabra se desempeñaba una obligacion, porque la asamblea no se habia comprometido á otra cosa que á establecer un gobierno libre pero monárquico.

No titubeó la asamblea en medio de los grandes obstáculos que tuvo que vencer. Aquella voz nueva de república habia hecho impresion en los ánimos un poco cansados ya de tanto oir hablar de monarquía y constitucion. Con la ausencia y la suspension del rey, se habia empezado á poner en cuestion, como ya hemos dicho, si se podia pasar sin él. Por de pronto los periódicos y los clubs perdieron el respeto que hasta entonces se habia guardado á su persona, y su fuga que, segun los términos del decreto sobre la residencia de los empleados públicos, amenazaba con la deposicion, dió

lugar á que se dijese que habia incurrido en ella. Sin embargo, atendido el decreto mismo, se necesitaba haber salido del reino y resistido á las intimaciones del cuerpo legislativo; pero de esto no hacian caso los exaltados, sino que redondamente le declaraban culpable y decaido del trono. Los jacobinos y franciscanos ponian el grito en el cielo y no acertaban á comprender como habiéndose visto libres de rey, se le volvian á imponer de nuevo con tan buena voluntad. Si el duque de Orleans tuvo alguna vez esperanzas, aquel fué sin duda el momento en que debieron dispertársele; pero tambien pudo conocer cuan poco prestigio tenia su nombre, y cuan poco dispuestos estaban los ánimos para aceptar un nuevo soberano, por muy popular que fuese. Algunos folletistas que le eran adictos, tal vez sin que él lo supiese, probaron, como Antonio en favor de César, á ver si era posible ponerle la corona en las sienes, y para eso propusieron conferirle la regencia. Pero el mismo se vió precisado á rechazar aquella idea por medio de una declaracion, que mereció tan poco aprecio como su persona. *No mas rey*, era el grito general de los jacobinos y de los franciscanos, en los corrillos y en los papeles públicos.

Iban multiplicándose las representaciones, y entre ellas hubo una que se fijó en todas las esquinas y hasta en la puerta del palacio de la asamblea,

firmada por un coronel jóven llamado Aquiles Duchatelet [15], que hablando con los franceses les recordaba la tranquilidad de que se habia disfrutado durante el viage del monarca, y concluia por decir que la ausencia del príncipe era preferible á su presencia. Añadia que su fuga equivalia á una abdicacion y que la nacion y Luis XVI quedaban libres de toda obligacion recíproca, que la historia estaba llena de los crimines de los reyes, y por consiguiente debia la nacion oponerse á admitir otra vez un monarca. El verdadero autor de esta representacion, atribuida al jóven Aquiles de Chatelet era Tomas Payne [16], ingles y actor principal en la revolucion americana. Fué denunciado á la asamblea, la cual despues de una discusion muy viva, tuvo por mas conveniente no darla importancia y responder con su indiferencia á los avisos y á las injurias, como se habia hecho siempre.

Presentaron por fin su informe el dia 16 de julio los comisionados encargados de examinar el asunto de Varennes, diciendo que nada tenia de culpable aquel viage, y que en todo caso, el rey era inviolable. A esto se redujo su dictámen, añadiendo que de ningun modo podia resultar la deposicion, supuesto que el rey no habia permanecido ausente mucho tiempo, y por que ademas no habia resistido á las intimaciones del cuerpo legislativo.

Repitieron Robespierre, Petion y Buzot, todos los argumentos ya sabidos contra la inviolabilidad, á los que contestaron Duport, Barnave y Salles [17], y por último se decretó que no se podia encausar al rey por el hecho de su evasion. Solo se añadieron dos artículos al decreto de inviolabilidad. Apenas fué tomada esta resolucion, cuando se levantó Robespierre y protestó altamente en nombre de la humanidad.

En la tarde que precedió á esta decision hubo un gran tumulto en los jacobinos, quienes redactaron una peticion dirigida á la asamblea para que declarase al rey depuesto, como pérfido y traidor á sus juramentos, y para que proveyese á su remplazo por todos los medios constitucionales. Se resolvió llevar esta peticion al dia siguiente al campo de Marte para que todos pudiesen firmarla sobre el altar de la patria, lo cual se hizo en efecto reuniéndose á la turba de sediciosos la de los curiosos que querian ser testigos del suceso. Pero ya estaba dado el decreto y no habia lugar á la peticion. Llegó Lafayette, derribó las barricadas ya levantadas, y no solo se le amenazó, sino que recibió un tiro, que aunque disparado á quema ropa no le hirió. Se habian incorporado con él los oficiales municipales, quienes obtuvieron que se retirase el populacho, dando lugar á que se situasen varias partidas de guardias nacionales

Biblioteca Univers. Oviedo

que velaban sobre él. Pero no se logró lo que se esperaba porque luego volvió á empezar el tumulto, y habiéndose encontrado dos inválidos, no se sabe porque motivo, debajo del altar de la patria, fueron degollados, y desde aquel momento llegó el desórden al mayor estremo. La asamblea llamó á la municipalidad y la encargó que vigilase y mantuviese el órden público, y con este motivo se trasladó Bailly al campo de Marte, donde mandó desplegar la bandera encarnada en virtud de la ley marcial. Fué justísimo desplegar la fuerza en aquella circunstancia, por mas que se haya querido decir despues lo contrario, porque ó se querian ó no las nuevas leyes; si se deseaba su ejecucion, preciso era que se aplicasen, que hubiese alguna estabilidad, que la insurreccion no se perpetuase y que la voluntad de la asamblea no pudiese ser reformada por los plebiscitos de la muchedumbre. Debia pues Bailly hacer ejecutar la ley, y para ello se presentó con aquel valor impertérrito que habia manifestado siempre. Recibió varios tiros que no le alcanzaron, y no pudo en medio del tumulto hacer todas las intimaciones prescritas. Al principio mandó Lafayette disparar algunos tiros al aire, con lo cual la turba abandonó el altar de la patria; pero pronto volvió á reunirse. Viéndose entonces en aquel estremo, mandó hacer fuego cayendo algunos fac-

ciosos de aquella primera descarga, cuyo número se ha exagerado mucho reduciéndole unos á treinta , otros haciéndole subir á cuatrocientos, y los furibundos á algunos miles. A estos últimos se les dió crédito en el primer momento y fué general el terror. Con aquel ejemplar severo se apaciguaron por algun tiempo los agitadores, y segun costumbre se acusó á todos los partidos de haber escitado el movimiento, siendo probable que muchos habrian contribuido á él, pues que á muchos convenia el desórden. Iban acordes entonces para establecer el sosiego constitucional, el rey, la mayoría de la asamblea, la guardia nacional y las autoridades municipales y departamentales, teniendo que combatir á la democracia de dentro y á la aristocracia de fuera. Componia la asamblea y la guardia nacional aquella clase media, rica, ilustrada y prudente que queria el órden y las leyes y debia en aquella circunstancia unirse naturalmente al rey, que por su parte aparentaba resignarse á una autoridad limitada. Pero conviniendo á esta clase detenerse ya en el punto á que habia llegado, no era del mismo dictámen la aristocracia, que solo deseaba turbulencias, ni tampoco el pueblo que queria adquirir y levantarse mas alto. Era Barnave, como antes habia sido Mirabeau, el orador de aquella clase media, ilustrada y moderada, cuyo gefe militar era

Lafayette. Danton y Camilo Desmoulins eran los oradores de la multitud que queria tambien reinar á su vez y que tenia por general á Santerre. La representaban en las asambleas y en las nuevas administraciones algunas cabezas ardientes ó fanáticas, que procuraban acelerar su triunfo con sus declamaciones.

Se ha echado en cara con acrimonia á Bailly y á Lafayette la egecucion sangrienta del campo de Marte, pero tanto el uno como el otro hicieron lo que creian de su obligacion, sacrificando á la observancia de la ley su popularidad y su propia vida, sin que les quedase el menor remordimiento por haber cumplido con ella. Con su energia impusieron temor á los facciosos, y ya pensaban los mas señalados de entre ellos en sustraerse al golpe que les hacia temer su imaginacion. Robespierre, á quien hemos visto hasta ahora sostener las pretensiones mas exageradas, temblaba en su obscura mansion y á pesar de su inviolabilidad como diputado, pedia asilo á todos sus amigos. Asi fué que el ejemplar produjo su efecto, y por un instante á lo menos el temor puso freno á todas las imaginaciones turbulentas.

En aquel tiempo tomó la asamblea una determinacion que ha sido muy criticada despues, y cuyo resultado no fué tan funesto como se habia pensado, cual fué que ninguno de sus individuos

pudiese ser reelegido. El autor de la proposicion fué Robespierre, de quien se dijo que solo la habia hecho por envidia del mérito de sus cólegas, entre los cuales no habia podido brillar. Era natural en efecto que les tuviese algun rencor, habiendo luchado siempre contra ellos, pero tambien pudieron tener parte en sus sentimientos la conviccion, la envidia y el odio. La asamblea de quien se murmuraba que queria perpetuar su poder, y cuya moderacion empezaba ya á disgustar á la muchedumbre, se apresuró á contestar á todas las murmuraciones con un desinteres, tal vez exagerado, decidiendo que sus individuos quedaban excluidos de la próxima legislatura. De este modo se vió privada la nueva asamblea de aquellos hombres, cuya exaltacion se habia templado y cuyos conocimientos legislativos se habian madurado con una esperiencia de tres años. Sin embargo, al ver mas tarde las causas de las revoluciones que siguieron, se juzgará mejor de la importancia que pudo tener aquella medida tantas veces desaprobada.

Habia llegado el momento de concluir los trabajos constitucionales y de poner tranquilamente término á una carrera tan tempestuosa. Tenian los miembros del lado izquierdo el proyecto de concertarse entre si para retocar ciertas partes de la constitucion, y se habia decidido que se leyese

íntegra para juzgarla en su totalidad y poner en armonia sus diferentes partes. Esto fué lo que se llamó la *revision* y lo que mas adelante en los dias del fervor republicano, fué mirado como una medida calamitosa. Barnave y los Lameths se habian puesto de acuerdo con Malouet para reformar ciertos artículos que ofendian la prerrogativa real y á lo que ellos llamaban la estabilidad del trono. Se ha dicho que tuvieron el proyecto de establecer las dos cámaras estando, convenidos en que cuando se acabase su lectura, Malout entraria en la cuestion y que en seguida le contestaria Barnave con vehemencia para cubrir mejor sus intenciones, pero que al paso que defenderia la mayor parte de los artículos, abandonaria algunos otros como evidentemente peligrosos y condenados por una esperiencia universal. Tales eran las condiciones arregladas, cuando sucedieron las ridículas y peligrosas protestas del lado derecho que habia resuelto abstenerse de votar, con lo cual se hizo ya imposible todo acomodo. El lado izquierdo no quiso escuchar nada y cuando se hizo la insinuacion convenida, los gritos que se levantaron por todas partes no permitieron á Malouet y á sus amigos proseguir en su plan *, de donde resultó que la constitucion quedó concluida y presenta-

* Véase la nota 8 al fin del tomo.

da inmediatamente á la aceptacion del rey, á quien desde aquel momento se puso en libertad, ó por mejor decir, se levantaron las órdenes rigorosas que tenia la guardia de palacio, y tuvo facultad de retirarse donde quisiese para examinar la constitucion y aceptarla libremente. ¿Qué podia hacer Luis XVI en tal caso? Si reusaba la constitucion, abdicaba á favor de la república; lo mas seguro en su mismo sistema era aceptarla y aguardar que el tiempo le devolviese el poder que miraba como legítimo. En consecuencia y despues de haber dejado pasar algunos dias, declaró el 13 de setiembre que aceptaba la constitucion. Esta noticia causó un júbilo estraordinario, como si en efecto se hubiesen tenido recelos de algun ostáculo de parte del rey, y como si su consentimiento hubiese sido una concesion inesperada. Vino á la asamblea que le recibió como en los dias mas felices. Lafayette que no se olvidaba nunca de reparar los males inevitables en las turbulencias políticas, propuso una amnistía general para todos los hechos relativos á la revolucion, la cual fué proclamada en medio de aplausos de alegria y las cárceles se abrieron inmediatamente. En fin Thouret, que fué el último presidente, declaró el 30 de setiembre que la asamblea constituyente daba fin á sus sesiones.

NOTAS DEL TRADUCTOR

PERTENECIENTES AL CAPITULO SEGUNDO.

PAGINA 66.

1 Santerre, fabricante de cerveza en Paris, barrio de S. Antonio, era hombre de grandes fuerzas y de una audacia proporcionada, por lo que gozaba de grande influjo en su barrio. Aunque era ignorantísimo, tenia aquella elocuencia propia de las verduleras, y asi desde el principio de la revolucion se le vió figurar en todas las asonadas al lado de Legendre, Saint Hurugue y otros corifeos de la canalla. Con tan bellas prendas no tardó en ser el favorito de la faccion orleanista, y en ser admitido familiarmente en el Palacio Real y en Mousseaux. Su primer campaña fué la toma de la Bastilla, de cuyas resultas fué nombrado comandante de batallon de la guardia nacional. En 1791 intentó un proceso á Lafayette, por haberle acusado este de que habia disparado un tiro contra su edecan Desmottes el dia en que el pueblo acometió el castillo de Vincennes. El mismo año le mandaron prender de resultas de los acontecimientos del campo de Marte, pero se huyó. El 28 de noviembre del mismo dió una alarma falsa á todos los cuerpos de guardia de Paris, esparciendo la voz de que las tropas iban á ser degolladas para facilitar la huida del rey. En consecuencia se reforzaron todos los puestos y se cerraron las puertas de palacio, dejando presos á todos hasta la mañana siguiente. Pero cuando su influjo llegó hasta el mas alto grado fué en 1792, cuando el 20 de junio, puesto al frente de los jacobinos, condujo al populacho á palacio y llenó de ultrages al rey y á toda su familia. El 31 del mes siguiente armó una riña en los campos eliseos entre los marselle-

ses, á quienes él daba un convite cívico, y los granaderos del batallon del barrio de las monjas de Sto. Tomas, que pasaban por adictos á Luis XVI. Ultimamente el 10 de agosto 1792, siendo ya comandante de la guardia nacional, favoreció los esfuerzos de los jacobinos para destruir la monarquia y se llevó preso al rey al Temple. En medio de eso no se le tuvo por hombre capaz de dirigir las matanzas de las prisiones en los primeros dias de setiembre, y Marat le miraba, segun dice Prudhome, *como un hombre sin carácter*. Por tanto la municipalidad le encargó el dia 31 de agosto que fuese á pasar una revista á Versalles, de donde no volvió hasta el 4 de setiembre, privándole asi del honor de concurrir á los asesinatos de aquellos dias. Mas él supo muy bien vindicarle, presentándose el 18 de aquel mes en la barra de la asamblea para anunciar que aquellos asesinatos provenian de los últimos esfuerzos de la aristocracia espirante. Poco tiempo despues le nombraron mariscal de campo, y luego presentó su dimision de comandante de la guardia con motivo de la insubordinacion de una parte de ella que estaba de servicio en el Temple. El 11 de diciembre condujo á Luis XVI á la barra de la convencion para ser juzgado, y el 16 presentó una carta que le habian dirigido para aquel príncipe, quejándose mucho de las intrigas de los realistas. El 21 de enero 1793 mandó, acompañado de Berruyer, las tropas que protegieron la ejecucion del monarca, y él fué quien le interrumpió cuando quiso hablar al pueblo desde el cadalso, mandando dar un redoble á los tambores. Deseando figurar tambien como militar, presentó á la convencion un plan de campaña contra el Vendée y salió para allí al frente de catorce mil hombres el dia 10 de junio, pero le batieron constantemente en cuantas acciones ocurrieron. Por fin fué necesario prenderle, pero tuvo la fortuna de que llegase el 9 thermidor en que recobró la libertad, mas no volvieron á emplearle. Los años siguientes vivió retirado en Paris asistiendo constantemente al club del picadero, pero sin poder recobrar aquel influjo funesto que habia cesado de ser de moda, y cuidando

sobre todo de adquirir propiedades en términos de que se hizo dueño de la mayor parte del terreno que ocupaba el castillo del Temple.

PAGINA 71.

2 Goupil de Prefelu, magistrado antiguo y diputado á los estados generales por Alenzon, abrazó el partido revolucionario, pero sin exageracion. Así votó por el veto absoluto del rey y sostuvo que la asamblea no habia sido convocada para hacer una constitucion nueva, sino para asegurar la antigua. Sus opiniones, como miembro de la comision de pensiones y de investigaciones, disgustaban igualmente al lado derecho que al izquierdo, lo cual inclina á creer que estaban en lo cierto. Fué de los que querian que el rey tuviese el derecho de proponer la guerra, pero que la asamblea era quien debia declararla. Provocó la supresion de los titulos de príncipes, duques, condes etc. pero conservando los que tenian los príncipes de la sangre, cuya escepcion combatió Lafayette. Fue presidente de la sociedad llamada *confederacion de los amigos de la verdad* y uno de los que mas promovieron las recompensas para los vencedores de la Bastilla; pero se opuso á que se concediesen los derechos de ciudadanos activos á los hombres de color. Desaprobó altamente la renuncia que hizo el duque de Orleans de sus derechos á la corona en el caso de declararse incompatibles con los de ciudadano activo, antes al contrario obtuvo el decreto para que los miembros de la familia real fuesen eligibles para todos los empleos de nombramiento real, escepto el mando de los ejércitos, sin permiso del cuerpo legislativo. Despues de la legislatura procuró no figurar en nada hasta el año 1795, en que eldepartamento de Orne le nombró para el consejo de los ancianos. Allí propuso entre otras cosas la durísima ley del secuestro de los bienes de los padres y madres de los emigrados, cuando la lucha entre el Directorio y los cónsules se pronunció contra los triunviros, y pidió que se cerrasen las sociedades

Biblioteca Universitaria Oviedo

populares. Ultimamente Bonaparte le nombró miembro del tribunal de casacion, en cuyo destino murió el 18 de febrero 1801.

PAGINA 73.

3 P. J. G. Cabanis, doctor en medicina, miembro del institnto de Francia, ya conocido por sus principios filosóficos antes de la revolucion, abrazó su causa con ardor, se intimó mucho con Mirabeau y llegó á ser regidor de Paris y elector de su municipalidad. Despues de la muerte de su amigo, á quien asistió durante su última enfermedad, pareció querer abandonar la carrera política para entregarse enteramente á la suya propia, pues se le vió publicar en aquella época algunas obras de medicina muy estimadas, y entre ellas las *observaciones sobre los hospitales*. De todos modos no volvió á oirse hablar de él hasta el año 1795 en que le nombraron jurado en el tribunal revolucionario, donde estuvo muy poco tiempo y despues vivió ignorado hasta el mes de marzo 1798. Entonces fué elegido miembro del consejo de los 500 por el barrio del Sena donde está situado el instituto de que era miembro. Agradecido al Directorio que habia confirmado su eleccion con preferencia á la del oratorio, votó inmediatamente por que se le confiriese el derecho de nombrar empleados en las plazas vacantes en el tribunal de casacion. Despues leyó varios informes relativos á la medicina, como por ejemplo *sobre el modo con que se debian recibir sus candidatos : sobre las revoluciones que ha esperimentado esta ciencia : sobre el método de su enseñanza etc.* todos los cuales corren impresos con grandísima aceptacion y estan traducidos al castellano. Clamó repetidas veces por que continuasen las leyes represivas de la imprenta, que entonces como antes y como despues degeneraba frecuentemente en licencia. Tomó una parte activa en la revolucion del 18 brumario y fué uno de los primeros que declararon aquella misma noche que el Directorio no existia. Nombrado miembro de la comision in-

terina legislativa, pronunció un largo discurso contra el *terrorismo y contra la monarquia* y publicó un folleto en elogio de la nueva constitucion consular. De resultas obtuvo plaza en el senado conservador donde permaneció hasta su muerte. La mas importante de sus obras es la que tiene por título *Relaciones de lo físico y lo moral del hombre*, en que se encuentran reflexiones muy profundas que parecen tender al materialismo. Por lo mismo fueron muy mal recibidas de las personas religiosas, así como arrebataron los elogios de todo el partido filosófico.

PAGINA 82.

4 Esta madama de Tourzel, aya de los hijos de Luis XVI, era de la familia de Croï del Havre y fué presa igualmente que su hija, despues de la jornada del 10 de agosto 1792. Pero á pesar de su zelo por la familia real pasó sin peligro toda la época del terror. Su hija Paulina que se quedó en el temple con la hija de Luis XVI, se casó despues con Mr. de Bearn, gentilhombre de cámara de la emperatriz de los franceses.

PAGINA 82.

5 El conde de Fersen era coronel del regimiento real Sueco al servicio de Francia. El fué quien, como dice el testo, proporcionó el coche y acompañó al rey en su fuga y volvió preso con él á la capital. No recobró su libertad hasta la amnistia que se dió á consecuencia del juramento de la constitucion. Entonces se volvió á Suecia, donde el rey Gustavo le hizo capitan de su guardia. En 1791 le envió á Viena encargado de una mision secreta relativa á la revolucion francesa. Despues de la muerte del monarca no gozó de tanto crédito cerca del regente; pero Gustavo Adolfo le nombró mariscal de palacio, y en 1797 ministro plenipotenciario cerca de la Dieta del Imperio, para la negociacion de la paz. Siendo miembro de la legacion Sueca en Rastadt tuvo una entrevista en

noviembre 1797 con el general Bonaparte y fué reemplazado poco tiempo despues. En setiembre 1805 era embajador de Suecia en Dresde y solia llevar la cruz de San Luis, de lo cual habiéndose quejado el encargado de negocios de Francia, se le mandó que se abstuviese de llevarla: no quiso hacerlo y tuvieron que retirarle. Despues acá no sabemos nada de él.

PAGINA 85

6 Los Romæufs eran dos hermanos jóvenes que se unieron á la fortuna de Lafayette cuando le nombraron general de la guardia nacional de Paris, y los nombró edecanes suyos. Este, que tuvo el encargo de correr detras de Luis XVI era Antonio, el otro se llamaba Luis. Los dos acompañaron á su general cuando se fué al ejército y los hicieron capitanes de dragones, y ambos desertaron tambien con él.

PAGINA 87.

7 Juan Bautista Drouet, maestro de postas de Sta. Menecould, debió á la sola casualidad el papel que hizo en la revolucion, y esta casualidad es la que se refiere en el testo. La asamblea le concedió en recompensa una gratificacion de 30 mil francos, pero la renunció y pidió en su lugar un grado en la gendarmería, por que en otros tiempos habia servido como dragon en el regimiento de Condé. En 1792 fué nombrado diputado á la convencion por el departamento de Marne y allí votó la muerte del rey. Prescindiendo de que era ignorantísimo, tenia unos modales y tono de voz sumamente groseros, y por lo mismo se empeñaba en hablar á menudo de cosas que no entendia y que le valian muchos sarcasmos de sus compañeros. Pero á todo contestaba con audacia, exageracion y fanatismo revolucionario. Siempre sentado en la montaña, repetia y voceaba todo cuanto se decia al rededor de él y perseguia á los girondinos con un encar-

nizamiento feroz. Sin embargo, de cuando en cuando hacia mociones propias suyas, como cuando propuso en 20 de julio 1793 que se condenase á muerte á todos los ingleses que se hallaban en Francia por que todos eran espias, segun él. En 5 de setiembre apoyó la creacion de un ejército revolucionario, diciendo, « si se necesita ser « vergantes para la felicidad del pueblo, seamos vergan- « tes. » Propuso que se hiciese saber á los sospechosos, que el dia en que corriese algun peligro la libertad serian sacrificados todos. Luego le enviaron al ejército del norte y hallándose en Maubegé en octubre del mismo año, cuando aquella plaza estaba sitiada por el príncipe de Cobourg, trató de escaparse con algunos dragones para acelerar los socorros, pero le cogieron los austriacos y le llevaron preso á Spitzberg en Moravia. De allí se escapó por una ventana de la cárcel, pero se dislocó un pie y le volvieron á coger, como tambien una carta bastante insolente que habia dejado escrita en la prision para el Emperador. Este fué uno de los cangeados en Basilea con Camus Beurnonville y otros por la hija de Luis XVI y se volvió á su puesto en el consejo de los quinientos. Mucho le disgustaba la calma que habia sucedido en Francia á las convulsiones del terror, y decia con mucha frescura que si no hubiera sido por su desgracia él hubiera seguido los pasos de Robespierre, Marat y otros de su laya. Por consecuencia de estas ideas se ligó íntimamente con Babeuf y fué uno de los cómplices de su conspiracion, por lo cual le arrestaron en la noche del 10 al 11 de mayo 1796 y le encerraron en la abadia. Mas tambien tuvo la fortuna de escaparse, é hizo publicar en el *diario de los hombres libres* los pormenores de su fuga, que fué por el cañon de la chimenea. Poco despues se retiró á Suiza y allí le proporcionaron los medios de embarcarse para la India; pero al tiempo que llegaba á Tenerife, atacaban los ingleses aquella isla y se dice que dió muestras de valor en aquella ocasion. Ultimamente habiendo sido absuelto en 1797 por el tribunal de Vendome que seguia la causa de Babeuf, volvió á Francia y el directorio

le empleó en calidad de comisario en su departamento. Despues del 18 brumario los cónsules le nombraron subprefecto de Sta. Menecould donde murió.

PAGINA 88.

8 Este Sausse era un especiero de Varennes y procurador del comun aquel año 1791. La asamblea recompensó su conducta contra la familia real con una gratificacion de 20 mil francos. Cuando los emigrados y los prusianos entraron en la Champagne en 1792 se refugió á un monte inmediato, pero su muger y sus hijos fueron muy mal tratados y su casa saqueada completamente. Entonces se retiró á Troyes, de donde escribió sus desastres á la convencion, quien le contestó por medio de su presidente que *ella le protegería en todo tiempo contra los esfuerzos de los reyes y de sus sicarios.*

PAGINA 89.

9 El conde Carlos de Damas era antes de la revolucion coronel del regimiento de dragones de Monsieur, y habiéndole encargado el general Bouillé que favoreciese la huida del rey, fue arrestado igualmente que aquel principe. Primero le tuvieron preso en Verdun y luego le trasladaron á Paris. El dia 13 de Julio de 1791 salió el decreto de acusacion contra él de la asamblea nacional, mandando que le llevasen á Orleans á ser juzgado en aquel tribunal; pero no se verificó su traslacion y obtuvo su libertad en la amnistia que salió cuando el rey juró la constitucion. En 1792 le nombró Monsieur capitan de su guardia y queriendo pasar á Inglaterra en 1795, fue cogido por los franceses, juntamente con Mr. de Choiseuil en el bergantin la Princesa real y conducido á Dunkerque. Despues le llevaron á Paris donde logró que le pusiesen en libertad, pero pronto se escapó y fue á reunirse con el conde de Artois, á quien acompañó á Vile-Dieu. En 1797 tomó el mando de la legion de Mirabeau

en el ejército de Condé. Su esposa, que se habia quedado en Paris, resultó complicada, ó á lo menos como sospechosa de haber tomado parte en la esplosion del 24 de diciembre de 1800, y la condenaron en 1802 á ser conducida por un gendarma fuera de las fronteras de Francia.

PAGINA 89.

10 Goguelas era edecan del general Bouillé y uno de los nombrados para facilitar la evasion del rey al frente de un destacamento de húsares. Pero habiéndole prohibido aquel príncipe hacer uso de la fuerza, se vió abandonado de sus soldados en el momento en que queria retirarse, y aun herido de una bala en un hombro por el mayor de la guardia nacional de Varennes. En consecuencia le llevaron al tribunal de Orleans para ser juzgado, pero adquirió la libertad de resultas de la amnistia. Entonces volvió cerca de Luis XVI y participó de todos sns peligros hasta que le encerraron en el Temple. Despues emigró y fue empleado como teniente coronel en el regimiento de húsares de Berchigni que acababa de pasar al servicio de Austria.

PAGINA 91.

11 El marques de Latour Maubourg, diputado de la nobleza de Pui en Velay á los estados generales, fué uno de los primeros de su órden que se incorporaron con el estado llano. Despues de esta comision de que habla el testo, acompañó á Lafayette al ejército del centro en clase de mariscal de campo, donde mandó la vanguardia y se escapó cuando lo hizo su general. Pero cogidos por las avanzadas austríacas estuvieron presos juntos hasta que se les puso en libertad en setiembre 1797. Despues le empleó Bonaparte el año 1800, y al siguiente le dió plaza de senador.

PAGINA 95.

12 Creemos que este Andre era un magistrado de Clermont que luego fué condenado á muerte como contrarrevolucionario por la comision revolucionaria de Lyon; pero no estamos seguros de ello.

PAGINA 95.

13 Francisco Dionisio Tronchet era antes de la revolucion uno de los abogados de mas crédito de Paris, pero gozó de poco influjo en la asamblea á causa de su moderacion, aunque trabajó mucho en las comisiones. En febrero 1790 apoyó la supresion de los mayorazgos y se opuso á la institucion del jurado. Cuando llegó la triste época del proceso de Luis XVI le eligió este monarca por uno de sus defensores y lo hizo con todo el zelo que le inspiraba la situacion de su augusto cliente. Por tanto fué perseguido en 1793; pero pudo sustraerse á todas las pesquisas, hasta que en 1795 recibió el nombramiento de diputado al consejo de los ancianos por el departamento del Sena y Oisa. En él mostró la misma moderacion, ya como miembro ya como presidente, declamando en favor de los padres y madres de los emigrados. Fué uno de los que mas trabajaron en la redaccion del código civil, y en 1800 nombrado miembro del tribunal de casacion. Despues lo fué del cuerpo legislativo, del tribunal y del senado conservador. En 1804 le dió el emperador el gran cordon de la legion de honor y al fin murió el 10 de marzo 1806 y fué enterrado en el Pantheon. Dejó manuscritas una traduccion de la muerte de Caton, de Addisson, y algunos fragmentos del Paraiso perdido de Milton.

PAGINA 101

14 F. N. L. Buzot nació en Evreux el 1.° de marzo 1760 y era abogado cuando principió la revolucion, nombrán-

dole diputado á los estados generales el estado llano de su pueblo. Sus opiniones fueron desde el principio de las mas acaloradas, y por consecuencia enemigo de los ministros y de todo el partido de la moderacion. Sin embargo no dejaba de presentir la necesidad de tener dos cámaras y así propuso el 31 de mayo 1791, que en todas las cuestiones importantes se dividiese el cuerpo legislativo en dos secciones iguales que deliberasen aparte y presentáran luego sus respectivas decisiones; pero no se admitió por la mania que reinaba entonces contra las dos cámaras. Queria que la soberania del pueblo fuese indivisible é inenagenable para que ninguna autoridad ni constitucion pudiese poner límites á la libertad de la imprenta. A pesar de estas ideas tan exaltadas hizo muy poco papel en la asamblea á causa de su voz obscura, su diccion pesada y sus eternas predicciones de atentados y de tramas ocultas, por lo que le llamabaan *el profeta de mal agüero*. Fué perpetuo socio de los jacobinos, aun despues de su separacion de los Fuldenses, y despues que concluyó la legislatura le nombraron vice-presidente del tribunal criminal de Paris. En 1792 fué diputado á la convencion por el departamento del Eura, y desde las primeras sesiones designó á Robespierre como un dictador. Despues se opuso á que se admitiesen las acusaciones de Marat contra los girondinos y le denunció como cómplice de Luis XVI y de los Prusianos para desorganizarlo todo. Con el fin de sustraer á la convencion del influjo de la guardia de Paris, propuso que cada departamento enviase para la guardia de la convencion cuatro hombres por cada diputado que tuviese derecho de nombrar, pero no se admitió este proyecto. Cuando Robespierre propuso que se condenase al rey *insurreccionalmente*, Buzot dijo que no, sino que era indispensable oirle por que ya se habian descubierto algunos cómplices y probablemente se descubririan muchos mas. Su voto en aquel proceso fué por la muerte, pero con espera y con apelacion al pueblo: echando muchas veces en cara á la convencion la injusticia de haberse decidido por la débil mayoria de

Biblioteca Universitaria Oviedo

cinco votos, diciendo que los que habian precipitado la muerte del rey no llevaban otro objeto que el de dejar el trono vacante para que le ocupase otro. Estas palabras excitaron violentos murmullos, pero lejos de arredrarse, dijo que de ningun modo se habia de ejecutar la sentencia del rey hasta que hubiese sido escluido *Egalité*. Semejantes ideas no podian menos de conducirle á su pérdida, y asi fué comprendido en la proscripcion de los Brissotinos ó Girondinos y arrestado por de pronto en su casa; pero habiéndose escapado á Evreux, contribuyó á sublevar el departamento de Calvados contra la convencion, con cuyo motivo salió el decreto de acusacion contra él el dia 13 de junio 1793, y no habiendo tomado cuerpo aquella insurreccion, se embarcó en Quimper para Burdeos, en cuyo tiempo le declararon traidor á la patria y fuera de la ley. Entonces anduvo errante algunos dias y se le encontró muerto en una heredad como tambien á Petion, creyéndose generalmente que habian sido comidos de lobos. Para hacerle odioso al pueblo habian dado en llamarle el *Rey Buzot*, y despues de su muerte mandó la convencion arrasar su casa.

PAGINA 104.

15 Aquilles Duchatelet era coronel de cazadores y gran partidario de la revolucion. En el ataque de Gante perdió una pantorrilla de un balazo. Fué uno de los concurrentes de Beurnonville para el ministerio de la guerra, y finalmente le encerraron en la prision de la Fuerza en setiembre 1793 donde se envenenó.

PAGINA 104.

16 Tomas Payne era hijo de un Quakero fabricante de corsés, establecido en Thetford, condado de Norfolk. A los principios siguió la profesion de su padre y despues se enganchó de marinero, seducido con la vista del mar. Despues de dos viages volvió á Londres donde se casó

con la hija de un empleado en la renta del aguardiente, en la cual estuvo tambien sirviendo él mismo durante un año, y abandonó despues esta ocupacion para meterse á suplente de maestro en una pequeña escuela. Habia estudiado muy poco pero meditado mucho, y habiéndose puesto á trabajar con ardor, se dilató el horizonte de sus ideas y llegó á componer algunas poesias que hicieron mucho ruido. Se habia estrechado de amistad con Goldsmith y particularmente con Franklin, que era entonces diputado por la América cerca del gobierno ingles. Aquel patriarca de la libertad conoció sin duda que Payne podia ser muy útil á la causa de su patria, y así le aconsejó que emplease su talento en favor de los americanos y le recomendó á sus amigos y á los hombres de estado. Marchó Tomas á Filadelfia, donde cooperó á la redaccion de varios diarios, defendiendo en algunos folletos la causa de la emancipacion. Luego que principió la guerra pasó al ejército, y allí entre el ruido de las armas emprendió una serie de escritos ligeros, con el título de *crisis* que destinó á ilustrar el espíritu público. Aunque era ingles, supo ganar tanto la confianza de los americanos, que cuando se estableció el gobierno federal fue nombrado secretario de la comision de negocios estrangeros. Dos años despnes disgustó al congreso, denunciando la infidelidad de Silas-Deane, cuyas concusiones hizo patentes mas adelante, y se vió precisado á ofrecer su dimision. En 1781 le enviaron á Francia con el coronel Laurence para negociar un empréstito, cuya comision tuvo feliz éxito auxiliada por Franklin. Despues de la paz entre la América y la Inglaterra volvió Payne á la vida privada, y recibió del congreso tres mil duros y 300 acres de tierra en premio de sus servicios. En 1787 volvió á Europa y presentó á la academia de ciencias de Paris un plan de construccion de un puente de hierro, invencion que era entonces muy nueva. Mas no encontrando nadie que quisiera entrar en la empresa se volvió á Londres, donde tampoco fué mas feliz. Entre tanto, no perdia de vista la política de la Europa y se declaró grande antagonista de

Pitt, publicando un folleto contra los proyectos ministeriales, en que anunciaba los trastornos que muy pronto se verificaron en Francia.

Cuando estalló la revolucion se vino á Paris y entabló correspondencia con su amigo Burke, en que le dá cuenta de los progresos que iba haciendo la crisis, suponiendo que aquel gran orador tenia las mismas opiniones que él, por que le habia visto defender con celo la causa de los Americanos. Pero este no tardó en publicar su elocuente tratado contra la revolucion francesa, al cual contestó Payne publicando los *derechos del hombre*, que es una especie de apologia ó comentario de los principios en que estaba fundada la constitucion de 1791. Animado con la estraordinaria voga que tuvo aquel escrito, publicó la segunda parte, mas atrevida que la primera, que disgustó mucho á la corte de San James. Fué citado el autor ante el banco del rey y acusado de haber excitado al pueblo ingles contra su gobierno, por lo cual le condenaron á destierro. Pero mientras que en Inglaterra quemaban su estátua y sus escritos, la asamblea nacional le conferia el título de ciudadano frances por haber defendido los derechos del hombre. Agradecido á esta distincion se vino á Francia, y apenas puso los pies en ella cuando recibió los honores del triunfo y fué saludado con mil aclamaciones. Nombrado representante por el departamento del Pas de Calais, pero sin saber la lengua francesa, no pudo hacer gran papel en la convencion, y así es que le servia de intérprete sa amigo Lanthenas, si bien no dejaba de ser ridículo hablar por intérprete en una corporacíon agitada por tantas pasiones y furores. Para evitarlo le nombraron miembro de la comision de legislacion, donde parecia poder ser mas útil que en la tribuna; pero aun allí tampoco le tuvo Roland por útil á pesar de lo prevenido que estaba en su favor.

En el proceso de Luis XVI se esperaba que se hubiese recusado, ya por estrangero, ya par no poseer la lengna y ya por no estar en los antecedentes de su reinado; pero no lo hizo así, sino que dió su voto por el destierro y

la prision hasta la paz. Este voto de Payne hubiera podido pasar por un acto de humanidad, si el mismo no hubiese provocado el juicio del rey, con la representacion que hizo en nombre de Duchatelet, de que habla Mr. Thiers. Por lo demas no se dice que este hombre persiguiese jamas á los hombres, ni que se hiciese cómplice en ninguno de los crímenes de los corifeos de partido. Robespierre le mandó borrar de la lista de los miembros de la convencion, y el departamento del Pas de Calais, que le habia elegido con tanto entusiasmo, le declaró indigno de la confianza de sus comitentes. En 1794 fué arrestado en el Luxemburgo por órden de Robespierre y por mucho tiempo estuvo la cuchilla suspendida sobre su cabeza; pero despeus de once meses de cautiverio le pusieron en libertad. Durante su prision escribió una obra funestamente célebre, intitulada *la edad de la razon*, que indignó á todo el clero anglicano. Contra ella publicó Watson una *apologia de la Biblia*, por cierto no muy digna de tan elevado asunto. En aquel mismo año volvió Payne á ocupar su asiento en la convencion y solo se ocupó en escribir folletos sobre las cuestiones que entonces agitaban la Europa, y en pasar una vida crapulosa, que le hizo perder todo el crédito de que habia gozado.

Cuando la Francia volvió á estar bajo el dominio de uno solo, se volvió á los Estados-Unidos, donde á poco de su llegada estuvo para ser asesinado de un tiro; mas no por eso renunció á ocuparse de la política escribiendo folletos y artículos para los diarios hasta que murió en Nueva York el dia 8 de junio 1809. Los cuakeros no quisieron dar sepultura á su cadaver y sus cenizas fueron depositadas en su casa de campo de New Rochelle, de donde fueron trasladadas ocho años despues á Lóndres y recibidas con entusiasmo por los radicales.

PAGINA 105.

17 J. B. Salles, médico de Vezelise y diputado por el estado llano de Nancy á los estados generales, fué un

hombre de mucho talento y facilidad para el trabajo, aunque poco aficionado á subir á la tribuna. Sus principios políticos eran los que dominaban en aquel tiempo, esto es, los de una sola cámara y nada de *veto* absoluto, pero adicto á la monarquía y á la inviolabilídad del rey. En un discurso que pronunció sobre esto se notó la siguiente frase: « Primero me darán de puñaladas, que permitir « que el gobierno pase á manos de muchos. » Cuando el populacho se juntó en el campo de Marte para hacer la peticion facciosa que disiparon Bailly y Lafayette, se declaró por estos últimos y pidió que se persiguiese en justicia á los alborotadores.

Sin embargo de todo esto aceptó en setiembre de 92 la plaza á que le nombró el departamento de la Meurthe en la convencion nacional, convirtiéndose aquel apostol de la monarquía en uno de los fundadores de la república. En el proceso del rey votó por la reclusion y el destierro luego que se hiciese la paz. Denunció á Marat por excitador de asesinatos y se declaró enemigo de los que cometieron los del mes de setiembre, lo cual basta para presumir el paradero que tendria. En efecto, se decretó su arresto el dia 2 de junio 1793 y habiéndole declarado fuera de la ley el 28 del mes siguiente, huyó con Guadet y otros á Evreux, desde donde atravesó la Bretaña y se embarcó en Quimper para Burdeos. Mas habiendo andado errante algun tiempo, le cogieron el 19 de junio 1794 y al dia siguiente le decapitaron, siendo de edad de 34 años.

Biblioteca Universitaria
Oviedo

ASAMBLEA LEGISLATIVA.

CAPITULO III.

Juicio acerca de la asamblea constituyente. — Apertura de la segunda asamblea nacional, llamada *legislativa*; su composicion. — Estado de los clubs. — Miembros que influian en ellos. — Petion, corregidor de Paris. — Política de las potencias. — Emigracion; decretos contra los emigrados y contra los clérigos que reusaron prestar el juramento. — Modificaciones en el ministerio. — Preparativos de guerra; estado de los ejércitos.

Acababa la asamblea constituyente de terminar su larga y laboriosa carrera; y á pesar del valor, equidad y constancia que habia mostrado en sus tareas era odiada en Coblentz por revolucionaria, y por aristócrata en Paris. Para formar un juicio cabal de esta memorable asamblea en que brillaba tanta y tan variada ilustracion, tantas y tan atrevidas resoluciones, y en que acaso por la primera vez se encontraban reunidos todos los hombres ilustrados de una nacion con el ánimo y poder

necesarios para realizar los deseos de la filosofía, es necesario considerar el estado en que se hallaba la Francia cuando ella principió sus trabajos y aquel en que la dejaba en el momento de su disolucion.

En 1789 conocia ya la nacion francesa todos sus males sin alcanzar la posibilidad de remediarlos, cuando de repente y por una inesperada solicitud de los parlamentos se convocaron los estados generales. Formóse la asamblea constituyente y se presenta al trono que estaba bien ufano de su antiguo poder, y únicamente dispuesto á tolerar cuando mas algunas quejas. Entonces mismo se penetra de sus derechos y se dice á sí misma que ella es la nacion, atreviéndose á decírselo tambien directamente al gobierno. Amenazada por la aristocracia, por la corte y por un ejército que no sospechaba entonces ni aun la posibilidad de una sublevacion popular, se declaró inviolable, sustrayéndose á las violencias del poder; penetrada de sus derechos, tenia que haberlas con unos enemigos que no estaban convencidos de los suyos; y triunfa por la sola espresion de su voluntad, de una soberanía de muchos siglos y de un ejército de treinta mil hombres. En esto solo se encierra toda la revolucion; este fué el primero y el mas noble de sus actos, era justo y era heróico, porque jamas nacion alguna procedió con mas derecho, ni en medio de mayores peligros.

Una vez derrocado el poder, era necesario volver á constituirle de un modo justo y conveniente; pero al aspecto de aquella inmensa escala social en cuya cima todo superabunda, como el poder, los honores, las riquezas, mientras que abajo todo escasea, puesto que falta el pan indispensable para la vida, la asamblea constituyente esperimenta una reaccion violenta en sus ideas y quiere nivelarlo todo. Resuelve pues que la masa de ciudadanos perfectamente igualada sea quien esprese su voluntad, y que el rey solo estê encargado de ponerla en ejecucion. Su error en este punto no consiste en haber reducido el trono á una simple magistratura, supuesto que el rey tenia todavía bastante autoridad para mantener las leyes y muy superior á la que tienen todos los magistrados en las repúblicas, sino en haber creido que un rey que no podia menos de acordarse de lo que habia sido, pudiera resignarse con esta mutacion; y que un pueblo que apenas acababa de despertarse y recobrar una parte de la autoridad pública, dejaria de querer conquistarla toda entera. En efecto si escuchamos á la historia se verá que es preciso dividir infinitamente las magistraturas, ó que si se establece un gefe único, se le debe dotar tan bien, que no tenga tentaciones de usurpar.

Cuando las naciones que casi esclusivamente están ocupadas en sus intereses conocen la necesidad

de descargar en su gefe los cuidados del gobierno, hacen muy bien en someterse á él, pero entonces es preciso que aquel gefe, á semejanza de los reyes de Inglaterra, pueda convocar y disolver las asamblcas nacionales, no teniendo necesidad de obedecer su voluntad ni de sancionarla sino cuando le conviene; y sin otra traba que la de no poder hacer demasiado mal, ejerce realmente la mayor parte de la soberanía. Bajo un gobierno semejante todavía puede conservarse la dignidad del hombre, cuando la ley se observa rigurosamente y cuando cada ciudadano conoce lo que vale, y sabe que aquel inmenso poder no se ha depositado en el príncipe sino como una concesion á la humana debilidad.

Pero no es el momento en que una nacion acaba de recobrar sus derechos, el mas á propósito para que consienta en egercer un poder secundario y entregar voluntariamente toda la autoridad á un gefe sin que la vengan ganas de usurparle. En esta parte la asamblea constituyente no era mas á propósito que la nacion entera para hacer semejante abdicacion. Por tanto redujo el poder real á una simple magistratura hereditaria; ¿pero podia esperar que el rey se diese por satisfecho con ella, estando rodeado de honores, riquezas y poder, ni que el pueblo le dejaria egercerla?

Pero que lo esperase ó no ¿podria en aquella

duda cortar la cuestion, ya suprimiendo al rey ó ya concediéndole todo el poder que la Inglaterra concede á sus monarcas? Por de contado ella no podia deponer á Luis XVI, porque aunque siempre sea permitido exigir justicia de un gobierno, no lo es alterar su forma cuando este es justo, ni convertir de repente una monarquia en república. Por otra parte la posesion es un título respetable y si la asamblea hubiese despojado á la dinastia, ¿qué no hubieran dicho sus enemigos que la acusaban de que violaba la propiedad solo porque combatia contra los derechos feudales? Tampoco podia conceder al rey el *veto* absoluto, el nombramiento de jueces, ni otras prerrogativas semejantes, porque la opinion pública se oponia á ello y porque aquella opinion constituia toda su fuerza y se veia precisada á someterse á ella.

Mayor error cometió en establecer una sola cámara, pero aun este error era tambien inevitable, porque si habia peligro en no dejar mas que el recuerdo del poder á un rey que le habia egercido todo entero, y eso en presencia de un pueblo que queria invadir hasta el último resto de él, era mucho mas falso en principio no reconocer las desigualdades y gradaciones sociales, cual las mismas repúblicas las admiten y cuando en todas se encuentra un senado hereditario ó electivo. Pero no se debe exigir de los hombres y de sus

inteligencias mas de lo que pueden hacer en cada época y asi ¿cómo reconocer la necesidad de las clases en medio de una revolucion espresamente verificada contra su injusticia? ¿Cómo constituir la aristocracia en medio de una guerra contra la aristocracia? Mucho mas facil hubiera sido constituir la monarquia pura, porque hallándose esta situada lejos del pueblo habia sido menos opresiva y sobre todo porque desempeñaba funciones que parecen mas necesarias.

Pero repito que cuando estos errores no hubiesen dominado en la asamblea, dominaban en la nacion y ya verémos mas adelante que si se hubiesen dejado al rey y á la aristocracia todas las facultades que se le arrebataron, no por eso hubiera dejado la revolucion de llegar á sus últimos excesos. Para convencerse de ello es necesario distinguir las revoluciones que estallan entre los pueblos largo tiempo sometidos, de las que se suscitan entre los pueblos libres, es decir, que estan en posesion de una cierta actividad política. En Roma, en Atenas y en otras partes, vemos á las naciones y sus gefes disputarse el mas ó menos de autoridad. Pero en los pueblos modernos, enteramente despojados de ella, las cosas varian mucho, porque completamente sometidos dormitan largo tiempo, y solo se despiertan á la voz de las clases mas ilustradas que se sublevan y recobran una par-

te del poder. Mas este movimiento es sucesivo y la ambicion va cundiendo poco á poco hasta las últimas clases de la sociedad. Una vez satisfechas las clases ilustradas de lo que han obtenido, intentan detenerse y ya no pueden porque las empujan sin cesar las que las han estado imitando, viniendo á ser las que se separan una especie de aristocracia para las otras, resultando de aquella lucha de clases que el simple propietario viene á ser tenido por aristócrata en el concepto de un artesano y perseguido como tal.

La asamblea constituyente nos representa aquella generacion que se ilustra y reclama sus derechos contra el poder que todavía era omnipotente: pero dotada de la prudencia necesaria para conocer lo que se debe á los que lo tenian todo y á los que no tenian nada, quiso dejar á los primeros una parte de lo que poseian, solo porque lo habian poseido, y procurar á los segundos las luces y los derechos que se adquieren con ellas. Mas los primeros tienen recuerdos y quieren recobrarlo todo; los segundos ambicion de conquistar todo lo que les ha faltado, y de este modo se introduce una guerra de esterminio. Fueron pues los constituyentes unos hombres de bien, que sacudiendo la esclavitud intentaron antes que nadie un órden justo y le prosiguieron sin pusilanimidad, aunque tuvieron que sucumbir por haber querido que

los unos cediesen algo y los otros no lo deseasen todo.

En aquella justa reparticion habia querido la asamblea considerar á los antiguos poseedores, como por ejemplo, á Luis XVI dejándole el título de rey de los franceses, treinta millones de francos de renta anual, el mando de los ejércitos y el derecho de suspender las decisiones nacionales. Solo el recuerdo de haber sido rey absoluto puede servir de escusa para no haberse resignado con tales y tan brillantes restos del poder.

Al clero se le despojó de los bienes inmensos que habia recibido en otro tiempo con condicion de socorrer á los pobres, á quienes no socorria, y de mantener el culto que se hallaba abandonado al cuidado de los curas pobres. El clero no era un órden político, pero sin embargo se conservaron sus dignidades eclesiásticas, se respetaron sus dogmas y se cambiaron sus escandalosas riquezas en una renta no solo suficiente sino abundante, supuesto que permitia todavia bastante lujo episcopal. La nobleza dejó de ser un órden y perdió los derechos esclusivos de caza y otros semejantes, entre ellos el de estar exenta del pago de contribuciones; ¿Pero era justo ni razonable querer conservar tales cosas? Nadie se metió con sus inmensas propiedades y en lugar del favor de la corte, adquirió la certeza de obtener las recompensas

debidas al mérito. Tenia la facultad de ser elegida por el pueblo y de representarle en el estado por poco que ella quisiese mostrarse benévola y resignada. Asi la toga como la espada quedaban aseguradas para quien mostrase talento, ¿por qué pues no habia de despertarse en ella una generosa emulacion? ¿No conocia que con solo echar menos los favores de otro tiempo daba muestras de incapacidad?

¿Podrá decirse que eran tan insoportables los decretos de la asamblea constituyente cuando habia guardado consideracion á los pensionados antiguos, indemnizado á los eclesiásticos y tratado á cada cual con la mayor dulzura posible?

Estando concluida la constitucion, ninguna esperanza le quedaba ya al rey de recobrar á fuerza de deliberaciones las prerrogativas que habia perdido y que tanto echaba de menos. Solo le quedaba el recurso de resignarse y observar la constitucion, á menos de no volver los ojos hacia las potencias estrangeras; mas no tenia demasiada confianza en la amistad de estas últimas y recelaba de la emigracion. Por eso se decidió al primer partido, y en prueba de su sinceridad deseaba francamente esponer á la asamblea los defectos que encontraba en la constitucion. No faltaron empero quienes le disuadiesen de este ánimo, y se resolvió á esperar del tiempo la restitucion del

Biblioteca Universitaria

poder que el creia serle debido ; con igual resignacion se encontraba la reina.. «Animo, le decia al ministro Bertrand de Molleville, [1] que se la presentó, que todavia no está perdido todo : el rey quiere atenerse á la constitucion y este sistema es indudablemente el mejor.» ¿Habrá quien crea que si ella hubiese tenido otras ideas se habria atrevido á espresarlas en presencia de este ministro ? *

Acababa de separarse la antigua asamblea, y sus miembros habian vuelto al seno de sus familias ó andaban esparcidos por Paris. Algunos de los mas señalados de entre ellos, como Lameth, Duport y Barnave se comunicaban con la corte y la daban sus consejos; pero el rey por mas decidido que estuviese á observar la constitucion, no podia resignarse á seguir los dictámenes que le daban, porque no solo querian que no la violase sino que hiciera creer por todos sus actos que estaba sínceramente adicto á ella. Estos miembros de la antigua asamblea reunidos con Laffayette de resultas de la revision, eran los gefes de aquella generacion revolucionaria que habia dado las primeras reglas de libertad y queria que se atuviesen á ellas. Estaban sostenidos por la guardia nacional, quien en fuerza de largos servicios bajo el mando

* Véase la nota 9 al fin del tomo.

de Laffayette, era enteramente adicta á aquel general y á sus principios. Lo malo que hicieron entonces los constituyentes fué mirar con desden á la nueva asamblea, é irritarla frecuentemente con sus desprecios: tan cierto es que se habia apoderado de aquellos primeros legisladores cierta especie de vanidad aristocrática que les hacia creer que toda la ciencia legislativa habia desaparecido con ellos. La nueva estaba compuesta de diferentes clases de hombres, contándose entre ellos partidarios ilustrados de la primera revolucion como Ramond [2], Girardin [3], Vaublanc [4], Dumas [5] y otros que se intitularon constitucionales y ocuparon el lado derecho donde no se encontraba ni siquiera uno de los antiguos privilegiados. De esta suerte, por sola la marcha natural y progresiva de la revolucion, el lado izquierdo de la primera asamblea habia pasado á ser el lado derecho de la segunda. Detras de los constitucionales se encontraban muchos hombres distinguidos, á quienes la revolucion habia montado la cabeza y exagerado los deseos, porque habiendo sido testigos de las tareas de la constituyente, é impacientes, como todos los que estan mirando lo que los demas hacen, se les figuraba que no se habia hecho lo bastante. No se atrevian á llamarse republicanos porque en todas partes se clamaba por la necesidad de ser fiel á la constitucion; pero aquel ensayito de república que se ha-

bia hecho durante el viage de Luis XVI y las intenciones sospechosas de la corte renacian sin cesar en sus ánimos, y el estado de hostilidad contínua en que se hallaban respecto delgobierno debia labrar mas y mas en ellos cada dia.

En aquella nueva generacion de talentos se notaban principalmente los diputados de la Gironda, de los cuales se denominó *Girondino* su partido, aunque compuesto de hombres de todos los demas departamentos. El que mejor escribia entre ellos era Condorcet [6], ya muy conocido por la gran estension de sus ideas y por la estremada exactitud de su juicio y carácter; mas el principal orador que tenian era Vergniaud [7] que improvisaba con pureza y con verdadera elocuencia. Este partido se fué engrosando con todos los que desesperaban de la corte, y aunque no deseaba la república que al fin cayó sobre ellos en 1793, se la representaban en su imaginacion con todos sus prestigios, con sus virtudes y con sus severas costumbres. En consecuencia su principal carácter debia ser el entusiasmo y la vehemencia.

No podian tampoco faltar sus partidarios estremos como Bazire, Chabot, Merlin de Thionville y otros inferiores en talento á los demas Girondinos pero superiores en la audacia. Estos fueron el nucleo del partido de la Montaña, cuando despues del trastorno del trono se separaron de la Gironda. Por

último aquella segunda asamblea tenia como la primera una masa media que sin comprometerse con nadie votaba, ya con unos ya con otros; y si bien durante la constituyente, mientras que todavía reinaba una libertad real permaneció independiente aquella masa, no asi en las asambleas posteriores, porque como no obraba de este modo por energía sino por indiferencia, apenas se dejó ver la violencia cuando pasaron á ser unos hombres cobardes y despreciables, distinguiéndoseles con la denominacion trivial de *El vientre.*

En aquella época adquirieron mayor importancia los clubs, pues de simples agitadores que habian sido durante la constituyente, pasaron á ser dominadores bajo la legislativa. No pudiendo la asamblea nacional contener todas las ambiciones, se refugiaron estas en los clubs donde encontraban lo que podian necesitar, una tribuna y alborotos. Allí es donde se reunia todo el que queria charlar, agitarse y darse movimiento, es decir, casi la nacion entera. El pueblo concurria á aquel nuevo espectáculo y ocupaba las tribunas de todas las asambleas, encontrando en ellas en aquel tiempo un empleo lucrativo pues que ya comenzaban á pagarse los aplausos, y el ministro Bertrand confiesa haberlos pagado él mismo.

El mas antiguo de estos clubs, que era el de los jacobinos, egercia ya un influjo estraordinario,

sin que bastase apenas toda una iglesia para contener á sus miembros y á los oyentes. Habian levantado en forma de circo un inmenso anfiteatro que ocupaba toda la nave principal de la iglesia de los jacobinos (Dominicos), y en el centro habia una mesa que ocupaban el presidente y los secretarios. Allí se recogian los votos y se registraban las deliberaciones con toda formalidad. Procuraban mantener el celo de las sociedades esparcidas por toda la superficie de Francia por medio de una correspondencia activa, dándoles el título de afiliadas. Tanto por su antigüedad como por una continuada violencia, habia conservado aquel club cierta supremacia sobre todos los que quisieron mostrarse ó mas moderados ó mas vehementes que él. De nada sirvió que los hermanos Lameth con otros muchos hombres distinguidos le hubiesen abandonado despues del viage de Varennes y trasladádose á los Fuldenses, porque aunque en este último se hubiesen refundido todos los clubs moderados, faltaba en él aquella circunstancia que esencialmente atraia la concurrencia, cual era la agitacion. En este se reunian entonces los constitucionales ó partidarios de la primera revolucion, y asi el nombre de Fuldense llegó á ser un título de proscripcion cuando lo fué tambien el de moderado.

Otro club habia llamado de los franciscanos

(cordeliers) que quiso rivalizar en violencia con los jacobinos, cuyo secretario fué Camilo Desmoulins, y Danton [8] el presidente. Este último no habiendo podido adelantar nada en la curia se habia hecho adorar de la multitud, á quien conmovia por sus formas atléticas, su voz sonora y sus pasiones populares. Mas apesar de toda la exageracion de los Franciscanos nunca pudieron competir con sus rivales en quienes por costumbre era cada dia mayor la afluencia; bien es verdad que casi todos pertenecian á los dos clubs, y cuando era necesario pasaban los jacobinos á los franciscanos para votar con Danton y decidir la mayoría en su favor.

Robespierre á quien hemos visto distinguirse en la asamblea constituyente por el rigorismo de sus principios, fué excluido de la legislativa en virtud del decreto de no reeleccion que él mismo contribuyó á redactar y asi se acogió á los jacobinos en donde dominaba exclusivamente por la severidad de sus opiniones y por una reputacion de integridad que le habia valido el renombre de incorruptible. Asustado como ya hemos visto en el momento de la revision de la ley fundamental, se habia tranquilizado despues y continuaba trabajando por aumentar su popularidad. Dos únicos rivales habia encontrado alli á quienes principiaba á aborrecer, que eran Brissot [9] y Louvet [10]. El pri-

mero que estaba en relacion con todos los hombres de la asamblea nacional, amigo de Mirabeau y Lafayette, conocido por republicano y por ser uno de los miembros mas distinguidos de la legislatura, era ligero de carácter pero notable por ciertas cualidades de su espíritu. El otro aunque con un alma ardiente, mucho talento y estraordinaria audacia, era del número de aquellos que soñaban en república y así se encontraba naturalmente en contacto con los Girondinos, y no tardaron sus disputas con Robespierre en hacerle aderirse á ellos mucho mas. Aquel partido de la Gironda que se habia formado poco á poco y sin intencion por hombres que tenian demasiado mérito para unirse con el populacho y demasiado brillo para que este y sus gefes no les mirasen con envidia, debia ser un partido de fama pero débil y era necesario que pereciese en presencia de las facciones mas vigorosas que se levantaban al rededor de él.

Era pues el estado de Francia el siguiente. Los antiguos privilegiados se habian retirado del otro lado del Rhin; los partidarios de la constitucion ocupaban el lado derecho de la asamblea, la guardia nacional y el club de los Fuldenses; los Girondinos tenian la mayoria en la asamblea, pero no en los clubs, donde solo reinaba la violencia grosera; y últimamente los exagerados de aquella

nueva época que se sentaban en los bancos mas altos de la sala, llamados la Montaña, eran omnipotentes en los clubs y disponian del populacho.

Habiendo hecho renuncia Lafayette de todos sus grados, se habia retirado á su hacienda llevándose consigo la amistad y ternura de sus compañeros de armas; y aunque no se le habia nombrado sucesor, mandaban alternativamente la guardia nacional seis gefes de legion. Tambien renunció el corregimiento su fiel aliado Bailly que tanto le habia ayudado aquellos tres años tan calamitosos. Estaban divididos los electores entre Lafayette y Petion; pero la corte que no podia sufrir á Lafayette por mas que sus disposiciones la fuesen ciertamente favorables, prefirió á Petion, á pesar de su republicanismo. Todavia se prometia mas de aquella especie de frialdad que ella confundia con la estupidez, que de la fidelidad razonable del otro, y asi gastó muchísimo por asegurarle la mayoría. La obtuvo en efecto y fué nombrado corregidor Petion el 17 de noviembre. Tenia este un talento despejado, una conviccion fria pero sólida, y valiéndose de la astucia favoreció constantemente á los republicanos en perjuicio de la corte, encontrándose unido con los de la Gironda, ya por la conformidad de sus ideas y ya tambien por la envidia que su nueva dignidad habia excitado en los jacobinos.

Con todo, si á pesar de las disposiciones de los partidos se hubiese podido contar con el rey, puede muy bien que se hubiesen calmado las desconfianzas de los jacobinos, y que, no pudiendo existir el pretesto de las turbulencias interiores, los agitadores no hubieran tenido el menor pretesto para conmover á la multitud.

Eran bien sabidas las intenciones del rey, pero por lo mismo que tenia un carácter débil, no debian considerarse como irrevocables. Necesitaba hacer sus pruebas para que se pudiese contar con él, y entretanto se veía espuesto á mas de un desacato. Evidentemente su carácter era bondadoso, pero por desgracia era de cuando en cuando brusco; y este se esplica porque sus resoluciones se resentian de cierta aspereza ocasionada de las faltas de la asamblea. Esta se reunió por sí misma sin esperar órden de nadie y prestó juramento con la mayor pompa sobre el libro de la constitucion. Por el primero de sus decretos relativo al ceremonial, abolió los tratamientos de *Señor* (sire) y *magestad* que se daba comunmente al rey. Mandó igualmente en su decreto de 5 de octubre, que siempre que asistiese á la asamblea ocuparia un sitial perfectamente igual al del presidente. Esta fué la primera resolucion en el sentido republicano, y el orgullo de Luis XVI sufrió cruelmente con ella. Para evitar en cuanto fuese posible que daba

su consentimiento á lo que él tenia por una humillacion, determinó abstenerse de asistir personalmente á la asamblea, encargando á sus ministros que abriesen las sesiones en su nombre. Conoció la asamblea el paso demasiado adelantado que habia dado y revocó el dia siguiente aquel decreto, en lo cual dió un grande ejemplo de reflexion. En consecuencia el rey se resolvió á asistir y fué estraodinariamente aplaudido. Por desgracia se habia determinado anteriormente, que en caso que el rey estuviese sentado podrian estarlo igualmente los diputados, en lo cual vió Luis XVI un nuevo insulto, sin que le sirviesen de indemnizacion los aplausos que le prodigaron. Volvió á su palacio pálido y con las facciones descompuestas, y apenas se encontró solo con la reina se arrojó suspirando sobre una silla y la dijo: «Ay señora, y vos « habeis sido testigo de tal humillacion! ¡Y ha« beis venido á Francia para presenciar! . . . . . .» La reina se esforzó por consolarle, pero su corazon estaba profundamente ulcerado, y sus buenas intenciones corrieron gran peligro de alterarse.

Sin embargo, aunque desde entonces no pensase en mas que en recurrir á los estrangeros, pocas esperanzas pudieron darle las disposiciones de las potencias. La declaracion de Pilnitz se habia quedado sin efecto, ya por falta de zelo de parte

Biblioteca Universitaria Oviedo

de los soberanos, ya tambien á causa del peligro que hubiera corrido Luis XVI hallándose prisionero de la asamblea constituyente desde su vuelta de Varennes. La aceptacion de la constitucion era un nuevo motivo para esperar los resultados de la esperiencia antes de decidirse á nada: á lo menos este fué el dictámen de Leopoldo y del ministro Kaunitz. Asi cuando Luis XVI puso en noticia de todas las cortes que aceptaba la constitucion y que estaba en ánimo de observarla fielmente, el Austria, la Prusia y la Inglaterra dieron una respuesta muy pacífica y protestaron de sus intenciones amistosas. Es de observar que las potencias vecinas obraban con mas reserva que las que se hallaban lejanas como la Suecia y la Rusia, porque podian encontrarse mas inmediatamente comprometidas en una guerra. Por eso Gustavo que soñaba en una empresa brillante contra la Francia, respondió á la notificacion diciendo: que miraba al rey como prisionero, y la Rusia difirió esplicarse. La Holanda y los Principados Italianos, pero sobre todo la Suiza, dieron unas respuestas muy satisfactorias. Los electores de Tréveris y Maguncia, en cuyo territorio se encontraban los emigrados, usaron de espresiones evasivas, y la España que estaba acosada por los emisarios de Coblentz, tampoco quiso pronunciarse pretendiendo que necesitaba tiempo para asegurarse

de la libertad del rey; pero que no por eso pensaba en turbar la tranquilidad del reino.

Unas respuestas semejantes, de las cuales ninguna tenia un carácter hostil, la neutralidad bien asegurada de parte de la Inglaterra, la incertidumbre de Federico Guillermo, y las disposiciones pacíficas de Leopoldo, todo inclinaba á preveer la paz. Es muy dificil saber lo que pasaba en el alma vacilante de Luis XVI, pero evidentemente su propio interes y los temores mismos de la guerra que manifestó mas tarde, deben inclinarnos á creer que deseaba tambien la conservacion de la paz. Solos los emigrados se obstinaron en querer y preparar la guerra en medio de aquella armonía general.

Acudieron todos en masa á Coblentz donde se armaban con actividad, preparaban almacenes, hacian contratas para suministros y formaban cuadros que á la verdad no llenaban del todo, porque ninguno de ellos queria ser simple soldado: daban y vendian grados, y aunque no intentasen cosa capaz de inspirar un peligro sério, sin embargo hacian grandes preparativos que ellos mismos creian muy considerables y que debian hacer grande impresion en la imaginacion popular.

La gran cuestion consistia en saber si Luis XVI les favorecia ó no, y parece muy dificil de creer que no estuviese muy bien dispuesto en favor de

unos parientes y servidores suyos, que se armaban solo por restituirle su antiguo poder. Bien se necesitaba para persuadir lo contrario una gran sinceridad y continuas demostraciones. Sus cartas á los emigrados siempre contenian la invitacion y aun las órdenes para que se volviesen á Francia; pero tenia, segun se dice, una correspondencia secreta que desmentia la pública y destruia todo su efecto. No puede ponerse en duda que tuvo comunicaciones secretas con Coblentz, pero no creo que Luis XVI se valiese de ellas para contradecir los mandatos que habia dirigido públicamente á los emigrados. Tenia demasiado interes en que se volviesen, y su presencia en Coblentz solo podia serle útil en el caso de que proyectaran batirse; pero Luis XVI nada miraba con tanto terror como la guerra civil. No queriendo pues emplear su espada en las orillas del Rhin, valia mas tenerlos cerca de su persona á fin de servirse de ellos en caso de necesidad y reunir sus esfuerzos á los de los constitucionales para proteger su dinastía y su trono. Fuera de eso su presencia en Coblentz provocaba leyes severas que él no queria sancionar, y por el mismo hecho de reusar la sancion se comprometia él mismo con la asamblea, como verémos luego por el uso que hizo del *veto*, que esto fué lo que acabó de despopularizarle, haciéndole mirar como cómplice de los emigrados. Seria muy

estraño que él no se hubiese convencido de la solidez de estas razones, que todos sus ministros habian pesado uniformemente, supuesto que ninguno de ellos dejó de creer que los emigrados convenia que se volviesen cerca del rey para protejer su persona y no dar pábulo á la inquietud de los agitadores. Hasta el mismo Bertrand de Molleville era de esta opinion, sin embargo de que sus principios nada tenian de constitucionales. « Era necesario, dice, emplear todos los medios posibles « para aumentar la popularidad del rey, y el mas « eficaz y mas útil de todos era llamar á los emi- « grados. Con su vuelta, que era generalmente de- « seada de todos, se hubiera hecho revivir en Fran- « cia al partido realista que habia desorganizado la « emigracion. Fortificado este partido con el des- « crédito de la asamblea, y siendo reclutado por « los muchos desertores del partido constitucional « y por los descontentos, no habria tardado en lle- « gar á ser poderoso para hacer decisiva en favor « del rey la esplosion mas ó menos próxima que « estaba amenazando. » (Tomo 6.º pag. 42).

Conformándose Luis XVI con este dictámen de los ministros, dirigió varias exortaciones á los principales gefes del ejército y á los oficiales de marina para recordarles su deber y que permaneciesen en su puesto; pero todas fueron inútiles y la desercion continuó sin interrupcion. El ministro

de la guerra vino á anunciar que se habian desertado mil y novecientos oficiales con lo cual la asamblea no pudo moderarse y resolvió tomar medidas vigorosas. Se habia limitado últimamente la constituyente á pronunciar la destitucion de los empleados públicos que estaban fuera del reino, y á imponer una triple contribucion sobre los bienes de los emigrados para indemnizar al estado de los servicios de que le privaban por su ausencia: la nueva asamblea propuso penas mas severas. Varios fueron los proyectos que se presentaron, y Brissot dividió los emigrados en tres clases á saber: los corifeos de la desercion, los empleados públicos que abandonaban sus funciones, y últimamente los que solo por temor habian huido del suelo patrio. En consecuencia propuso que se debia castigar á los primeros, despreciar á los segundos y compadecer á los restantes.

Es verdad que la libertad del hombre no permite que se le encadene al suelo; pero cuando una multitud de circunstancias se han reunido para probar con certeza que los ciudadanos que abandonan su patria van á reunirse fuera de ella para declarar la guerra, permitido es tomar precauciones contra unos proyectos tan peligrosos.

La discusion fué larga y tenaz oponiéndose los constitucionales á todas aquellas medidas, y sosteniendo que se debian despreciar las tentativas inú-

tiles del mismo modo que lo habian hecho sus predecesores. Sin embargo el partido opuesto ganó la votacion y se espidió el primer decreto por el cual se mandaba al hermano mayor del rey que entrase en Francia en el término de dos meses, bajo la pena de perder su derecho eventual á la regencia. Otro decreto mas severo se dió contra los emigrados en general, declarando que todos los franceses reunidos del otro lado de las fronteras eran sospechosos de conjuracion contra la Francia, y que si para el dia primero de enero próximo todavia continuaban reunidos, serian declarados culpables de conjuracion, perseguidos como tales y castigados de muerte; quedando en secuestro durante su vida todos los bienes de los contumaces, sin perjuicio de las mugeres, los hijos y los acreedores legítimos. Estos decretos se dieron en los dias 28 de octubre y 9 de noviembre.

Como la accion de emigrar no es reprensible en sí misma, es muy dificil caracterizar los casos en que llega á serlo; por eso lo único que podia hacer la ley era advertir con anticipacion que iba á hacerse culpable en tales ó cuales condiciones, y aquellos que no querian serlo no tenian mas que obedecer. Por el contrario los que advertidos del término en el cual la ausencia del reino pasa á ser un crímen no querian volverse, por ese solo acto consentian ya en pasar á ser criminales; y asi

los que sin motivos de guerra ó de política estaban fuera del reino debian darse prisa á volver, porque en efecto no es un gran sacrificio á la seguridad de un estado el abreviar un viage de pura diversion ó de interes.

Con el objeto de satisfacer á la asamblea y á la opinion pública consintió Luis XVI en el decreto concerniente á su hermano, pero no á la ley que decia relacion con los emigrados, contra la cual puso el *veto*. Encargó á todos los ministros que se presentasen á la asamblea á anunciar su voluntad, y en efecto leyeron diferentes decretos que llevaban la sancion, y cuando llegó el turno de los emigrados hubo un silencio profundo hasta que el guarda sellos pronunció las palabras «*El rey lo examinará*, las cuales produgeron un descontento general. Quiso el ministro desenvolver las razones del *veto*; pero una multitud de voces le interrumpió inmediatamente diciéndole que la constitucion concedia al rey el derecho de oponerse, pero no el de motivar su oposicion. En consecuencia tuvo que retirarse el ministro dejando en pos de si una profunda irritacion. Aquella primera resistencia del rey á la asamblea fué un rompimiento definitivo, y por mas que hubiese sancionado el decreto que privaba á su hermano de la regencia del reino, no por eso dejaron de ver en su resistencia á sancionar el segundo una

señal de afecto á los emigrados de Coblentz. Entonces se acordaron de que era su pariente, su amigo y hasta cierto punto su cointeresado, infiriendo de aqui que no era posible dejase de hacer causa comun con ellos contra la nacion.

Desde el dia siguiente mandó Luis XVI publicar una proclama á los emigrados y dos cartas particulares á cada uno de sus hermanos, dándoles escelentes razones á unos y á otros que parecian dictadas de muy buena fé. En ellas les escitaba á terminar con su vuelta las desconfianzas que los malévolos se esmeraban en esparcir, y les suplicaba que no le pusiesen en la necesidad de emplear contra ellos medidas severas. En cuanto á su falta de libertad, en que parece se apoyaban para no obedecerle, les presentaba por prueba de lo contrario el *veto* que acababa de oponer en su favor. Sea lo que quiera, estas razones no produgeron efecto alguno ni en Coblentz, ni menos en Paris que es donde estaban particularmente destinadas á producirle. Ni los emigrados entraron ni la asamblea dejó de notar que el tono de la proclama era demasiado suave, llegando hasta disputar al poder egecutivo el derecho de egercer semejantes actos. En efecto reinaba demasiada irritacion para que pudieran darse por satisfechos con una proclama, y sobre todo para sufrir que

el rey sustituyese una medida inútil á las muy vigorosas que acababan de tomarse.

Otra prueba del mismo género tuvo que aguantar Luis XVI en aquellos dias que proporcionó un resultado igualmente desgraciado. Habian principiado en el Oeste algunas turbulencias religiosas, y la asamblea constituyente habia enviado allí dos comisionados de los cuales el uno era Gensonné [11], que tan célebre se hizo despues en el partido de la Gironda. El parte que habian dado á la asamblea legislativa, á pesar de ser bastante moderado, la habia llenado de indignacion; porque ya se acordará el lector de que la asamblea constituyente, al privar de sus funciones á los sacerdotes que reusaban prestar el juramento, les habia dejado una pension y la libertad de egercer el culto privadamente. Con todo eso ellos no habian cesado de escitar al pueblo contra sus compañeros que le habian prestado, sindicándolos como impíos cuyo ministerio era nulo y peligroso. No contentos con eso llevaban á los pobres aldeanos á grandes distancias para decirles la misa, y estos se irritaban á lo sumo viendo su iglesia ocupada en un culto que ellos creian nocivo, mientras que se veian obligados á ir á buscar muy lejos el otro que tenian por bueno. Frecuentemente echaban la culpa á los clérigos juramentados y á sus partidarios, siendo ya muy inmi-

nente la guerra civil. A este parte se reunieron otras varias noticias particulares de la asamblea en que se pintaba como mayor el peligro, y por consiguiente quiso tomar contra estos nuevos enemigos de la constitucion unas providencias semejantes á las que habia tomado contra los enemigos armados del otro lado del Rhin, haciendo un nuevo ensayo de las disposiciones del rey.

Estaba mandado por la asamblea constituyente el juramento cívico, y los que se resistian á prestarle, aunque perdian la calidad de ministros del culto público, que era el que pagaba el estado, conservaban su pension de simples eclesiásticos y la libertad de egercer privadamente su ministerio. Semejante represion era bastante suave y moderada, pero la asamblea legislativa no se contentó con ella, sino que exigió de nuevo el juramento y privó de todo sueldo á los que reusaban prestarle. Viendo que ellos abusaban de su libertad promoviendo la guerra civil, mandó que en vista de su conducta, fuesen trasladados de su pueblo á otro y aun condenados á un arresto si no querian obedecer. Ultimamente prohibió el libre egercicio del culto particular, y quiso que los cuerpos administrativos la presentasen una lista acompañada de notas relativas á cada uno de ellos.

Esta providencia igualmente que la tomada contra los emigrados era propia de todo gobierno ame-

nazado y temeroso, por lo cual se ve precisado á rodearse de precauciones estremadas. No es el hecho ya consumado el que castigan tales gobiernos, sino el ataque que presumen como probable, y esto es lo que hace que sus medidas sean frecuentemente arbitrarias y aun crueles como la misma sospecha.

Los obispos y los clérigos que se habian quedado en Paris y conservado relaciones con el rey, le dirigieron inmediatamente una representacion contra este decreto, y como S. M. estaba ya lleno de escrúpulos y muy arrepentido de haber sancionado el de la constituyente, no tenia necesidad de muchas instancias para reusar la sancion. «En «cuanto á este decreto, dijo, primero me quita«rán la vida que obligarme á sancionarle.» Los ministros fueron casi del mismo dictámen, y Barnave y Lameth, con quienes el rey consultaba algunas veces, le aconsejaron tambien que reusase la sancion. Pero á este consejo añadian ellos otros que el rey no podia decidirse á seguir y se reducian á que al mismo tiempo que se opusiese al decreto, no dejase la menor duda acerca de sus disposiciones, para lo cual era necesario que alejase de su lado á todos los clérigos que no hubiesen prestado juramento, sin permitir que en su capilla hubiese mas que eclesiásticos juramentados. Mas de todos los consejos que se le daban al

rey él no solia adoptar mas que la parte que se conformaba con su debilidad y devocion. El guarda sellos Duport-Dutertre que era el órgano de los constitucionales en el ministerio, hizo que se aprobase en él este dictámen, y despues que el consejo hubo decidido muy á satisfaccion de Luis XVI que se opondria el veto, añadió como un aviso que seria conveniente rodear la persona del rey de clérigos que no fuesen sospechosos. Al oir esto S. M., que ordinariamente era tan dócil, manifestó una tenacidad invencible y dijo que la libertad de cultos proclamada para todo el mundo, debia serlo para él igualmente que para sus súbditos y que queria tener la libertad de rodearse de los eclesiásticos que le conviniesen. No se insistió mas en ello, y sin dar conocimiento á la asamblea se decidió el *veto*.

Otro nuevo servicio le hizo el partido constitucional, en cuyas manos parecia que se habia entregado el monarca, que fué el que le hizo el directorio del departamento. Este directorio estaba compuesto de los miembros mas considerados de la asamblea constituyente, pues se hallaban en él el duque de Larochefoucault, el obispo de Autun, Baumetz, [12] Desmeuniers, [13] Ansons [14] etc. Hizo una representacion al rey, no como cuerpo administrativo sino como una reunion de peticionarios que solicitaban el *veto* contra este decreto

Biblioteca Universitaria Oviedo

de los esclesiásticos. «La asamblea nacional, de-
«cia la peticion, quiso indudablemente el bien y
«nosotros tenemos mucho placer en defenderla de
«sus culpables detractores; pero su laudable de-
«signio la impelió á tomar medidas que la cons-
«titucion, la justicia y la prudencia reprueban.
«Puso por condicion para el pago de las pensio-
«nes de los eclesiásticos que no tuviesen cura de
«almas el juramento cívico, mientras que la consti-
«tucion califica espresamente estas pensiones como
«deudas nacionales. Ahora pues el negarse á pres-
«tar un juramento cualquiera ¿puede destruir el
«título de un crédito reconocido? La asamblea
«constituyente hizo lo que pudo en favor de los
«clérigos no juramentados; estos reusaron pres-
«tarle y ella les privó de sus funciones, reducién-
«doles á una mera pension... La legislativa quie-
«re que los eclesiásticos que no han prestado el
«juramento, ó que se han retractado de él pue-
«dan ser desterrados provisionalmente y aun apri-
«sionados si no obedecen á la órden qus se les in-
«tima. ¿No es esto renovar el sistema de las órde-
«nes arbitrarias, supuesto que se permite castigar
«con destierro ó tal vez con prision á quien no está
«convencido de haber faltado á ninguna ley?....
«La asamblea nacional reusa á todos losque no pres-
«ten juramento cívico la libre profesion de su cul-
«to.... Sin embargo de que esta libertad no se le

« puede reusar á nadie porque está consagrada « para siempre en la declaracion de derechos. »

Eran sin duda excelentes todas estas razones; pero no bastan los raciocinios ni los resentimientos para calmar los temores de los partidos. ¿Como persuadir á una asamblea que se debia permitir á unos clérigos obstinados que promoviesen desórdenes y la guerra civil? El directorio escuchó mil injurias, y su peticion al rey fué combatida por otras muchas que se dirigieron al cuerpo legislativo. Entre ellas presentó Camilo Desmoulins una muy osada en nombre de toda una seccion; y ya podia echarse de ver en ella cual iba creciendo la violencia del lenguage y la adjuracion de todo género de decoro que hasta entonces se habia observado con las autoridades y con el rey. Decia Desmoulins á la asamblea que era necesario un grande ejemplo . . . . . ; que el directorio merecia ser puesto en estado de acusacion . . . . ; que debia perseguirse á sus gefes . . . . . ; que era necesario herir en la cabeza y servirse del rayo contra los conspiradores . . . . . ; que la facultad del *veto* real tenia su término, y que no se habia estorbado con un *veto* la toma de la Bastilla. . . . . .

Decidido Luis XVI á reusar la sancion, andaba dilatando anunciarlo á la asamblea, porque queria antes conciliar la opinion con algunos actos que la fuesen favorables, uno de ellos fue elegir

un ministro en el partido constitucional. Cansado ya Montmorin de su laboriosa carrera en tiempo de la constituyente y de sus penosas negociaciones con todos los partidos, no habia querido esponerse á las tormentas de una nueva legislatura, y se habia retirado á pesar de las instancias del rey. Nadie queria aceptar el ministerio de negocios estrangeros, por mas que se ofreció á diferentes personages, hasta que por último le tomó Dellesart dejando el del interior que desempeñaba. Este íntegro é ilustrado ministro estaba bajo el influjo de los constitucionales ó fuldenses, pero era demasiado débil para fijar la voluntad del rey y para imponer respeto á las potencias estrangeras y á las facciones interiores. Se nombró para el ministerio que aquel dejaba á Cahier de Gerville [15] que era un patriota acalorado pero mas áspero que persuasivo, y en eso se llevó la mira de satisfacer á la opinion pública. Para la administracion de la guerra se nombró á Narbonne [16] que era un jóven lleno de actividad y ardor, constitucional celoso y diestro en popularizarse. Este hubiera podido egercer un influjo muy útil en el consejo y reconciliar la asamblea con el rey, si no hubiera tenido por adversario á Bertrand de Moleville que era un ministro contrarrevolucionario, y por tanto preferido en la corte á todos los demas. Al mismo tiempo que Bertrand aborrecia la constitucion,

tenia el arte de atenerse meramente á su testo para atacar el espíritu de ella, y queria francamente que el rey probase á egecutarla, solo para demostrar que era inegecutable. Mas el rey no podia resolverse á exonerarle y con un ministerio semejante trató de continuar su marcha. Despues de haber intentado agradar á la opinion pública con estas elecciones, probó tambien otros medios para atraerla mas, y aparentó prestarse á todas las medidas diplomáticas y militares que se le habian propuesto contra las reuniones formadas del otro lado del Rhin.

Las últimas medidas represivas habian quedado paralizadas con el *veto*, y á pesar de eso cada dia llegaban nuevas denuncias á la asamblea comunicando los preparativos y amenazas de los emigrados. Los informes de las municipalidades y departamentos inmediatos á la frontera, asi como las cartas de los comerciantes que residian del otro lado del Rhin, aseguraban uniformemente que el vizconde de Mirabeau, hermano del célebre orador, estaba al frente de seiscientos hombres en el obispado de Strasburgo, y que en el territorio del elector de Maguncia, y cerca de Worms se hallaban cuerpos numerosos de trasfugos bajo las órdenes del príncipe de Condé. Que lo mismo sucedia en Coblentz y en todo el electorado de Tréveris, habiéndose cometido mil excesos y violen-

cias contra franceses, y que por último se le habia intimado al general Wimpfen que entregase á Neuf-Brisach. Agregados todos estos partes á lo que ya se sabia por notoriedad pública, irritaron estraordinariamente á la asamblea, en la cual se propuso inmediatamente un decreto para exigir de los electores el desarme de los emigrados; pero se difirió por dos dias esta decision para que no pareciese demasiado precipitada, y luego que espiró este término se abrió la discucion sobre ella.

El primero que tomó la palabra fué el diputado Isnard [17], el cual hizo sentir la necesidad de asegurar la tranquilidad del reino, no de un modo pasagero sino durable, imponiendo respeto con medidas prontas y vigorosas que hiciesen ver á la Europa entera las resoluciones patrióticas de la Francia. «No temais, les decia, provocar con-«tra vosotros la guerra de las grandes potencias, «porque es el interes quien decide de sus inten-«ciones, y estas no se alterarán por lo que voso-«tros resolvais, pero las obligarán á esplicarse.... «Es preciso que la conducta de los franceses cor-«responda á su nuevo destino. Esclavos bajo Luis «XVI, no por eso dejaron de ser intrépidos y gran-«des; ¿como pues habrán de mostrarse débiles y «tímidos hoy que gozan de la libertad? Se enga-«ñan mucho, dice Montesquieu, los que creen «que un pueblo en revolucion es fácil de ser con-

« quistado, por el contrario él es quien está pron-
« to á conquistar á los demas. (Aplausos). »

« ¡ Os proponen capitulaciones! ¡ Se quiere au-
« mentar la prerrogativa real y ampliar el poder del
« rey, de un hombre cuya voluntad sola puede pa-
« ralizar la de toda la nacion, mientras que milla-
« res de hombres están pereciendo de miseria!
« (Nuevos aplausos). Os quieren volver á traer la
« nobleza! Pues aunque todos los nobles de la
« tierra viniesen á atacarnos, los franceses tenien-
« do en una mano el oro que era suyo, y en la
« otra el hierro, vencerán á esa raza orgullosa y la
« obligarán á sufrir el suplicio de la igualdad. »

« Hablad á los ministros, al rey y á la Europa,
« el lenguage que conviene á unos representantes
« de la Francia. Decid á los primeros que hasta
« ahora no estais muy satisfechos de su conducta,
« y que por su responsabilidad entendeis la muer-
« te. (Aplausos prolongados). Decid á la Europa
« que vosotros respetareis las constituciones de to-
« dos los imperios; pero que si se suscita una guer-
« ra de los reyes contra la Francia, vosotros susci-
« tareis otra de los pueblos contra los reyes.
« (Mas y mas aplausos). Respetad; respetad mi en-
« tusiasmo porque es el de la libertad. Decidle que
« los combates entre pueblos y pueblos por órden
« de los déspotas, se asemejan á los golpes que se
« dan dos amigos excitados por un pérfido en me-

« dio de la oscuridad. Pero luego que nace el dia, « vuelven á abrazarse y se vengan en aquel que « les habia engañado. De la misma manera, si al « tiempo que los ejércitos enemigos estén luchan- « do con los nuestros, un rayo de luz de la filoso- « sofía llega á herir en sus ojos, los pueblos se « abrazarán á la vista de sus propios tiranos que « habran perdido sus coronas, quedando consola- « da la tierra y satisfecha la justicia del cielo. » Esto pasó en la sesion del 29 de noviembre.

Fué tal el entusiasmo que produjo este discurso, que los diputados se agolparon en torno del orador para abrazarle. El decreto que él apoyaba fué adoptado inmediatamente, y Mr. de Vaublanc encargado de llevarle á S. M. al frente de una diputacion compuesta de veinte y cuatro miembros. Por aquel decreto declaraba la asamblea que consideraba como indispensable exigir de los electores de Tréveris y Maguncia y demas príncipes del imperio, que pusiesen un término á las reuniones formadas en la frontera, y suplicaba al mismo tiempo al rey que acelerase las negociaciones principiadas para las indemnizaciones á los príncipes que tenian posesiones en la Alsacia.

Mr. de Vaublanc acompañó este mensage con un discurso enérgico y respetuoso que fué muy aplaudido de la asamblea. « Señor, le dijo, si los fran- « ceses arrojados de su patria por la revocacion del

« edícto de Nantes, se hubiesen reunido armados « en la frontera alemana protegidos por sus prín- « cipes, ¿cuál hubiera sido, Señor, la conducta de « Luis XVI? ¿Habría tolerado semejantes reunio- « nes? Pues ahora bien, lo que aquel príncipe hu- « biera hecho para que se respetase su autoridad, « es lo que V. M. debe hacer en defensa de la cons- « titucion. »

Decidido Luis XVI, como ya hemos dicho, á neutralizar el efecto del *veto* con actos agradables á la opiuion pública, resolvió presentarse en la asamblea, y contestar á su mensage por medio de un discurso que pudiese satisfacerla.

Presentóse efectivamente el dia 14 de diciembre por la tarde despues de haberse hecho anunciar aquella mañana por medio de una simple esquela. Fué recibido con el mayor silencio, y dijo, que el mensage de la asamblea le merecia una gran consideracion, por lo cual habia determinado presentarse él mismo en una circunstacia en que estaba comprometido el honor frances. Que tomando parte en las intenciones de la asamblea, pero recelando los males de la guerra habia procurado ensayar todos los medios de atraer á unos franceses estraviados; pero que habiendo sido inútiles todas sus benévolas insinuaciones, se habia anticipado al mensage de los representantes, é intimado á los electores, que si antes del 15 de

enero no habia cesado toda reunion serian considerados como enemigos de la Francia, y que habia escrito al emperador reclamando su intervencion en calidad de gefe del imperio, en la inteligencia de que de no tener efecto le declararia la guerra. Concluyó por decir que en vano se intentaria disgustarle del egercicio de su autoridad, porque estaba resuelto á conservar fielmente el depósito de la constitucion, por lo mismo que estaba firmemente persuadido de la brillante situacion de un rey que lo es de un pueblo libre.

Los mayores aplausos sucedieron al anterior silencio, é indemnizaron al rey de la fria acogida que le habian hecho á la entrada; mas como la asamblea habia decretado por la mañana que se le responderia por medio de un mensage, no pudo esplicar inmediatamente su satisfaccion, contentándose con decidir que aquel discurso se remitiese á los 83 departamentos. Inmediatamente despues entró Narbonne para dar parte de los medios que se habian tomado para asegurar el efecto de las intimaciones hechas al imperio. Estas se reducian á enviar ciento cincuenta mil hombres al Rhin, lo cual dijo no era tan imposible como se creia, y ya estaban nombrados tres generales para mandarlos que eran Luckner [18], Rochambeau y Lafayette. Este último nombre fué cubierto de infinitos aplausos. Añadió Narbonne que él mismo

iba á marchar para reconocer el estado de las plazas fuertes y dar la mayor actividad á los trabajos de defensa, para lo cual no dudaba que la asamblea concederia los fondos necesarios y no andaria en economías con la libertad. No, no, gritaron de todas partes. Ultimamente preguntó, si á pesar de estar completo el número legal de los mariscales, permitiria la asamblea que el rey confiriese este grado á los dos generales Luckner y Rochambeau que estan encargados de salvar la libertad. Las mismas aclamaciones de la asamblea indicaron su consentimiento y la satisfaccion que la causaba la actividad del jóven ministro. Con una conducta parecida á esta hubiera conseguido Luis XVI popularizarse, y aun atraer á sí á los republicanos que solo deseaban la república por la persuasion en que estaban de que ningun rey era capaz de amar y de defender la libertad.

Aprovecháronse de la satisfaccion producida por estas medidas para presentar el *veto* que se habia opuesto contra el decreto relativo á los eclesiásticos. Se habia tenido cuidado por la mañana de anunciar en los periódicos la destitucion de los antiguos agentes diplomáticos sospechados de aristocracia y el nombramiento de otros nuevos. Gracias á estas precauciones el mensage se acogió sin murmullos, porque ya se lo esperaba la asamblea y asi la sensacion no fué tan desagradable como

era de temer. Ya se ven los infinitos rodeos que tenia que tomar el rey para hacer uso de su prerrogativa y cuanto riesgo corria al egercerla. Considérese pues que hubiera sucedido si la asamblea constituyente, á quien tanto se ha echado en cara de que se perdió despojándole del *veto* absoluto, si hubiera adoptado este estremo. No vemos que el suspensivo producia aqui el mismo efecto que el absoluto? ¿Era realmente el poder legal lo que faltaba al rey ó el poder de la opinion? Los resultados mismos lo estan diciendo; no fué la falta de prerrogativas suficientes lo que perdió á Luis XVI sino el uso inconsiderado de las que le quedaban.....

No fueron vanas las promesas de actividad que se habian hecho á la asamblea, sino que se presentaron sin interrupcion las proposiciones para subsidios de guerra y para el nombramiento de los dos mariscales Luckner y Rochambeau. Lafayette que se hallaba retirado para descansar de tres años de continuas fatigas, se presentó en la asamblea y fué perfectamente recibido. Batallones enteros de la guardia nacional le acompañaron á su salida de Paris, y todo pudo probarle que no estaba olvidado su nombre y que todavia se le miraba como uno de los fundadores de la libertad.

Entretanto Leopoldo naturalmente pacífico, no deseaba la guerra, porque sabia que no era con-

veniente para sus intereses; pero deseaba un congreso apoyado en una fuerza respetable á fin de proporcionar un acomodo y algunas modificaciones en la constitucion. Los emigrados no querian modificarla sino destruirla, y el emperador mas prudente y mejor enterado que ellos, sabia que era preciso conceder mucho á las nuevas opiniones y que lo mas que podia solicitarse era que se le volviesen al rey algunas prerrogativas, y retocar la composicion del cuerpo legistativo estableciendo dos cámaras en lugar de una. Este último proyecto era el mas temible y el que mas frecuentemente se echaba en cara al partido Fuldense y constitucional. Es cierto que si este partido habia desechado en los primeros tiempos de la constituyente la cámara alta porque temia y con razon que en ella se atrincherase la nobleza, hoy ya no eran los mismos sus temores. Por el contrario tenia esperanzas de ocuparla casi enteramente él solo, como que muchos constituyentes que habian vuelto á caer en la mas completa nulidad hubieran hallado la ocasion de volver á entrar en la escena política. En el caso pues de que esta cámara alta no entrase en sus miras, entraba por lo menos en sus intereses, y lo cierto es que ya los diarios hablaban de ella muy á menudo y que aquella idea circulaba por todas partes. ¡Cuan rápida habia sido la marcha de la revolucion! El

Biblioteca Universitaria

lado derecho estaba ya compuesto de miembros del antiguo lado izquierdo, y el grande atentado que se temia y se echaba en cara, no era ya el retroceso al antiguo régimen sino el establecimiento de una cámara alta. ¡Qué distancia tan enorme de 1789, y cuanto habia precipitado los sucesos una loca resistencia!

No encontraba pues Leopoldo ninguna mejora posible para Luis XVI, y asi su objeto era dilatar cuanto pudiera las negociaciones, y sin romper del todo con la Francia, imponerla respeto con su firmeza. Pero equivocó su objeto mismo en la respuesta que dió, reducida á notificar las determinaciones de la dieta de Ratisbona, que consistian en no aceptar ninguna indemnizacion para los principes que tenian posesiones en Alsacia. Era ciertamente rídicula semejante decision, porque es claro que todo el territorio comprendido bajo una misma denominacion debia estar sugeto á las mismas leyes, y si los príncipes del imperio tenian tierras en Francia, era necesario que sufriesen la abolicion de los derechos feudales, no habiendo hecho poco la asamblea en concederles alguna indemnizacion. Muchos de ellos habian entrado ya en negociaciones sobre esto, y la dieta con anular sus convenios les prohibia aceptar nada en cambio. El imperio pretendia tambien no reconocer la revolucion en cuanto le concernia y por lo re-

lativo á las reuniones de los emigrados, Leopoldo sin esplicarse acerca de su dispersion le respondia á Luis XVI, que pudiendo el elector de Tréveris en virtud de las instancias del gobierno frances sufrir hostilidades próximas, se le habia mandado al general Bender [19] que le llevase prontos socorros.

No podia darse una respuesta peor calculada, porque ella sola obligaba á Luis XVI á tomar medidas vigorosas por no comprometerse, y á proponer la guerra. Inmediatamente envió á Delessart á la asamblea para darla parte de aquella respuesta y manifestar la estrañeza que le habia causado al rey la conducta de Leopoldo. El ministro aseguró que probablemente habian engañado al emperador, persuadiéndole falsamente á que el elector habia satisfecho á todas las obligaciones de buen vecino. Ademas comunicó Delessart la réplica que se habia enviado á Leopoldo, significándole que á pesar de su respuesta y de las órdenes dadas al mariscal Bender se tomarian las armas contra los electores, si en el término prescrito, es decir el 15 de enero no daban una satisfaccion á las demandas de la Francia. «Si esta declaracion, «decia Luis XVI en su carta del 31 de diciembre «á la asamblea, no produce el efecto que debo «prometerme, y si el destino de la Francia es te«ner que combatir contra sus hijos y aliados, yo

«haré conocer á la Europa la justicia de nuestra «causa; el pueblo frances la sostendrá con su va- «lor y la nacion verá que yo no tengo otros inte- «reses que los suyos, mirando siempre el sosten «de su dignidad y seguridad como el mas esen- «cial de mis deberes.»

Estas palabras en que el rey parecia unirse con la nacion en el peligro comun fueron vivamente aplaudidas, y se mandaron pasar á la comision diplomática para que diese inmediatamente su informe á la asamblea.

Hasta la reina tuvo parte en este triunfo, habiendo sido aplaudida en la ópera como en los dias de su brillo y poder, y asi vino muy contenta á decirle á su esposo que la habian recibido como otras veces. Pero aquellos fueron los últimos testimonios que recibia de un pueblo antes idólatra de su magestad y de sus gracias. Aquel sentimiento de igualdad que por tan largo tiempo permanece como dormido en los hombres, y que es tan fogoso cuando se despierta, se manifestaba ya por todas partes. Estábamos á fines del año 1791, y la asamblea suprimió el antiguo ceremonial del dia 1.º de año, diciendo que los homenages que se acostumbraban á llevar al rey en aquel solemne dia cesarian en adelante. Casi en la misma época se quejó una diputacion de que no se la habian abierto de par en par las puertas del consejo, con

cuyo motivo se suscitó una discusion escandalosa y la asamblea escribiendo á Luis XVI, suprimió los tratamientos de *Señor* y de *Magestad*. Otro dia entró un diputado en palacio con el sombrero puesto y en un trage poco decente. Esta conducta era muchas veces provocada por la mala acogida que los criados de palacio hacian á los diputados, y en tales represálias, ni el orgullo de los unos ni el de los otros queria ceder un paso.

Narbonne continuaba su visita con una rara actividad, y ya se habian acercado tres ejércitos á la frontera amenazada. El anciano Rochambeau que en otros tiempos habia hecho la guerra con distincion, pero que en el dia estaba enfermo, resentido y descontento, mandaba el ejército situado en Flandes y llamado del norte. Lafayette tenia el del centro y acampaba en las inmediaciones de Metz. El viejo Luckner que era un general mediano, aunque soldado valiente y muy popular en los campos por sus costumbres guerreras, mandaba el cuerpo que ocupaba la Alsacia. Estos eran los tres únicos generales que nos habian dejado una larga paz y una desercion casi universal.

Estaba Rochambeau descontento del nuevo régimen y de la indisciplina que reinaba en el ejército, de la cual se quejaba sin cesar y no daba ninguna esperanza al ministerio. Mas Lafayette, que era jóven, activo y con deseos de distinguir-

se muy pronto defendiendo á su patria, restablecia la disciplina en sus tropas y vencia todos los obstáculos suscitados por la mala voluntad de los oficiales que eran los aristocratas del ejército. Él habia conseguido reunirlos hablándoles el lenguage del honor y diciéndoles que debian dejar el servicio, sino habian de desempeñarle lealmente; que si querian algunos retirarse, él se encargaria de proporcionarles, bien su retiro en Francia, ó bien sus pasaportes para paises estrangeros; pero que si insistian en servir era necesario que lo hiciesen con celo y con fidelidad. Asi habia conseguido establecer en su ejército mayor órden que el que reinaba en los demas. Por lo que hace á Luckner, que carecia de opinion política y por consecuencia le era indiferente todo régimen, prometia mucho á la asamblea, y en efecto habia conseguido ganar á los soldados.

Viajó Narbonne con la mayor celeridad, y vino el dia 11 de enero á dar cuenta á la asamblea de su rápida espedicion. Dijo que la reparacion de las plazas estaba ya muy adelantada, y que el ejército desde Dunkerque hasta Besanzon presentaba una masa de doscientos cuarenta batallones y ciento sesenta escuadrones, con la artillería necesaria para doscientos mil hombres y víveres para seis meses. Hizo los mayores elogios del patriotismo de los guardias nacionales voluntarios, ase-

gurando que dentro de poco estaria completo su equipo. Es probable que el jóven ministro cediese algun tanto á las ilusiones de su zelo; pero eran tan nobles sus intenciones y tan rápido su trabajo, que la asamblea le cubrió de aplausos y presentó su informe al reconocimiento público enviándole á todos los departamentos, que era la manera ordinaria con que la asamblea manifestaba su estimacion por todo aquello de que se mostraba satisfecha.

NOTAS DEL TRADUCTOR

PERTENECIENTES AL CAPITULO TERCERO.

PAGINA 138.

1 Bertrand de Moleville, intendente de Bretaña y despues ministro de marina, estando de comisario regio en Rennes en 1778 y encargado, con el conde de Thiard, de disolver el parlamento, estuvo á pique de perder la vida en una conmocion en que los jóvenes tomaron la defensa del parlamento. El 4 de octubre 1791 fué nombrado ministro de marina en lugar de Mr. Thevenard, y el 31 del mismo mes leyó un informe á la asamblea legislativa sobre el estado de las fuerzas navales de la Francia; organizacion de la marina y leyes que faltaban relativas al servicio de los puertos y arsenales. Mas no tardó la comision de marina en declararse contra él, particularmente el diputado Cavelier de Brest, quien le acusó de que habia engañado al cuerpo legislativo, diciendo que los oficiales de marina estaban en sus puestos. Tambien le acusó de traicion por haber empleado aristocratas en la espedicion destinada á llevar socorros á Sto. Domingo. El contestó á esta denuncia con una memoria, que no solo agradó y satisfizo á la asamblea, sino que mandó que se imprimiese. Pero no por eso desistió Cavelier de perseguirle, sino que asociado con uno que se decia miembro de una casa de comercio de la India presentó una contramemoria en que denunciaba las licencias concedidas á los oficiales de la marina de Brest, lo cual dió motivo á que se suscitase una discusion ruidosa, pero que no produjo ninguna decision. Mas al fin despues de muchas réplicas y contra réplicas, se decretó que no habia lugar á la acusacion contra el ministro, aunque si *á al-*

gunas observaciones sobre su conducta. De ellas estuvo encargado Herault de Sechelles, quien habiendo dado cuenta á la asamblea, mereció su aprobacion, y cuando se le presentaron al rey, contestó que á pesar de ellas le continuaba su confianza. Con todo eso Bertrand, aconsejado por sus compañeros, ofreció su dimision y le reemplazó Mr. de Lacoste.

Por aquel tiempo Luis XVI confió al ex-ministro la direccion de una policía secreta encargada de observar al partido jacobino é influír en la guardia nacional y en las secciones ó distritos de Paris. En el mes de mayo de aquel año le denunció Carra al club de los jacobinos, como uno de los principales miembros del club austriaco, sobre lo cual presentó demanda el ministro al tribunal de policia correccional, y el juez de paz Lariviere, que habia dado curso á esta queja, fué acusado el mismo por la asamblea legislativa como perseguidor ilegal de varios diputados.

Despues de la jornada del 20 de junio presentó al rey un plan muy bien meditado para su fuga de Paris, que no se verificó por una indiscrecion y una perfidia. Cinco dias despues del 10 de agosto fué acusado por Gohier á peticion de Fouchet y corrió los mayores peligros, pero por fin llegó á Londres, donde se estableció definitivamente. Allí publicó una historia de la revolucion muy voluminosa, que tuvo mucha aceptacion por la exactitud de los hechos de que el autor habia sido testigo, y sobre todo por la severidad de sus principios. Esta preciosa obra ha sido traducida al ingles y reimpresa en Paris en 13 volúmenes. Mr. de Bertrand no quiso volver á Francia despues del 18 brumario año 8.° (9 noviembre 1799) sino que permaneció cerca de los Borbones.

Tuvo en 1804 la flaqueza de creer que Bonaparte estaba dispuesto á ceder la corona á Luis XVIII y dió bastante que reir á los diplomáticos con su sinceridad. En 1814 vino por fin á Francia creyendo poder ser todavia útil por su edad y esperiencia, pero no solo no le emplearon en nada, sino que ni siquiera le quisieron pagar ciertas su-

mas que le debia la casa real. Esto alteró su salud y murió en Paris el 19 de junio 1818.

Hay suyos, ademas de la historia, una multitud de opúsculos la mayor parte sobre puntos tambien históricos.

PAGINA 139.

2 L. F. E. Ramond nació en Luxe cerca de Barrége y fué diputado por Paris á la asamblea legislativa, donde ocupó muchas veces la tribuna, dándose siempre á conocer por la rectitud de sus intenciones y por la consecuencia de sus principios, que no se desmintieron jamas. Desde que se decidió por la constitucion siguió constantemente aquella linea sin separarse hacia ninguno de los estremos de las facciones. Cuando se trató de los emigrados, convino en que se debian confiscar los bienes de todos los que habian tomado las armas contra su patria; pero sostuvo al mismo tiempo que los que no tenian intenciones hostiles debian gozar del derecho comun á todos los hombres de trasladarse ellos y sus bienes á donde mejor les acomodase. Con la misma templanza se esplicó acerca de los clérigos no juramentados, insistiendo sobre la necesidad de dejar libre el ejercicio del culto. Propuso que se tomase nota y se calificasen las firmas de las peticiones con que frecuentemente se tiranizaba á la asamblea. Fué el primero que hizo la mocion el 10 de marzo 1792, para que se declarase que los ministros habian perdido la confianza de la nacion; pero al mismo tiempo se opuso á que se licenciase la guardia del rey. Combatió contra los Girondinos que preparaban la caida del poder ejecutivo y atacaban á Lafayette por que protegia al monarca. En una palabra fué un hombre constantemente moderado en el buen sentido de esta palabra, esto es, amigo de la razon y de la ley.

Pero dejando á parte su mérito como hombre político debemos considerarle como un verdadero sabio y *sus observaciones sobre los Pirineos y sobre los Alpes* le constituyen uno de los geólogos y naturalistas mas distinguidos

de Francia. Estas observaciones se insertaron en una traduccion de las cartas de Coxe sobre la Suiza, que se dió á luz en 1789 en 2 tomos. Tambien escribió en 1791 su *opinion sobre las leyes constitucionales*, *sus caracteres distintivos*, *su órden natural*, *su estabilidad relativa y su revision solemne*: varias memorias al Instituto, de que era miembro corresponsal, y la traduccion del viage de Suiza del ya citado Coxe. En 1800 fué llamado al cuerpo legislativo por el senado conservador y en 1804 nombrado caballero de la Legion de honor y últimamente prefecto.

PAGINA 139.

3 L. S. X. Girardin, marques de Ermenonville, hijo del protector é íntimo amigo de J. J. Rousseau, fué diputado por el departamento del Oisa á la asamblea legislativa. A los principios fué gran partidario de la revolucion y uno de los fundadores del club de los fuldenses (feuillants). Apoyó el decreto en que se le suprimian al rey los tratamientos de Señor y de magestad. Combatió fuertemente la mocion de que se imprimiesen los nombres de los oficialés que habian desertado, diciendo que solo era propio de los tiranos formar listas de proscripcion. Votó por que se conservase el sueldo á los clérigos que se casasen, y finalmente no hubo cuestion de las que aun entonces pasaban por atrevidas en que él no estuviese de los primeros en la brecha. Acusador de los ministros que pasaban por adictos al rey y defensor del execrable Marat y de su libelo intitulado *el amigo del pueblo*, no parece que conoció lo pernicioso de aquellas doctrinas hasta que el mismo y algunos de sus amigos se vieron amenazados y maltratados por haberse declarado en favor de Lafayette cuando este rompió con la asamblea. Entonces se quejó amargamente de que las discusiones *no eran libres por que su opinion habia caido en minoria*.

Despues de la jornada del 10 de agosto desapareció de la escena política hasta que en tiempo del consulado fué

nombrado miembro del tribunado, en el que votó por la reduccion de las justicias de paz contra la opinion de Benjamin Constant, con quien tuvo una disputa muy acalorada. Tambien tuvo otra muy fuerte con Carrion Nisas, el cual, combatiendo el proyecto de ley relativo á la instruccion pública se habia esplicado con demasiada acritud contra los escritos y la persona de Juan Jacobo, de quien Girardin habia sido discípulo. Este le defendió con el vigor que debia, proponiendo que no se permitiese la impresion de tales blasfemias contra un hombre tan eminente. Poco tiempo despues votó por la creacion de la legion de honor y en 1804 le restituyó el emperador su grado en el ejército y en 1806 le hizo comendador de la legion de honor y se acabaron sus entusiasmos republicanos.

PAGINA 139.

4 V. M. Vaublanc-Viennot era un propietario del departamento del Sena y presidente del de Sena y Marne cuando le nombraron para la asamblea legislativa, donde se hizo muy notable entre los miembros del partido de la moderacion. Desde el mes de octubre 1791 se declaró enemigo del despotismo de los ayuntamientos y se opuso á que se formase lista de los oficiales emigrados, mirándola como una lista de proscripcion. El 18 fué nombrado secretario de la asamblea y habló en favor de los clérigos que no querian prestar el juramento. El 14 de noviembre fué ascendido á la presidencia, en la cual sostuvo que era una infamia venir á desacreditar todos los dias á los ministros, diciendo que era imposible tener gobierno mientras no se respetase á las autoridades. El 31 de diciembre pidió que la comision diplomática presentase un informe sobre la necesidad de obligar á los príncipes de la sangre á que se alejasen de la frontera; pero se opuso fuertemente á la proposicion de Bazire de secuestrar los bienes de los emigrados, sin tener consideracion con sus mugeres y sus hijos. Hizo cuanto pudo por que no quedasen impunes las atrocidades cometidas

Biblioteca Univer. Ovie

en el condado de Aviñon por Jourdan *corta cabezas* y sus cómplices ; pero prevaleció el sistema de indulgencia de los girondinos. Claro es que con tales principios no podia dejar de ser enemigo declarado de los clubs, atribuyéndoles, como asi era la verdad y lo será en todas partes donde se toleren, todos los desastres públicos, las violencias, los asesinatos y los incendios de las propiedades. Por eso, dijo, se ha dado la amnistia á los malhechores de Aviñon, por que habiendo en la asamblea muchos individuos que lo son de los clubs donde se prepararon aquellos crímenes, era indispensable que los reos se amnistiasen á sí mismos.

El 29 de julio y el 8 de agosto 1792 se declaró en favor de Lafayette contra los girondinos, é hizo tal efecto su último discurso, que la asamblea mandó que se imprimiese, pero al salir de la sesion fué insultado y perseguido por los confederados y parroquianos de las tribunas. Al dia siguiente se quejó de este insulto y propuso que se hiciese salir de Paris á los confederados, con otras medidas para asegurar la libertad de los representantes del pueblo.

Tuvo la fortuna de no ser reelegido para la convencion y así pudo salvarse de las proscripciones de 1794 y solo volvió á presentarse en las secciones cuando estas intentaron su movimiento contra ella en 1795. Entonces presidia él la seccion Poissonniere y el 17 de octubre fué condenado á muerte en contumácia, por haber hecho parte de las comisiones de ejecucion y direccion de la revuelta que se verificó el 3, 4 y 5 de octubre. Pero logró sustraerse á todas las pesquisas, y dos dias antes de su juicio, fué nombrado por el departamento del Sena y Maine diputado al consejo de los 500. El 29 de enero 1796 protestó contra la sentencia dada por el consejo militar y presentó al de los 500 una memoria justificativa en la cual reclamaba su admision en el consejo, como diputado. Pero á pesar de los esfuerzos de Pastoret fué desechada su demanda, aunque despues consiguió á fuerza de instancias hacer anular su juicio.

El 2 de setiembre se presentó en la asamblea y subió á la tribuna para prestar el juramento de *odio á la monarquia*; mas persuadido el partido jacobino á que iba á hacer un juramento falso, se agitó con mucha violencia, tanto que Savary le dijo « levanta bien la mano » la levantó y se bajó de la tribuna.

En el consejo siguió con las mismas opiniones que habia mostrado en la legislativa, combatiendo todas las medidas revolucionarias y todas las tentativas de volver al terror de que no dejó de adolecer el directorio ejecutivo. Por consiguiente se renovaron las persecuciones contra él, siendo uno de los consejeros proscriptos y condenados á la deportacion el 4 de setiembre 1797; pero tambien se escapó, yéndose á la Suiza y de allí á Alemania, hasta que fué llamado despues del 18 brumario, y proclamado miembro del cuerpo legislativo en diciembre 1800. El emperador le nombró prefecto de la Mosela y le hizo comendador de la legion de honor.

PAGINA 139.

5 M. Dumas, consejero de estado, general de division y comandante de la legion de honor, fué antes oficial en el regimiento infanteria de Languedoc, despues agregado al consejo de guerra y pasó en seguida á América con el grado de coronel. Al principio de la revolucion estuvo empleado en la guardia nacional bajo las órdenes de Lafayette, y complicado en la causa que se siguió en el Chatelet sobre los sucesos del 5 y 6 de octubre 1789. En mayo 1791 pasó á la Alsacia en clase de comisionado sobre las indemnizaciones que se debian ofrecer á los príncipes alemanes que tenian posesiones allí. Cuando el arresto de Luis XVI en Varennes, le enviaron con plenos poderes para reunir y vigilar sobre las tropas que habian de traer al rey á Paris, con cuyo motivo le hicieron mariscal de campo, y se le empleó en la Lorena. Elegido diputado para la legislativa, llegó á ser uno de los principales corifeos del club de los fuldenses y

siempre profesó principios moderados. Fué uno de los que mas promovieron el castigo de Jourdan *corta cabezas* y otros asesinos. Se opuso á las providencias que se tomaban contra los emigrados, diciendo que los que las proponian no eran mas que unos aduladores del populacho. Igualmente desaprobó que se enviase á las potencias el manifiesto redactado por Condorcet tocante á los principios políticos de la Francia regenerada, é hizo cuanto pudo porque se difiriese la declaracion de guerra contra el imperío. Siendo presidente de la asamblea en febrero 1792, votó contra la libertad de los negros é insistió muchas veces sobre la necesidad de restablecer la disciplína, para lo cual propuso varios medios sin perjuicio de la libertad. Tampoco quiso convenir en que la asamblea legislativa hubiera de mezclarse en el arreglo de la guardia del rey; pero cuando manifestó mas de lleno sus rectos principios fue despues de la indecente jornada del 20 de junio en que tantos ultrages sufrió la persona del rey. Vuelto á elejir presidente en julio del mismo año, recibió con mucha severidad á una diputacion que venia á reclamar contra el *veto* y manifestó su desagrado al orador. Pocos dias despues acusó á todo el ministerio, compuesto de Roland, Claviere y Dumouriez, por haber comprometido la seguridad del estado atacando á la Bélgica.

Una conducta semejante no podia menos de grangearle muchos enemigos en aquel tiempo y asi fué que el 6 de abril 1793 se encargó al poder ejecutivo que vigílase sobre él y aun se espidió un decreto para que se le pusiesen guardias de vista. Pero él pudo sustraerse durante todo el régimen del terror, y en 1795 le acusaron de que se habia refugíado en Suiza con los restos de la asamblea constituyente para restituir el trono al hermano mayor del rey con una constitucion inglesa. En setiembre del mismo año le nombraron del consejo de los ancianos donde se ocupó de asuntos puramente militares, y publicó una obra intitulada *Resultado de la última campaña*, cuyo objeto era persuadir al directorio á que hi-

ciese la paz con el imperio, sin conservar mas que el Luxemburgo, Tournay, Amberes y Maestricht para cubrir la frontera. El 28 de julio 1797 se esplicó con mucha fuerza contra la venida de tropas á la capital que habia mandado el directorio, y fue condenado á la deportacion por el triunvirato victorioso. Bajo pretesto de reconocer los puestos como oficial general de dia, se escapó de Paris el 4 de setiembre y se retiró á Alemania. En 1799 publicó en Hamburgo un diario con el título de *Compendio de los sucesos militares*, donde mostró grandes conocimientos en el arte de la guerra. Despues del 18 brumario volvió á Francia y se le encargó la organizacion de los húsares voluntarios de Paris. En 1800 fué al campamento de Dijon y empleado en calidad de gefe del estado mayor del 2.° ejército de reserva con el cual hizo la campaña de 1801 en Suiza. Despues fué consejero de estado y el que presentó en 1802 el proyecto de la formacion de la legion de honor. Posteriormente fué elevado al grado de general de division é hizo las campañas de Alemania.

PAGINA 140.

6 M. J. A. Caritat marques de Condorcet nació en Rivemont pueblo de la Picardia, el dia 17 de setiembre 1743, de una familia noble pero pobre. Mas no tardó en labrarse una brillante situacion por su talento y por la proteccion de Mr. Larochefoucauld que le obtuvo algunas pensiones y le introdujo con los sabios y con los hombres poderosos. Desde la edad de 21 años presentó á la academia de las ciencias en 1764 una memoria sobre el cálculo diferencial, que se juzgó digna de insertarse en la coleccion de trabajos de los sabios estrangeros. Poco despues presentó otra en que intentaba resolver el célebre problema de los tres cuerpos, que tanto ha dado que hacer á los mayores matemáticos, y le dió tal reputacion esta obra que le valió una plaza en la dicha academia, de que luego le nombraron secretario. Justificó esta elec-

cion con muchos escritos sobre las ciencias exactas y varios elogios de sus cólegas; mas habiéndole encargado en 1777 el del duque de la Vrilliere y tardando mucho en presentarle, le reconvino sobre ello Mr. de Maurepas y entonces le declaró Condorcet que jamas elogiaria á semejante ministro. Esta respuesta disgustó mucho á Maurepas y fue bastante para que durante su vida le impidiese aspirar á ser miembro de la academia francesa, y no recibió este honor hasta 1782 en que pronunció los elogios de Euler y d'Alembert. Luego publicó la vida de Turgot y la de Voltaire de quien fué uno de los mas celosos admiradores. Durante la guerra de América escribió en favor de la libertad, defendiendo la de los negros y esparciendo en casi todas sus obras el germen de sus principios republicanos. Al principio de la revolucion abrazó con ardor el partido popular y redactó con Cerutti *el diario aldeano*. En 1791 le designaron los jacobinos para preceptor del Delfin y se le nombró comisario de la tesoreria nacional. Elegido diputado por Paris para la asamblea legislativa, le encargaron, como dice el testo, la redaccion del manifiesto justificativo de la declaracion de guerra al rey de Ungria y Bohemia. En 1792 presidió la asamblea y propuso en la sesion del 19 de junio que se celebrase el aniversario de la destruccion de la nobleza, quemándose todos los títulos de ella que hubiese en los archivos ó en los depósitos de los cabildos lo cual se decretó asi.

Cuando le nombraron miembro de la convencion, pronunció en noviembre 1792 un discurso escitando á la asamblea á que mandase juzgar á Luis XVI por diputados de departamento, reservándose ella el derecho de suavizar la sentencia. Luego que se hizo público en Europa este discurso mandó la emperatriz de Rusia y el rey de Prusia que le borrasen de la lista de académicos de Petesburgo y de Berlin. En el proceso del rey votó por la prision perpetua, y cuando ya estuvo condenado á muerte propuso la abolicion de esta pena para lo futuro. Fué uno de los miembros de la primera comision de salud

pública, y escribió contra la nueva constitucion de 1793, de cuyas resultas le denunció Chabot partidario de los girondinos, y habiéndose decretado su arresto se escondió en casa del ministro de estado Garat donde le dió asilo una Señora, y en él compuso una obra intitulada *Diseño para un cuadro de los progresos del entendimiento humano*. Habia salido el 28 de julio un decreto que le ponia fuera de la ley, y poco despues otro en que se condenaba á la pena de muerte á todos los que diesen asilo á las personas que estaban en aquel caso. Entonces Condorcet la dijo á la Señora que le habia recibido: « es « preciso que á ya la deje V. porque estoy fuera de la ley. « — Si V. lo está, le respondió aquella generosa muger, « á lo menos no está fuera de la humanidad. » A pesar de sus instancias para detenerle, salió de su casa, pasó las barreras de Paris sin pasaporte y con una simple chaqueta y un gorro en la cabeza, con intencion de ocultarse durante algunos dias en casa de un amigo suyo llamado Suard, que residia en las inmediaciones de Seaux; pero cuando llegó á la casa, se hallaba su amigo en Paris y tuvo el fugitivo que ocultarse muchas noches en las canteras para no ser conocido. Mas instado por el hambre se atrevió á entrar en una tabernilla de Clamart, donde el ansia con que comia, su crecida barba y su aire de inquietud, llamaron la atencion de un miembro de la comision revolucionaria de aquel pueblo que le mandó arrestar. Conducido á la comision, declaró llamarse Simon y que era sirviente sin conveniencia; pero habiéndole registrado, le encontraron un Horacio que llevaba con notas marginales en latin escritas con lapiz, y esto fué la causa de su pérdida. « Tu nos dices que eres un criado, « le replicó el aldeano que le preguntaba, y yo creo que « eres uno de los antiguos nobles que tenian muchos que « les sirvieran. » Aquel hombre le mandó conducir á Bourg-la-Reine, pero como le llevaban á pie se cayó desfallecido en Chatillon y tuvieron que montarle en un caballo de bagage, y cuando llegó á Bourg, le encerraron en un calabozo y no se acordaron de él en 24 horas. Cuando

fueron á verle por la mañana le encontraron tieso y frio habiendo tomado segun dicen algunos un veneno, y segun otros muerto de hambre pues no habia comido en muchos dias.

PAGINA 140.

7 P. V. Vergniaud, nació en Limoges en 1759 y fué abogado en Burdeos y administrador del departamento de la Gironda: despues diputado á la legislativa donde adquirió un grande influjo por su talento y por la osadía con que atacó al rey y á la monarquía desde las primeras sesiones. Desde ellas le miró el partido de la Gironda como uno de sus principales corifeos y le llevó á la presidencia en octubre de 1791. Ya pueden verse en el texto las principales cuestiones en que tomó la palabra y en qué sentido lo hizo, nosotros nos limitaremos á referir los hechos mas notables de su vida parlamentaria. Uno de ellos fué la defensa que hizo el 17 de marzo 1792 de Jourdan *corta cabezas* y de todos los asesinos de Aviñon, á quienes consiguió sacar impunes. Mas en cambio, persisiguió con encarnizamiento á los clérigos no juramentados hasta condenarlos á la deportacion, é hizo condenar á una muerte casi segura al pobre juez de paz Lariviere, por el crimen inaudito de haber citado á su audiencia á tres diputados que resultaban reos de disfamacion en el pleito entre Carra y el ministro Bertrand de Molleville. Tal era la modestia de aquellos apóstoles de la igualdad, que si por desgracia hubiesen nacido en el trono en lugar de nacer en la medianía ó en la pobreza, se hubieran dejado atras el orgullo y la sobervia de los emperadores de Oriente. El y su partido declararon hallarse con derecho para licenciar la guardia del rey y no contento con eso, tuvo una parte muy activa en la jornada del 20 de junio é hizo admitir una diputacion de los barrios pidiendo la deposicion del rey. El mismo influjo ejerció despues de las sangrientas escenas del 10 de agosto aunque no tuvo parte en ellas, en seguida de las cuales presentó

el proyecto de decreto para la suspension de este príncipe y la formacion de una convencion nacional.

No se sabe hasta donde hubiera llegado la petulancia de este diputado sin la lucha que se suscitó entre los Girondinos y los Terroristas. Mas como estos últimos, formados en la escuela de aquellos aunque con menos luces é instruccion, manifestaron doble exageracion que ellos, tuvieron Vergniaud y los suyos que modificar sus principios y apoyarse en las leyes que no habian querido respetar durante su triunfo. Por eso entonces se opuso á la deportacion general de los clérigos el dia 23 de agosto, y el 26 á que se formase un cuerpo de *tiranicidas*, que habia propuesto Juan de Bry. El 4 de setiembre hizo que se nombrára una diputacion para que saliese al encuentro de los infelices presos que traian de Orleans, y que habian sido enviados allí de su órden y por los mas fútiles pretestos, con el objeto de persuadir al pueblo que respetase sus vidas; pero la diputacion fué insuficiente, y los desdíchados fueron sacrificados en Versalles el 9 del mismo mes.

Nombrado diputado á la convencion por la Gironda, fué notoriamente moderado respecto de Robespierre y Marat, declarándose enemigo de ellos por que le habian reemplazado en la popularidad. Para reconquistarla y salvar la vida al rey propuso el 31 de diciembre que se sometiese al pueblo el juicio de Luis XVI; pero esto mismo contribuyó á exaltar el furor de los terroristas y ocasionó los violentos altercados de los primeros dias de enero 1792 que pueden verse en el testo; en los cuales no puede negarse que los girondinos y en particular Vergniaud mostraron una gran superioridad de elocuencia y valor, respecto de sus adversarios.

Elevado á la presidencia el 10 de enero, estuvo desempeñándola durante el juicio de Luis XVI, á quien condenó á muerte, despues de haber votado en el segundo escrutinio por la apelacion al pueblo. Despues de aquella tragedia, se opuso fuertemente á la ereccion de un tribunal revolucionario, porque presentia lo que le debia su-

ceder, y fué que el 10 de abril se vió denunciado por Robespierre, juntamente con Guadet, Gensonné y Brissot. Mucha dificultad le costó apoderarse de la tribuna, en la cual respondió á la diatriva estudiada, de su contrario *con un discurso improvisado*, *que en aquel tiempo* podia mirarse como un modelo de valor, de presencia de ánimo y de verdadera elocuencia de tribuna. Entonces fué cuando dijo *que la revolucion era semejante á Saturno que devoraba todos sus hijos*. El 18 todavia ejerció algun influjo, haciendo declarar calumniosa la acusacion presentada contra los Girondinos por las secciones de Paris. Pero las jornadas del 31 de mayo 1.° y 2 de junio dieron el golpe de gracia á su partido y ya se echaba de ver que el mismo desesperaba de la lucha, pues se defendió aun con menos energia que Valazé, Guadet y Rabaud. Por último, habiendo salido el decreto para su arresto y el de sus compañeros, no tuvo la fortuna de escaparse como algunos de ellos, y presentado en el tribunal revolucionario, fué condenado á muerte el 30 de octubre 1793, como autor y cómplice de una conspiracion contra la unidad é indivisibilidad de la república. Encerrado en la consergeria con Fonfrede, Gensonné, Ducos, Valazé y otros pasaron allí la noche que precedió al juicio cantando, divirtiéndose ó razonando sobre el estado y suerte de la Francia cada uno segun su carácter. Verguiaud arrojó el veneno que habia conservado hasta entonces, diciendo que supuesto que no habia bastante para todos, queria sufrir su misma suerte. Habló mucho sobre las revoluciones y los gobiernos con su elocuencia acostumbrada. Se dice generalmente que era un hombre perezoso é indolente porque despreciaba mucho al género humano. Sobre esto no podemos hacer otra cosa sino citar el juicio de madama Roland, panegirista de todos los girondinos y sin embargo dice de Verguiaud, que fué el orador mas elocuente de las dos legislaturas, aunque no improvisaba tan bien como Guadet; « pero yo no le « quiero porque mira con desprecio á los hombres y por « tanto no los considera, ni él ha empleado su talento

« con el ardor de una alma devorada del amor del bien « público, ni la tenacidad de un hombre laborioso. »

PAGINA 145.

8 Jorge Jacobo Danton nació en Arcis sur Aube el dia 28 de octubre 1759 y fué abogado de los reales consejos; pero su nombre no tiene otra celebridad que la revolucionaria, por que asi como los grandes trastornos aniquilan familias muy ilustres, asi tambien sacan del polvo algunos nombres nuevos y algunas reputaciones contemporaneas. Tenia una estatura colosal, formas atléticas, facciones duras y desagradables, con una voz de trueno que resonaba en las bóvedas de los salones y una elocuencia vehemente, en que mezclaba imágenes gigantescas. Estas cualidades contribuyeron á darle mucha voga en los distritos al principio de la revolucion, y siempre se le vió aspirar al mismo objeto que Robespierre, esto es, á la dictadura. Fué sucesivamente amigo de Mirabeau, de Marat y de Robespierre, de quien al fin fué víctima. En 1790 pidió á la asamblea nacional, en nombre de las 48 secciones de Paris, que declarase á Luis XVI que sus ministros habian perdido la confianza de la nacion. En 1791 le nombraron miembro del departamenso de Paris, y despues del arresto del rey en Varennes presidia la reunion del campo de Marte, en que se pidió la deposicion de aquel príncipe. De resultas de este suceso tuvo que ocultarse por algun tiempo, pero no tardó en volver á presentarse con mas audacia que nunca. Propuso en los jacobinos que se obligase á la asamblea legislativa á que hiciera pagar á los ricos la deuda del estado, y que en caso de reusarlo, se principiase contra ellos la misma revolucion que se habia hecho contra los nobles y contra el clero. Nombrado elector en las asambleas de julio, se le quiso poner preso en el seno mismo de aquellos comicios, pero el alguacil Damiens, que estaba encargado de la ejecucion de aquella órden, fué conducido á la cárcel, como violador de la soberania del pue-

blo. En noviembre de aquel año se le nombró sustituto de procurador síndico del ayuntamienio; pero el año 92 se aumentó estraordinariamente su influjo en la capital, en términos que él fué uno de los principales organizadores de la jornada del 20 de junio, y preparó la del 10 de agosto presentándose el dia 8 en la barra de la asamblea á decirla, que si inmediatamente no pronunciaba la deposicion del rey, la seccion de los franciscanos se declararia en insurreccion y marcharia contra la legislativa. Destituido Luis XVI el dia 10, se le nombró á Danton miembro del consejo ejecutivo provisional y ministro de la justicia, con lo cual quedó á su cargo el nombramiento de todos los agentes que se enviaban á los ejércitos y á los departamentos, aumentando el número de sus criaturas. Entonces empezó á llover el oro de todas partes en manos del ministro, de las cuales salia otra vez con prodigalidad para pagar crímenes y hacerse partidarios. He aquí como Prudhome refiere su elevacion al ministerio: «El dia 11 de agosto á las tres de la mañana Favre «d'Eglantine y Camilo Desmoulins fueron á anunciarle en «su cama, que era ministro de la justicia, y no solo eso, «añadió Favre, sino que es preciso que me nombres se«cretario del sello. —Y yo, dijo Camilo, quiero ser uno «de tus secretarios. ¿Pero estais bien seguros, preguntó «Danton medio dormido, de que estoy nombrado minis«tro? Sí, respondieron ambos pretendientes, y no sal«dremos de aquí hasta que nos des la palabra de los dos «empleos. En hora buena, les dijo Danton, y todo quedó «concluido á gusto de los dos patriotas.» ¡Cuanto de esto está pasando y pasará en todas partes mientras las elecciones ministeriales no sean mas que negocio de partidos!

Desde que tomó posesion del ministerio mandó cerrar las puertas de Paris y que se hiciesen visitas domiciliarias para enviar gente armada á las fronteras. Hizo ver en el cuerpo legislativo la necesidad de empeñar en Paris y en los departamentos un movimiento favorable á la revolucion que acababa de verificarse, y contribuyó poderosamente á todas las medidas propias para producir tal im-

pulso. Mercier culpa á Danton, en su *nuevo París*, de haber preparado las matanzas del mes de setiembre, y Prud'homme consagra 20 páginas para probar en su *historia de los crímenes con mil documentos justificativos* la horrible sangre fria con que combinó aquellas espantosas escenas. El se propuso imposibilitar por medio del terror todo género de resistencia de los realistas; pero como en su carácter habia una mezcla bien rara de pereza y de energia, desplegó aun en medio de los asesinatos una gran superioridad sobre todos sus cómplices. Coincidió con los que se cometieron el 3 de setiembre la entrada de los Prusianos en Champagne, cuya noticia llenó de terror á la capital y de inquietud á los miembros del gobierno. Todos los ministros y diputados mas notables sin escluir al mismo Robespierre, que entonces temia á Brissot, se juntaron en casa de Danton, único que conservaba serenidad, y asi se encargó él solo de casi todas las facultades y dictó las medidas de defensa que se tomaron entonces, impidiendo la traslacion de la asamblea del otro lado del Loira. Aqui principió aquel odio inveterado que luego le conservó siempre Robespierre, sin perdonarle jamas el ascendiente que tomó en aquella ocasion.

Igualmente se le ha echado la culpa de las matanzas de Versalles que de las de Paris; por que habiéndosele presentado Alquier, presidente que era entonces del departamento del Sena y Oisa, solicitando algunas providencias que pudiesen poner á salvo los prisioneros de Orleans, le respondió: « ¿qué le importa á Vm.? Váyase á cumplir « con su obligacion y no se mezcle en este negocio; el « pueblo pide venganza. » Luego que se le nombró miembro de la convencion por el departamento de Paris, propuso desde la primera sesion que todas las propiedades fuesen garantidas por un decreto, y la admisibilidad de todos los ciudadanos al empleo de juez, reconviniendo á la antigua magistratura por su servilismo y adesion á la monarquia. El 25 de setiembre publicaron los girondinos una acusacion contra la diputacion de París, de quien era

Biblioteca Universitaria

miembro, diciendo que se abrigaban en su seno proyectos de dictadura. El primitivo testo de semejante acusacion era el periódico de Marat, contra el cual se desató Danton, llamándole el Royou del partido republicano, y proponiendo la pena de muerte contra todo el que intentase desunir ó tiranizar á la Francia.

Todo eso iba muy bueno mientras no pasase de palabrotas; pero luego que se trató de que rindiese cuentas de los gastos secretos de su ministerio, salió con el registro de que en tiempos de revolucion no se debia contar sino en grande. Asi cuentan generalmente los hombres de revolucion y los amigos esclusivos del pueblo soberano.

Votó la pena de muerte contra los emigrados que hubiesen vuelto á entrar en Francia; tomó la defensa de los cultos, haciendo entender el peligro que habia en hacer aborrecible la libertad por medio de una aplicacion demasiado precipitada de las ideas filosóficas, dando así una leccion que no han sabido aprovechar nuestros demagogos, harto mas ignorantes, y poco menos feroces que Danton; y por último pidió á la convencion que no anunciase querer destruir nada, sino perfeccionarlo todo. Habiéndole hecho presente Prudhomme en la época del proceso de Luis XVI, que la convencion hacia muy mal en querer juzgar aquel príncipe porque no podian sus miembros ser á un mismo tiempo acusadores, jurados y jueces, le respondió «Vm. tiene razon, y así nosotros no «juzgaremos á Luis XVI, pero le matarémos.» De vuelta de una comision á la Bélgica, en donde, juntamente con Lacroix, habia ejercido las mas violentas concusiones, votó la muerte del rey, provocó la guerra contra España y procuró calmar los fermentos de division que se habian manifestado entre los jacobinos y girondinos. No dejó Marat de atacar sus operaciones en Bélgica, y Barbaroux le acusó de haber dilapidado los fondos públicos; pero Danton se justificó, poniendo por testigos á Cambon y á Lebrun. Entre tanto, iba tomando cada dia mas incremento la lucha entre los girondinos y los de la Monta-

ña, y Danton recelaba las consecuencias que podian seguirse de esta lucha. « El metal está hirviendo, decia, « pero la estatua de la libertad no está todavia fundida; « si no poneis atencion en el horno, *todos os quemareis « sin remedio.* » Sin embargo, se puso en oposicion contra Isnard cuando este amenazó destruir á Paris, que era la madre de la revolucion: igualmente se declaró contra la comision de los doce, y hablando de los diputados que habian votado por la apelacion al pueblo, dijo: « ni paz « ni tregua entre la Montaña y los cobardes que han que- « rido salvar al tirano. »

Cuando él no fuese uno de los gefes de la revolucion del 31 de mayo 1793, á lo menos adirió á ella fuertemente, y con todo eso reclamó la venganza de las leyes contra Henriot por que el dia 2 de junio habia ultrajado á la representacion nacional. El 23 de julio fué elegido presidente, y el 1.° de agosto propuso erigir la comision de salud pública en gobierno provisional. Despues provocó la creacion de un tribunal revolucionario y el arresto de los sospechosos; pero sobre todo el de los conspiradores y traidores, quejándose de que todavia no se hubiese echado la mano mas que á hombres insignificantes. Pidió que las comisiones de las asambleas primarias fuesen investidas con los poderes necesarios para hacer en los departamentos el inventario de las armas, municiones y caballos, como tambien para hacer las levas de gente y destinarlas á los ejércitos. Hizo decretar que la educacion habia de ser comun, y fundarse establecimientos nacionales, donde los niños fuesen instruidos, mantenidos y alojados gratuitamente. Elogiando la memoria presentada por Barrére para reanimar el espíritu público, dijo que le faltaba por decir lo siguiente: « Si los tiranos pusiesen « en peligro nuestra libertad, nosotros les sobrepujaré- « mos en audacia, porque asolarémos el territorio fran- « ces antes que ellos puedan recorrerle, y los ricos, y los « viles egoistas serán las primeras víctimas del furor po- « pular. » Despues pidió un plan para poner en movimiento una masa capaz de abrumar á los enemigos. El 3 de-

setiembre apoyó la ley del máximum de los granos para impedir que el pueblo no arrancase á los ricos y á los aristócratas *lo que la ley queria concederles. Votó por que* se formara un ejército revolucionario, el cual habia de llevar á su frente un tribunal para juzgar á los conspiradores y acaparadores de víveres, y por último hizo decretar la paga de dos pesetas diarias á todo ciudadano que quisiese asistir á las juntas de las secciones.

El 26 de noviembre, con ocasion de las fiestas llamadas de la Razon, á que presidian los Hebertistas, se pronunció nuevamente contra los insultos intempestivos que se hacian á los ministros del culto, y pidió que cesasen aquellas farsas anti-religiosas en el seno de la convencion; mas antes hizo la mocion para que se organizase la instruccion pública, que él llamaba *el pan de la razon*, y aun indicó una fiesta al ser Supremo «porque, decia, «nosotros no hemos querido destruir la supersticion para «fundar el reino del atheismo.» Por estas palabras acusaba á Hebert y á Chaumette que eran los predicadores del materialismo, y se unió con Robespierre para hacerlos perecer en el cadalso. Pero su union no duró mucho tiempo, antes por el contrario todo el mundo conocia la enemistad sorda que reinaba entre ellos. Cuando el dia 3 de diciembre quiso Danton sujerir á los jacobinos «que debian hacerse independientes de toda autoridad y «desconfiar de los que querian llevar al pueblo mas allá «de los límites de la revolucion», fué escuchado con murmullos, y sorprendido del disfavor que notaba intentó justificarse á los ojos del pueblo; pero Robespierre dijo que no tenia necesidad de ello pues se sabia que solo los realistas y aristócratas podian tenerle por criminal. Mas esta moderacion de Robespierre no era mas que una tregua, mientras acababa de reunir todos los medios de combatirle. Asi despues de la muerte de Hebert se declaró una guerra abierta entre aquellos dos tribunos. Quiso Danton destruir el despotismo de Robespierre en los comicios, pero este con mas astucia pensó en hacerle perecer para libertarse de un rival peligroso. Pensaron en re-

conciliarlos y aun les hicieron comer juntos. Durante la comida le dijo Danton á su enemigo « es justo comprimir « á los realistas, pero nosotros debemos en nuestra jus- « ticia no confundir al inocente con el culpable, y limi- « tar nuestro poder á no dar sino golpes útiles á la repú- « blica. » Entonces arrugando la frente Robespierre, no respondió mas que estas palabras : « y quién os ha dicho « que haya perecido ningun inocente ? » Desde aquel instante se acabó toda esperanza de reconciliacion y Danton dijo al salir : « es preciso sacar la cara porque no hay « un instante que perder. » Pero ya su rival tenia tomadas todas las medidas y St. Just había presentado un informe contra él en la comision de salud pública, de modo que se le arrestó en la noche del 31 de marzo 1794 con los que se llamaban sus cómplices. Encerrado en el Luxemburgo afectó una alegría forzada y le dijo á Lacroix que le habian avisado de su próximo arresto, pero que no lo habia creido porque nunca pensó que se atreviesen. « ¿Como, le replicó el otro, tu estabas prevenido y te « has dejado prender? Tu pereza y tu molicie te han per- « dido, como se te habia pronosticado mil veces. » Trasladado á la conserjería ya su aspecto era mas sombrío y feroz, pareciendo muy humillado, sobre todo de haber sido engañado por Robespierre. Cuando se principió su interrogatorio respondió con mucha calma : « yo soy Dan- « ton, bastante conocido en la revolucion; mi morada se- « rá bien pronto la nada y mi nombre vivirá en el Pan- « theon de la historia. » El tribunal revolucionario le condenó á muerte el dia 5 de abril 1794, como cómplice, ¿quién lo creyera ? de una conspiracion dirigida *á restablecer la monarquía.*

Parece que los franciscanos ó una gran parte de ellos habian resuelto poner en salvo á su gefe en el momento del suplicio; pero su proyecto no tuvo lugar por la rapidez con que fué juzgado y decapitado. Durante los debates de su causa los jueces intentaron entorpecer su defensa, y habiéndole el presidente echado en cara su audacia, le respondió : « la audacia individual es sin duda re-

« prensible; pero la audacia nacional de que tantas veces « he dado el ejemplo, es permitida y aun necesaria, y « me honro de poseerla. » Habiéndole indicado que cesase en sus recriminaciones contra sus acusadores y que hablase á los jurados, replicó: « un acusado como yo que « conoce las palabras, y las cosas, responde delante del « jurado, pero no le habla. » El decreto que le declaraba fuera de los debates le enfureció de tal manera, que parecia un leon mal herido, y solo se escapaban de su boca injurias desordenadas contra St. Just, Robespierre y Billaud, á quienes llamaba *tiranos infames*, y cuando le volvieron á la consergería esclamó: « hoy hace un año « que mandé establecer el tribunal revolucionario, de lo « cual pido perdon á Dios y á los hombres. Todo lo dejo « en una confusion espantosa, sin que haya uno siquiera « que entienda una palabra de gobierno. Por lo demas « todos son mis hermanos como *Cain*: lo mismo me hu- « biera hecho guillotinar Brissot que Robespierre. » Mas habiendo recobrado alguna calma, subió con valor y sin ninguna resistencia á la fatal carreta donde caminó al suplicio con la cabeza erguida y echando unas miradas llenas de orgullo, con que parecia dominar á la multitud que rodeaba el cadalso. Un solo pensamiento de sensibilidad manifestó hácia su familia, y le enterneció un instante. « Oh muger mia, oh mi querida muger, ya no « te veré mas. « Pero despues interrumpiéndose bruscamente dijo: « Danton, no seamos débiles » , y subió de repente al cadalso.

Pobre y cubierto de deudas antes de la revolucion, dejó á su muerte un caudal considerable, cuya mayor parte juntó en su comision á la Bélgica. Dícese que Danton era el Mirabeau de la calle, y Mirabeau el Danton de la asamblea, porque en efecto habia en estos dos tribunos una simpatía estraordinaria de vicios y virtudes, de audacia y de talento, de patriotismo y venalidad, que justamente se ha echado en cara á entrambos. La corte compró á Mirabeau, y el hombre de la anarquía se vendió á la corte, lo cual hizo decir á la cándida Madama Isabel:

« espero que ya nada tenemos que temer, porque Mr. « Danton es nuestro. » Siempre estaba temiendo el tribuno que se descubriera su venalidad, y asi para ocultarla exageraba sus ideas revolucionarias.

Pero si era en ciertas cosas semejante á Mirabeau, distaba inmensamente su carácter del de Robespierre, sin que hubiese nada comun entre estos dos últimos gigantes de la revolucion francesa, sino el anhelo por la dictadura. Robespierre era cobarde, astuto, tenebroso, hipócrita, vengativo. El otro era feroz pero franco: incapaz de calumniar á nadie y sin pasiones vengativas, no por virtud sino por temperamento: su carácter no conocia el odio porque no tenía necesidad de él. « ¡Que, decia él en la tri« buna, tenemos por palanca una nacion entera, y la ra« zon por punto de apoyo ¿ y todavia no hemos trastor« nado el mundo? Yo no conozco mas pasiones que la « del bien público, ni veo otra cosa que el enemigo: ba« tamos al enemigo. Vosotros me estais fastidiando con « vuestras disensiones y á todos os repudio como traido« res. ¿Qué me importa mi reputacion? ¡Que la Francia « sea libre y que mi nombre sea maldito! ¿Qué me im« porta que me llamen sanguinario? Conquistemos la li« bertad y salvemos la patria y todos llegarémos gloriosos « á la posteridad. » Por feroces que sean estas palabras, se ve patriotismo en ellas y una cierta grandeza diabólica en este desden de su reputacion y en el desprecio con que miraba la sangre humana. Pero se echa de ver al mismo tiempo el hombre á quien no queda rastro alguno de fé sino materialismo puro. Para él la religion era un poder terrestre « principiado por los apóstoles y conti« nuado por los clérigos. » La política un instrumento de dominio y de riqueza; la palabra una potencia para sublevar las pasiones. Por eso su elocuencia admira y no seduce, asusta ó embriaga los sentidos sin conmover el corazon. Falta el alma á su elocuencia porque la idea de Dios se habia retirado del orador: como que su patriotismo estaba desnudo de humanidad y sus pasiones populares afectaban un desprecio insolente del pueblo.

PAGINA 143.

9 Brissot de Warville, diputado en la convencion nacional, nació en Chartres el 14 de enero 1754 de un posadero de aquella ciudad. Pero desde muy niño tuvo mucha inclinacion al estudio y á la meditacion, principiando á gustar de las opiniones republicanas desde que leyó á Plutarco y la historia de Cromwell que eran sus lecturas favoritas. Acabados sus primeros estudios en la ciudad paterna, pasó á Paris á seguir la carrera del derecho, trayendo cartas de recomendacion para varias personas á quienes ya conocia desde Chartres ó tenian relaciones con su padre. Entre los primeros estaba Bouvet, miembro de la constituyente, Sergent el que luego se distinguió tan atrozmente en los asesinatos del mes de setiembre de 92, y el famoso Petion. Dió la casualidad de asistir al mismo estudio en que practicaba Robespierre y contrajo amistad con Marat, que por entonces no se ocupaba mas que de trabajos científicos, y cierto no era posible que sospechase entonces que algun dia habia de tener que defenderse de los infames ataques de este último. Mostró muy poca aficion á los áridos estudios del derecho, entregándose con grande ahinco á los de la bella literatura, por mas que los productos de un simple literato no fuesen comparables con los de un regular abogado. Sin embargo escribió una obrita intitulada *Teoría de las leyes criminales* que presentó primero á d'Alembert, quien le recibió con mucha frialdad y despues á Voltaire el cual le respondió con algunas palabras de atencion; pero en cambio le dió un pretesto para relacionarse con Luiguet, La Harpe, Palissot, Servan, Dupaty, Condorcet y Mirabeau que tampoco le sirvieron de mucho. Viendo que la fortuna no se le sonreia en Paris, determinó ir á Londres donde estableció una correspondencia seguida con el redactor del *Correo de la Europa*, que se publicaba en Boulogne, el cual le instó á que viniese decididamente á trabajar con él y así lo hizo. Allí se casó con una jóven no

menos entusiasta que él por las ideas de independencia. Desde allí se volvieron á Paris, donde no tardaron mucho en encerrarle en la Bastilla de la cual dice Madama de Genlis en sus memorias, que ella fué quien le hizo poner en libertad por el favor del duque de Chartres. (Hoy Luis Felipe I.º) El miedo de volver á la prision por cualquier pretesto le decidió á pasar á América, donde conoció á Franklin, á Washington y á Penn, ligándose especialmente con este último. Pero no tardaron en llegar á sus oidos las voces de las primeras turbulencias de su patria y determinó venir á unir sus esfuerzos á los de todos los demas que trabajaban en derribar el árbol decrépito del despotismo. Estaba entonces en toda la fuerza de la juventud y de las pasiones, y por otra parte habia dejado una reputacion dudosa con su *Correo de la Europa* y algunas malas relaciones que habia contraido en sus trabajos literarios. Creó á su llegada á Paris el *Patriota frances*, en que trabajó con infatigable perseverancia, y le ayudaban con sus artículos Roland y su muger, Girey-Dupre y el mismo Mirabeau. Cuando el 14 de julio 1789 asaltó el pueblo la Bastilla, era ya Brissot miembro de la municipalidad, y se dice que él fué quien recibió las llaves de aquella prision donde habia estado encerrado cinco años antes. En 1791 fué nombrado por Paris para la asamblea legislativa, donde sus conocimientos políticos y su actividad le proporcionaron hacer un papel distinguido. Es inútil que recorramos sus opiniones y proyectos, pues que Mr. Thiers hace tan frecuente mencion de él así en este como en el siguiente tomo; pero no debemos omitir, que su máxima favorita era siempre *atacar á las Tullerias, porque esto era lo mismo que combatir el mal en su raiz*. Pero modificó muy mucho esta mania cuando por un efecto de las divisiones de los partidos, se puso en abierta oposicion con Robespierre en el club de los jacobinos. Entonces ya adoptó ó por lo menos publicó otra máxima y era que *unos de los enemigos mas terribles de la constitucion eran los regicidas, que aspiraban á una república y á tener un dictador*. Estas palabras le pusieron ya

en segunda fila entre los verdaderos revolucionarios, reduciéndole á formar una nueva oposicion auxiliado de sus amigos los Girondinos. El fué quien hallándose de presidente de la comision diplomática, provocó la declaracion de guerra contra Inglaterra y Holanda, cuyos sucesos y discusiones que provocaron deben leerse en el testo. Al año siguiente esto es el 31 de mayo 1793 fué atacado él y todo su partido en el seno de la convencion y se espidió contra ellos el decreto de acusacion el 2 de junio en presencia de una insurreccion popular, lo cual equivalia á una sentencia de muerte. Intentó Brissot sustraerse de ella con la fuga y se propuso pasar á Suiza, pero le cogieron en Moulins y le llevaron á Paris donde se le puso en juicio, como á los demas proscritos en los últimos dias de octubre. Despues de tres dias de inútiles debates subieron todos ellos al caldalso el dia 31 de aquel mes. Debe decirse en honor de Brissot que no solo sufrió la muerte con dignidad, sino que murió pobre y con la reputacion de haber tenido unas costumbres tan puras como elevados eran sus sentimientos. Madama Roland en sus memorias ha dejado un elogio larguisimo y que por serlo tanto nos abstenemos de copiarlo; pero tal vez le pintó con mas exactitud su colaborador-Girey Dupre, diciendo de él estas solas palabras: *Vivió como Aristides y murió como Sidney.*

PAGINA 143.

10 J. B. Louvet de Couvrais, nació en Paris en la calle de San Dionisio y murió el 26 de agosto 1797. Fué muy célebre durante su vida y despues de haber gozado de gran reputacion literaria en su tiempo, murió en el olvido y en el silencio. El principio de su carrera literaria fué de mancebo de un librero, y á fuerza de vender libritos obscenos y alegres que tenian gran voga en el siglo 18, acabó él mismo por componerlos y ser el último en este detestable género, que con tanta razon está desacreditado en el dia. En efecto ese género de literatura, que

nos parece triste y miserable, por mas que pida alguna imaginacion y mucha gracia en el estilo, pervierte el corazon y deja un gran vacio en el cerebro. Sin embargo Louvet, estimulado por las alabanzas públicas y privadas de aquel siglo escandaloso, viendo venir á casa de su amo varias damas que sin ponerse encarnadas pedian *les Bijoux indiscrets*, *les Liasons dangereuses*, *la Pucelle*, *Candide*, *Acajou*, *les confessions ou Comte de**** y otros libros, cuyos títulos ni siquiera queremos traducir al castellano, se puso á escribir los *Amores de Faublas*, que en cuanto á escandaloso y bien escrito, dejaba muy en pós de sí á todos los librejos de sus antecesores. Fué tal la boga de aquella produccion, cual puede figurarse el que sepa que en ella estan retratadas muy al vivo las costumbres de la corte y de la mas elevada sociedad: siendo un verdadero compendio del vicio, el escándalo, la desnudez, el olvido de todos los deberes y la sensualidad brutal de aquella época tan fecunda en grandezas como en miserias.

En 1791 la revolucion que ya habia inutilizado á mas de un literato eminente, á mas de un gran orador y á mas de un ánimo impertérrito, empezó á reclutar sus adeptas entre las inteligencias de un rango inferior. El club de los jacobinos empezó á admirar la elocuencia del autor de Faublas, porque en medio de sus salidas ligeras ó licenciosas se proclamó á si mismo un gran republicano. Este concepto le llevó á la asamblea legislativa donde abandonándose á toda su violencia contra los nobles, solicitó nuevas venganzas contra algunos hidalgos de segundo órden que habian podido escaparse de la proscripcion. Fue perfectamente recibido en la barra donde ya no se sabia reusar nada á los caprichos del pueblo, y asi se espidió un decreto de acusacion contra los que él habia denunciado. Andaba ya cerca el 10 de agosto, cuando siendo ministro Roland, le dió el encargo de redactar un periódico llamado *el centinela*, donde todos los dias se le prodigaban los mayores insultos al rey. Despues de aquella funesta jornada, fué nombrado Louvet diputado á la convencion por el departamento del Loiret,

Biblioteca Universitaria Oviedo

y entonces principió la parte honrosa de su vida. Llamóle la atencion la aptitud de los girondinos, y no solo adoptó sus principios sino que los defendió animosamente en la tribuna, atreviéndose el coronista de Faublas á tomarse cuerpo á cuerpo con aquel terrible Robespierre, de quien bastaba un solo gesto para derribar las mas elevadas cabezas. Los discursos en que acusó á Robespierre son un modelo de claridad, de energia, de raciocinio y de valor, mientras que el otro respondia al dia siguiente con algunas frases huecas, y algo mas tarde con alguna proscripcion en masa. Louvet tuvo la honra de ser proscrito con los corifeos de la gironda; y como ellos procuró no aguardar la muerte, sino que se huyó á la Bretaña donde pasó una vida inquieta, miserable y llena de riesgos hasta el ocho termidor que fue el dia feliz para tantos desdichados. Siete meses despues de la muerte de Robespierre, Louvet que se mantenia de la imprenta fué llamado de nuevo á la convencion, y volvió á ella tan republicano como habia salido, y aun llegó á ser uno de los gefes mas celosos de la reaccion Termidoriana. Mas aquí paró la vida política de Louvet, el cual adicto unas veces á la convencion, otras al directorio y otras á todos los poderes efímeros, á quienes defendia con su pluma, pasó por ser mirado como un escritor que no tenia ni valor, ni importancia. Entonces se casó y se hizo librero en el Palacio Real, á cuya tienda acudia mucha gente, no para comprar libros sino para hacer gestos á su muger, á quien en aquel tiempo llamaban *la bella Lodoiska*. Desde aquella época ya no fué mas que un personage ridículo, y un objeto de desprecio para la *juventud dorada*, que veia en él un hombre que habia hecho cierto papel en tantas violentas escenas y condenado á muerte á Luis XVI. Cada mañana iban á insultarle de nuevo, ya de palabra, ya con folletos y sátiras en que se le trataba con la mayor indignidad. No pudiendo sufrirlo, hizo una representacion muy plañidera, en que solicitaba que se pusiese freno á la imprenta, y ya se deja discurrir cuanto se aumentaria el desprecio y la indigna-

cion contra un hombre que de tal modo habia abusado de ella. Asi son en lo general todos los escritores insolentes, que bajo pretesto de celo por la causa pública, no tienen reparo en profanar los mas secretos pensamientos que saben ó imaginan de los particulares.

PAGINA 156.

11 Arnaud Gensonne nació en Burdeos el dia 10 de agost o1758 y se dedicó al estudio de la jurisprudencia, llegando á ser juez del tribunal de casacion, cuando le nombraron diputado por la Gironda á la asamblea legislativa y despues á la convencion. Habia gozado de mucha consideracion en Burdeos antes de la revolucion, cuyos principios abrazó con entusiasmo, y sus íntimas relaciones con Guadet, Roland y Brissot le proporcionaron un gran ascendiente en la asamblea, particularmente en las comisiones, donde no tanto dominó por su talento como por la causticidad y obstinacion que le hacian temible á sus mismos compañeros. A ejemplo de todos los girondinos, fué mucho mas exagerado durante la legislativa que durante la convencion. Ya hemos visto y verémos en el texto las principales cuestiones en que tomó la iniciativa, como por ejemplo la acusacion contra los príncipes, hermanos del rey y sus mas notables compañeros, y el secuestro de los bienes de todos los emigrados; la denuncia de los clérigos del Vendee y la del *comité* ó junta Austriaca que no existia mas que en su acalorada imaginacion. Fué uno de los que mas contribuyeron á la declaracion de guerra contra el Austria, y el que propuso que los comisarios de la asamblea tuviesen la facultad de destituir y aun aprisionar á los generales y á todos los empleados públicos.

Cuando llegó el proceso del rey pronunció en la convencion un discurso sobre la necesidad de someter la sentencia á las asambleas primarias; pero esto no le impidió votar luego su muerte. En 1793 se opuso abiertamente al partido de la Montaña y aun tuvo valor para pe-

dir el castigo de los asesinos del mes de setiembre. Tambien se le debió un decreto, que suspendia por algun tiempo las visitas domiciliarias; todo lo cual contribuyó á que le envolviesen en la acusacion general que las secciones hicieron contra todo el partido de la Gironda. Robespierre le señaló como culpable de complicidad con Dumouriez, y Drouet le atacó por haber tenido correspondencia con aquel general; de suerte que conociendo su peligro trató de deshacer una parte de lo que habia hecho, reclamando contra las facultades exorbitantes que en otro tiempo habia hecho conceder á los representantes en comision. Mas como al comprobar esto dijese que se queria privar al pueblo de sus derechos para investir con ellos á algunos particulares, fue tratado de conspirador por Marat. Hallóse comprometido en las declaraciones del general Miasinski, y se nombró una comision para examinar su conducta, de cuyas resultas fué acusado por Bourdon del Oisa de haber querido transigir con Luis XVI; hasta que últimamente envuelto en la desgracia de su faccion, fué arrestado el dia 2 de junio 1793 y conducido á la muerte el 31 de octubre siguiente, siendo de edad de 35 años. En 1796 concedió la convencion socorros á su viuda, despues de haber tributado elogios á su memoria. Este y la mayor parte de los de su partido han tenido la desgracia de ser acusados por los jacobinos de tener inteligencia con el rey, mientras que los realistas les echan en cara con mayor razon, de que fueron los que mas parte tuvieron en el trastorno de la monarquía. Lo que podemos decir de Gensonné es que Mr. de Narbonne le acusó en 1792 de haber tomado su parte en las distribuciones de dinero hechas por la corte, y que ni él lo negó ni podia negarlo porque constaban sus recibos: y sin embargo votó la muerte.....

PAGINA 159.

12 Brois de Beaumetz, primer presidente del tribunal superior de Arras y diputado de la nobleza de Artois

á los estados generales, fué uno de los que mas se encarnizaron contra el clero, aunque habia disimulado estos sentimientos en la cámara de la nobleza. Despues de la reunion de los tres órdenes se situó en lo que podriamos hoy llamar centro izquierdo, pues nunca se le vió gustar de la exageracion en ningun sentido, así en las cuestiones sobre el derecho de paz y guerra, como en las del *veto* que él pretendia deber ser suspensivo. El fué quien propuso que fuesen públicos los debates en las causas criminales, y que siempre se nombrase un defensor al encausado, y últimamente, sus dictámenes en todas las cuestiones que se agitaron durante los años que precedieron á la abolicion de la monarquia, fueron conformes al sentido en que se hallaba el directorio del departamento de Paris de quien era miembro, y ya se infiere del testo cual era el giro de ideas de aquella corporacion. Pasaba Beaumetz por ser algun tanto aficionado al dinero, el cual no le seria inútil en la larga emigracion que tuvo que hacer, como otros muchos de su partido á fines de 1792, de donde no volvió hasta que Napoleon se coronó emperador.

PAGINA 159.

13 J. N. Demeunier, no Desmeunier, como dice el testo, nació en Hoseroy, pueblo del Franco Condado, el dia 15 de marzo 1751 y vino á fijarse en Paris á la edad de 26 años, donde se dió á conocer por varias publicaciones literarias, que le valieron el empleo de censor regio. Electo diputado á los estados generales por el estado llano, instó á la asamblea desde el 3 de agosto por que hiciese una declaracion de los derechos del hombre, de que presentó un modelo en sentido bastante moderado. Es de advertir que en aquel mismo dia sostuvo que no era verdad que se incendiasen las casas de campo de los señores, y que si se hacia era de acuerdo con ellos. El 14 de setiembre le nombraron secretario y le destinaron á la comision de constitucion. El 9 de octubre procuró disculpar los excesos de los dias 5 y 6 de aquel mes, sos-

teniendo que la corte habia tenido intencion de fugarse; y por último, todas sus votaciones en aquel tiempo fueron en un sentido bastante revolucionario. Mas ya en 1790 empezó á variar de tono proponiendo que se reservasen algunas casas religiosas para los que quisiesen permanecer en ellas, y exigiendo que antes que cualquier individuo de la asamblea pudiese ser perseguido en justicia seria requisito indispensable que ella pronunciase antes que habia lugar á la acusacion. Defendió con valor al ministro St. Priest, á quien acusaba de traicion el ayuntamiento de Paris, diciendo que la asamblea estaba rodeada de facciosos que intentaban su disolucion. El 18 de setiembre se opuso fuertemente á que se diese curso forzoso á los asignados; y mas tarde tambien á que se declarasen vacantes las prebendas y beneficios de los clérigos que reusaban prestar el juramento. Estas ideas, juntamente con las reclamaciones que hizo en favor de los derechos políticos de los miembros de la familia real, dieron ocasion á Voidel para acusarle de que habia transigido con la corte. Pero no le impidió ser nombrado uno de los directores del departamento, cuyo destino renunció despues de la reinstalacion de Petion en el corregimiento de Paris. Fué uno de los que escaparon felizmente á las tormentas revolucionarias, y en 1797 estuvo en concurrencia con Barthelemy para miembro del directorio ejecutivo. Despues de la revolucion del 18 brumario fué individuo del tribunal y elegido secretario desde la primera sesion. En 1800 fué presidente de este cuerpo y declaró el dia 10 de febrero que aplaudia mucho el voto unánime del pueblo frances en favor de la constitucion consular, declarando que renunciaba para siempre á las vanas teorías de los facciosos. Mas adelante, en tiempo del imperio fué senador, en cuyo destino falleció. Demeunier ha traducido muchos viages, sobre todo, el del célebre capitan Cook, y escrito una obra *sobre los usos y costumbres de diferentes pueblos*. Es tambien obra suya *la América independiente, ó las diferentes constituciones de las trece provincias*. Un *Ensayo sobre el gènio original de*

Homero; la traduccion de la *Historia de las conquistas de las Indias Inglesas* y la del *Viage de Bridowe á Italia y á Malta.*

PAGINA 159.

14 Pedro Hubert Ansons, de orígen ingles y descendiente del célebre almirante de este nombre, nació en Paris en 1744. Antes de la revolucion era recibidor de contribuciones, y estuvo en lista para ser nombrado contador general. En 1789 durante los estados generales, no se ocupó en la asamblea mas que de materias de hacienda; y fué miembro de la comision de este nombre, tesorero ó depositario de los donativos patrióticos, é inspector de la secretaria. Presentó varios informes sobre las contribuciones y gastos de diferentes departamentos, siendo uno de los que mas contribuyeron á la emision de los asignados, proponiendo que se les diese el mismo curso que á cualquiera otra moneda. Llegó á tanto su predileccion por este papel, que no tuvo reparo el 17 de setiembre de 1790 en proponer que se liquidase toda la deuda pública con él asegurando que para el dia 1.° de enero siguiente no habria nacion alguna que estuviese mas al corriente en sus pagos que la francesa. En verdad que haciendo los pagos por aquel estilo no le faltaba razon. En 1791 fué nombrado administrador y por consecuencia vice-presidente del departamento de Paris, y en calidad de tal firmó la peticion dirigida al rey suplicándole que pusiese el *veto* al decreto de 21 de noviembre de aquel año contra los clérigos no juramentados. Durante el régimen del terror desapareció de la escena política, y estuvo escondido en casa de uno de los principales miembros de la sociedad de los jacobinos, á quien ofreció una pension que le pagó luego exactamente. Volvió á presentarse en tiempo del directorio y fué uno de los arrendadores de la renta de correos. Pasa Asons por ser uno de los mas instruidos en materias de rentas y contribuciones, asi como tampoco se le pueden negar grandes conocimientos en literatura. Hay muchas obras suyas

Biblioteca Universitaria Oviedo

tanto en prosa como en verso; *dos memorias históricas sobre las ciudades de Milly y Nemours; Anécdota contra los ascendientes del ministro Ormesson; Las cartas de Milady Montagut, traducidas del ingles; las odas de Anacreonte traducidas en verso frances;* muchos discursos sobre la administracion general, y sobre hacienda, y diversas poesias que se han insertado en varias colecciones literarias. Despues de la revolucion, fué director general de correos de Francia y presidente del consejo general de prefectura del departamento del Sena.

PAGINA 162.

15 Cahier de Gerville, sirvió primero como simple oficial en las tropas sardas y luego en las de la república, distinguiéndose por sus conocimientos militares. Llegó despues á ser ayudante general é hizo muchas campañas en esta calidad; en términos que Bonaparte le tomó por edecan y no tardó en hacerle general de brigada. Siguió al primer cónsul á Bruselas, en julio de 1803, donde dió una caida de un caballo que le ocasionó una herida en un hombro; mas apenas se restableció cuando marchó inmediatamente á Roma. El fué quien dirigió los preparativos relativos al viage del Sto. Padre á Francia. En 1805 fué nombrado general de division y despues siguió todas las campañas de Alemania con el emperador.

PAGINA 162.

16 Luis conde de Narbonne, coronel del regimiento de infanteria de Piamonte antes de la revolucion, y despues ministro de la guerra, habia recibido desde su mas tierna juventud muchos beneficios de Madama Isabel tia de Luis XVI, y estaba á su servicio cuando principiaron los alborotos. Arrastrado por las ideas de los novadores, abrazó el partido popular sin olvidar del todo el reconocimiento que debia á su bienhechora y al rey. Apenas fué nombrado ministro en 1791, cuando emprendió un

reconocimiento de todas las plazas fuertes y fronterizas del Oceano y de la Alemania, llevando en su compañia á Madama de Staël. Entregó solemnemente á Luckner y á Rochambeau el baston de mariscal de Francia en presencia de la guarnicion de Metz, y á su vuelta dió un informe no muy exacto á la asamblea sobre el estado militar de Francia. Durante el curso de su ministerio fué denunciado continuamente en la tribuna, pero le defendieron sus amigos y en particular el abate Fauchet. Se declaró muy enemigo de Bertrand de Molleville y el fué quien ocasionó la disolucion del ministerio, con cuyo motivo le echaron en cara sus compañeros una multitud de defectos, de suerte que se estableció una polémica sumamente acre en los periódicos de aquel tiempo. El resultado de ella fué mandarle el rey que entregase la bolsa á Mr. Degraves. Despues de su destitucion principiaron de nuevo las denuncias contra él; pero se presentó á la barra para defenderse y logró que la mayoría declarase que conservaba la confianza de la nacion Volvió á acusarle de nuevo Lecointre por sus contratas de fusiles en que pretendia que habia ocasionado una pérdida de ocho millones de francos al estado; y aunque triunfó tambien aquella vez y fué empleado como mariscal de campo en el ejército del centro, luego que volvió á Paris despues del 10 de agosto, salió un decreto de acusacion contra él sobre malversacion de fondos, pretendiendo sus enemigos que habia entrado en el ministerio lleno de deudas y habia salido de él rico. Sin embargo logró tambien salvarse de esta nueva tempestad y escapó á Inglaterra, desde donde, cuando se formó causa á Luis XVI, escribió á la convencion una carta probando que aquel príncipe no habia perdonado medio alguno para poner el reino en estado de defensa. En 1792 publicó tambien que habia distribuido á Lacroix, Gensonné, Thuriot, Albite, Bazire, Chabot y Merlin de Thionville, sumas considerables durante su ministerio. Los diputados reclamaron vivamente contra esta que llamaban calumnia; pero lo cierto es que durante su minis-

terio todos ellos le veian con suma intimidad, y que les prodigaba cuantas gracias le pedian. Mr. de Narbonne pasó en Suiza una gran parte del tiempo de su proscripcion, hasta que le llamó Bonaparte despues del 18 brumario, como á otros muchos miembros del partido realista constitucional. Volvió pues á Paris en 1802 y murió poco tiempo despues.

PAGINA 164.

17 M. Isnard perfumista en Draguignan fué diputado á la asamblea legislativa y á la convencion, mostrando mucho talento en una y otra, porque su padre que era hombre rico no habia perdonado gasto para darle buena educacion. En todos sus discursos siguió la misma linea de los girondinos de quienes hacia parte, llevando su entusiasmo á tal punto que despues de haber votado la muerte del rey dijo en la convencion estas palabras, que ya le habian oido en la asamblea legislativa, « que si es- « tuviese en sus manos el fuego del cielo abrasaria con él « á todos los que atentasen á la soberania del pueblo, « añadiendo que fiel á sus principios, no solo votaba la « muerte, sino que pedia que los dos hermanos de Luis « que estaban emigrados fuesen juzgados por un tribunal « criminal. » Pero como á poco tiempo despues empezó la Montaña á tomar tanto ascendiente que ya reusaban la palabra á los de su partido, toda su violencia se tornó contra los que en su concepto tiranizaban la libertad. Así fué que habiéndose presentado una diputacion del ayuntamiento, reclamando con altaneria la libertad de Marat, la respondió Isnard que se hallaba de presidente « que « si Paris atentaba contra la convencion nacional, no tar- « daria en dudarse al recorrer las orillas del Sena, de « cual era el sitio que habia ocupado Paris. » Todavía llegó á mas el desórden durante su segunda presidencia, pues no solo le insultaron los Maratistas, sino que le trataron de vil y de tirano, y Burdon del Oisa le amenazó con un puñal y tuvo presicion de abandonar el asiento. Mas no bastó este sacrificio sino que el ayuntamiento de Pa-

rís, que le denunció personalmente por las espresiones ya citadas, le puso en presicion de suspenderse él mismo de sus funciones para evitar la acusacion. En el mes de octubre 1793 le declararon fuera de la ley, pero logró ocultarse en casa de un amigo y se dió por muerto hasta que cayeron los de la Montaña y entonces volvió á la convencion. Nombrado despues representante en el departamento de las Bocas del Ródano, se pronunció fuertemente contra los terroristas que le habian perseguido á él, y aun se le acusa de haber excitado las sangrientas represálias que los habitantes del mediodia tomaron contra ellos en aquella época, sobre todo en las matanzas de los que estaban presos en el fuerte de San Juan de Marsella. Se cuenta que les decia estas palabras: « Si encon-« trais terroristas heridles con vuestras armas; sino teneis « armas tendreis palos, y sino teneis palos desenterrad « á vuestros padres y con sus huesos no dejeis uno con « vida. » En 1796 fué miembro del consejo de los quinientos, de donde salió para juez en el tribunal del Vard y despues al tribunal de primera instancia de Paris. Ha publicado una obra sobrela inmortalidad del alma.

PAGINA 168.

18 Nicolas Luckner, baron del imperio, nació en Campen en Baviera y estuvo sirviendo al rey de Prusia durante la guerra de siete años, en calidad de oficial general. Cuando se hizo la paz procuró atraerlo á sí el gobierno frances por medio de una pension considerable que se le ofreció con el grado de teniente general. Habiendo manifestado desde 1789 algunas tendencias hacia el partido de la revolucion, obtuvo el permiso de asistir á la federacion general y se presentó en la barra de la asamblea nacional. El partido constitucional, que principiaba á perder de su influjo, quiso atraerle á sí y le hizo venir á la capital para concertarse con él; pero le encontró tan inepto, que sin decirle una palabra le dejaron volverse á la Lorena, donde estaba mandando.

En el mes de julio 1790 envió su juramento de fidelidad á la asamblea nacional y en el mes de diciembre obtuvo el baston de mariscal de Francia, que le envió el ministro Narbonne. Hablaba mal y escribia peor, pero no cesaba de reclamar sobre la debilidad de su ejército, la desnudez en que se le tenia y sobre la falta de pagas. Como no se le hacia caso ó no se remediaba nada, se ofreció á ir á restablecer el órden y la disciplina en el ejército de Flandes y á interponer su influjo con el conde de Rochambeau para que no dejase el mando ofreciéndose á servir bajo sus órdenes como ayudante suyo. En efecto se fue allí y poco despues tomó el mando en gefe: mas era tan fatal el estado en que se hallaba que no le fue posible hacer nada de provecho, sino concentrarse sobre las fronteras de Francia. No fue poco en verdad conservar en él alguna disciplina y mantener el espíritu monárquico en medio de los embates que ya se daban á la corona. En julio de 1791 fue nombrado generalísimo de los ejércitos franceses, con cuyo motivo, dejando el mando del de Flandes á Biron, se marchó al de la Mosella que mandaba Lafayette. Fuéronse juntos á Paris, donde fueron recibidos con entusiasmo por el pueblo; pero inmediatamente que los jacobinos se apercibieron de que los dos generales protegian el partido monárquico, se opusieron á que la asamblea admitiese su peticion y no les costó gran trabajo acabar con su popularidad. Se le habia mandado á Luckner por un decreto de 13 de julio, que diese cuenta del estado de los ejércitos, y él respondió el 17 á la asamblea, que no tenia que dar cuenta de ellos á nadie sino al rey; pero que en todo caso no tenian mas que pedir su correspondencia con el ministro y que en ella encontrarian lo que deseaban saber. Ya se vé que semejante respuesta no podia agradar á los diputados, tanto menos cuanto los de la comision de guerra aseguraban que la víspera se habia esplicado de un modo muy opuesto. La esplicacion que se daba de esta contradiccion era que la carta á la asamblea se habia firmado *despues de comer*, hora en la cual solia el maris-

cal firmar lo que no habia leido siquiera. Por grosera que fuese esta esplicacion, no puede dudarse de que el mariscal daba frecuentes motivos para que se le calumniase. Comiendo un dia en casa del obispo de Paris Gobel, no tuvo reparo en decir que Lafayette, despues de la jornada del 20 de junio le habia propuesto marchar con su ejército sobre Paris, y que él habia respondido á Mr. Bureau-Puzy, que es quien le había traído el recado: « Lafayette podrá hacer lo que guste, pero « dígale Vm. que si él marcha sobre Paris, yo marcharé « sobre él y le batiré. » Sin embargo, á pesar de esta respuesta, es ciertísimo y consta por la correspondencia de Lafayette que el mariscal estaba pronto á ayudarle en su proyecto de sacar al rey de Paris. (Véase la nota sobre Lafayette.) Ademas de esta prueba tenemos otra mas irrefragable, cual fue su propia conducta al volver al ejército en la primera revista que pasó en las inmediaciones de Strasburgo, donde se esplicó sin rebozo sobre los desaires que le habian hecho en Paris y sobre los ultrages que diariamente se le hacian al rey. Apenas supo Dumouriez esta imprudente conducta del generalísimo, cuando dió aviso de ella con el fin de sucederle en el mando, que era el término de sus deseos. En efecto vino la órden en el mes de agosto que le suspendia de sus funciones y le confinaba á Chalons, donde conservó el vano título de generalísimo y sin otras funciones que las de reunir los reclutas que luego se destinaban al ejército de Dumouriez. Aun faltó poco para que el dia 17 de setiembre le ahorcasen los propios reclutas, y lo hubieran hecho sin el valor de uno de sus edecanes y algunos oficiales que le sacaron de sus manos. A fines del mismo mes se fue á Paris para justificarse ante la convencion nacional, quien le permitió en enero de 1793 que se retirase donde tuviera por conveniente. En efecto nadie se metió con él hasta que le tentó el diablo de solicitar el pago de su pension, visto lo cual le entregaron al tribunal revolucionario que le condenó á muerte por traidor. Murió á la edad de 72 años. Fue valiente en su juventud:

hombre de bien en la edad madura, pero falto de instruccion y de luces, y sobre todo sin aquella firmeza que en tiempos de revoluciones vale mas que las luces y el valor.

PAGINA 173.

19 Blas Colomban, baron de Bender era natural de Brisgaw, y entró muy jóven al servicio de Austria é hizo la guerra de 1741 y la de siete años contra la Prusia, distinguiéndose en varios encuentros y recibiendo algunas heridas. Habia llegado al grado de capitan cuando se casó con una condesa de la casa de Isemburgo, cuya alianza fué para él origen de una fortuna rápida, pues en pocos años fué sucesivamente mayor, coronel y general con el mando de Brisgaw. Despues habiendo llegado al grado de teniente general, le confirió el gobierno la importante fortaleza de Luxemburgo. Mandaba en gefe los Paises Bajos cuando estalló la insurreccion de 1789 y dirigió la mayor parta de las operaciones, á pesar de su mucha edad. En 1790 fué elevado al grado de feld-mariscal y obtuvo la gran cruz de Maria Teresa. En 1792 no le permitieron sus achaques tomar parte activa en la guerra contra Francia, y permaneció en Luxemburgo, cuya plaza bloquearon los franceses en 1794. Se defendió con denuedo durante 8 meses; pero no habiéndole enviado socorros por mas que los pedia, tuvo que rendirla por capitulacion el 1.° de junio de aquel año. La guarnicion fué enviada á Alemania con condicion de no volver á servir contra Francia durante un año, y al general Bender le nombraron gobernador general de la Bohemia. Ultimamente se retiró á la Moravia, donde murió á poco tiempo.

CAPITULO IV.

Division de los partidos acerca de la cuestion de guerra. — Papel del duque de Orleans y de su partido. — Decreto de acusacion contra los príncipes emigrados. — Formacion de un ministerio Girondino. — Dumouriez, su carácter, su génio y sus proyectos; pormenores acerca de los nuevos ministros. — Conversacion de Dumouriez con la reina. — Declaracion de guerra al rey de Hungría y Bohemia. — Primeras operaciones militares. — Derrotas de Quievrain y de Tournay. — Muerte del general Dillon.

A principios del año 1792 era la guerra la gran cuestion del momento, y para la revolucion nada menos que una cuestion de existencia, porque habiéndose trasladado sus enemigos á fuera, alli era necesario irlos á buscar y vencerlos. Lo primero que ocurria era la duda de si el rey siendo gefe de los ejércitos obraria de buena fé contra sus parientes y antiguos cortesanos, y esta duda era la que importaba disipar en la nacion. Agitaban los jacobi-

nos la cuestion de guerra de la misma manera que todas las cuestiones, esto es decidiéndolas soberanamente. Pero lo que parecerá singular es, que los jacobinos exaltados y su gefe Robespierre estaban inclinados á la paz, mientras que los moderados de entre ellos ó los girondinos estaban por la guerra. Estos últimos tenian á su frente á Brissot y Louvet, el primero de los cuales defendia la guerro con su talento y su influjo, persuadido como Louvet y los suyos á que de aquella manera saldria á lo menos la nacion de su peligrosa incertidumbre, y se acabarian de aclarar las verdaderas intenciones del rey. Midiendo aquellos hombres el resultado por su propio entusiasmo, no podian imaginarse que la nacion pudiera ser vencida, y pensaban que aun cuando por culpa del rey se esperimentase algun reves pasagero, sabria á lo menos á qué atenerse y depondria á un gefe infiel. ¿Como es que Robespierre y los demas jacobinos no deseaban una determinacion que podia dar un desenlace tan pronto y decisivo? Esto solo se puede esplicar por congeturas. ¿Le estremecería la guerra al tímido Robespierre? ¿Ó se opondría solo á ella porque la sostenia Brissot que era su rival en los jacobinos, y porque el jóven Louvet la apoyaba con talento? Séase por lo que se fuese, él combatió por la paz con una tenacidad estremada. Aquellos de los franciscanos que

eran al mismo tiempo jacobinos, asistieron á la deliberacion y estuvieron por Robespierre, temiendo que acaso la guerra proporcionase á Lafayette demasiadas ventajas y se hiciese fácil la dictadura militar. Este era el continuo temor de Camilo Desmoulins, que se le estaba figurando al frente de un ejército victorioso, aniquilando como en el campo de Marte á jacobinos y franciscanos. A estos últimos les suponian Louvet y los girondinos otro motivo, cual era el de que todo el ódio que profesaban á Lafayette no nacia mas que de considerarle enemigo del duque de Orleans con quien ellos estaban estrechados.

Este duque de Orleans á quien de nuevo se le vé aparecer en las sospechas de sus enemigos, mas que en la revolucion, estaba entonces casi eclipsado. Habian podido á los principios servirse de su nombre, y aun él mismo fundar algunas esperanzas en aquellos á quienes él se le permitia tomar; pero ya estaban muy cambiados los tiempos. Conociendo él mismo cuan fuera de su lugar estaba en el partido popular, habia deseado obtener el perdon de la corte durante los últimos tiempos de la constituyente y habia sido repelido. En la legislativa todavía le conservaban en la lista de los almirantes, é hizo nuevas tentativas con el rey, que al fin le recibió y tuvo con él una larga conversacion sin haber sido mal recibido. Tenia que

volver á palacio, y en efecto se presentó en ocasion que estaba ya servida la mesa de la reina y todos los cortesanos al rededor. Apenas le divisaron cuando empezaron á decir palabras muy injuriosas, como por ejemplo, *atencion á los platos*, como si temieran que iba á echar veneno en alguno de ellos. Unos le rempujaban, otros le pisaban en los pies hasta que al fin se vió precisado á retirarse; mas al bajar la escalera recibió nuevos ultrages y se salió indignado, creyendo que el rey y la reina le habian preparado una escena tan humillante. Sin embargo asi el uno como la otra sintieron en el alma semejante imprudencia de los cortesanos de que no tenian la menor noticia. Aquel príncipe debia estar mas irritado que nunca, pero no por eso llegó á ser mas activo ni mas diestro que antes como gefe de partido. Aquellos amigos suyos que hablaban de él en los jacobinos y en la asamblea, pudieron hacer algun mayor ruido con esta ocurrencia, y esto fué lo que motivó el que se creyera que su faccion volvia á figurar de nuevo y que sus pretensiones y esperanzas renacian con los peligros del trono.

Creyeron los girondinos que los franciscanos y los jacobinos exagerados no defendian la paz sino para privar á Lafayette, rival del duque de Orleans, de las ventajas que podia proporcionarle la guerra; pero fuese lo que fuese, siendo esta dese-

chada por los jacobinos y apoyada por los girondinos, no podia menos de prevalecer en la asamblea donde dominaban estos últimos. En efecto principió esta por poner en acusacion desde el 1.º de enero al conde de Provenza, hermano mayor del rey, al de Artois, al principe de Condé [1], á Calonne, Mirabeau [2] y á Laquenille [3] como sospechados de haber hostilizado á la Francia. Como un decreto de acusacion no estaba sugeto á la sancion real, no habia que temer por entonces el *veto*; y asi del mismo modo se prescribió de nuevo el secuestro de los bienes de los emigrados y la cobranza de sus rentas en beneficio de la nacion, segun se habia mandado por el decreto que no sancionó el rey. De este modo se apoderaba la asamblea de las rentas de los particulares á título de indemnizacion de guerra. El primero de aquellos personages fué privado del derecho á la regencia en virtud de la primera resolucion.

Por fin el dia 14 de diciembre dió Gensonné cuenta á la asamblea del último oficio del emperador, llamando la atencion sobre que la Francia siempre habia prodigado sus tesoros y sus soldados en fayor del Austria, sin que jamas hubiese obtenido correspondencia. Que el tratado de alianza concluido en 1756 habia sido violado por la declaracion de Pilnitz y siguientes, cuyo objeto era suscitar una coalicion armada de los soberanos, y

Biblioteca Universitaria Oviedo

que tambien lo estaba de hecho por el armamento de los emigrados, tolerado y aun apoyado por los príncipes del imperio. Sostuvo ademas Gensonné, que aunque se hubiesen dado últimamente órdenes para la dispersion de aquellas reuniones, de ningun modo habian sido egecutadas sino en la apariencia, y que la escarapela blanca era constantemente llevada del otro lado del Rhin, al paso que se veía ultrajada la cucarda nacional y maltratados los viageros franceses. Por tanto era indispensable pedir una esplicacion definitiva al emperador acerca del tratado de 1756. Este informe se mandó imprimir y que se fijase dia para su discusion.

En el mismo dia subió Guadet [4] á la tribuna y dijo que de todos los hechos comunicados á la asamblea ninguno le habia sosprendido mas que el plan de un congreso, cuyo objeto debia ser obtener algunas modificaciones á la constitucion francesa, cuyo plan se habia ya susurrado despues de largo tiempo y últimamente se habia denunciado como posible en las comisiones y entre los ministros. Si es cierto, añadió Guadet, que semejante intriga está conducida por hombres que creen salir por este medio de la nulidad política en que hoy se encuentran; si es cierto que algunos de los agentes del poder egecutivo auxilian con todo su poder y relaciones esta abominable trama; si lo es

que intentan atraernos á fuerza de dilaciones y desaliento á aceptar esta vergonzosa mediacion, ¿podrá la asamblea cerrar los ojos á semejantes peligros? Juremos, dijo el orador, morir aqui todos primero..... No le dejaron acabar y toda la asamblea se puso en pie gritando *si*, *si*, *lo juraremos*; y en una votacion *ex abrupto* declaró infame y traidor á la patria á todo frances que tomase parte en un congreso cuyo objeto fuera modificar la constitucion. Este decreto iba dirigido contra los antiguos constituyentes y contra el ministro Delessart, á quien se atribuia la lentitud estudiada de las negociaciones. El dia 17 se volvió á entablar la discusion sobre el informe de Gensonné y se decretó que el rey no negociaria ya en adelante sino en nombre de la nacion francesa, y que requiriria al emperador que se esplicase definitivamente antes de 1.º de Marzo próximo. El rey respondió que habia ya mas de 15 dias que habia pedido esplicaciones positivas á Leopoldo.

En aquel intérvalo se supo que el elector de Tréveris asustado con las instancias del gabinete frances, habia dado nuevas órdenes para la dispersion de las reuniones y para la venta de los almacenes formados en sus dominios, asi como para la prohibicion de los enganches y de los ejercicios militares, añadiéndose que en efecto estas órdenes se habian puesto en ejecucion. En la

situacion en que se hallaban los ánimos semejante noticia fué recibida con frialdad, afectando no ver en ella sino vanas demostraciones sin resultado, y se insistió en pedir la respuesta definitiva de Leopoldo.

Existian algunas desavenencias en el ministerio entre Bertrand de Molleville y Narbonne, porque el primero estaba celoso de la popularidad del ministro de la Guerra y miraba muy á mal sus condescendencias con la asamblea. El segundo se quejaba de la conducta de Bertrand y de sus disposiciones inconstitucionales, pretendiendo que el rey debia exonerarle del ministerio. El único que tenia la balanza entre los dos era Cahier de Gerville, pero sin poder reconciliarlos. Se decia que el partido constitucional queria elevar á Narbonne á la dignidad de primer ministro, y aun parece que llegaron á intimidar al rey con la popularidad y ambicion de Narbonne á quien pintaban como un jóven presuntuoso que queria gobernar el gabinete. No tardaron los diarios en estar al corriente de estas divisiones, y Brissot y la Gironda defendieron con ardor al ministro que estaba amenazado de desgracia, atacando vivamente á sus cólegas y al rey. Publicaron una carta escrita por los tres generales del norte á Narbonne en que le manifestaban sus temores de que fuese destituido. Mas el rey le destituyó inmediatamente, aunque

para neutralizar el efecto de esta providencia, hizs anunciar al mismo tiempo la destitucion de Bertrand de Molleville. Sin embargo no se atenuó nada el efecto de la primera sino que suscitó una agitacion estraordinaria, en medio de la cual quiso declarar la asamblea, segun la fórmula empleada en otro tiempo en favor de Necker, que Narbonne se llevaba consigo la confianza de la nacion al paso que todo el ministerio la habia perdido. Sin embargo se quiso esceptuar de aquel anathema á Cahier de Gerville que siempre habia estado opuesto á Bertrand de Molleville, y que acababa de tener con él recientemente una disputa acalorada. Despues de muchos alborotos intentó Brissot probar que Delessart habia faltado á la confianza de la nacion. Este ministro habia confiado á la comision diplomática su correspondencia con Kaunitz, la cual estaba ciertamente escrita sin dignidad y daba una idea poco favorable del estado de Francia, en términos que parecia haber autorizado la conducta y lenguage de Leopoldo. Es preciso advertir que Delessart y su compañero Duport-Dutertre eran los dos ministros que mas particularmente pertenecian á los Fuldenses, y á quienes se aborrecia mas porque se les acusaba de que estaban por el proyecto de un congreso.

En una de las sesiones mas tempestuosas de la

asamblea fué acusado Delessart por Brissot de que habia comprometido la dignidad de la nacion, no habiéndola dado parte del concierto de las potencias y de la declaracion de Pilnitz; de haber hecho uso en sus notas de doctrinas inconstitucionales, de haber dado á Caunitz una idea falsa del estado de Francia, de haber dado largas á la negociacion y conducídola de un modo contrario á los intereses de la patria. Vergniaud se unió con Brissot y añadió nuevos cargos á los que se habian imputado á Delessart, echándole en cara que cuando era ministro del interior habia retenido largo tiempo en la bolsa el decreto que reunia el condado de Aviñon á la Francia, siendo de este modo causa de los desastres de aquella ciudad. Despues añadió Vergniaud estas palabras; «Des-«de esta tribuna en que os estoy hablando se vé «el palacio en que unos consejeros perversos es-«travian y engañan al rey que la constitucion nos «ha dado; veo las ventanas del palacio en donde «se trama la contra-revolucion, y donde se com-«binan los medios de volvernos á sumir en la «esclavitud..... De ese palacio famoso salie-«ron en los antiguos tiempos el terror y las ven-«ganzas en nombre del despotismo; justo es «que uno y otra vuelvan á él en nombre de «la ley y que penetre todos los corazones; que «todos los que le habitan sepan que nuestra cons-

« titucion no reconoce por inviolable sino solo « al rey. »

Inmediatamente se puso á votar y se aprobó el decreto de acusacion contra Delessart, destinándole al tribunal nacional establecido en Orleans y que estaba encargado de juzgar los crímines contra el estado. El rey sintió mucho la separacion de este ministro, á quien habia otorgado su confianza, y cuyo modo de pensar pacífico y moderado le agradaba infinito. Tambien fué amenazado con la misma suerte Duport-Dutertre, ministro del partido constitucional, pero pudo evitarla pidiendo justificarse, y habiendo sido absuelto por una órden del dia, dió inmediatamente despues su dimision. Igualmente la dió Cahier de Gerville, quedándose de este modo privado el rey del único de sus ministros que gozase cerca de la asamblea de la reputacion de patriota.

Separado del ministerio que le habian dado los fuldenses, y no sabiendo á quien volver la cara en medio de aquella tormenta, determinó Luís XVI unirse con la Gironda, á pesar de ser republicana y de que habia destituido á Narbonne por ser demasiado popular. Verdad es que el republicanismo de la Gironda no dependia mas que de desconfianza que tenia del rey, el cual podia ganarla entregándose á ella; pero era necesario que lo hiciera sinceramente, y aquella eterna cuestion de la

buena fé estaba siempre de por medio para echarlo todo á perder. No hay duda en que Luis XVI era síncero cuando se entregaba á un partido, pero no lo hacia nunca sin mal humor y disgusto. Asi era que luego que este partido le imponia alguna condicion dificil aunque necesaria, la desechaba y al instante se introducia la desconfianza, á que se seguia la acritud y bien pronto un rompimiento casi inevitable en aquellas alianzas desgraciadas entre corazones que tienen intereses demasiado opuestos. De aqui nació que Luis XVI, despues de haber admitido cerca de sí al partido fuldense, habia repelido por capricho á Narbonne que era su gefe mas decidido y se vió precisado, para apaciguar la tormenta, á abandonarse á la Gironda. Uno de los motivos que decidieron la conducta de Luis XVI, fué el ejemplo de Inglaterra, donde el rey elige muchas veces sus ministros en la oposicion. La corte concibió entonces una esperanza, de las muchas que se conciben aun en las coyunturas mas tristes, y se lisongeó de que eligiendo Luis XVI por ministros á unos demagogos incapaces y ridículos, acabaria con la reputacion del partido en que los hubiese escogido. Sin embargo no sucedió semejante cosa, ni el nuevo ministerio fué tal como le habria deseado la malicia de los cortesanos.

Habia ya mas de un mes que Delessart y Nar-

bonne habían llamado cerca de sí á un hombre, á quien creian de mucha utilidad para servirse de él. Este era Dumouriez [5], que ya comandante en Normandía, ya en el Vendée habia mostrado en todas partes una firmeza é inteligencia raras. Se habia ofrecido unas veces á la corte y otras á la asamblea constituyente porque todo portido le era indiferente con tal que él pudiera egercer su actividad y su estraordinario talento. No encontrando Dumouriez á su altura el siglo en que vivia, había pasado una parte de su vida en intrigas diplomáticas, y á pesar de su valor, su genio militar y político y sus cincuenta años de edad, se encontraba en los principios de la revolucion sin ser mas que un brillante aventurero. Sin embargo habia conservado todo el fuego y osadía de la juventud, é inmediatamente que se presentaba una guerra ó una revolucion, escribia sus planes, los dirigia á todos los partidos y estaba pronto á ocuparse en favor de todos por tal de ocuparse. Asi se acostumbró á no hacer caso alguno de la naturaleza de una causa, sin embargo de que la falta de conviccion no le impedía ser generoso, sensible y capaz de adesion, ya que no á los principios á lo menos á las personas. Mas en medio de un talento tan lleno de gracia, tan vivo y tan capaz, y sin embargo de su valor, ya firme ya impetuoso, era tan admirable para servir como in-

capaz de dominar. No tenia ni la dignidad de una conviccion profunda, ni el orgullo propio de una voluntad despótica, y asi no podia mandar mas que á soldados. Si él hubiese podido unir á su gran ingenio las pasiones de un Mirabeau, la voluntad de un Cromwell, ó siquiera el fanatismo de un Robespierre, hubiera dominado la revolucion y la Francia.

Cuando Dumouriez se presentó á Narbonne formó inmediatamente un vasto plan militar, que consistia en hacer á un mismo tiempo la guerra ofensiva y defensiva. Por todas partes en donde la Francia se estiende hasta sus límites naturales, que son el Rhin, los Alpes, los Pirineos y el mar, queria que se limitase á la defensiva. Pero en los Paises-Bajos donde nuestro territorio no llega hasta el Rhin, y en la Saboya, donde tampoco llega hasta los Alpes, era su intento que se atacase inmediatamente, y que en llegando á los límites naturales se volviese á tomar la defensiva. Esto era conciliar á un tiempo nuestros intereses con los principios; era aprovecharse de una guerra que no se habia provocado para volver en materia de límites á las verdaderas leyes de la naturaleza. Ademas propuso la formacion de un cuarto ejército destinado á ocupar el medio dia, cuyo mando pidió y le fué prometido.

Habia sabido Dumouriez ganar á Gensonné que

era uno de los comisarios civiles enviados al Vendée por la asamblea constituyente, y que nombrado despues diputado á la legislativa, era uno de los miembros mas influyentes de la Gironda. Habiendo observado tambien que los jacobinos eran la potencia dominante, se habia presentado en su club, y leido en él diferentes memorias que fueron muy aplaudidas, sin dejar por eso de continuar su antigua amistad con Delaporte, mayordomo mayor de Luis XVI y uno de sus mas celosos servidores. Relacionado de este modo con las diferentes potencias que iban á reunirse, no podia menos Dumouriez de ser llamado al ministerio. Le ofreció el rey el de negocios estrangeros que estaba vacante por el decreto de acusacion espedido contra Delessart, pero como todavia estaba muy apegado al ministro encausado, solo se le ofreció interinamente. Mas conociendo Dumouriez su fuerte posicion y no queriendo aparentar que conservaba una plaza para algun ministro Fuldense, reusó el interinato y obtuvo la propiedad del ministerio. No encontró en él mas que á Cahier de Gerville y á Degraves por que aunque el primero de estos habia dado su dimision no se habia separado todavia de los negocios. Degraves habia reemplazado á Narbonne, y era jóven de buen trabajo aunque sin esperiencia, por lo que supo Dumouriez apoderarse

de él y así tuvo en su mano las relaciones esteriores y la administracion militar, es decir las causas y la organizacion de la guerra. De todo ello necesitaba aquel genio emprendedor, y apenas subió al ministerio cuando se fué á los jacobinos á ponerse su gorro encarnado que era el adorno nuevo tomado de los Frigios y que ha pasado á ser el emblema de la libertad. Les prometió gobernar para ellos y por medio de ellos; mas cuando se presentó á Luis XVI le tranquilizó acerca de su conducta con los jacobinos, y destruyó las prevenciones que esta le habia inspirado; de suerte que tuvo el arte de conmoverle con testimonios de celo y de disipar su sombria tristeza á fuerza de talento y de gracia. Le persuadió que no deseaba la popularidad sino para aprovecharse de ella en favor de la solidez del trono; pero sin embargo, á pesar de toda su deferencia tuvo cuidado de penetrar al príncipe de que la constitucion era inevitable, consolándole con la idea de que todavia podia un rey ser muy poderoso con ella. Sus primeras notas á las potencias estaban llenas de razon y de firmeza, y asi cambió la naturaleza de las negociaciones dando á la Francia una aptitud enteramente nueva, pero tambien hicieron que la guerra fuese inminente. Era natural que Dumouriez la desease por que tenia el genio necesario para ella y por que habia meditado treinta y seis

años sobre esta gran ciencia; mas no se puede menos de convenir tambien en que la conducta del gabinete de Viena y la irritacion de la asamblea la habian hecho ya inevitable.

Tambien lo era ciertamente el que Dumouriez por su conducta con los jacobinos y por sus alianzas notorias con la Gironda se embrollase con los fuldenses, aunque no tuviera ningun odio contra ellos sino solo por que les quitaba de su verdadero lugar. Así sucedió que durante su ministerio estuvo en perpetua oposicion con todos los corifeos de este partido; mas sin dar grande importancia á los sarcasmos é invectivas que dirigian contra los jacobinos y contra la asamblea, se resolvió á continuar su marcha con la mayor imperturbabilidad.

Lo primero que habia que hacer era completar el gabinete para lo cual eran consultados Petion, Gensonné y Brissot; mas no se podia con arreglo á la ley elegir los ministros ni en la asamblea actual ni en la precedente, y asi quedaban muy pocos en que escoger. Propuso Dumouriez para la marina á un antiguo empleado de este ministerio, llamado Lacoste [7], gran trabajador y patriota decidido, el cual á pesar de eso se adirió al rey, llegó á hacerse amar y permaneció cerca de su persona mucho mas tiempo que los otros. Se quiso dar el ministerio de la justicia á aquel jóven

Biblioteca Universitaria

Louvet que recientemente se habia distinguido en los jacobinos y que se habia hecho bien quisto en la Gironda despues que sostuvo tan bien la opinion de Brissot en favor de la guerra; pero el envidioso Robespierre le hizo denunciar inmediatamente. Louvet se justificó muy bien, pero no se quiso tomar por ministro á un hombre cuya popularidad era ya dudosa y mandaron venir á Duranton [8] que era un abogado de Burdeos, hombre ilustrado y recto pero muy débil. Todavia restaban el ministerio de hacienda y el del interior, para el primero de los cuales se propuso á Claviere [9], conocido por sus buenos escritos sobre materias de hacienda, y porque tenia muchas ideas, toda la constancia propia de la meditacion y un grande amor al trabajo. El del interior se confió á Roland [10] que habia sido inspector de fábricas y era conocido por sus buenos escritos sobre industria y artes mecánicas. Mas aquel hombre de unas costumbres tan austeras, de doctrinas inflexibles y de un aspecto frio y duro, cedia sin advertirlo al ascendiente superior de su muger. Madama Roland [11] era jóven y hermosa, nutrida en el retiro con ideas filosóficas y republicanas, habia concebido pensamientos superiores á su sexo, creándose una especie de religion de los principios que reinaban entonces. Como vivia en una amistad íntima con su esposo, solia llevarle la pluma y le comuni-

caba una parte de su viveza inspirando entusiasmo no solo á su marido, sino tambien á todos los girondinos, que apasionados por la libertad y la filosofía, adoraban en ella la hermosura, el talento y sus propias opiniones.

Reunia el nuevo ministerio bastantes calidades para prosperar, pero era necesario que no desagradase demasiado al rey, y conservase su alianza con la Gironda. Entonces podia bastarse á sí mismo, pero era de temer que se echase todo á perder el dia en que á la incompatibilidad natural de las partes vinieran á reunirse algunas faltas de los hombres; y esto no podia menos de suceder muy pronto. Admirado Luis XVI de la actividad de sus ministros, de sus buenas intenciones y de su habilidad para los negocios se llenó de contento, agradándole sobre manera sus reformas económicas, porque siempre habia preferido aquel género de bien que no exigia ningun sacrificio de poder ni de principios. Si hubiera podido tranquilizarse siempre como lo estuvo al pronto, y apartarse de los cortesanos, fácilmente hubiera soportado la constitucion. Asi se lo repitió sinceramente á los ministros y llegó á convencer á los dos mas difíciles, que eran Roland y Claviere, pues en cuanto á los otros, su persuasion era completa. La Gironda que no era republicana mas que por desconfianza del rey,

dejó entonces de serlo y Vergniaud, Gensonné y Guadet entraron en correspondencia con Luis XVI, lo cual fué luego para ellos un motivo de acusacion. La única que conservaba sus dudas era la inflexible esposa de Roland y la que contenia á sus amigos, que segun ella eran demasiado fáciles en entregarse. La razon de sus desçonfianzas era muy natural y consistia en que ella nunca veía al rey, al paso que los ministros por el contrario le hablaban todos los dias, y cuando los hombres de bien se acercan unos á otros no tardan en tranquilizarse; pero esta confianza no podia durar mucho porque iban á entrar en escena cuestiones inevitables que no podian menos de hacer resaltar la diferencia de sus opiniones.

Procuraba la corte ridiculizar la sencillez un poco republicana del nuevo ministerio y en particular la llaneza semi-selvática de Roland que se presentaba en palacio sin hebillas en los zapatos. Dumouriez no se mordia la lengua para contestar con otros sarcasmos, y mezclando la chanza con los trabajos mas serios, le daba mucho gusto al rey con su talento y acaso le convenia mas por la flexibilidad de sus opiniones. Observando la reina que de todos sus cólegas este era el que mas influjo tenia en el ánimo del monarca, quiso conocerle y él mismo nos ha conservado en sus memorias aquella singular conversacion que pinta las

agitaciones de la desgraciada princesa, digna de otro reino, de otros amigos y de mejor suerte.

« Introducido, dice, en la cámara de la reina la « encontró sola, muy encarnada, paseándose á « grandes pasos y con una agitacion que presagia- « ba una esplicacion muy viva. Fué á ponerse á la « esquina de la chimenea, tristemente conmovido « de la suerte de aquella princesa y de las terri- « bles sensaciones que esperimentaba. Ella se le « acercó con aire magestuoso é irritado y le dijo; « *Caballero, parece que V. es el que lo puede todo en « este momento; pero es menester que sepa que es por el « favor del pueblo, el cual no tarda en hacer pedazos « sus propios ídolos. La existencia de V. depende de su « conducta. Se dice que V. tiene mucho talento, y si es « asi ya puede comprender que ni el rey ni yo podemos « sufrir todas estas novedades, ni tampoco la constitucion. « Yo se lo confieso á V. francamente y asi tome V. su « partido.* »

« El la respondió: *Señora, tengo el mayor pesar de « la confianza que acaba de hacerme V. M. Yo no la ven- « deré, pero me encuentro entre el rey y la nacion y per- « tenezco á mi patria. Permítame V. M. que la haga pre- « sente que la salvacion del rey, la vuestra y la de vues- « tros augustos hijos está inerente á la constitucion, asi « como el restablecimiento de su autoridad legítima. Yo « serviria mal á V. M. y al rey si la hablase de otro « modo porque ambos se encuentran rodeados de enemigos*

« *que les sacrifican á su propio interés. Luego que la cons-* « *titucion esté en todo su vigor, lejos de causar la desgra-* « *cia del rey hará su felicidad y su gloria; y asi es in-* « *dispensable que él concurra á que se establezca sólida y* « *prontamente. La desgraciada reina ofendida de que Du-* « *mouriez se opusiese á sus ideas, le dijo alzando la voz* « *y con cólera; Esto no ha de durar siempre; mire V.* « *por sí.* »

« Dumouriez respondió con moderada firmeza. « *Señora, tengo mas de cincuenta años y he pasado mu-* « *chos peligros; cuando acepté el ministerio fué despues de* « *haber reflexionado que no era la responsabilidad el mayor* « *de los riesgos que me amenazaban. No faltaba mas,* re- « plicó la reina manifestando resentimiento, *sino* « *que se me calumniase. No parece sino que V. me cree* « *capaz de hacerle asesinar:* y empezaron á correr lá- « grimas de sus ojos. »

« Casi tan conmovido como ella: *Dios me guarde,* « la dijo, *de hacer á V. M. una injuria tan cruel. El* « *carácter de V. M, es grande y noble, de que tiene da-* « *das pruebas muy heróicas que me han admirado é in-* « *teresado en su favor.* En aquel momento se que- « dó mas tranquila y se acercó á él; pero conti- « nuó diciendo: *creedme, Señora, pues que ningun inte-* « *res tengo en engañaros: aborrezco tanto como V. M. la* « *anarquía y los crímenes; pero dad crédito á mi espe-* « *riencia. Estoy mas al alcanze que V. M. para juzgar* « *de los sucesos, y este no es un movimiento popular y*

« momentáneo como parece que V. M. se figura, sino una « insurreccion casi unánime de una gran nacion contra los « abusos inveterados. Facciones numerosas atizan este in- « cendio, y hay entre ellas grandes pícaros y muchos lo- « cos; pero yo no considero en la revolucion mas que al « rey y á la nacion entera. Todo cuanto se dirija á sepa- « rarlos les conduce á su mútua ruina y yo trabajo cuanto « puedo por reunirlos. A V. M. la toca apoyarme. Pero « si creis que yo soy un obstáculo para los designios que « medita, y persiste en ellos, la suplico que me lo diga, « para inmediatamente presentar al rey mi dimision, y me « retiraré á llorar en un rincon las desgracias de mi pa- « tria y las vuestras. »

« El fin de esta conversacion decidió completa- « mente la confianza de la reina, y juntos se pu- « sieron á recorrer el estado de las diferentes fac- « ciones: él la fué citando las faltas y los crímenes « de todas, demostrándola que estaba vendida en « su mismo palacio, para lo cual la citó una mul- « titud de conversaciones que habian pasado en « la mas íntima confianza. Aquella princesa le « manifestó que quedaba plenamente conven- « cida, y le despidió con un semblante afable « y sereno. En efecto hablaba de buena fé; pero « las gentes que la rodeaban y los inmundos exce- « sos del periódico de Marat [12] y de los jacobinos, « volvieron á sepultarla en sus funestas resolu- « ciones. »

« Otro dia le dijo en presencia del rey: *estoy de-*
« *sesperada sin atreverme siquiera á asomarme á las ven-*
« *tanas que dan al jardin. Porque habiéndome asomado*
« *ayer á las del patio, un artillero que estaba de guar-*
« *dia me dirigió las espresiones mas groseras añadiendo:*
« Que tendria el mayor gusto en clavarme su ba-
« yoneta. *En ese espantoso jardin se ven en ciertos si-*
« *tios algunos hombres subidos en las sillas propalando*
« *mil horrores contra nosotros: hácia otros lados se vé al-*
« *gun pobre militar ó eclesiástico á quien llevan arras-*
« *trando á alguno de los estanques diciéndole mil inju-*
« *rias y dándoles bastantes golpes. Al mismo tiempo están*
« *otros jugando al mallo ó paseándose con el mayor so-*
« *siego. ¡ Qué estancia esta y que miedo tengo de estar*
« *en ella! (Memorias de Dumouriez libro 3.º capitu-*
« *lo VI.*»)

He aqui como por una especie de fatalidad las intenciones que se suponian en palacio excitaban la desconfianza y furor del pueblo, asi como los rugidos de este aumentaban las penas y las imprudencias de aquel. De este modo reinaba la desesperacion por dentro y por fuera. ¿Pero por qué, dicen algunos, no acabar de entenderse con una esplicacion franca y poner término á los males? ¿Por qué el palacio no comprendia los temores del pueblo ni este las pesadumbres del palacio? Esto es lo mismo que preguntar por qué los hombres son hombres, y asi no hay mas que renunciar á es-

tas esplicaciones y continuar la relacion de sus tristes debilidades.

Ya se habia muerto Leopoldo y debian echarse de menos las disposiciones pacíficas de aquel príncipe para la tranquilidad de la Europa, no siendo de esperar igual moderacion en su sucesor y sobrino el rey de Bohemia y Hungría. Tambien acababa de ser asesinado Gustavo rey de Suecia, y los enemigos de los jacobinos les atribuian este asesinato, pero se probó despues hasta la evidencia que los autores de él fueron los nobles á quienes habia humillado aquel rey en la última revolucion de Suecia. De este modo la nobleza que acusaba en Francia los furores revolucionarios del pueblo, estaba dando en el norte un ejemplo de lo que ella misma habia sido en otro tiempo, y de lo que era todavía en un pais donde la civilizacion estaba menos adelantada. ¡Qué ejemplo y que leccion para Luis XVI si en aquel instante hubiera podido comprenderla! La muerte de Gustavo disipó la empresa que tenia meditada contra la Francia, para lo cual debia dar sus soldados Catalina y la España los subsidios. Sin embargo es muy dudoso que la pérfida Catalina hubiese cumplido sus promesas y la muerte de Gustavo, cuyas consecuencias se exageraron tanto, no fué en la realidad mas que un suceso poco importante.

La debilidad de las notas de Delessart habia

provocado su acusacion, y Dumouriez no era hombre que ni por génio ni por interes tratase débilmente á las potencias. Sus últimas comunicaciones habian parecido agradar á Luis XVI, tanto por su decoro como por su firmeza; pero el embajador en Viena que era Mr. Noailles, muy poco sincero en su modo de servir, envió su dimision á Dumouriez diciendo que no creia deber usar con el gefe del imperio el lenguage que se le dictaba; de lo cual habiendo dado inmediatamente cuenta el ministro á la asamblea, esta se llenó de indignacion y decretó la acusacion contra Mr. de Noailles. Sin perder tiempo se envió otro embajador con nuevos despachos; y dos dias despues escribió Noailles retractándose de su renuncia y enviando la respuesta categórica que habia exigido de la corte de Viena. Aquella nota ó respuesta de Mr. Cobentzel [13] es una de las mas impolíticas entre tantas faltas como cometieron las potencias. Exigia aquel ministro en nombre de su corte el restablecimiento de la monarquía francesa sobre las basas fijadas en la declaracion real del 23 de junio 1789: que era lo mismo que exigir el restablecimiento de los tres órdenes del estado, la restitucion de los bienes del clero y la del condado Venesino al Papa. Pedia ademas el ministro austriaco la restitucion á los principes del imperio de las tierras de Alsácia con todos sus derechos feudales.

Era necesario no tener otra idea de la Francia sino la que inspiraban las pasiones de Coblentz para proponer semejantes condiciones. Era exigir á un mismo tiempo la destruccion de una constitucion jurada por el rey y por la nacion, la revocacion del grande acto relativo á Aviñon, y últimamente la bancarrota con la restitucion de los bienes del clero ya vendidos. ¿Y con qué derecho se reclamaba semejante sumision y se intervenia en nuestros negocios? ¿Qué queja podian tener los príncipes de la Alsácia cuando sus tierras estaban enclavadas en la soberania francesa y debian sufrir la misma ley?

El primer movimiento del rey y de Dumouriez fué el de ir inmediatamente á la asamblea é informarla de esta nota, lo cual produjo como era natural un grito de indignacion y de guerra. Lo único que Dumouriez no comunicó á la asamblea fué que el Austria á quien él habia amenazado con una nueva revolucion en Lieja, le habia enviado un agente para tratar aquel punto con él, y que el lenguage del tal agente era muy distinto del de el ministro austriaco, deduciéndose de esta variedad que la última nota no podia menos de ser efecto de alguna resolucion repentina y sugerida. La asamblea revocó el decreto de acusacion que habia dado contra Noailles y exigió un informe inmediato. El rey no podia volverse atras

y la guerra fatal iba á declararse infaliblemente por mas que en ningun caso fuese favorable á sus intereses. Si vencian los franceses, era indispenable que se hiciesen mas exigentes é inexorables sobre la observancia de la nueva ley, y si eran vencidos, echarian la culpa al gobierno y le acusarian de haber sostenido mal la guerra. No se le ocultaba á Luis XVI este doble peligro y así aquella revolucion fué una de las que le costaron mayor violencia. Redactó su informe Dumouriez con su celeridad acostumbrada y se le llevó al rey que le tuvo guardado tres dias. Tratábase de saber si reducido el rey á tomar la iniciativa con la asamblea, la instaria á declarar la guerra, ó se limitaria á consultarla sobre ella, anunciándola que segun las intimaciones hechas la Francia *se encontraba en estado de guerra.* Los ministros Roland y Claviere opinaban por el primer dictámen, sostenidos por los oradores de la Gironda que querian dictar el discurso del trono. Pero á Luis XVI le repugnaba declarar la guerra, y preferia *declarar el estado de tal.* La diferencia no era mucha, pero sin embargo su corazon preferia esto último y era justo condescender con el en su situacion. Por tanto Dumouriez, que era mas dócil, no escuchó á ninguno de los ministros, y sostenido por Degraves, Lacoste y Duranthon hizo que se adoptase el dictámen del rey. Esta fué su primera divergencia

con la Gironda. El rey compuso él mismo su discurso y se presentó en persona á la asamblea el dia 20 de abril, seguido de todos sus ministros. Una inmensa concurrencia de espectadores aumentaba la solemnidad de aquella sesion que iba á decidir de la suerte de Francia y de Europa. Las facciones del rey estaban alteradas y anunciaban una preocupacion profunda. Dumouriez leyó un informe muy detallado de las negociaciones de la Francia con el imperio, demostrando que el tratado de 1756 estaba roto de hecho, y que segun el último *ultimatum*, la Francia *se encontraba en estado de guerra.* Añadió que el rey no teniendo otro medio legal de que valerse para consultar á la asamblea sino la *proposicion formal de guerra*, se resignaba á hacerlo de aquella manera. Entonces Luis XVI tomando la palabra con dignidad aunque con voz alterada, dijo: «Señores, «acabais de oir el resultado de las negociaciones «que he seguido con la corte de Viena. Las con«clusiones del informe han merecido el dictámen «unánime de mi consejo, y yo mismo las he adop«tado por ser conformes con los deseos que me «ha manifestado muchas veces la asamblea nacio«nal y con los sentimientos de un gran número «de ciudadanos de diferentes partes del reino, «que todos prefieren la guerra á la continuacion «de los ultrages á la dignidad del pueblo fran-

Biblioteca Universitaria

« ces y á las amenazas de la seguridad nacional.

« Era de mi deber agotar antes todos los medios « de mantener la paz, y hoy vengo, segun los tér- « minos de la constitucion, á proponer á la asam- « blea nacional la guerra contra el rey de Hungria « y de Bohemia. »

Esta proposicion fué acogida perfectamente y de todos lados resonaron los gritos de *viva el rey*, anunciando á S. M. que la asamblea iba á deliberar inmediatamente y que se le instruiria por medio de un mensage del resultado de su deliberacion. Entonces principió la discusion mas acalorada, que se prolongó hasta bien entrada la noche. Allí se repitieron las razones ya dadas en pro y en contra, hasta que últimamente se expidió el decreto en que se declaraba la guerra por una inmensa mayoria.

« Considerando, decia la asamblea, que la corte « de Viena, en desprecio de los tratados, no ha ce- « sado de conceder una proteccion abierta á los « franceses rebeldes; que ha provocado y hecho « un concierto con muchas potencias de Europa « contra la independencia y seguridad de la na- « cion francesa;

« Que Francisco I rey de Hungria y Bohemia ha « reusado renunciar á este concierto, segun sus « notas de 18 de marzo y 7 de abril últimos;

« Que á pesar de la proposicion que se le hizo

« por la nota 11 de marzo 1793 de reducir por « una y otra parte al estado de paz las tropas que « estaban en las fronteras, ha continuado y aumen- « ta sus preparativos hostiles;

« Que ha atentado formalmente á la soberania « de la nacion francesa, declarando que quiere « sostener á los príncipes alemanes posesionados « en Francia, sin embargo de que la nacion fran- « cesa no ha cesado de ofrecerles indemnizaciones;

« Que ha procurado dividir á los ciudadanos « franceses y armar á unos contra otros, ofrecien- « do á los descontentos un apoyo en el concierto « de las potencias;

« Considerando en fin que el negarse á respon- « der á los últimos pliegos del rey de los france- « ses no deja ya esperanza de obtener por medio « de una negociacion amistosa la satisfaccion de « estos diferentes cargos, y equivale á una decla- « racion de guerra etc., la asamblea declara que « hay urgencia. »

Preciso es convenir que esta guerra cruel que por tantos años asoló á la Europa, no fué provocada por la Francia sino por las potencias estrangeras.* Por mas que la Francia la declarase, no hi-

* Por mas que se esfuerze Mr. Thiers en querer persuadir que la Francia revolucionaria no fué la causa de la larga guerra que asoló á la Europa durante tantos años, solo conseguirá que sus lectores le tengamos por un buen frances. Pero empe-

zo en ello mas que reconocer por un decreto la situacion en que se la habia puesto. Se le encargó á Condorcet que hiciese un resúmen de los motivos de la nacion, y la historia debe consignar este trozo que es un modelo precioso de razon y buen juicio.

Fué universal el gozo que causó la noticia de la guerra, pues que los patriotas veían en ella el fin de los temores que les causaba la emigracion y la conducta incierta del rey. Los moderados asustados del peligro que ocasionaba la division de los ánimos, esperaban que tendrian un término en el riesgo comun y que los campos de batalla absorverian á todos aquellos hombres turbulentos, que habia producido la revolucion. Solo algunos fuldenses siempre dispuestos á encontrar malo cuanto hacia la asamblea, decian que habia violado la constitucion, segun la cual nunca la Francia debia hallarse en estado de agresion; pero en este caso era demasiado evidente que ella no era la que atacaba. Así, fuera del rey y algu-

ñarse en que el agresor no es el que provoca y principia el combate es una paradoja igual á la que sostuvieron poco despues los jacobinos cuando atacaron el palacio el 10 de agosto de 92, que formaron causa á los realistas y al rey mismo por las desgracias de aquel dia. Una cosa es que en aquellas circunstancias debiesen los revolucionarios preferir la guerra, y otra que no fuesen ellos los que la provocaron. (*N. del T.*)

nos descontentos la guerra era la opinion general.

Lafayette se preparó á servir bravamente á su pais en aquella nueva carrera, y él era el que se encontraba particularmente encargado de la egecucion del plan concebido por Dumouriez y mandado en apariencia por Degraves. Se habia lisongeado y con razon Dumouriez de que la invasion de Bélgica seria cosa muy fácil y así se lo habia hecho creer á los patriotas, por que habiendo sido agitado aquel pais por una reciente revolucion que el Austria habia comprimido, parecia natural que estuviese dispuesto á sublevarse á la primera aparicion de los franceses, con lo cual quedaba realizada aquella palabra de la asamblea á los soberanos: *Si vosotros nos enviais la guerra nosotros os enviarémos la libertad.* Por otra parte la egecucion del plan concebido por Dumouriez, consistia en estenderse hasta las fronteras naturales. Rochambeau que mandaba el ejército mas preparado para obrar, no convenia que se encargase de aquella operacion á causa de su mala disposicion y peor salud, y sobre todo porque era menos capaz que Lafayette para una invasion medio militar, medio popular. Hubiera sido de desear que este último tuviese el mando general, pero se opuso Dumouriez por malevolencia sin duda, alegando por razon que no se podia en presencia de un mariscal dar el mando en gefe de aquella

espedicion á un simple general. Fuera de eso, dijo, y esta razon era menos mala, que Lafayette era sospechoso á los jacobinos y á la asamblea. No se puede dudar que siendo jóven, activo y único de los generales que fuese amado del ejército, debia Lafayette asustar á las imaginaciones exaltadas y dar lugar por su influjo á las calumnias de los malévolos. Mas sea lo que quiera, él se ofreció con buena voluntad á egecutar el plan del ministro diplomático y militar á un tiempo, y pidió cincuenta mil hombres con los cuales se propuso dirigirse por Namur y el Mosa hasta Lieja, desde donde debia hacerse dueño de los Paise-Bajos. Aquel plan muy bien entendido fué aprobado por Dumouriez, y como en efecto la guerra no se habia declarado sino pocos dias antes, no podia el Austria haber tenido tiempo para cubrir sus posesiones de Bélgica y el éxito parecia seguro. En consecuencia tuvo órden Lafayette para dirigirse con diez mil hombres desde Givet á Namur, y desde Namur á Lieja ó Bruselas, siguiéndole inmediatamente todo su ejército. Mientras que él egecutaba este movimiento, el teniente general Biron [14] debia salir para Valenciennes con diez mil hombres y dirigirse sobre Mons. Otro oficial tenia órden de marchar sobre Tournay y ocuparle súbitamente. Todos estos movimientos egecutados por oficiales de Rochambeau, no tenian otro objeto mas que el de

apoyar y encubrir el verdadero ataque que se habia confiado á Lafayette.

Fijóse la egecucion del plan para desde el 20 de abril al 2 de mayo, y Biron se puso en marcha. Saliendo de Valenciennes y apoderándose de Quievrain, habiendo encontrado algunos destacamentos enemigos cerca de Mons. De repente dos regimientos de dragones sin siquiera tener al frente al enemigo empezaron á gritar: *estamos vendidos*; echaron á correr y arrastraron á todo el ejército tras de sí. En vano intentaron detenerles los oficiales, por que les amenazaron de que los fusilarian y continuaron en su fuga. Piérdese todo el campo y todos los efectos militares que cogieron los imperiales. Mientras que esto sucedia en Mons, salió Theobaldo Dillon de Lille con dos mil hombres de infanteria y mil caballos segun el plan convenido, y en la hora misma en que ocurria el desastre de Biron, la caballeria, al aspecto de algunas tropas austriacas, se replegaba tambien gritando: *que hay traicion* y arrastrando consigo la infanteria abandona todo el bagage á los enemigos. No contentos con eso los soldados y habitantes de Lille sacrifican á Theobaldo Dillon [15] y á un oficial de ingenieros llamado Berthois [16] acusándolos de traidores. Durante este tiempo Lafayette, á quien habian avisado muy tarde, habia llegado desde Metz á Givet despues de penas inauditas y por caminos casi intransita-

bles. Solo el ardor de sus tropas pudo hacerle atravesar en tan corto tiempo la considerable distancia que tenia que recorrer. Mas al oir el desastre de los oficiales de Rochambeau creyó deber hacer alto. Estos tristes sucesos se verificaron en los últimos dias de abril de 1792.

NOTAS DEL TRADUCTOR

PERTENECIENTES AL CAPITULO CUARTO.

PAGINA 223.

1 Luis José de Borbon príncipe de Condé nació en 9 de agosto 1736 y se casó el dia 5 de mayo 1753 con una princesa de Rohan-Soubise que murió siete años despues. Desde muy jóven se distinguió en la carrera militar y mandó con bastante brillo durante la guerra de siete años. Desde luego declaró su oposicion á los principios de la revolucion y salió de Francia desde 1789. En 1790 publicó un manifiesto protestando contra la constitucion francesa, que fué la señal para que los revolucionarios derrastasen su magnífico palacio de Chantilly. En 91 decretó la asamblea nacional la confiscacion de sus bienes y le declaró traidor á la patria sino se restituia inmediatamente al territorio frances. Pero no solo reusó hacerlo sino que empezó desde entonces á reunir un cuerpo de emigrados franceses con el cual combatió en 1793, cargando el mismo al frente de sus tropas, igualmente que su hijo que salió herido de un tiro en la mano derecha. Despues en 96 cubrió durante seis horas la retirada precipitada de los austriacos y salvó sus bagages.

Fué quien pronunció la oracion fúnebre de Luis XVI, y quien hizo tambien una proclama sobre la muerte del Delfin, á quien los realistas habian reconocido por rey bajo el nombre de Luis XVII. A fines del año 1795 se acercó á las fronteras del Jurá y meditó una invasion por el lado de Basilea, auxiliado de ciertas inteligencias que tenia en el interior y sobre todo del general Pichegru cuya empresa se malogró, y el directorio publicó su correspondencia con aquel general. Cuando se hizo la paz

entre Austria y Francia, en aquel mismo año de 97 pasó al servicio de Rusia, y su cuerpo estuvo acantonado en Polonia. El pasó á San Petersburgo, donde Pablo I le trató de modo que parecia no olvidarse del magnífico recibimiento que el conde del Norte habia recibido en Chantilly. En efecto le concedió aquel emperador la propiedad del territorio de Dubno, donde permaneció hasta que los intereses de la coalicíon le llamaron de nuevo hácia el Rhin. Luego que se verificaron los reveses del ejército austro-ruso y Pablo I se separó de la coalicion, pasó el conde al sueldo de Inglaterra é hizo con los Austriacos la campaña de 1800, despues de la cual se fijó con su familia en la abadía de Amesbury.

Cuando se verificó la restauracion de los Borbones volvió á Francia y se le puso en posesion de sus bienes, hasta que de resultas de la revolucion de julio 1830, se trastornó de tal modo su cabeza, que á poco tiempo le encontraron ahorcado con un pañuelo de seda de la falléva de una ventana de su habitacion.

PAGINA 223.

2 Bonifacio Rigueti, vizconde de Mirabeau, nació en Vignon el 30 de Noviembre 1754, y fue nombrado diputado á los estados generales por la nobleza de Limoges. Celoso partidario del poder real y de las ideas monárquicas, se opuso constantemente á las opiniones de su hermano. Le llamaban *Mirabeau-Tonneau* porque tenia el vientre y los muslos muy gruesos, y era tal su realismo que cuando Luis XVI vino á prestar juramento á la constitucion, se bajó del asiento y saliéndose de la sala, hizo pedazos su espadin, diciendo que ya que el rey de Francia no queria serlo, era inutil la espada de un noble para defenderle. En consecuencia emigró y levantó una legion de realistas que se reunió mas tarde al ejército de Condé. Salió contra él un decreto de acusacion el 28 de febrero 1792 y murió al fin de aquel año. Tenia el vizconde una inteligencia tan viva y tan burlona como su

hermano, pero se esplicaba con dificultad y asi no se atrevia á subir á la tribuna; pero un dia que se presentó en ella algo tomado de vino le riñó ásperamente su hermano y él le replicó diciendo: « De qué te quejas cuan-« do de todos los vicios de la familia no me has dejado « mas que este? » En otra ocasion, cuando el conde de Mirabeau pronunció aquellas memorables palabras, haciendo alusion á Carlos IX y al dia de San Batolomé, esclamó su hermano diciendo: « Si se abusó de la religion « para hacer las matanzas de aquel dia, otros *perversos* « han abusado del nombre de la libertad para profanar la « morada de los reyes. »

PAGINA 223.

3 El marques de Laqueuille, mariscal de campo y diputado de la nobleza de Rion á los estados generales, se mostró en ellos uno de los mas celosos defensores de los privilegios de su órden, de la monarquia y del clero; y renunció en mayo de 1790, bajo pretesto de que consideraba fenecidos sus poderes. Despues se retiró á Bruselas habiendo antes protestado contra todos los decretos que atacasen la antigua constitucion del estado y de la iglesia. Los hermanos de Luis XVI le nombraron comisionado cerca del gobierno de los Paises Bajos, y le dieron el mando de una parte de la nobleza reunida en aquel punto. En 1791 escribió al rey con fecha 27 de octubre, en nombre de la nobleza emigrada, dando cuenta de los motivos que la impedian obedecer sus órdenes de volver á Francia. En consecuencia decretó su acusacion la asamblea, pero él continuó mandando el cuerpo de la nobleza de Auvernia y luego fué ayudante del conde de Artois.

PAGINA 224.

4 Margarita Elías Guadet, nació el año 1758 en San Emilion que es un pueblecito cerca de Burdeos, donde hizo sus primeros estudios bastante incompletos por cier-

to, pero de que no dejó de sacar partido por su mucho talento natural. Siendo todavía muy jóven pasó á egercitarse en la curia donde consiguió un gran número de votos para diputado de la asamblea legislativa, juntamente con los célebres Vergniaud, Fonfrede y demas conocidos con el nombre de girondinos. Dícese que antes de salir estos diputados se comprometieron por juramento á trastornar el trono y fundar una república; pero, sin que pueda probarse lo contrario, nos parece mas natural que su intento no era otro que el de completar la constitucion de 1791. La verdad es que á su llegada á Paris ya encontraron los diputados de Burdeos fuertemente pronunciados á todos los partidos, y que Guadet como mas hábil y ardoroso, fué uno de los primeros á distinguirse en aquellos fervientes debates. No podriamos seguir la historia política y parlamentaria de este diputado sin esponernos á repetir casi todas las escenas que con mas órden y elocuencia refiere Mr. Thiers. Solo llamaremos la atencion sobre la causa inmediata de su muerte y la de sus desgraciados compañeros. Esta no fué otra que la lucha abierta en que se pusieron contra los principales miembros de la municipalidad de Paris, que eran Danton, Marat, Robespierre etc., y la osadía con que principalmente Guadet se atrevió á sostener la acusacion intentada por Louvet contra Marat. En consecuencia de esta lucha, formaron la resolucion de no tomar sobre su responsabilidad la muerte del monarca, sino votar la *apelacion al pueblo*, y aunque luego votaron la muerte de aquel príncipe, solo fué despues de haberse desechado la anterior proposicion. Pero bastó aquella divergencia para que los de la Montaña les declarasen conspiradores y los persiguiesen como á tales. Viéndose ya sin recurso, pues que las secciones se habian declarado contra ellos, determinó Guadet y algunos otros proscritos, como Buzot, Barbaroux, Salles, Petion, Louvet etc., refugíarse en la Gironda, donde esperaban hallar un asilo. Llevó Guadet á sus amigos á San Emilion; pero no con tanto secreto que no los hubiesen visto y recono-

cido , al pasar el pico de Ambés ; y asi el domingo 6 de octubre 1793 llegó alli el representante Tallien y mandó cercar el pueblo , pero no encontraron á nadie. Mas en fin el 13 de julio de 94 cayeron las bandas de los revolucionarios bordeleses sobre las canteras que rodean aquella villa, auxiliados de perros , los cuales descubrieron á Guadet y á Sallés, y llevándolos á Burdeos no hubo que hacer otra diligencia mas que probar la identidad de sus personas, pues que ambos estaban ya fuera de la ley. Cuando le interrogó el presidente, le respondió el uno de ellos: « Yo soy Guadet , verdugos , haced vuestro « oficio; id con mi cabeza en la mano á pedir vuestro « salario á los tiranos de mi patria. Nunca la vieron ellos « sin perder el color, y ahora cuando la vean cortada se « quedarán todavía pálidos. » Cuando subió al cadalso se presentó con frente serena á la multitud y quiso arengarla; pero un redoble de tambores le impidió que continuase , sin que se pudiese oir mas que las palabras siguientes: « pueblo, vé aqui el único recurso de los tira- « nos; ellos ahogan la voz de los hombres libres para co- « meter sus atentados. » Tenia entonces 35 años y dejó una viuda y dos huérfanos. Su infeliz padre que tenia 74, y una tia suya subieron igualmente al cadalso por haberle dado asilo.

PAGINA 231.

5 Poco tenemos que añadir á lo que dice el testo sobre este célebre personage de la revolucion y asi nos limitaremos á lo mas indispensable. Carlos Francisco Dumouriez nació en Cambray el 27 de enero 1739. Este apellido no era rigurosamente el de su familia , sino que habiéndose casado su abuelo con la señorita Ana de Moriez, ó Mouriez cambió su nombre de familia que era Duperier por el de Dumouriez que es el que ha llegado á ser histórico. Su padre era comisario de guerra y envió á su hijo á educarse en el colegio de Luis el Grande de Paris, y cuando le destinaron de comisario al egército del mariscal d'Estrees en 1757 , hizo entrar á su hijo de alferez en el

Biblioteca Universitaria Oviedo

regimiento de Escars en el cual fué herido muchas veces en 1750 y 60. Luego le hicieron capitan y le dieron la cruz de San Luis. Era tan activo y emprendedor que habiéndole reformado cuando se hizo la paz, pasó á Italia y ofreció sucesivamente sus servicios á Paoli que era gefe de los insurgentes corsos contra los Genoveses, y al de los Genoveses contra Paoli; pero no habiéndole admitido ninguno de ellos, acabó por reunirse con uno de los enemigos de Paoli, con quien entró en campaña y fué batido delante de Bonifacio. De vuelta á Francia empezó á presentar al ministro duque de Choisseuil los planes y proyectos de que habla largamente Mr. Thiers; y para no repetir los sucesos que pueden leerse en el testo pasaremos á la época en que desertó las banderas de la revolucion. Primeramente se retiró á Bruselas y despues á Colonia, cuyo Elector le reusó con bastante dureza el permiso de permanecer en Margentheim, y entonces se fué á Suiza y luego á Inglaterra, de donde tambien tuvo presicion de salir á instancias del Lord Grenville. Anduvo errante algun tiempo incógnito en Suiza, en Alemania, y por último se fijó en tierras dinamarquesas cerca de Hamburgo. Como ya no podia ocupar el mundo con sus espediciones, volvió á tomar la pluma y escribió la historia de su vida, que en realidad fué la de un verdadero Proteo político, pues no tuvo faccion alguna, excepto la de la Montaña, por la cual no se hubiese declarado en los diferentes folletos que publicó durante su destierro, desde la constitucion de 1791, que era su ídolo, hasta la famosa carta que imprimió en 1799, en la cual se declara realista y súbdito de Luis XVIII, de suerte que no hay una sola línea de sus escritos que no pueda ser refutada por otra. Desde aquel tiempo no cesaron los diarios de atribuirle todas cuantas empresas se hacian ó se imaginaban en diversos puntos de Europa. Unas veces le contaban como gefe de la coalicion europea; otros que estaba al servicio de Rusia, otros que en Lóndres para negociar la reconciliacion de la familia de Orleans con las demas ramas de la casa de Borbon. Mas adelante

se le supuso unido con Pichegrú para hacer una espedicion contra las costas de Bretaña. Lo único que hubo de cierto fué que le nombraron á fines de 1803 adjunto al duque de Yorck, como consegero de guerra, y que en noviembre de 1805 vino á Alemania cuando se volvieron á principiar las hostilidades con una mision del ministerio ingles, y que murió en Furville-Park, que está al estremo del condado de Buckingham, el dia 14 de marzo 1825.

PAGINA 235.

6 Era Degraves coronel de infantería antes de la revolucion y despues fué ministro de la guerra en 1792 por influjo del partido de la Gironda. El fué quien tomó las primeras disposiciones definitivas contra la coalicion y quien organizó los ejércitos de Luckner, de Lafayette y de Rochambeau, bien que quejándose muy á menudo de la insubordinacion de las tropas. Despues de los desgraciados acontecimientos de Quiebraín y de Lille pidió que se pusiesen en estado de sitio las plazas fronterizas y poco despues dió su dimision. Se le permitió por un decreto que pudiese salir de Paris, pero despues del 10 de agosto salió otro acusándole y él tomó la huida conociendo lo que le esperaba. Madama Roland le pinta en sus memorias como un hombre de poco talento.

PAGINA 235.

7 El ministro de marina Lacoste habia sido antes de la revolucion primer oficial de la secretaria de aquel ramo, en el cual adquirió conocimientos especiales. Luego le enviaron á las islas de Sotavento para establecer el nuevo régimen y tuvo que volverse á Francia á consecuencia de sus disputas con Béague que estaba de gobernador en Martinica, á quien denunció en la asamblea y en los Jacobinos. Su nombramiento al ministerio fué bien mirado por estos últimos; pero no por los realistas que le tenian por hombre grosero y violento, y mucho mas

cuando hizo poner en el sello una pica y un gorro. Pero ni sus mismos enemigos pudieron negarle sus prendas de hombre de bien, que aunque seguia la marcha de la revolucion, jamas aprobó ni tuvo parte en sus escesos; mas antes dió muchas pruebas de amor y adesion al rey. Muchas veces se quejó á la asamblea de la desorganizacion de la marina y de la insubordinacion que ocasionaba el contacto con los clubs; cosa que no se le perdonó nunca, por que habiendo hecho su dimision con todos sus compañeros el 10 de julio 1792 y nombrádole embajador en Toscana, no quiso el cuerpo legislativo confirmar el nombramiento, y el ministro Garat le mandó prender, pero le absolvió el tribunal criminal en febrero 1793. En tiempo del consulado le nombró Bonaparte consejero de la comision de presas, en cuyo destino creemos que murió.

PAGINA 236.

8 Nació Duranthon en Massidon en 1736 y era abogado en Burdeos y síndico del departamento cuando principió la revolucion. Su nombramiento de ministro de Luis XVI se debió á Vergniaud y Gensonné que lo estipularon espresamente con la corte. Pasa generalmente por ser un hombre pesado, perezoso, vano, hablador y no de mucho talento. Denunció á Marat porque predicaba la anarquía y aun le hizo embargar la imprenta: pero viéndose perseguido por los jacobinos, tuvo que dar su dimision y se retiró al seno de su familia. Mas no le valió toda la obscuridad en que vivia para salvarse del furor de los terroristas, sino que le condenaron á muerte el 20 de diciembre 1793, como convicto de haber participado de los principios contrarrevolucionarios de Luis XVI durante su ministerio.

PAGINA 236.

9 E. Claviere, banquero en Ginebra, donde habia nacido el 27 de enero 1735 fué echado de su patria

por disensiones intestinas, unos le pintan como un hombre falso, vengativo, colérico y sobre todo vano; mientras que Madama Roland dice que era únicamente vivo y dificil en la discusion. Cuando principió la revolucion escribió sobre hacienda y se dió á conocer en la sociedad *de los amigos de los negros*, locual le relacionó con Brissot, que luego le hizo nombrar ministro de las contribuciones públicas. Ya dice el testo como se le exoneró y como declaró la asamblea que él y sus compañeros conservaban la confianza de la nacion.

Despues de la deposicion del rey fué reintegrado en su puesto y le hicieron miembro del poder ejecutivo, compuesto de seis personas que quedaron encargadas de todo el peso del gobierno. Como estaba ligado con los girondinos, fué atacado con ellos por BillaudVarenes, Garrau y las secciones de Paris con una especie de furor. Robespierre le acusó de complicidad con Dumouriez, y Claviere no dió mas respuesta sino que se examinase su conducta. Ultimamente le arrestaron el 31 de mayo 1793, primero por la seccion de las picas y luego por decreto de la convencion, que le destinó á ser juzgado por el tribunal revolucionario, pero él resolvió darse de puñaladas en la prision el dia 8 de diciembre. Luego que vió la lista de los testigos que habian de deponer contra él, esclamó: *¡ qué monstruos, qué inicuos, qué asesinos! Es indispensable ponerse á cubierto de sus furores.* Despues estuvo hablando con los demas presos sobre el modo mas pronto de darse la muerte, y habiendo marcado con la punta del puñal el sitio donde debia herirse, se retiró á su cuarto y se mató. Al dia siguiente le encontraron tendido en su cama y con el puñal metido en el corazon. Publicó varias obras sobre politica y sobre hacienda, que hicieron mucha sensacion en su tiempo por la exageracion de principios que se desenvuelven en ellas.

PAGINA 236.

10 J. M. Roland de la Platiere nació en Villafranca

cerca de Lyon de una familia distinguida en la magistratura por su integridad, y fué el último de cinco hermanos que quedaron huérfanos y sin caudal alguno. Por no seguir la carrera eclesiástica como sus hermanos mayores, abandonó la casa paterna á la edad de 19 años, y solo, sin dinero y sin proteccion, atravesó á pie una parte de Francia, y llegó á Nantes con intencion de embarcarse para las Indias. Pero habiendo observado el armador del buque que aquel pobre muchacho escupia sangre, le quitó de la cabeza semejante viage, y entonces tomó el camino de Rohan donde entró en la administracion de las manufacturas y se distinguió mucho por su aficion al estudio y á los objetos económicos y comerciales. Estas prendas le hicieron obtener la plaza de inspector general en Amiens y luego en Lyon, para cuyo desempeño tuvo que viajar por Italia, Suiza y otras comarcas, de donde trajo inmensos conocimientos sobre las artes, que le sirvieron mucho para las obras que publicó y que luego le dieron entrada en un gran número de sociedades sabias. Al principio de la revolucion se hallaba siendo miembro de la municipalidad de Lyon, donde fundó un club, que él mismo afilió al de los jacobinos de Paris, para cuya capital se puso en camino en 1790. Allí tomó mucha parte en todos los trabajos de aquel tiempo en favor del partido popular, de muchos de los cuales hace mencion Mr. Thiers singularmente en la época de su ministerio, que fué en el mes de marzo 1792. Está tan enlazada la historia de este patriota con la de los girondinos, que no seria posible escribirla menudamente, sin cansar á nuestros lectores con una multitud de repeticiones. Fuera de eso, nos proponemos ser algo mas prolijos en la nota relativa á su esposa Madama Roland, ya por sus desgracias y virtudes, ya tambien por la mucha parte que tuvo en la carrera política de su esposo. Solo añadiremos para suplir las reticencias del autor de esta obra, que Mr. Roland estaba tan lanzado en las ideas revolucionarias, durante su segundo ministerio despues de la jornada del 10 de agosto, que propuso en la asamblea la demolicion

de todas las casas de campo y palacios de los emigrados. El fué quien firmó el dia 20 de enero 1793 la órden para la egecucion de Luis XVI, lo cual no le preservó de ser envuelto en la proscripcion general de los girondinos el 31 de mayo de aquel mismo año. Entonces se escapó de la capital y se fué á Rohan, donde le dieron asilo algunos de sus antiguos amigos; pero cuando supo el suplicio de su esposa, resolvió no sobrevivirla. Pensó entonces en irse á la sala misma de la convencion y decir á gritos una multitud de verdades, pidiendo que inmediatamente le llevaran al cadalso; pero reflexionando que aquella muerte jurídica llevaria envuelta en sí la confiscacion de sus bienes, que deseaba dejar á su hija, prefirió darse la muerte á sí mismo. Para ello salió al camino de Paris y entró en una alameda que conduce á una casa de Mr. Le Normand y habiéndose sentado junto á un árbol se atravesó el pecho con un estoque que llevaba en el baston. Le encontraron un papel escrito de su mano en que decia: « Cualquiera que tu seas quien me encuentres aquí « muerto, respeta mi cadáver, por que es el de un hom- « bre que consagró toda su vida á serte útil, y que murió « como habia vivido, virtuoso y honrado. » Fué hombre de muchos conocimientos en las lenguas sabias y en muchas de las modernas, y ha dejado escritas muchas obras, como por ejemplo una *memoria sobre la educacion: el arte del estampador en telas de lana y del fabricante de pana: coleccion de las artes mecánicas: cartas escritas desde Suiza, Italia, Sicilia y Malta etc. etc.*

PAGINA 256.

11 M. J. Philipon de Roland, esposa del ministro de este nombre, nació en Paris en 1754, de un gravador de muchos conocimientos en su profesion, pero que disipó enteramente su caudal. Educada en el seno de las bellas artes y rodeada de libros, de cuadros y de música, llegó á ser una verdadera literata, mas que mediana música y muy inteligente en pinturas. Desde la edad de

nueve años intentó analizar á Plutarco, y como tenia una imaginacion viva y un corazon ardoroso llegaron sus ideas á tomar un giro particular, que la llevaron hacia una especie de filosofía que suplia en ella por todos los placeres y goces que su nacimiento y situacion la reusaban. Es probable que si se hubiera hallado en un rango superior y en una carrera mas brillante, se habria contentado con ser una muger amable, pero por lo mismo que la suerte la habia colocado en una esfera estrecha, dió en ser filósofa y en lo que los franceses llaman *bel-esprit*. En 1780, hallándose Roland de inspector de las manifacturas, como ya digimos en su artículo, enamorado de su talento, la dedicó sus cartas sobre la Italia y la ofreció su mano, que ella aceptó gustósa. Siguió á su marido á Amiens, donde se dedicó á la botánica, y formó un herbario de las plantas de Picardia, y en 1784, despues de un viage á Inglaterra, vino á establecerse en Villafranca, donde se dedicó á la economia rústica. En 1787 visitó la Suiza, cuyo viage y el anterior de Inglaterra la inspiraron la aficion á la política, analizando el espíritu de aquellos gobiernos, y apasionándose por la libertad, que era la basa de uno y otro. Cuando á su marido le trasladaron á Lyon, pasó á Paris comisionado cerca de la asamblea constituyente, para obtener ciertos socorros necesarios para el pago de las deudas de aquella ciudad, y desde entonces se fijaron marido y muger en la capital, dando entrada en su casa á los principales gefes del partido popular y á los diputados mas distinguidos de la Gironda, como Brissot, Barbaroux, Louvet, Vergniaud etc., de manera que ella llegó á ser el alma de sus deliberaciones, y la potencia secreta que gobernaba la Francia. Cuando Roland subió al ministerio, se le atribuyeron, como dice muy bien Mr. Thiers, la mayor parte de sus trabajos; y era esto tan público, que cuando á su marido le instaban en la convencion para que no abandonase sus funciones, dijo Danton en voz alta: « Si se hacen instancias al señor es menester hacer « tambien algunas á la señora. Yo conozco todas las virtu-

« des del ministro , pero me parece que teniamos necesi-
« dad de hombres que no se dejen gobernar por sus mu-
« geres. » Efectivamente si nos hemos de atener á las memorias que esta señora escribió sobre su vida , no se puede dudar de que tuvo la mayor parte en todos los trabajos de su marido. No solo fué ella quien escribió la carta al rey que inserta Mr. Thiers en su obra , sino tambien otra dirigida al papa ; « y si se necesitaban homilias, « dice, yo las hubiera compuesto. » El dia 7 de diciembre 1792 , habiendo sido citada á la barra de la convencion nacional para informar como testigo acerca de cierta denuncia , habló con tal nobleza que fué admitida á los honores de la sesion. Otra vez tuvo que presentarse allí en el momento en que su marido estaba acusado ; pero no solo no consiguió que la oyeran , sino que inmediatamente la condugeron á la prision de la Abadia. Entonces escribió á la asamblea y al ministro del interior, recomendándola igualmente los miembros de su seccion para que se la pusiese en libertad ; pero todas estas diligencias fueron inútiles , y el 24 de junio 1793 la condugeron á Sta. Pelagia y de allí á la consergeria. Despues la llevaron al tribunal revolucionario ; que la condenó á muerte el dia 8 de noviembre como conspiradora contra la unidad , é indivisibilidad de la república. Marchó al suplicio con la ironia en la boca y el desden en los labios ; y al llegar á la plaza de la revolucion , hizo una reverencia delante de la estátua de la libertad diciendo : « ¡ O libertad « qué de crímenes se cometen en tu nombre ! » Tenia entonces 39 años de edad y anunció al morir que su marido no la sobreviviria , sino que se daria la muerte cuando supiese la suya : no se engañó. Sin ser hermosa Madama Roland tenia una figura suave y candorosa y un talle muy elegante, ojos negros y hermosos , llenos de espresion que animaban toda su fisonomia ; la voz era sonora y flexible y su conversacion estaba tan sembrada de anécdotas y reflexiones nuevas y seductoras , que echizaban al oyente así por la eleccion de voces como por el giro que sabia darlas. Parece que la pureza de sus costumbres y sus

virtudes domésticas, debieran haber asegurado su felicidad, pero todo lo sacrificó al deseo de adquirir celebridad. Durante su prision escribió una multitud de opúsculos, que tratan de la melancolia, del alma, de la moral, de la vegez, de la amistad, del amor, del retiro, de Sócrates; y todos ellos están reunidos, igualmente que un viage á Inglaterra y á Suiza, en las memorias que dejó escritas sobre su vida privada, sobre su arresto y sobre el ministerio de su marido.

PAGINA 241.

12 Por mas que parezca ya inutil hablar de un hombre á quien todo el mundo conoce por el feroz recuerdo que ha dejado su vida, es indispensable en una obra de esta naturaleza añadir algunos detalles á los muchos que de él dá Mr Thiers en este y en los siguientes tomos. Juan Pablo Marat nació en Baudry, principado de Neuchâtel, el año 1744 de padres calvinistas. Era pequeño, jorobado, con la cabeza muy gruesa, ojo avizor y una fisonomía siniestra. Pero suplia los defectos de su figura la excelente educacion que le dieron sus padres, pues hablaba y escribia facilmente el aleman, el ingles y el frances, y llegó á publicar algunas obras de literatura, de fisiologia y de física, que denotan una capacidad poco vulgar. Su conducta era regular y apenas salia de su casa sino para lo muy necesario en su calidad de médico de los Guardias de corps del conde de Artois. Cuando principió la revolucion francesa estaba el ya en una edad madura y sin embargo se precipitó en la nueva carrera que se ofrecia á su actividad. El primer sitio en que hizo prueba de sus talentos oratorios fué en el club que se abrió en su barrio como en todos los de Paris, donde llamó la atencion por la osadia y violencia de sus palabras, adquiriendo sobre el pueblo aquella influencia y autoridad, que la anarquia no menos que la tirania conceden siempre á los que adulan sus pasiones. Habiéndole oido un dia Danton, se enamoró de su decir y le convidó al club de

los franciscanos, que es donde verdaderamente principió la vida revolucionaria de Marat. Y como generalmente el primer paso que se dá en la carrera politica, decide del porvenir de toda la existencia de un hombre, Marat eligió servir al partido popular con la esperanza de hacerse dueño de él. Mas en este mismo partido popular adoptó con predileccion la clase ínfima, como mas propia para servirle de instrumento á sus ideas y pasiones. Desde entonces abandonó sus estudios solitarios y el trabajo perezoso del gabinete, para hacerse revolucionario y apostol y evangelista de la libertad. Principió el apostolado por publicar el *Amigo del Pueblo*, papel infame como le pinta con mucha exactitud el autor de esta obra; y aunque denunciado por Malouet, perseguido por el ayuntamientto, y embestida su casa por Lafayette, le tomó bajo su proteccion Danton y le proporcionó un escondite en casa de la comedianta Fleury, desde la cual continuaba destacando números de su diario sin interrumpirlos ni un solo dia. Durante la asamblea legislativa se aumentó mucho su audacia, y en proporcion se aumentaron las persecuciones contra él. En la convencion le atacaron abiertamente los Girondinos por haberse atrevido á proponer la dictadura; pero él les respondió al dia siguiente diciendo «Cincuenta años de anarquía os «esperan, y no saldreis de ella sino por medio de un «dictador.» En el proceso de Luis XVI pidió que este príncipe no fuese acusado mas que de los hechos posteriores á su juramento á la constitucion, especie que desagradó mucho á la Montaña, y Barrere y Lacroix pidieron que se le llevase al tribunal revolucionario. En efecto Fouquier-Thinville le acusó con el mayor respeto; el presidente le interrogó haciéndole al mismo tiempo elogios pomposos, y Marat no se defendió sino lanzando el anatema popular contra todos sus enemigos. Los jurados le absuelven por aclamacion y el pueblo le acoge con entusiasmo, le aprieta, le abraza, le corona de encina y laurel y le lleva en triunfo á la convencion que acababa de proscribirle. Estando enfermo y solo en un baño, lle-

ga una muger y le dá de puñaladas. Todas las secciones de Paris se presentan en masa, y con desórden y desesperacion piden venganza. El célebre pintor David promete *conservar las facciones queridas del virtuoso amigo del pueblo*, y hace de él un retrato perfectísimo poniendo debajo la siguiente inscripcion: « ya que no pudieron cor- « romperle le asesinaron. » Gravase la imagen de Jesu-Cristo al lado de Marat con esta leyenda: *Sancte Jesus! Sancte Marat.* Decreta la convencion asistir en cuerpo á las exequias del *martir de la libertad* y se determina llevarle al Pantheon en lugar de Mirabeau, y que se custodie su corazon en la urna mas rica que se encontrase en el guarda-muebles de la corona, y en efecto le llevaron asi con un duelo triunfal. Pronunció Robespierre su elogio fúnebre, y el club de los franciscanos le erigió un altar, á donde venia el pueblo diariamente á adorarle y á echar flores sobre su mausoleo. Se sacaron millares de copias de su busto que se colocaba en las habitaciones principales de las casas.

Todo esto que referimos es verdad y ha pasado á la vista de millones de gentes hace menos de cincuenta años. Consideren los hombres reflexivos que por desgracia se encuentran en el foco de las revoluciones, hasta donde puede llegar el estravío popular y los peligros de entregarse al entusiasmo de la imaginacion y de las pasiones.

PAGINA 244.

13 Luis conde de Cobentzel se dió á conocer en su embajada de Petersburgo, así por el favor que mereció á Catalina segunda, como por su habilidad en los negocios y por su obstinacion en hacerla la corte componiendo y representando comedias en su teatro particular. En 1793 concluyó en nombre de su amo el emperador, un tratado de alianza con la Inglaterra y la Rusia. En 97 fué uno de los plenipotenciarios que se enviaron á Udina para tratar con Bonaparte, y firmó el 17 de octubre la paz entre su amo y la república francesa. Luego fué al congreso de

Rastadt y tuvo en Seltz muchas conferencias con el ministro frances Neuchateau sobre el suceso que habia obligado al embajador Bernadotte á salir de Viena, las cuales no tuvieron ningun resultado conocido. Mr. de Cobentzel hizo al ministro frances la galanteria de mandar representar en su presencia la comedia de Pamela. Despues se volvió á San Petersburgo y desde allí á Viena, donde le nombraron vice-canciller de estado y ministro de negocios estrangeros.

PAGINA 252.

14 Armando Luis de Gontaud, duque de Biron y antiguamente de Lauzon, fué coronel del regimiento de húsares de este nombre, mariscal de campo al servicio de Francia y diputado de la nobleza del Qüercy á los estados generales. Le implicaron en la causa que se siguió sobre los sucesos del 5 y 6 de octubre, como cómplice del duque de Orleans, de quien era muy amigo. Subió varias veces á la tribuna para defender á este último y ya puede verse en el testo como terminó este negocio. Luego se le dió el mando de la Córcega, y en enero 1792 acompañó á Talleyrand en su embajada de Londres, donde le pusieron preso por deudas, y cuando volvió á Francia tornó á su puesto en el ejército del Norte. Estuvo en muy poco el que fuese asesinado con Dilon. Habiéndose apoderado al principio de Quievrain, y animado con este suceso quiso renovar el ataque al dia siguiente, pero le batieron é hicieron replegar hasta los muros de Valencienes. Desde el ejército del norte pasó al del Rhin el 17 de julio de 92 y al fin de aquel año reemplazó al general Anselme en el ejército de Niza. Entonces fué cuando le dieron órden de arrestar al hijo del duque de Orleans (hoy Luis Felipe I), que estaba en su estado mayor; y trató de obedecerla con una docilidad que no era de esperar en un amigo del príncipe. En mayo de 1793 fué á mandar contra el Vendeé, de donde Marat y Fanfréde hicieron que se le retirase, mas él sin esperar el decreto,

se adelantó á hacer su dimision. Volvió á Paris y al momento le encerraron en Santa Pélagia y llevado á juicio, le condenó á muerte el tribunal revolucionario, por haber favorecido á los del Vendeé. Estando en el cadalso pronunció estas palabras: « muero por haber hecho trai- « cion á mi Dios, á mi rey y á mi clase. » Tenia 46 años de edad.

PAGINA 253.

15 El conde Theobaldo de Dillon, coronel y despues mariscal de campo constitucional, fué empleado en 1792 en Flandes y recibió órden á fines de abril de salir de Lille con un cuerpo de tropas é ir á atacar á Tournay; pero habiendo sido batido por el general austriaco d'Happoncout, fué acusado de traicion y hecho pedazos por sus soldados unidos con el populacho. Despues han dicho los jacobinos que era partidario de la constitucion monárquica de 1791 que todavía estaba en vigor. En junio de 92 acordó la asamblea los honores á su memoria, ochocientos francos de pension á cada uno de sus hijos y 1500 á Josefina Vierville que estaba para casarse con él.

PAGINA 253.

16 El coronel de ingenieros Berthois era director de las fortificaciones de Lille cuando se declaró la guerra contra el Austria, y en la desgraciada tentativa de Mons, de que habla el texto, sirvió de pretesto el concepto en que se le tenia de poco afecto á la revolucion, para que los soldados le cogiesen en su propia casa y le ahorcasen de un reverbero. La asamblea decretó el 9 de junio 1792 que se hiciesen honores á su memoria y señaló á su viuda 1500 francos de pension.

CAPITULO V.

Divisiones en el ministerio girondino. — La soñada camarilla Austriaca. — Decreto para la formacion de un campamento de 20.000 hombres cerca de Paris. — Carta de Roland al rey. — Exoneracion de los ministros girondinos y dimision de Dumouriez. — Formacion de un ministerio fuldense. — Proyectos del partido constitucional y carta de Lafayette á la asamblea. — Situacion del partido popular y de sus gefes; planes de los diputados meridionales; conducta de Petion en los sucesos de junio. — Jornada del 20 de junio 1792; insurreccion de los arrabales; escenas en las habitaciones de Tullerias.

Universal fué la agitacion que causó la noticia del éxito desgraciado de los combates de Quievrain y de Tournay, asi como del asesinato del general Dillon. Era natural sospechar que aquellos dos acontecimientos habian sido concertados, al ver su simultaneidad y semejanza, y asi todos los partidos se los echaban en cara unos á otros. Los jacobinos y patriotas exaltados propalaron que se habia querido hacer traicion á la causa de la li-

Biblioteca Universitaria Oviedo

bertad. Dumouriez, sin acusar á Lafayette, pero sospechando de los fuldenses, creyó que se habia querido echar abajo su plan para despopularizarle. Lafayette se quejó, aunque con menos acritud que su partido, de que se le habia avisado demasiado tarde para ponerse en marcha, y que no se le habian dado todos los medios necesarios para llegar. Esparcieron ademas los fuldenses que Dumouriez habia querido perder á Rochambeau y á Lafayette trazándoles un plan sin suministrarles los medios para ejecutarle. Era ciertamente absurda una suposicion semejante, porque aventurando Dumouriez planes de campaña que no entraban en las atribuciones de su ministerio, se esponia gravemente en caso de un mal éxito. Por otra parte el proyecto de unir la Bélgica á la Francia dándola la libertad, hacia parte de un plan que él meditaba despues de mucho tiempo: ¿y como suponer que él mismo intentase preparar su mal éxito? Era pues evidente que ni los generales, ni los ministros habian tenido mala voluntad, puesto que todos estaban interesados en el logro; pero los partidos no entran nunca en estas consideraciones sino que poniendo siempre á los hombres en el lugar de las circunstancias, quieren á cualquier costa echar la culpa á alguno de los males que les suceden.

Asustado Degraves del tumulto que habian exci-

tado los últimos sucesos militares, quiso renunciar un destino que le pesaba habia ya mucho tiempo, y Dumouriez hizo muy mal en no admitir para sí aquel ministerio. Luis XVI, siempre influido por la Gironda, nombró para él á Servan [1], que era un antiguo militar conocido por sus opiniones patrióticas. Esta eleccion dió nuevas fuerzas á la Gironda, que se encontró casi en mayoría en el consejo, teniendo á Servan, á Claviere y Roland á su disposicion; mas desde aquel instante principió la division entre los ministros. De dia en dia se iba haciendo la Gironda mas desconfiada, y por consecuencia mas exigente en las pruebas de buena fé de parte de Luis XVI. Dumouriez cuyas opiniones eran suaves y á quien la confianza misma del rey habia persuadido del todo, siempre se ponia de su parte, haciendo lo mismo Lacostes que amaba estraordinariamente aquel príncipe. Duranthon permanecia neutral y no tenia preferencia marcada sino por los partidos mas débiles. Servan, Claviere y Roland eran inflexibles, y como no veian sino por los ojos de sus amigos, cada dia se mostraban mas difíciles é inexorables en el consejo. Pero una circunstancia que sobrevino acabó de embrollar á Dumouriez con los principales miembros de la Gironda. Cuando entró en el ministerio de negocios estrangeros habia pedido seis millones de francos para gastos se-

cretos de que no habia de tener necesidad de dar cuenta, á lo cual se habian opuesto los fuldenses; pero la Gironda habia hecho triunfar la peticion y se le concedieron los seis millones. Habiendo pedido Petion fondos para la policía de Paris, le habia señalado Dumouriez treinta mil francos cada mes; pero como este habia dejado de ser girondino, no se los quiso pagar mas que una vez. Se supo ademas por otra parte ó se sospechó á lo menos que habia destinado cien mil francos para sus placeres, de lo cual se indignó mucho Roland y todos sus tertulianos de la Gironda. Comian alternativamente los ministros cada dia en casa de uno de ellos para hablar de negocios públicos, y cuando se reunian en la de Roland, era en presencia de su muger y de todos sus amigos; de suerte que puede decirse que el consejo se celebraba entonces por la misma Gironda. En una de estas reuniones fué cuando le echaron indirectas á Dumouriez sobre la naturaleza de sus gastos secretos, y aunque al principio contestó con ligereza y con broma, no tardó en amostazarse y riñó decididamente con Roland y los girondinos. Desde entonces no volvió á reunirse en las comidas acostumbradas, dando por motivo que no queria tratar los negocios públicos ni delante de una muger ni en presencia de los amigos de Roland. Sin embargo volvió algunas veces á casa de este sin hablar de

negocios ó á lo menos muy poco, hasta que otra disputa acabó de hacerle romper con los girondinos. Guadet que era el mas petulante de su partido, se puso á leer una carta por la cual pretendia que los ministros aconsejasen al rey que tomase por confesor á un sacerdote juramentado. Dumouriez sostuvo que los ministros no podian mezclarse en las prácticas religiosas del rey, y aunque lo aprobaron tambien Vergniaud y Gensonné, no por eso fué menos viva la disputa hasta que riñeron del todo.

Los periódicos fueron quienes principiaron el ataque contra Dumouriez, y los fuldenses que ya estaban conjurados contra él, se vieron entonces auxiliados por los jacobinos y los girondinos: mas aunque combatido por todas partes, se sostuvo firme contra la tempestad é hizo castigar algunos diaristas.

Ya se habia lanzado un decreto de acusacion contra Marat, autor del *Amigo del pueblo*, obra execrable en que se pedian abiertamente las cabezas de la familia real y se la llenaba de injurias, asi como á todos los hombres que eran sospechosos á su delirante imaginacion. Para neutralizar aquella providencia, se puso tambien en acusacion á Royou [2] redactor del *Amigo del rey*, que perseguia á los republicanos con la misma violencia que Marat desplegaba contra los realistas.

Desde largo tiempo se hablaba en todas partes de una cierta camarilla austriaca, de la cual se ocupaban los patriotas en la ciudad, lo mismo que en la corte se hablaba de la faccion de Orleans. Se atribuia á la tal camarilla un influjo secreto y desastroso por medio de la reina. Mas aun cuando en tiempo de la constituyente hubiese existido algo que tuviese semejanza con tal comision, ciertamente no habia sombra de tal cosa en el de la legislativa. Entonces un gran personage que se hallaba en los Paises Bajos la comunicaba á la reina en nombre de su familia algunos avisos muy prudentes á quienes el interlocutor frances añadia tambien mucho bueno en sus comentarios. Pero en la época de que hablamos ya no existian aquellas comunicaciones y si la familia de la reina continuaba su correspondencia con ella, era siempre para aconsejarla paciencia y resignacion. Solo Bertrand de Molleville y Montmorin iban de cuando en cuando á palacio despues de su salida del ministerio, y sobre ellos recaian todas las sospechas, por que en efecto eran los egecutores de todas las comisiones secretas. El diarista Carra [3] les acusó públicamente en su periódico, y resueltos á perseguirle como calumniador le demandaron para que presentase las pruebas; pero el diarista se limitó á citar tres diputados, Chabot [4], Merlin [5] y Bazire [6] como autores de la relacion

que habia publicado. El juez de paz Lariviere que era partidario del rey, seguia la causa con mucho valor y tuvo el atrevimiento de lanzar un mandato de comparecencia contra los tres diputados designados; pero la asamblea ofendida de que se atreviesen á atacar la inviolabilidad de sus miembros, respondió al juez de paz con un decreto de acusacion, y envió al desgraciado Lariviere á Orleans *

Esta desgraciada tentativa no hizo mas que aumentar la agitacion general y el odio que reinaba contra la corte. Ya la Gironda no se miraba como dueña y directora de Luis XVI desde que Dumouriez se habia apoderado de su ánimo, y así tornó á su antiguo papel de violenta oposicion.

Hacía poco tiempo que se le habia formado al rey una nueva guardia constitucional, y segun la ley hubiera debido organizarse tambien su servidumbre interior; pero la nobleza no queria hacer parte de la casa real por no reconocer la constitucion admitiendo empleos creados por ella. Por otra parte no se queria componerla de hombres enteramente nuevos y así se renunció al pensamiento.

* Si esto lo hubiera hecho un monarca ¿habria epitetos bastante duros para calificarle? Pues añádase, que esta enviadura á Orleans fué una verdadera sentencia de muerte. ¡Oh tirania y cuantos trages y formas adoptas asi en individuos como en corporaciones! (*N. del T.*)

«¿Cómo quiere V. M., escribia Barnave á la rei-
«na, disimular con tales gentes sus verdaderos sen-
«timientos? Cuando ellos decretan la formacion
«de un servicio militar y civil, V. M., semejante
«al jóven Aquiles coge inmediatamente la espada
«mirando con desden los simples adornos.» * Los ministros y el mismo Bertrand insistieron por su parte en lo que decia Barnave, pero no pudieron adelantar nada y quedó abandonada la composicion de la servidumbre civil.

La militar se habia formado segun un plan presentado por Delessart, y se componia de una tercera parte de tropas de linea y dos tercios de ciudadanos jóvenes elegidos entre los guardias nacionales. Esta composicion parecia muy arreglada, pero se fueron eligiendo los oficiales y soldados de linea de un modo que inspiraba desconfianza á los patriotas. Coligados contra los jóvenes de la guardia nacional, les daban mil disgustos y aun precisaron á la mayor parte á retirarse, reemplazando á estos últimos con otros hombres seguros. Ademas de eso el número de estos guardias se habia aumentado estraordinariamente, porque en lugar de 1800 hombres que señalaba la ley, se dice que ascendian á cerca de seis mil. Advertido de ello Dumouriez se lo hizo presente al rey el cual

* Memorias de Madama Campan tomo 2 pag. 154.

siempre respondia que el gefe de aquella tropa que era el duque de Brissac[7] no podia ser mirado como un conspirador. Mas sin embargo era tal la conducta de la nueva guardia así en palacio como fuera de él, que se hicieron generales las sospechas y los clubs empezaron á ocuparse de ello. En la misma época unos doce suizos se pusieron la escarapela blanca en Neuilly, y hubo una gran quema de papeles en Sevres que dió mucho que pensar. Desde entonces ya la inquietud se hizo general y la asamblea se declaró en permanencia, como en los dias en que rodeaban treinta mil hombres á Paris. La verdad es que habia alborotos casi en todas partes, porque los clérigos no juramentados excitaban al pueblo en las provincias meridionales y abusaban del secreto de la confesion para despertar el fanatismo, al mismo tiempo que estaba ya fuera de duda el concierto de las potencias; que la Prusia iba á reunirse con el Austria; que los ejércitos estrangeros tomaban una aptitud amenazadora, y que los últimos desastres de Lille y de Mons tenian asustados los ánimos. Es tambien verdad que el poder del pueblo inspira poca confianza y que no se cree en él hasta despues que le ha egercido, porque se supone que por numerosa que sea una multitud no reglamentada, es imposible que prevalezca contra seis mil hombres armados y regimentados. Por eso la asamblea se dió

tanta prisa á declararse en permanencia el dia 28 de mayo, y mandó que se la diese un informe exacto sobre la composicion de la casa militar del rey y sobre el número, calidad y conducta de los que la componian. Luego que se hubo asegurado de que estaba violada la constitucion, espidió un decreto mandando disolver la guardia, y otro de acusacion contra el duque de Brissac enviándolos ambos á la sancion del rey. Este quiso al principio oponer su veto, pero Dumouriez le recordó la despedida de sus guardias de corps, que eran mucho mas antiguos en su servicio que la nueva casa militar, y le aconsejó que renovase un sacrificio mucho menos penoso. Hízole ver ademas las verdaderas culpas de su guardia y obtuvo la egecucion del decreto; pero al mismo tiempo insistió por su pronta recomposicion, y el rey séase que se hubiese apartado de su primera política de aparentar que estaba oprimido, ó que realmente contase con su guardia licenciada, á quien secretamente continuó el sueldo, lo cierto es que reusó reemplazarla y se encontró de este modo entregado sin proteccion á los furores populares.

Desesperando la Gironda de sus disposiciones, continuó su ataque con perseverancia, y ya habia espedido un nuevo decreto contra los clérigos para suplir al que el rey no habia querido sancionar. Ibanse sucediendo sin interrupcion las quejas so-

bre su conducta facciosa y por tanto acababa de castigarles con la deportacion; mas siendo muy dificil la designacion de los culpables y no fundándose esta medida, como todas las de seguridad, mas que en sospechas, solo se aplicaba contra los individuos reputados culpables por notoriedad. Bastaba la denuncia de veinte ciudadanos activos y la aprobacion del directorio del distrito para que el del departamento pronunciase la deportacion, en cuyo caso el clérigo condenado debia salir del distrito en veinte y cuatro horas, del departamento en tres dias y del reino un un mes. Si era indigente se le concedian tres pesetas al dia hasta la frontera. Por aquella severa ley se puede formar idea de como iba creciendo la irritacion de la asamblea; * y no tardó en espedir inmediatamente otra no menos rigorosa. Habia propuesto el ministro Servan, sin haber recibido órden del rey y sin consultarlo con sus cólegas, que con ocasion de la próxima federacion del 14 de Julio, se formase un campamento de 20.000 confederados, destinados á proteger la asamblea y la capital. Facil es de concebir con cuanta aceptacion seria recibido este proyecto por la mayoria de la asamblea que estaba compuesta de girondinos, y que se hallaban entonces en el apogeo de

* Este decreto es de 27 de mayo y el siguiente relativo al campamento de 20,000 hombres del 8 de junio.

Biblioteca Universitaria Oviedo

su poder. Ellos eran quienes la gobernaban por estar en minoria los constituyentes y los republicanos, y por que los llamados imparciales eran como siempre unos meros indiferentes, siempre mas sumisos cuanto la mayoria es mas poderosa. Ademas disponian de Paris por medio del corregidor Petion que era todo suyo. Aquel proyecto del campamento no les agradaba por ambicion personal, sino por ambicion de partido y de opinion, queriendo hacerse dueños del rey y defenderse contra sus intenciones sospechosas.

Apenas fué notoria la proposicion de Servan, cuando Dumouriez le preguntó en pleno consejo y con la mayor energia con qué título habia hecho una propuesta semejante; á lo cual respondió que la habia hecho como individuo. «En ese «caso, le replicó Dumouriez, no debiera V. haber «puesto al lado del nombre de Servan el título «de ministro de la guerra.» Fue bastante acalorada la disputa, y á no hallarse presente el rey hubiera podido correr sangre en el consejo. Servan ofreció retirar su mocion, pero ya hubiera sido inutil porque la asamblea se habia apoderado de ella y el rey no hubiera ganado nada en que se creyese que egercia alguna violencia sobre sus ministros. Por eso se opuso Dumouriez, y la mocion corrió aunque combatida por ocho mil guardias nacionales que se dieron por ofendidos

de que se creyera insuficiente su servicio para proteger á la asamblea. Mas á pesar de eso se decretó y se le envió al rey juntamente con el otro decreto, muy importantes ambos para que los sancionase, bien que sospechando que reusaria su adhesion, y eso es lo que ellos esperaban para dar contra él una sentencia definitiva.

Sostuvo Dumouriez en pleno consejo que aquella providencia seria fatal al trono, pero sobre todo á los girondinos porque el nuevo ejército no podia menos de formarse bajo el influjo de los jacobinos mas violentos. Sin embargo fue de parecer que debia aprobarle el rey, porque si reusaba convocar 20,000 hombres escogidos con cierta regularidad, se levantarian espontaneamente 40,000 hombres que invadirian la capital. Ademas de eso aseguró que habia un medio de anular aquella medida el cual daria á conocer en tiempo conveniente. Tambien fue de parecer que se debia sancionar el decreto sobre la deportacion de los sacerdotes porque en efecto eran culpables, y porque ademas la deportacion les ponia á salvo de los furores de sus enemigos. Todavia dudaba hacerlo Luis XVI y respondió que lo reflexionaria mejor. Pero en el mismo consejo se empeñó Roland en leer en su presencia una carta que le habia dirigido y que por consecuencia era ya inútil reproducir supuesto que el rey tenia conoci-

miento de ella. Se habia escrito esta carta á instancias de madama Roland, que era quien la habia redactado, porque habiéndose pensado antes en escribirle una carta en nombre de todos los ministros, y habiéndose resistido estos á ello, no dejó parar madama Roland á su marido hasta que le decidió á dar este paso en su nombre. En vano quiso mediar Duranthon, que aunque débil era hombre prudente, para que se abstuviese de leerla porque el tono de la tal carta, lejos de persuadir al rey, no haria mas que agriarle contra los ministros que gozaban de la confianza pública, y que no podia menos de resultar un rompimiento funesto entre el trono y el partido popular. Pero Roland se obstinó en favor del dictámen de su muger y de sus amigos los de la Gironda que estaban empeñados en obtener una esplicacion y preferian un rompimiento á la incertidumbre.

Leyó pues Roland aquella carta y le hizo sufrir al rey las mas duras reconvenciones en presencia del consejo en los términos siguientes.

« Señor, el estado actual de la Francia no pue-
« de continuar por mas tiempo, por que es un es-
« tado de crisis, cuya violencia llega ya al mas al-
« to grado y es necesario que se termine por un
« estallido que debe interesar á V. M., asi como le
« importa á todo el imperio.

«Honrado con vuestra confianza, y colocado en «un puesto en que os debo toda la verdad, me «atreveré á decirla toda entera, por que es una «obligacion que me habeis impuesto vos mismo.

«Los franceses se han dado una constitucion, «la cual si bien ha producido descontentos y re«beldes, la mayoria de la nacion quiere mante«nerla, ha jurado defenderla á costa de su sangre «y ha mirado con gozo la guerra, que le ofrece un «gran medio de asegurarla. Sin embargo la mi«noria, sostenida con esperanzas, ha reunido to«dos sus esfuerzos, para obtener el triunfo, y de «aquí se sigue esa lucha intestina contra las leyes, «esa anarquia en que gimen los buenos ciudada«nos, y de que se prevalen los malévolos para «calumniar al nuevo régimen. De ahi viene tam«bien esa division que se nota por todas partes y «que en todas se escita, por que en ninguna hay «personas indiferentes, sino que se quiere ó el «triunfo ó el cambio de la constitucion, y se obra «con el objeto de sostenerla ó con el de alterar«la. Yo me abstendré de examinar lo que es en «sí misma, para solo considerar lo que exigen las «circunstancias, y prescindiendo en cuanto pue«da de la cosa, indicaré lo que se puede esperar «y lo que conviene favorecer.

«V. M. gozaba de grandes prerrogativas que «creia pertenecer á la corona, y habiendo sido

« educado en la idea de conservarlas, no ha po-
« dido ver con gusto que se las arrebaten. Este de-
« seo de que se le devuelvan era tan natural como
« el sentimiento de verlas desaparecer. Estos afec-
« tos que dependen de la naturaleza del corazon
« humano, han debido entrar en el cálculo de los
« enemigos de la revolucion, los cuales han con-
« tado con un secreto favor hasta que las circuns-
« tancias permitiesen una declarada proteccion.
« La nacion no podia dejar de conocer estas dis-
« posiciones y mantenerla en su desconfianza.

« Se ha encontrado pues V. M. constantemente
« en la alternativa de ceder á sus primeras habitudes
« y afectos particulares, ó hacer sacrificios dictados
« por la filosofia y exigidos por la necesidad, ó lo
« que es lo mismo de dar esperanzas á los rebel-
« des inquietando á la nacion, ó de tranquilizar
« á esta uniéndose con ella. Pero todo tiene su
« tiempo y ya ha llegado el de la incertidumbre.»

« ¿Puede hoy V. M. aliarse abiertamente con
« los que pretenden reformar la constitucion y
« debe generosamente entregarse á ella sin reser-
« va para hacerla triunfar? Tal es la verdadera
« cuestion que en el estado actual de las cosas es
« indispensable resolver; porque eso de averiguar
« si los franceses están bastante maduros para la
« libertad es demasiado metafísico, y ahora no
« se trata de juzgar lo que podrémos ser dentro de

« un siglo, sino de ver de que es capaz la genera-
« cion presente.

« ¿Que es lo que ha sucedido en medio de las
« agitaciones en que vivimos hace cuatro años?
« Haberse abolido privilegios onerosos para el
« pueblo; haberse esparcido universalmente ideas
« de justicia y de igualdad, que han penetrado
« por todas partes y la opinion de los derechos del
« pueblo ha justificado su convencimiento; á pun-
« to de que ha pasado á ser una doctrina sagrada
« el reconocimiento solemne que se ha hecho de
« ellos. Si se ha aumentado el odio que la noble-
« za inspiraba desde mucho tiempo, es porque la
« nacion se ha exasperado con la oposicion de la
« mayor parte de los nobles á la constitucion que
« ella queria, y esto ya no se destruye.

« Durante el primer año de la revolucion veía
« el pueblo en los nobles unos hombres odiosos á
« causa de los privilegios onerosos de que habian
« gozado, pero á quienes hubiera dejado de abor-
« recer despues de la destruccion de estos privi-
« legios, si la conducta de la nobleza desde aquella
« época no hubiera fortificado todas las razones
« que habia para temerla y combatirla como á una
« enemiga irreconciliable.

« En la misma proporcion ha ido creciendo el
« apego á la constitucion, porque no solo la era
« deudor el pueblo de beneficios positivos, sino que

« ha llegado á persuadirse de que le preparaba « otros mayores, supuesto que aquellos que esta- « ban acostumbrados á verle llevar todas sus car- « gas tenian tanto empeño en destruirla ó modi- « ficarla.

« La declaracion de los derechos del hombre ha « llegado á ser un evangelio político, y la consti- « tucion francesa una religion por la cual está el « pueblo pronto á perecer. Asi es que el celo ha « llegado ya algunas veces á suplir por la ley, y « cuando esta no era bastante eficaz para reprimir « á los perturbadores, los ciudadanos se han toma- « do la libertad de castigarles ellos mismos.

« Asi es como han estado espuestas las propie- « dades de los emigrados á los estragos que inspi- « raba la venganza, y por eso tantos departamen- « tos se han creido obligados á estrañar á los sa- « cerdotes que proscribia la opinion y que hubie- « ran sido ciertamente víctimas.

« En este choque de intereses, todos los senti- « mientos han tomado el acento de la pasion, y « la patria no es ya una mera palabra que la ima- « ginacion se complace en hermosear, sino un ser « á quien se han hecho sacrificios y á quien se ape- « ga cada dia mas por las inquietudes que causa, « por los esfuerzos con que se le ha criado y á « quien se ama, tanto por lo que cuesta como por « lo que se espera de él. Cuantos esfuerzos se hagan

«contra su desarrollo, son otros tantos medios de «inflamar el entusiasmo en su favor. ¡Hasta qué «punto va á subir este entusiasmo en el momento «en que las fuerzas enemigas reunidas por fuera se «concierten con las intrigas de á dentro para dar-«la los golpes mas funestos! Es ya estremada la «fermentacion en todos los puntos del imperio, y «habrá de manifestarse de un modo terrible, á «menos que una confianza razonada en las inten-«ciones de V. M. no consiga tranquilizarla; pe-«ro esta confianza no se obtendrá con meras «protestas sino que necesita apoyarla con he-«chos.

«Es evidente para la nacion francesa que su «constitucion puede marchar, y que el gobierno «tendrá toda la fuerza que necesita, desde el mo-«mento en que V. M. quiera absolutamente el «triunfo de esta misma constitucion, y desde que «sosteniendo al cuerpo legislativo con todo el po-«der de egecucion, quite todo pretesto á las in-«quietudes del pueblo y toda esperanza á los des-«contentos.

«Por ejemplo dos decretos importantes se han «espedido, que ambos interesan esencialmente á «la tranquilidad pública y á la salud del estado; «mas el retardo en sancionarlos inspira ya des-«confianzas, y si se prolonga causará descontento; «siendo de notar, y asi debo decírselo á V. M.,

« que en la actual efervescencia de los ánimos, « el descontento puede arrastrar al último estremo.

« No es tiempo pues de retroceder, ni hay ya « medio de contemporizar : la revolucion está « hecha en los ánimos, y ella se acabará á costa de « sangre y se cimentará con ella, si la prudencia « no previene desgracias que todavía es posible « evitar.

« Yo sé que todavía habrá quien espere conse- « guirlo todo y contenerlo todo con medidas vio- « lentas; pero cuando se haya desplegado la fuer- « za para sujetar á la asamblea, esparcido el espan- « to por Paris y la division y el asombro en sus in- « mediaciones, toda la Francia se levantaria con « indignacion, y destrozándose á sí misma en los « horrores de una guerra civil, desarrollaria aque- « lla tenebrosa energía, que es madre de las vir- « tudes y de los crímenes, y siempre funesta á los « que la han provocado.

« Unidas están, Señor, la salud del estado y la « felicidad de V. M. ; ningun poder es capaz de se- « pararlas y serán terribles las angustias y ciertas « las desgracias de vuestro trono, si vos mismo no « le asentais sobre las basas de la constitucion, « afirmándole en la paz, que su mantenimiento no « puede menos de proporcionarnos. Por tanto la « disposicion de los ánimos, el curso de las cosas, « las razones de política y el interes de V. M.,

«hacen indispensable la obligacion de unirse con «el cuerpo legislativo y corresponder al deseo de «la nacion. Es no solo una necesidad sino tambien «un deber; pero la sensibilidad natural de este «pueblo afectuoso está pronta á encontrar en ello «un motivo de reconocimiento. Os han engañado «cruelmente, Señor, cuando os han inspirado te«mores y desconfianzas de este pueblo tan fácil «de conmover; y al mismo tiempo que han lo«grado inquietaros os han puesto casi en la pre«cision de seguir una conducta que no puede «menos de inquietarle á él mismo. Una vez que él «vea que estais resuelto á hacer que marche aque«lla constitucion en que él cifra su felicidad, no «tardará en ver en V. M. el objeto de sus accio«nes de gracias.

«La conducta de los clérigos en muchas par«tes y los pretestos que da el fanatismo á los des«contentos ha hecho espedir una ley justa con«tra los perturbadores: dela V. M. su sancion, «porque la reclama la tranquilidad pública, y la «hace necesaria la salvacion de los mismos clé«rigos. Si esta ley no se pone en vigor los departa«mentos se verán precisados á sustituir á ella, como «ya se ha hecho en muchas partes, medidas vio«lentas y el pueblo irritado cometerá mil excesos.

«Las tentativas de nuestros enemigos, las agi«taciones que se han manifestado en la capital,

«la estrema inquietud que habia escitado la con-
«ducta de vuestra guardia, y que todavia se sos-
«tiene por las pruebas de afecto que la dá una
«proclama verdaderamente impolítica de V. M.;
«la situacion de Paris y su inmediacion á las
«fronteras han hecho convencerse de la necesidad
«de un campamento en su inmediacion. Mas esta
«medida sobre cuya prudencia y necesidad na-
«die tiene la menor duda, espera todavia la san-
«cion de V. M. ¿Por qué retardarla, dando á en-
«tender que se hace con disgusto cuando hacién-
«dola con prontitud escitaria el agradecimiento?

«Ya las intentonas del estado mayor de la guar-
«dia nacional de Paris contra esta medida han
«hecho sospechar que eran dictadas por una ins-
«piracion superior; y ya las declamaciones de al-
«gunos demagogos exagerados, despiertan las an-
«tiguas sospechas de su complicidad con los que
«tienen mucho interes en el trastorno de la cons-
«titucion. En una palabra ya la opinion pú-
«blica compromete las intenciones de V. M., y con
«poco que se retarde, creerá el pueblo contris-
«tado que su rey es amigo y cómplice de los
«conspiradores.

«¡Justo cielo, habreis cegado á las potestades
«de la tierra y no escucharán estas mas que los
«consejos que las conducen á su ruina!

«Yo sé que el lenguage austero de la verdad

«raras veces tiene acogida cerca del trono y tam-
«poco ignoro que esto mismo hace necesarias las
«revoluciones; pero sé con mayor certeza que
«debo decírsela á V. M., no solo como ciudadano
«sugeto á las leyes, sino tambien como ministro
«honrado con su confianza ó revestido á lo me-
«nos de funciones que la suponen; y nada hay en
«el mundo que pueda impedirme cumplir una
«obligacion de que tengo certeza.

«Con este mismo objeto reiteraré mis repre-
«sentaciones á V. M. acerca de la obligacion y
«utilidad de egecutar la ley que prescribe que
«haya un secretario en el consejo. Este solo he-
«cho de estar mandado deberia bastar para que
«se egecutase inmediatamente, pero ademas lo
«exige la necesidad de conservar la gravedad, la
«prudencia y madurez necesarias á la delibera-
«cion, teniendo los ministros responsables un
«medio para comprobar las opiniones que ha-
«yan emitido. Si hubiese habido un secretario. no
«me veria yo en la precision de dirigirme por
«escrito á V. M.

«Nada importa la vida para el hombre que es-
«tima su deber antes que todo, pero despues de
«la satisfaccion de haberle desempeñado, el ma-
«yor placer que tiene es pensar que lo ha hecho
«con lealtad, y aun esto mismo es una verdadera
«obligacion en los hombres públicos.

«Paris 10 de junio de 1792. Año 4.º de la li-
«bertad.

«Firmado Roland.»

El rey escuchó aquella lectura con una paciencia egemplar, diciendo á la despedida que él daria á conocer sus intenciones.

Entonces envió á llamar á Dumouriez estando reunidos el rey y la reina, los cuales le digeron: ¿Hemos de sufrir por mas tiempo la insolencia de esos tres ministros? No señores, respondió Dumouriez. ¿Y se atreverá V. á deshacernos de ellos? le replicó el rey. Si señor, repuso el atrevido ministro, pero es necesario que V. M. consienta en una condicion. Yo estoy despopularizado y necesariamente voy á estarlo mas separando á tres compañeros mios que son al mismo tiempo gefes de un partido poderoso; el único medio que encuentro para presuadir al público de que no lo han sido por causa de su patriotismo es..... —¿Cuál? —preguntó el rey. —Sancionar los dos decretos, respondió Dumouriez, volviendo á reproducir las razones que habia espuesto en el consejo. La reina contestó diciendo que la condicion la parecia demasiado dura; pero Dumouriez se esforzó á persuadirla que los veinte mil hombres no eran temibles; que el decreto no designaba el sitio en que se debian acampar, y que asi por ejemplo se les podia enviar á Soissons, donde se les ocuparia en

egercicios militares y luego se les enviaria poco á poco al ejército segun hubiese necesidad. « Pero « entonces, — dijo el rey, — será menester que V. « sea ministro de la guerra. » Consiento en ello á pesar de la responsabilidad, respondió Dumouriez; pero es indispensable que V. M. sancione el decreto contra los clérigos, porque solo á ese precio puedo prestarle mis servicios. Este decreto lejos de ser perjudicial á los eclesiásticos, les preservará de los furores populares. Si V. M. se hubiera opuesto al primer decreto de la asamblea constituyente que les prescribió el juramento, no nos veriamos ahora en el caso de no poder retroceder. Hice muy mal entonces y no quisiera volver á caer ahora en un nuevo error. La reina que no tenia los mismos escrúpulos que su esposo, se unió con Dumouriez y hubo momentos en que el rey parecia estar pronto á dar su adhesion.

Dumouriez le indicó los nuevos ministros que se debian nombrar en lugar de Servan, Claviere y Roland, y eran Mourgues [8] para el interior, Beaulieu [9] para hacienda; y para el de guerra se encargaba de él Dumouriez, que momentáneamente reunia dos ministerios ínterin que se proveyese el de negocios estrangeros. Inmediatamente salió el real decreto, y el 13 de junio recibieron su exoneracion Roland, Claviere y Servan. El primero, que tenia toda la fuerza necesaria para ege-

cutar cuanto acertaba á concebir el cerebro de su muger, se presentó inmediatamente en la asamblea y leyó la carta que habia escrito al rey y por la que se le despedia. Semejante paso era permitido ciertamente, ya que se habian roto las hostilidades, pero era muy poco generoso ponerse á leer públicamente una carta despues de haberle ofrecido al rey que permaneceria secreta.

La asamblea acogió su lectura con estraordinarios aplausos, y mandó que se imprimiese y enviase á los 83 departamentos, declarando ademas que los tres ministros desgraciados llevaban consigo la confianza de la nacion. En aquel mismo momento Dumouriez sin intimidarse, se atrevió á presentarse en la tribuna con su nuevo carácter de ministro de la guerra; para lo cual preparó á toda prisa un informe circunstanciado sobre el estado del egército y sobre las faltas de la administracion y de la asamblea. No omitió las espresiones mas severas contra aquellos mismos que sabia estaban dispuestos á recibirle muy mal, y asi fué que apenas se hubo presentado cuando empezaron los murmullos en los bancos de los jacobinos, pero los fuldenses guardaron el mas profundo silencio. Principió por dar cuenta de una ligera ventaja conseguida por Lafayette, y de la muerte de Gouvion [10], que siendo al mismo tiempo oficial, diputado y hombre de bien habia buscado volun-

tariamente la muerte, desesperado por las desgracias de su patria. La asamblea manifestó sentimiento por la pérdida de aquel generoso ciudadano, escuchó con frialdad la pena que mostraba Dumouriez y particularmente el deseo que manifestó de preservarse de las mismas calamidades por la misma suerte que el otro; pevo cuando anunció el informe que iba á leer como ministro de la guerra, gritaron de todos lados que no querian escucharle. Reclamó con serenidad la palabra y acabó por obtener silencio, aunque sus reconvenciones irritaron á varios diputados. ¿Lo oyen Vds., dijo Guadet, cómo el ministro nos dá lecciones?... ¿Y por qué no?, replicó sin alterarse el intrépido Domouriez. Por fin se restableció la calma, y concluyó su lectura que fué murmurada y aplaudida; mas apenas la hubo acabado, recogió sus papeles para llevárselos. Ay que huye empezaron á gritar. Nada menos que eso, replicó él, poniendo la memoria sobre la mesa: la firmó con mucha serenidad y atravesó la asamblea con una calma imperturbable. Mas como se le agolpasen al paso varios diputados, hubo algunos que le digeron: le van á enviar á Vm. á Orleans. Tanto mejor, respondió él, con eso tomaré los baños y el sucro de que tengo gran necesidad y descansaré.

Su firmeza tranquilizó mucho al rey que le manifestó toda su satisfaccion; pero aquel desgraciado

príncipe estaba ya como fuera de sí y atormentado de escrúpulos; de suerte que sitiado por amigos falsos, se habia arrepentido de sus determinaciones y no queria firmar los dos decretos.

Reunidos los cuatro ministros en el consejo, le suplicaron que diese la doble sancion como parecia habérselo prometido; mas el rey les respondió con sequedad que no podia consentir mas que en el decreto de los 20,000 hombres, pero en cuanto al de los sacerdotes estaba decidido á oponerse á él cualesquiera que fuesen las amenazas ó las consecuencias que se siguiesen. En seguida leyó la carta que ya tenia escrita anunciando esta determinacion al presidente de la asamblea diciéndoles, uno de ustedes la refrendará, y pronunció estas palabras con un tono que jamas se le habia conocido.

Entonces Dumouriez le escribió presentando su dimision, y al leerla el rey dijo: este hombre me ha hecho exhonerar tres ministros porque querian obligarme á adoptar los decretos, y ahora se empeña en que yo los sancione. Esta reconvencion era injusta porque era precisamente la condicion con que Dumouriez habia consentido en sobrevivir á sus cólegas. Luis XVI le vió y le preguntó si persistia en ello, y habiendo respondido que sí, le dijo S. M.: pues en tal caso acepto vuestra dimision. Todos los demas ministros la

habian dado igualmente, pero el rey retuvo á Lacoste y Duranthon y les obligó á que permaneciesen. Estas vacantes fueron ocupadas por los SS. Lajard [11], Chambenas [12] y Terrier de Mont-Ciel. [13]

«Con este motivo, dice Madama Campan, cayó «el rey en un desaliento que llegaba á ser un aba«timiento físico, y estuvo diez dias enteros sin «pronunciar una palabra ni aun en el seno de «su familia, sino únicamente en la partida de «chaquete que hacia despues de comer, con Ma«dama Isabel, en que solo articulaba las pala«bras indispensables en aquel juego. La reina le «sacó de aquella situacion tan funesta, en un es«tado de crisis en que á cada minuto era indis«pensable obrar, arrojándose á sus pies y emplean«do unas veces imágenes propias, para asustarle, «y otras con espresiones de ternura. No cesaba de «reclamar la que era debida á su familia, y llegó á «decirle que si era preciso perecer, debia hacerlo «con honor y sin esperar á que viniesen á ahogarles «á uno y á otro en su misma habitacion.»

Fácil es de presumir cuales serian las disposiciones de ánimo de Luis XVI al volver en sí mismo y al cuidado de los negocios. Despues de haber abandonado una vez el partido de los fuldenses por el de los girondinos, no podia volver á los primeros con gusto ni con esperanza; porque habiendo hecho una doble esperiencia de su in-

compatibilidad con unos y otros, habia conseguido al mismo tiempo inspirar igual conviccion á ellos. Desde aquella época debió mas que nunca pensar en los estrangeros y cifrar en ellos toda su esperanza. No hubo nadie que no penetrase aquel pensamiento, que no podia menos de asustar á los que veían en la invasion de la Francia la caida de la libertad, el suplicio de sus defensores y tal vez el desmembramiento del reino. Nada de eso veía Luis XVI porque siempre se disimula uno los inconvenientes de lo que desea; pero asustado con el tumulto que habia producido la derrota de Mons y de Tournay, habia enviado á Alemania á Mallet-du Pan [14] con instrucciones escritas de su propia mano. En ellas recomendaba á los soberanos que avanzasen con precaucion y guardasen los mayores miramientos con los habitantes de las provincias que atravesasen, y que espidieran antes un manifiesto en el cual mostrasen sus intenciones pacíficas y conciliadoras. Por moderado que fuese este proyecto, no por eso dejaba de ser una invitacion de adelantarse sobre el pais, y por mas que tal fuese el deseo del rey, y aun si se quiere el de los príncipes estrangeros y rivales de la Francia ¿sería el mismo el de los furibundos emigrados? ¿Estaba seguro Luis XVI de que no le arrastrarian mas allá de sus intenciones? Los mismos ministros de Prusia y Austria le ma-

nifestaron á Mallet-du-Pan las desconfianzas que les inspiraba la exaltacion de los emigrados, y aun parece que le costó no poco trabajo tranquilizarles sobre este punto. Los mismos recelos tenia la reina, y particularmente contra Calonne como el mas peligroso de sus enemigos; mas no por eso dejaba de suplicar á su familia que viniese á libertarlos con la mayor celeridad. Desde aquel instante no pudo menos el partido popular de mirar á la corte como á un enemigo tanto mas terrible, cuanto disponia de todas las fuerzas del estado y asi el combate que se travaba llegó á ser un combate de muerte. Al componer el rey su ministerio no escogió ningun hombre decidido, porque esperando su próxima libertad, solo pensaba en ir pasando algunos dias como se pudiese, y para eso bastaba el ministerio mas insignificante.

Los fuldenses quisieron aprovechar aquella ocasion para reunirse con la corte, no tanto por ambicion personal de su partido, cuanto por interes y compasion hácia el rey. Ellos no contaban de manera alguna con la invasion, pues que en ella veia la mayor parte un atentado y un peligro tan inminente para la corte como para la nacion misma; previendo y con razon que el rey sucumbiria antes que pudieran llegarle los socorros, y que despues de la invasion se seguirian venganzas atroces,

el desmembramiento del reino y por decontado la destruccion de la libertad.

Lally-Tolendal á quien ya hemos visto abandonar la Francia luego que se convenció de que eran imposibles las dos cámaras; Malouet que todavía insistia en ellas en el momento de la revision; Duport, Lameth, Lafayette y otros que querian conservar lo que existia, se reunieron para tentar el último esfuerzo. Aquel partido, como todos, no estaba de acuerdo consigo mismo sino en un solo punto, que era el de salvar al rey de sus propias faltas y á la constitucion con él. Siempre sucede que un partido se vé obligado á dar algunos pasos en secreto, que se llaman intrigas cuando no tietienen buen resultado, y en este sentido puede decirse que los fuldenses intrigaron, porque luego que vieron exhonerados por Dumouriez á Servan, Claviere y Roland, se aproximaron á Dumouriez y le propusieron su alianza, con tal que firmase el *veto* contra el decreto de los sacerdotes. Mas, bien fuese por mal humor de este ó por falta de confianza en sus medios de conseguirlo, reusó aquella alianza y se marchó al ejército, con el vivo deseo, segun escribió á la asamblea, de que un cañonazo reuniese para él todas las opinones.

Solo les quedaba á los fuldenses Lafayette, que aunque no habia tomado parte en sus manejos secretos, estaba en malas disposiciones contra Du-

mouriez y queria salvar al rey sin alterar la constitucion. Sus recursos eran débiles, porque en primer lugar la corte á quien se empeñaba en salvar, no queria deberle su salvacion. En segundo la reina que se confiaba voluntariamente en Barnave, siempre habia empleado las mayores precauciones para verle y nunca le habia recibido sino en secreto. Ni los emigrados ni la corte la hubieran perdonado que tratase con los constitucionales. Al contrario siempre se la recomendaba que en caso de pactar, no pactase con ellos sino que prefiriese mas bien á los jacobinos, porque con los primeros, decian, seria preciso transigir, mientras que con los segundos no hay precision de cumplirles nada. Si se añade á estos consejos tan frecuentemente repetidos, el ódio personal de la reina contra Lafayette, se comprenderá cuan poco dispuesta estaba la corte á dejarse servir por los constitucionales ó fuldenses. Ademas de estas repugnancias de la corte, debe tenerse cuenta tambien con la debilidad de los medios que podia emplear contra el partido popular. Es cierto que Lafayette era adorado de sus soldados y debia contar con su ejército, pero tenia el enemigo al frente y no era cosa de descubrir la frontera para dirigirse al interior. El anciano Luckner sobre quien se apoyaba, era débil, variable y fácil de intimidar, aunque muy valiente en los campos de batalla. Mas

Biblioteca Un Ovie

aun cuando se contase con recursos militares, no tenian los constitucionales apoyo alguno civil; porque la mayoría de la asamblea estaba en la Gironda, y aunque la guardia nacional les era adicta en parte, se hallaba desunida y casi desorganizada. Se veian pues reducidos los constitucionales para hacer uso de las fuerzas militares, á marchar desde la frontera sobre Paris, ó lo que es lo mismo á tentar una insurreccion contra la asamblea; y las insurrecciones que son excelentes para un partido violento que toma la ofensiva, son perjudiciales y funestas para el partido moderado que se apoya en las leyes.

Sin embargo tanto le instaron á Lafayette, que concertaron con él un proyecto de dirigir una carta á la asamblea, escrita en su nombre, en que se esplicasen sus sentimientos en favor del rey y de la constitucion, y su desaprobacion de todo lo que tendiese á combatir á uno ú otra. Sus amigos estaban divididos excitando algunos de ellos su celo y otros enfriándole; pero él sin pensar en otra cosa mas que en servir al rey á quien habia jurado fidelidad, escribió la carta sin hacer caso de los peligros que iban á amenazar su cabeza. El rey y la reina, aunque resueltos á no servirse de él, le dejaron escribirla porque no veían en aquel paso mas que una polémica de cargos recíprocos entre los amigos de la libertad, y asi llegó la carta á la

asamblea el dia 13 de junio. Despues de haber desaprobado al principio de ella la conducta del último ministro, á quien decia que estaba decidido á denunciar cuando supo su salida, continuaba en estos términos:

« No es bastante que este ramo del gobierno se « vea libre de un influjo funesto, porque la causa « pública está en peligro y la suerte de la Francia « reposa principalmente en sus representantes. La « nacion espera de ellos su salvacion, mas al darse « una constitucion, les ha prescrito el único cami- « no por donde quiere que se la salve. »

Protestando luego de su inviolable adhesion á la ley jurada, esponia el estado de Francia, á quien miraba colocada entre dos especies de enemigos, esteriores unos, é interiores otros.

« A unos y á otros es preciso destruirlos; pero « vosotros no podreis hacerlo sino mientras seais « constitucionales y justos..... Mirad en derre- « dor de vosotros y decidme si podeis disimularos « que unas facciones, y para no andar en rodeos, « que la faccion jacobina ha causado todos los de- « sórdenes. A ella es á quien yo acuso altamente, « porque organizada como un imperio á parte den- « tro de la metrópoli, y rodeada de afiliaciones, « pero dirigida ciegamente por algunos gefes am- « biciosos, forma esta secta una corporacion dis- « tinta en medio del pueblo frances cuyos poderes

« usurpa subyugando á sus representantes y man-
« datarios. Alli en sus sesiones públicas se dá el
« nombre de aristocracia al amor de las leyes, y á
« su infraccion se la llama patriotismo. Alli los
« asesinos de Desilles [15] reciben enhorabuenas, y
« los crímenes de Jourdan [16] encuentran panegi-
« ristas. Alli por último la relacion del asesinato
« que ha afrentado á la ciudad de Metz, acaba tam-
« bien de excitar infernales aclamaciones.

« ¿Creerán por ventura sustraerse á estos cargos,
« escudándose con un manifiesto austriaco en que
« están nombrados estos sectarios? ¿Se imaginan
« ser sagrados porque Leopoldo ha pronunciado su
« nombre, y estarémos nosotros dispensados de li-
« bertar á nuestra patria de una tirania domés-
« tica, solo porque tenemos precision de comba-
« tir á los estrangeros que se mezclan en nuestros
« negocios? »

Recordando luego sus antiguos servicios á la libertad y numerando las garantias que habia dado á la patria, respondia el general de sí y de su ejército, y declaraba que la nacion francesa sopena de ser la mas vil del universo, podia y debia resistir á la conjuracion de los reyes coligados contra ella; pero añadia: « Para que noso-
« tros, que somos soldados de la libertad, comba-
« tamos con eficacia y muramos con fruto por ella,
« es necesario que el número de los defensores de

« la patria sea pronto proporcionado al de sus « adversarios; que los suministros de todo género « se multipliquen y faciliten nuestros movimien- « tos; que el bien estar de las tropas, el manteni- « miento de ellas y sus pagas no esperimenten en « adelante fatales retardos etc..... » Seguíanse á estos consejos otros de los cuales el principal y el último era: « que el reinado de los clubs, ano- « nadado por vosotros, dé lugar al de las leyes; « sus usurpaciones al ejercicio firme é indepen- « diente de las autoridades constituidas; sus má- « ximas desorganizadoras á los verdaderos princi- « pios de la libertad; su furor frenético al valor « sereno y constante de una nacion que cono- « ce y defiende sus derechos, últimamente sus « combinaciones de secta á los verdaderos inte- « reses de la patria, que en este momento de pe- « ligro debe reunir á todos aquellos para quie- « nes su esclavitud y ruina no son objetos de « un regocijo atroz y de una infame especu- « lacion. »

Esto era lo mismo que decir á las pasiones irritadas, paraos; á los partidos mismos, inmolaos de buena voluntad; á un torrente en fin, mandarle que se detuviese. Mas no por ser inútil aquel consejo dejaba de ser una obligacion el darle. La carta fue muy aplaudida en el lado derecho: el izquierdo guardó silencio, y apenas se

concluyó su lectura cuando ya se trataba de imprimirla y enviarla á los departamentos.

Pidió la palabra Vergniaud y la obtuvo diciendo: que importaba á la libertad que Mr. de Lafayette habia defendido tan bien hasta entonces, que se hiciese diferencia entre las peticiones de los simples ciudadanos que daban un dictámen ó reclamaban algun acto de justicia, y las lecciones de un general armado. Este no debia esplicarse mas que por el órgano del ministerio, sin lo cual estaba perdida la libertad, y asi era preciso pasarla á la órden del dia. Respondió Thebenot [17] que la asamblea debia recibir de la boca de Mr. de Lafayette las verdades que ella misma no se habia atrevido á decirse. Esta última observacion escitó un gran tumulto y algunos miembros negaron la autenticidad de la carta. «Cuando no «estuviera firmada, esclamó Mr. Coubé [18], no hay «mas que un Lafayette que haya podido escri«birla.» Pidió Guadet la palabra para un hecho y sostuvo que la carta no podia ser de Lafayette, porque hablaba de la dimision de Dumouriez que no se habia verificado hasta el 16 y ella tenia aquella misma fecha. «Es pues imposible, añadió, «que el firmante hable de un hecho que no po«dia saber, y asi ó la firma no es suya ó vino «aqui en blanco para que alguna faccion dispu«siese de ella á su placer.» Estas palabras pro-

dugeron mucho rumor y continuando Guadet añadió que Mr. de Lafayette era incapaz segun sus sentimientos conocidos de haber escrito semejante carta. El no debe ignorar, dijo, que cuando Cromwell..... No pudiendo contenerse el diputado Dumas al oir esta última palabra quiso subir á la tribuna, con lo cual se suscitó una larga agitacion; pero sin embargo Guadet se volvió á sentar en ella y repitiendo decia..... interrúmpenle de nuevo—estabais en Cromwell.....—«Ya vol-«veré á él, replicó.....—decia que Mr. de Lafa-«yette no debe ignorar que cuando Cromwell «usaba del mismo lenguage, ya estaba perdida la »libertad en Inglaterra, y asi es preciso ó bien «asegurar que algun cobarde se ha cubierto con «el nombre de Mr. de Lafayette, ó probar con «un grande egemplo al pueblo frances, que «vosotros no habeis jurado en vano defender la «constitucion.»

Una multitud de miembros aseguraron que reconocian la firma de Lafayette, y apesar de eso su carta fué remitida á la comision de los doce para certificar su autenticidad, con lo que quedó privada de la impresion y remision á los departamentos.

Fué pues enteramente inútil aquel paso tan gegeneroso y no podia menos de serlo en el estado en que se hallaban los ánimos. Ya desde aquel

instante quedó el general casi tan despopularizado como la corte, y si los corifeos de la Gironda, mas ilustrados que el pueblo, no creian que Lafayette fuese capaz de vender á su pais porque atacase á los jacobinos, con todo eso las masas lo creian, á fuerza de oírselo repetir en los clubs, en los diarios y en los sitios públicos.

De este modo á las inquietudes que habia inspirado la corte al partido popular, se reunieron las que provocó Lafayette por sus propias palabras; por manera que entonces acabó de desesperar aquel partido y se resolvió á aterrar á la corte, antes que esta pudiese poner en egecucion los planes de que se la acusaba.

Ya hemos visto cuales eran los elementos de que constaba el partido popular, el cual á medida que se pronunciaba mas y mas se iba caracterizando mejor y señalándose en él nuevos personages. Robespierre se habia dado á conocer en los jacobinos y Danton en los franciscanos, pero los clubs, la municipalidad y las secciones constaban de otros muchos hombres que por el ardor de su carácter y opiniones estaban prontos á emprenderlo todo. De este número eran Sergent [19] y Panis [20], que mas adelante mezclaron sus nombres en un abominable suceso. En los arrabales se notaban muchos gefes de batallon que se habian hecho temibles, siendo el principal de ellos un

fabricante de cerbeza llamado Santerre. Interesaba este hombre al pueblo tanto por su estatura como por su voz estentórea y una cierta facilidad de diccion, y habia adquirido una especie de dominio en el barrio de San Antonio cuyo batallon mandaba. Ya se habia distinguido Santerre en el ataque de Vincennes, rechazado por Lafayette en febrero de 1791; y como todos los hombres demasiado fáciles de seducir podia llegar á ser muy peligroso, segun las inspiraciones del momento. Asistia á todos los conciliábulos que se celebraban en los barrios lejanos, y allí se reunian con él el diarista Carra, perseguido por haber atacado á Bertrand de Molleville y á Montmorin; un tal Alexandre [21], comandante del arrabal de San Marcelo; un individuo muy conocido con el nombre de Fournier [22] el americano; el carnicero Legendre [23], que fué despues diputado á la convencion, un aprendiz de platero llamado Rosignol, [24] y otros muchos que por sus relaciones con el populacho, conmovian todos los arrabales. Los mas encopetados de entre ellos se comunicaban con los corifeos del partido popular y de este modo podian fácilmente sugetar sus movimientos á una direccion superior.

No se puede designar de un modo exacto quienes eran los diputados que estaban encargados de aquella direccion; pero los mas señalados entre

ellos eran forasteros y no tenian otro influjo que el de su propia elocuencia. Guadet, Isnard y Vergniaud, todos ellos provincianos, se correspondian mas con los departamentos que con Paris. Fuera de eso, aunque muy ardorosos en la tribuna, tenian poca accion fuera de la asamblea y no eran capaces de conmover la multitud. Condorcet y Brissot, diputados de Paris, no tenian mas actividad que los precedentes, y se habian hecho girondinos por la conformidad de sus opiniones con los diputados del Oeste y del Mediodia. Despues de la disolucion del ministerio patriota habia vuelto Roland á la vida privada y habitaba una casa modesta y retirada en la calle de Santiago. Persuadido de que la corte tenia el proyecto de entregar la Francia y la libertad á los estrangeros, deploraba las desgracias de su patria con algunos de sus amigos diputados en la asamblea, mas no parece que en su tertulia se trabajase en atacar á la corte. Solo se ocupaba en promover la impresion de un diario intitulado el *Centinela* que redactaba Louvet, ya conocido en los jacobinos por su controversia con Robespierre, y era en un sentido patriótico. Los fondos con que se mantenia este diario, eran un sobrante de los que Roland habia señalado durante su ministerio para ilustrar la opinion pública.

Por aquel tiempo vivia en Paris un jóven de

Marsella, lleno de ardor, de osadia y de ilusiones republicanas, á quien llamaban Antinoó por lo bonito que era. Este habia sido diputado por su pueblo á la asamblea legislativa para reclamar contra el directorio de su departamento, porque eran ya muy comunes en toda Francia estas divergencias entre las autoridades inferiores y superiores y entre los ayuntamientos y los directorios. El verdadero nombre de aquel jóven era Barbaroux. [25] Dotado de inteligencia y de mucha actividad podia llegar á ser muy útil á la causa popular, y habiendo visitado á Roland y lastimádose con él de las catástrofes de que estaban amenazados los patriotas, convinieron en que siendo cada dia mayor el peligro en el norte de la Francia, era indispensable en último estremo retirarse al mediodia y fundar una república, que podria estenderse algun dia, como en otros tiempos habia estendido Carlos VII su reino desde Bourges. Examinaron el mapa con el ex-ministro Servan y se decian unos á otros que batida en el Rhin ó en otro lado la libertad, debia retirarse detras de los Vosgos y el Loira; que en caso de que allí tambien se forzasen sus atrincheramientos la quedaban todavia al este Doubs, Ain y el Rodano; al Este la Vienne y el Dordoña, y en el centro las cordilleras y los rios del Limosino: «Tambien tenemos mas adelante, dijo Barba-

« roux, la Auvernia, sus cerros escarpados, sus « quebradas, sus antiguos bosques y las montañas « del Valés antiguamente arrasadas por el fuego y « ahora cubiertas de pinos; sitios enteramente sel- « váticos cuyos habitantes trabajan en la nieve « pero á lo menos viven libres é independientes. « Tambien nos ofrecen las Cévenas un abrigo de- « masiado célebre para que la tirania no le mire « con terror; y al estremo del medio dia tendria- « mos por barrera el Iséra, el Duranzo, el Roda- « no desde Lyon hasta el mar, los Alpes y el ba- « luarte de Tolon. Ultimamente cuando todo esto « llegue á ser invadido, nos queda la Córzega. La « Córzega en donde los Genoveses y los Franceses « no han podido naturalizar la tirania, como que « solo necesita brazos para hacerse fértil, y filó- « sofos para que la instruyan. » *

Era muy natural que los del mediodia pensaran en refugiarse en sus provincias, en caso de ser invadido el norte. Mas no por eso descuidaban este último, por lo que se convinieron en escribir á sus departamentos para que se formara espontaneamente el campamento de los 20.000 hombres, por mas que no se hubiese sancionado todavia el decreto para él. Contaban mucho con Marsella que era una ciudad rica, considerable-

* Memorias de Barbaroux pag. 38 y 39.

mente poblada y estraordinariamente democrática. Ella era quien habia nombrado á Mirabeau para los estados generales, y despues habia esparcido por todo el medio dia el mismo espíritu de que estaba animada. El corregidor de aquella ciudad era amigo de Barbaroux y tenia las mismas opiniones. Este último le escribió encargándole que hiciese gran provision de granos, y que enviara hombres de su confianza á los departamentos inmediatos, como tambien á los ejércitos de los Alpes, de Italia y de los Pirineos, con encargo de preparar la opinion pública, de saber como pensaba Montesquiou general del ejército de los Alpes, y de utilizar su ambicion en provecho de la libertad; últimamente que se pusiera de acuerdo con Paoli y con sus Corsos, á fin de prepararse un asilo en algun caso estremo. Le recomendaba mucho que reservase el producto de las contribuciones á fin de privar al gobierno de ellas y en caso de necesidad aprovecharlas contra él. Lo mismo que Barbaroux solicitaba con Marsella hacian otros con sus respectivos departamentos y todos pensaban en asegurarse un refugio. Por manera que cambiada la desconfianza en desesperacion, preparaban la insurreccion general y en el acto mismo de disponerse la insurreccion se notaban ya muchas diferencias entre Paris y los departamentos.

El corregidor Petion, relacionado con todos los girondinos y mas adelante confundido y proscrito con ellos, se hallaba en virtud de sus funciones mas en contacto con los agitadores de Paris. Era hombre de mucha calma y aparentaba una cierta frialdad, que sus enemigos confundian con la estupidez, asi como cierta probidad, muy ponderada de sus partidarios, y que jamas han disputado ni aun sus mismos enemigos. El pueblo que segun costumbre inveterada ponia motes á todos, le llamaba *La virtud Petion*, ó lo que es lo mismo el virtuoso Petion. Ya hemos dado alguna noticia de él con ocasion del viage de Varennes y dicho la preferencia que le dió la corte respeto de Lafayette para el nombramiento de corregidor. Quiso la corte corromperle y algunos tunantes prometieron hacerlo, con tal que les diesen una cantidad proporcionada; pero los bribones se la guardaron en el bosillo sin haber dicho ni siquiera una palalabra á Petion porque conocieron que era imposible, atendido su carácter. La satisfaccion que tuvo la corte creyendo proporcionarse un apoyo y corromper á un magistrado popular fué demasiado corta, y no tardó en reconocer que la habian engañado y que los corazones de sus adversarios no eran tan venales como la habian dicho.

Petion habia sido uno de los primeros á persuadirse que era imposible que se modificasen ja-

mas las inclinaciones de un rey nacido y criado en el absolutismo. Era republicano mucho antes que ninguno pensase en república, y ya desde la constituyente habia sido por conviccion lo que ahora era Robespierre por despecho y por mal humor. Durante la legislativa se convenció mucho mas de la incorregibilidad de la corte, y se persuadió á que indudablemente apelaria á los estrangeros, por manera que si antes habia sido republicano por sistema, ahora lo era por propia seguridad, y asi desde aquel instante pensó, segun el mismo dijo, en facilitar una nueva revolucion. El era quien contenia los movimientos mal dirigidos, y quien por el contrario favorecia á los que lo estaban bien, procurando sobre todo conciliarlos con la ley, de quien era rígido observador, y que no queria que se violase sino en los casos muy apurados.

Sin que sepamos perfectamente la parte que tuvo Petion en los movimientos que se preparaban, y sin que tampoco nos conste si consultó con sus amigos de la Gironda para favorecerlos, bien se puede inferir segun su conducta que á lo menos no les opuso ningun obstáculo. Hay quien dice que á fines de junio se fué á casa de Santerre con Robespierre, con Manuel [26], que era procurador síndico del comun, con Sylleri [27], ex-constituyente, y con Chabot ex-capuchino y diputado; que este

último arengó á la seccion de *Quinze-vingts* y la dijo que la esperaba la asamblea. Séase lo que se quiera de estos hechos, es lo cierto que hubo conciliábulos, y no es creible, atendida la opinion y conducta ulterior de los personages que acabamos de nombrar, que formasen el menor escrúpulo de asistir á ellos. Desde aquel instante se esparció la voz por los arrabales de una fiesta que se preparaba para el 20 de junio, por ser el aniversario del juramento del juego de pelota. Díjose que se trataba de plantar un árbol de la libertad en el terrado de los fuldenses y de presentar una peticion á la asamblea igualmente que al rey. Esta peticion habia de presentarse con armas, lo cual basta para dar á entender que la verdadera intencion de aquel proyecto era intimidar el palacio con la vista de cuarenta mil picas.

El dia 16 de junio se presentó una demanda formal al consejo general del ayuntamiento, á fin de que se autorizase á los ciudadanos del barrio de San Antonio para reunirse armados el dia 20 y hacer una peticion al rey y á la asamblea. El consejo general decretó la *órden del dia*, es decir que la negó, y mandó que su determinacion se comunicase al directorio y al cuerpo municipal; mas no por eso se desanimaron los peticionarios, antes bien digeron que no por eso dejarian de reunirse. Hasta el dia 18 no dió el corregidor Petion

parte de esta ocurrencia del 16, ni la comunicó mas que al departamento y no al cuerpo municipal.

El 19 el directorio del departamento á quien en todas ocasiones hemos visto pronunciarse contra los agitadores, tomó una determinacion por la cual se prohibian las reuniones armadas, encargando al comandante general y al corregidor que se valiesen de todos los medios para disiparlas. Esta resolucion se comunicó á la asamblea por el ministro del interior y al instante se suscitó la cuestion de si se habia de leer ó nó.

Vergniaud se oponia á que se escuchase pero no se salió con la suya, sino que se leyó é inmediatamente despues se pasó al órden del dia.

Dos sucesos bastante importantes acababan de ocurrir en la asamblea, á saber: haber dado parte el rey de su oposicion á los dos decretos, relativos á los clérigos no juramentados y al establecimiento de un campamento de 20 mil hombres, cuya comunicacion fué escuchada con el mas profundo silencio. Y el otro haberse presentado á la barra unos Marselleses para leer una peticion. Ya hemos dicho las relaciones que Barbaroux mantenia con ellos, y asi excitados por sus consejos, habian escrito á Petion ofreciéndole todas sus fuerzas y remitiéndole una peticion para la asamblea, en la cual decian entre otras cosas: « La libertad fran-

Biblioteca Univers. Oviedo

«cesa corre peligro, pero el patriotismo del me-
«dio dia salvará la Francia.... Ya llegó el dia
«de la cólera del pueblo.... Legisladores, la
«fuerza del pueblo está en vuestras manos; haced
«uso de ella; el patriotismo frances os pide mar-
«char con fuerzas mas imponentes hácia la capi-
«tal y hácia las fronteras..... Vosotros no reusa-
«reis la autorizacion de la ley á los que están dis-
«puestos á perecer por defenderla.»

Esta lectura habia excitado grandes debates en la asamblea, porque decian los del lado derecho que enviar semejante peticion á los departamentos era lo mismo que excitarlos á la insurreccion. Mas sin embargo se decretó el envio, á pesar de aquellas reflexiones que eran sin duda muy justas pero inútiles desde que todos estaban persuadidos de que solo una nueva revolucion podia salvar la Francia y la libertad.

Estos fueron los acontecimientos durante el dia 19; mas sin embargo continuaban los movimientos en los barrios y parece que Santerre les decia á sus partidarios que estaban un poco intimidados con la providencia del directorio: *¿qué teneis que temer? La guardia nacional no tendrá órden de disparar y Petion estará alli.*

A eso de media noche, bien sea que el corregidor creycse que el movimiento era irresistible, ó que tuviera intencion de favorecerle, como lo hi-

zo despues con el del 10 de agosto, escribió al directorio pidiéndole que legitimase la reunion permitiendo á la guardia nacional que admitiese en sus filas á los ciudadanos de los arrabales. Este medio término llenaba perfectamente las miras de los que, sin desear ningun desórden, querian intimidar al rey; y no deja duda alguna de que estas eran en efecto las intenciones de Petion y de los corifeos populares. El directorio respondió á las cinco de la mañana del dia 20 que persistia en sus anteriores determinaciones; con lo cual mandó Petion al comandante general que estaba de servicio que pusiese las guardias al completo y reforzase la de Tullerias; pero á esto se redugeron todas sus disposiciones, y no queriendo ni renovar la escena del campo de Marte ni disipar el tumulto, esperó hasta las nueve de la mañana para reunir el cuerpo municipal. En aquella reunion dejó que se tomase una decision contraria á la del directorio y se mandó á la guardia nacional que abriese sus filas á los peticionarios armados. Con solo no oponerse Petion á este acuerdo tan contrario á lo que habia dispuesto el directorio, ya se ponia en una especie de contravencion á la gerarquía administrativa que no dejó de echarsele en cara mas adelante. Pero cualquiera que fuese el carácter de aquel decreto, sus disposiciones se inutilizaron del todo, porque la guardia

nacíonaí no tuvo tíempo para formarse, y llegó á ser tan considerable el tumulto, que ya no fué posible alterar su forma ni direccion.

Eran las once de la mañana cuando la asamblea acababa de reunirse con la esperanza de un gran acontecimiento, y los miembros del departamento se presentaron en su seno para dar cuenta de la inutilidad de sus esfuerzos. Obtuvo la palabra el procurador síndico Roederer [28], y espuso que una reunion estraordinaria de ciudadanos se habia formado á pesar de la ley y de las determinaciones de las autoridades, cuya reunion parece que tenia por objeto celebrar el aniversario del 20 de junio, y presentar un nuevo tributo de sus homenages á la asamblea. Pero que si tal era el objeto del mayor número, era de temer que algunos mal intencionados quisieran aprovecharse de aquella multitud para apoyar alguna intimacion al rey, que no debia recibirlas sino bajo la forma pacífica de una simple peticion. Recordando en seguida los bandos del directorio y del consejo general del ayuntamiento, las leyes que existian contra las reuniones armadas, y las que limitan al número de veinte el de los ciudadanos que pueden presentar una peticion, exortó á la asamblea á que las hiciese egecutar; «porque, añadió, hoy «vienen aquí unos peticionarios armados por un «entusiasmo cívico, y mañana puede reunirse una

« multitud de malévolos, en cuyo caso pregunto « á ustedes, señores, que es lo que podrémos de- « cirles. »

En medio de los aplausos de la derecha y de los murmullos de la izquierda que desaprobaban los temores y prevision del departamento, asi como aprobaban la insurreccion, subió Vergniaud á la tribuna, é hizo observar que ya estaba establecido y como pasado en autoridad de cosa juzgada el abuso que el procurador síndico temia para lo futuro; que muchas veces habia recibido á los peticionarios armados y aun permitidoles desfilar por medio del salon; que es muy posible que se haya hecho mal, pero que los peticionarios de hoy se quejarian con mucha razon de que se les trataba de distinto modo que á los demas; que si como se decia tenian el proyecto de presentar una reclamacion al rey, es de creer que la enviarían sin armas; y que últimamente si se recelaba algun peligro para el rey no habia mas que rodearle de una diputacion de sesenta miembros.

Dumolard [29] dió por bueno todo lo que habia sostenido Vergniaud sin negar que en efecto ya estaba establecido aquel abuso, pero sostuvo que era necesario cortarle, sobre todo en aquella ocasion si no se queria que la asamblea y el rey apareciesen á los ojos de la Europa como esclavizados por una faccion devastadora. Pidió, igual-

mente que Vergniaud, que se enviase una diputacion, pero exigiendo que la municipalidad y el departamento respondiesen de las medidas que hubiesen tomado para el mantenimiento de las leyes. Iba creciendo el tumulto por instantes y anunciaron una carta de Santerre, que fué leida en medio de los aplausos de las tribunas. En ella se decia que los habitantes del barrio de San Antonio celebraban el aniversario del 20 de junio; pero que se les habia calumniado y tenian empeño en ser admitidos á la barra de la asamblea, para confundir á sus detractores y probar que ellos eran siempre los hombres del 14 de julio.

En seguida respondió Vergniaud á Dumolard que si la ley habia sido violada, no era nuevo el ejemplo, y que querer oponerse á ello entonces, seria renovar la escena sangrienta del campo de Marte; y que sobre todo nada tenian de reprensible los sentimientos de los peticionarios. ¿Qué tiene de estraño, añadio Vergniaud que unos hombres justamente inquietos del porvenir, quieran probar que á pesar de todas las intrigas urdidas contra la libertad, están siempre prontos á defenderla? Ya en estas palabras se echaba bien de ver que no se ignoraba el verdadero pensamiento de aquel dia, y asi contribuyeron á aumentar el tumulto. Pidió Ramond la palabra y necesitó nada menos que un decreto para obte-

nerla: mas en aquel momento se dijo que los peticionarios ascendian al número de ocho mil. — En tal caso, dijo Calvet [30], debemos retirarnos porque no somos mas que setecientos cuarenta y cinco. — Al órden, al órden, empezaron á gritar de todas partes. — En efecto fué llamado Calvet al órden y se le instó á Ramond para que se despachase á hablar, porque estaban esperando ocho mil ciudadanos. — Si ocho mil ciudadanos esperan, replicó él, tambien están esperando 24 millones de Franceses. Entonces renovó las razones espuestas ya por sus amigos del lado derecho; mas de repente se precipitaron en la sala los peticionarios, y la asamblea indignada se puso en pie, se cubrió el presidente y la gente se retiró con docilidad. Satisfecha con eso la asamblea, consintió entonces en recibirlos.

Aquella peticion, cuyo tono era de los mas osados, espresaba la idea misma que todas las peticiones de aquella época: « El pueblo está pronto; « nada espera mas que á vosotros; está dispuesto á « servirse de los grandes medios para egecutar el « artículo segundo de la declaracion de los derechos « del hombre que es el de la *resistencia á la opresion*.... « Que el mas pequeño número de entre vosotros « que no participa de vuestros sentimientos y de « los nuestros, deje la tierra de la libertad y se vaya « á Coblentz..... Investigad la causa de los males

«que nos amenazan; y si viene del poder ejecuti-
«vo, que se le anonade.... »

El presidente despues de responderles prometiendo la vigilancia de los representantes del pueblo, y recomendarles la obediencia á las leyes, les concedió en nombre de la asamblea permiso para desfilar en su presencia. Abriéronse las puertas, y la comitiva, que en aquel momento era de treinta mil personas á lo menos, atravesó la sala. Fácil es de concebir lo que puede dar de sí la imaginacion de un pueblo entregado á sí mismo. Precedian la marcha unas enormes mesas en que iba la declaracion de los derechos, y al rededor de ellas muchas mugeres y niños agitando ramos de oliva y picas como dando á entender que la paz ó la guerra estaban en manos de los enemigos, y repitiendo en coro el famoso *Ça-irá.** Venian luego los mocetones fuertes de los mercados, obreros de todas clases con malos fusiles y escopetas, sables y hierros afilados clavados á la punta de unos palos muy gruesos. A su cabeza marchaban con la espada desembainada, Santerre y el marques de Saint-Hurugues, que ya se habia distinguido en las jornadas del 5 y 6 de octubre. Seguian luego en buen órden algunos batallones de la guardia nacional, para contener el tumulto con su presencia, y des-

* Una especie de trágala (*N. del T.*)

pues otras muchas mugeres, seguidas de otros hombres armados. Las banderillas flotantes llevaban escristas estas palabras: *La constitucion ó la muerte.* Llevaban algunos calzones hechos pedazos levantados en el aire gritando á su alrededor *vivan los sans culottes.* Ultimamente para que no faltase la ferocidad á la ridiculez de aquel espectáculo, traian en la punta de una pica un corazon de pergamino con esta inscripcion: *Corazon de un aristócrata.* A semejante vista no se disimularon el dolor y la indignacion, y desapareció inmediatamente aquel horrible emblema; pero para volver á presentarle otra vez á las puertas de Tullerías. Nadie puede pintar la estraña escena que ofrecian los aplausos de las tribunas, los gritos del pueblo que atravesaba la sala, las canciones patrióticas, los rumores confusos y el silencio y ansiedad de la asamblea; pues aun los mismos diputados que miraban como auxiliar á la multitud estaban afligidos y temerosos. ¡Qué fatal desdicha hace que no alcance la razon en tiempos de discordias! ¡Por qué los que llamaban á los bárbaros disciplinados del norte, obligaban á sus contrarios á llamar á otros bárbaros indisciplinados, ya frenéticos ya feroces, que pululan en las ciudades y vejetan á pesar de la mas brillante civilizacion!

Esta escena duró tres horas, hasta que al fin San-

Biblioteca Universitaria Oviedo

terre volviendo á presentarse de nuevo para dar gracias á la asamblea en nombre del pueblo, la tributó una bandera en señal de reconocimiento y adhesion.

Entonces quiso la multitud entrar en el jardin de Tullerías cuyas rejas estaban cerradas, y numerosos destacamentos de la guardia nacional rodeaban el palacio y estendian su línea desde los fuldenses hasta el rio, presentando un frente respetable. Mas una órden del rey mandó que se abriese la puerta del jardin, y precipitándose el pueblo, desfiló por debajo de las ventanas del palacio delante de las filas de la guardia nacional, sin hacer ninguna demostracion hostil pero gritando: *muera el veto y vivan los sans culottes.* Sin embargo, algunos individuos añadian hablando del rey ¿por qué no se asoma?, que aqui no queremos hacerle ningun mal. Igualmente se oia de cuando en cuando la voz de *le están engañando.* Tan cierto es que el pueblo, pronto á recibir la opinion de sus corifeos, habia llegado á desesperar como ellos.

Salió la multitud por la puerta del jardin que dá sobre el Puente real, volvió á subir el muelle y vino, atravesando los póstigos del Louvre, á ocupar la plaza del Carousel. Esa plaza que hoy es tan espaciosa, estaba entonces cortada por una multitud de calles que formaban, como si digésemos, una especie de caminos cubiertos. En lugar

de ese patio inmenso que se estiende desde el palacio hasta la reja, y desde una ala hasta la otra, habia unos patios pequeños separados por paredes y habitaciones, con unos póstigos de comunicacion con el Carousel. El pueblo inundó todos los alrededores, y se presentó á la puerta principal, pero se les prohibió la entrada, y varios oficiales municipales le arengaron en términos que pareció decidido á retirarse. Hay quien dice que en aquel instante Santerre, que salia de la asamblea donde se habia quedado el último para ofrecer la bandera, reanimó las disposiciones del pueblo que ya estaba frio, é hizo colocar el cañon delante de la puerta. Eran cerca de las cuatro, cuando dos oficiales municipales levantaron la consigna de las puertas * con cuyo motivo los batallones de la guardia nacional y muchos destacamentos de gendarmeria que las guardaban se quedaron paralizados sin saber que hacer, y el pueblo se precipitó con gran tumulto en el patio y desde él al vestíbulo del palacio, mientras que Santerre amenazado por dos personas que estaban presentes, de que la acusarian de haber violado la habitacion del rey, dijo hablando con la multitud: *sean ustedes testigos de que yo prohibo que vayan hasta el*

* Todos los testigos están de acuerdo sobre este hecho y no hay otra variedad que la del nombre de los oficiales municipales.

cuarto del rey. Mas no por eso se detuvo la multitud que ya estaba determinada y se derramó por todas las habitaciones de palacio, subiendo por todas las escaleras y llevando á brazo una pieza de artillería hasta el primer piso. En aquel mismo instante se pusieron á romper á sablazos y hachazos las puertas que estaban cerradas.

Ya entonces Luis XVI habia mandado salir á un gran número de sus peligrosos amigos, que sin ser capaces de defenderle, le habian compometido tantas veces; y aunque habian acudido á salvarle, él les mandó salir de Tullerías porque su presencia no podia hacer otra cosa que irritar al pueblo en lugar de contenerle. Se habia quedado con el anciano mariscal de Mouchy, el gefe de batallon Acloque [31], algunos criados de casa y muchos oficiales de la guardia nacional que le eran adictos. Entonces fué cuando se oyeron los gritos del pueblo y el ruido de los hachazos, rodeándole inmediatamente los oficiales de la guardia nacional y suplicándole que se dejase ver,prometiéndole que moririan á su lado. Sin titubear un momento mandó abrir, cuando caia á sus pies una de las hojas de la puerta con grandísimo estrépito y por ella penetraron dos bosques de picas y bayonetas. —Aqui estoy, dijo Luis XVI, presentándose á la multitud desencadenada, y los que le cercaban se apiñaron hácia él formando una muralla con sus

cuerpos. — Respetad á vuestro rey, decian á la multitud, que no tenia ciertamente ninguna intencion ni se le habia indicado otra que la de invadir con actitud amenazadora, y asi se contuvo la erupcion. Una porcion de voces anuncian una peticion y piden que sea escuchada; pero los que rodeaban al rey le instaron á que se trasladase á otra pieza mas vasta para poder oir su lectura. Satisfecho con verse obedecido siguió el príncipe, quien tuvo la feliz idea de colocarse en el hueco de una ventana. Alli le hicieron subir sobre un taburete y pusieron muchas banquetas y una mesa alrededor de él, situándose á su inmediacion todos los que le acompañaban. El número de estos defensores se aumentó despues con algunos granaderos de guardia y gefes de la casa, formando una especie de muro, detras del cual podia escuchar con menos peligro aquel terrible plebiscito. En medio del tumulto y los gritos se oian aquellas palabras tan repetidas de *no mas veto*: *no mas clérigos*: *no mas arisócratas*; *el campamento junto á Paris*. Acercóse el carnicero Legendre y pidió en lenguage ordinario la sancion del decreto. — Ni es este el sitio ni el momento de pedirle, respondió el rey con firmeza, yo haré lo que mande la constitucion. — Esta resistencia produjo bastante efecto y gritaron todos: *viva la nacion*, *viva la nacion*. — Sí, replicó Luis XVI, *viva la nacion*, yo soy su mejor amigo.

—Pues bien, dad una prueba de ello, le dijo uno de aquellos hombres presentándole un gorro colorado en la punta de una pica. Era peligroso reusarle y ciertamente la dignidad del rey no consistia en dejarse degollar rechazando un signo vano, sino en sostener con firmeza, como lo hizo, el asalto de la multitud. Púsose el gorro en la cabeza y se manifestó una aprobacion general; mas como se ahogaba de calor en aquella estacion, un hombre medio borracho que tenia una botella y un vaso le ofreció de beber. El rey aunque andaba receloso hacia muchot iempo de ser envenenado, no por eso titubeó en beber y fué grandemente aplaudido.

Durante aquel tiempo Madama Isabel que amaba tiernamente á su hermano, y que fué la única que pudo llegar hasta él, le iba siguiendo de ventana en ventana para participar de sus peligros. Al verla el pueblo que la equivocaba con la reina, empezó á gritar de un modo espantoso; *Ahi está la austriaca.* Los granaderos nacionales que rodeaban á la princesa quisieron desengañarle, mas aquella generosa hermana les dijo: « *Dejadle en su* « *error y salvad á la reina.* »

Esta última rodeada de sus hijos no habia podido reunirse con su augusto esposo, porque habiendo huido á las habitaciones bajas y desde ellas á la sala del consejo, no pudo llegar hasta el

rey por la multitud que obstruia todo el palacio. *Estaba empeñada en ir á donde él estaba* y no cesaba de suplicarlo con instancia, pero pudieron disuadirla y se estuvo detras de la mesa del consejo con algunos granaderos, desde donde veía llena de asombro y con los ojos arrasados de lágrimas que no podia contener, desfilar al pueblo. A su lado estaba llorando su hija y el tierno Delfin, que aunque asustado al principio no tardó en serenarse y se sonreia con la felíz ignorancia de su edad. Le habian presentado un gorrito colorado que la reina le puso en la cabeza; y Santerre que estaba por aquel lado, recomendaba el respeto al pueblo y tranquilidad á la princesa, repitiéndola la acostumbrada y siempre inútil frase de *Señora os engañan*, *os engañan*. Despues viendo al jóven príncipe que estaba medio ahogado con el gorro le quitó aquel ridículo adorno.

Al saber los peligros que corria el palacio, echaron á correr los diputados para ir cerca del rey y le hablaban al pueblo excitándole á guardar respeto. Otros se habian ido á la asamblea para enterarla de lo que estaba pasando, y en ella se habia aumentado la agitacion por la indignacion misma que mostraba el lado derecho, y por los esfuerzos que hacia el izquierdo para disculpar aquella irrupcion en el palacio del monarca. Nombróse por unanimidad una diputacion de veinte y cua-

tro miembros que eran los que habian acudido para rodear al rey, debiendo renovarse esta diputacion de media en media hora para que siempre estuviese instruida la asamblea de los acontecimientos. Los diputados que se enviaban hablaban á su vez subidos sobre los hombros de los granaderos, y luego se presentó Petion á quien acusaron de haber llegado demasiado tarde; mas él les aseguró que nadie le habia dicho una palabra hasta las cuatro y media de la invasion que se habia verificado á las cuatro, y que habia tardado media hora en llegar á palacio por los muchos obstáculos que habia tenido que vencer, de suerte que no habia podido llegar cerca del príncipe hasta las cinco y media. Acercóse al monarca y le dijo: no receleis nada porque estais en medio del pueblo. Entonces Luis XVI cogiendo la mano de un granadero, se la puso sobre el corazon diciendo; *Ved si late mas de prisa que lo acostumbrado.* Fué muy aplaudida esta noble respuesta y Petion montó en fin sobre una silla y dirigiéndose á la multitud la dijo, que despues de haber hecho su representacion al rey no la quedaba mas que hacer sino retirarse sin alboroto y de manera que no se desacreditase aquella jornada. Pretenden algunos testigos que Petion dijo sus *justas* representaciones; pero aunque asi fuese nunca probaria otra cosasino que no queria ofender sin nece-

sidad á la multitud. Reunió Santerre su influjo al del otro y no tardó en evacuarse el palacio, retirándose la multitud pacíficamente y con órden á cosa de las siete de la tarde.

Al instante se reunieron el rey, la reina, sus hijos y la hermana derramando un torrente de lágrimas, estando el rey tan aturdido de aquella escena que todavia tenia en la cabeza el gorro colorado, y no lo notó hasta despues de muchas horas tirándole con indignacion. En aquel momento llegaron nuevos diputados para informarse del estado en que se hallaba el palacio, y la reina recorriéndole con ellos les iba mostrando las puertas desquiciadas y los muebles hechos pedazos, esplicándose con el mayor dolor contra tantos ultrages. Uno de los diputados presentes era Merlin de Thionville republicano muy ardiente, y sin embargo viéndole la reina con lágrimas en los ojos le dijo: « Vsted llora de ver al rey y á su fa-« familia tratados tan cruelmente por un pueblo « á quien siempre ha querido hacer feliz.—Ver-« dad es señora, respondió Merlin, que lloro « las desgracias de una muger hermosa, sensible y « madre de familias; pero no quisiera que os equi-« vocaseis porque ninguna de mis lágrimas son ni « por el rey ni por la reina: como que aborrezco « á las reinas y á los reyes..... * »

* Véase á Madama Campan tom. 2. pag. 215.

NOTAS DEL TRADUCTOR

PERTENECIENTES AL CAPITULO QUINTO.

PAGINA 275.

1 J. Servan oficial de ingenieros, y hermano del célebre abogado general del departamento de Grenoble, habia sido teniente de ayo de los pages del rey y oficial de infanteria antes de entrar en ingenieros; pero como abrazó abiertamente los principios de la revolucion, le hicieron coronel de uno de los regimientos de la guardia nacional asalariada de Paris. Poco despues le hicieron mariscal de campo, y últimamente en mayo de 1792 ministro de la guerra como dice Mr. Thiers. Cuando le quitaron el ministerio, aunque conservando, como todos sus compañeros, la confianza de la nacion, le enviaron al campamento de Soissons, y el dia despues de la catástrofe del 10 de agosto, volvió á ser nombrado por la convencion ministro de la guerra. Pero fueron tantos los apuros, obstáculos y contradicciones que esperimentó en su destino, que tuvo que hacer dimision de él el 14 de octubre de aquel mismo año; y entonces le dieron el mando en gefe del egército de los Pirineos occidentales. En el mes de abril del año siguiente le acusó Robespierre de que tenia inteligencias con Dumouriez y la Gironda, pero la sociedad popular de Bayona tomó su defensa y le justificó de aquellas inculpaciones como general y como ministro. Acusado de nuevo por Chabot el 14 de julio dejó el mando sin esperar el golpe que le amenazaba, pero bien pronto le arrestaron en su casa á orillas del Rhin y llevándole á Lyon ante una comision militar, y trasladado luego á las cárceles de la Abadia, tuvo la fortuna de

Biblioteca Universitaria Oviedo

que le olvidasen los terroristas durante el año 2 de la república, y al fin se le volvió la libertad, sus bienes, su grado y hasta su sueldo. En 1799 fué nombrado inspector general de las tropas del medio dia y el gobierno consular le hizo presidente de la comision de revistas y comandante de la legion de honor. Publicó en 1805 una obra voluminosa de la historia de los Galos y de los franceses en Italia, y tambien es autor de un escrito intitulado *el soldado ciudadano*.

PAGINA 277.

2 N. Royou era un capellan de la órden de S. Lázaro, natural de Quimper, y fué catedrático de filosofia del colegio de Luis el Grande. Tenia bastante elocuencia y un carácter áspero y al mismo tiempo burlon, por lo que se dedicó á la critica y se metió á diarista. Primeramente redactó el diario de *Monsieur* que principió en 1778 y cesó en 83. Luego trabajó en el *Anuario literario* con Geoffroy y Frerou contribuyendo á que no cayese tan pronto. En 1789 le nombraron secretario de la asamblea electiva del clero y se creyó que saldria diputado, pero se pronunció con tanta obstinacion por la conservacion del régimen y principios monárquicos, que el clero, cuya mayoria se inclinaba entonces á la revolucion, creyó deber escluirle. Entonces se puso á publicar el *Amigo del rey*, que le atrajo una multitud de enemigos por los sarcasmos que lanzaba contra los corifeos del partido popular y por lo que ridiculizaba los trabajos de la asamblea. No tardaron en denunciarle como rebelde, y aun el pueblo se agolpó á su casa para asesinarle, lo cual le precisó á esconderse y no volvió á parecer en público, sino que murió en su escondite el 21 de junio 1792. Ademas de los diarios de que fué principal redactor, dió á luz el *Mundo de cristal reducido á cenizas*: una *memoria* en favor de Madama de Valore y otras obritas en que se echa de ver un humor cáustico y mordaz.

PAGINA 278.

3 J. L. Carra, se creia á sí mismo antes de la revolucion un profundo literato por que habia escrito algunos malos artículos para la enciclopedia. Viajó algun tiempo por Alemania y por último se retiró á Pont de Vesle en Dombes, que era el pueblo en que habia nacido. Apenas principiaron los alborotos en Paris cuando acudió inmediatamente á la capital, siendo uno de los mas ardientes revolucionarios pues propuso en 1789 la formacion de la municipalidad de Paris y la de la guardia urbana; ambos peligrosos en aquel tiempo, y origen de continuos alborotos.

En 20 de diciembre 1790 declaró con toda formalidad la guerra desde la tribuna de los jacobinos, al emperador Leopoldo, diciendo que él se encargaba de hacérsela con tal que se le diesen 50,000 hombres, 12 prensas, algunos impresores y papel suficiente, siendo esto lo bastante, á su modo de ver las cosas, para sublevar los pueblos de Alemania. Habló para contradecirle Mirabeau y consiguió que todos se burlasen de él. Persiguióle poco despues el juez de paz Lariviere por haber acusado como directores de la camarilla austriaca á los ministros Bertrand y Montmorin. En 8 de setiembre entregó á la asamblea durante la sesion una caja de oro que él dijo haber recibido del rey de Prusia en recompensa de una obra que le habia dedicado, y pidió que aquel oro que él despreciaba sirviese para hacer la guerra al soberano que se le habia dado, concluyendo con hacer añicos al acabar su discurso la firma de la carta de Federico Guillermo. Acababa entonces de ser nombrado miembro de la convencion, y él fué quien imaginó armar al pueblo con picas, al mismo tiempo que le predicaba en sus escritos las matanzas y el saqueo. Tambien se le debe á él la proposicion de ofrecer auxilios á todos los pueblos que quisiesen sacudir el yugo de sus respectivos gobiernos. Es inútil decir que fué uno de los que votaron la muerte del rey,

pero habiendo disgustado á Robespierre, se arrojó en el partido de los girondinos y no tardó en participar de su funesta suerte, pues habiéndole condenado á muerte el dia 31 de junio, fué egecutado al dia siguiente á la edad de cincuenta años.

PAGINA 278.

4 J. Chabot capuchino y natural de San Geniez-Dol departamento del Aveiron, se aprovechó inmediatamente de los decretos de la asamblea para emanciparse de sus votos, y su ardiente patriotismo le valió el empleo de provisor del abate Gregoire, obispo constitucional de Blois. Es tanta y tan funesta la celebridad de este hombre asi en el club de los jacobinos como en la asamblea legislativa y en la convencion, que solo pueden referirse de él algunas particularidades menos vulgarizadas. Por egemplo, la de habérsele cogido predicando por las calles del arrabal de San Antonio para que fuesen á asesinar al rey, en cambio, segun el decia, de haberle querido asesinar á él. Su principio político mas predilecto era que no por existir una asamblea, ni una convencion, ni cualquiera otro gobierno, quedaba encadenada la voluntad del pueblo, sino que este podia cuando quisiese alterar su constitucion. Ya puede verse en el testo de esta historia la gran parte que tuvo en las jornadas del 20 de junio y 10 de agosto; pero lo que no se dice en él es que el dia 17 de aquel mes propuso que se pregonase la cabeza de Lafayette, insistiendo al dia siguiente en que debian armarse todos los ciudadanos á fin de que cada cual pudiese, no solo matarle, sino tambien á todo el que reputasen por enemigo de la revolucion. Cuando estaban matando en las cárceles á millares los infelices presos, le envió la convencion á la Abadia para hacer que cesase la matanza, y volvió diciendo que aquello no era nada sino exageraciones de los diaristas, y que no podia contener la justicia del pueblo. En fin seria abusar de la sensibilidad de nuestros lectores referir por menudo las

atrocidades de este monstruo. Mas al fin llegó el dia de su castigo infligido por otros tan perversos como él. Acababa de casarse con una austriaca llamada Leopoldina Frey, á quien habia dado en dote setecientos mil francos cuando le arrestaron en el Luxemburgo, como cómplice de la faccion *Dantonista* y por haberse dejado corromper por cien mil francos. Durante su prision hizo mil bajezas para ablandar á Robespierre; pero no le sirvieron de nada, y luego que no le quedó duda de cual seria su suerte tomó un veneno que no acabó de matarle, y pudieron prolongar su existencia hasta el 5 de abril 1794 en que fué guillotinado á la edad de 35 años.

PAGINA 278.

5 Antonio Merlin de Thionville alguacil y luego regidor del ayuntamiento, fué diputado de la Mosela á la asamblea legislativa y formó con Bazire y Chabot, lo que llamaban entonces el *trio franciscano*, porque habian formado el proyecto de denunciar diariamente á todos los ministros y empleados de consideracion. Se le cita tantas veces en el cuerpo de esta obra que casi es inútil dar de él otras noticias que las que de ella misma se deducen, á no formar una lista de las infinitas denuncias, que sin duda por no faltar á su vocacion hacia diariamente. Como esta malísima propension no podia menos de suscitarle una multitud de enemigos, tuvo valor para pedir el dia 15 de agosto de 92, cinco dias despues de la catástrofe del trono, que Luis XVI, su familia y los parientes de los emigrados fuesen responsables de la seguridad de los miembros de la asamblea legislativa y de sus parientes, para lo cual insistió el 23 del mismo en que se arrestase á todas las mugeres é hijos de los emigrados. El dia 26 se ofreció en plena asamblea á ir á servir de voluntario en el cuerpo de tiranicidas propuesto por Juan de Bry, de cuyas resultas le envió aquel cuerpo en comision á los departamentos del Sena y del Aisne para promover la adesion á la nueva revolucion, y sacó por de pronto siete mil hombres que condujo al egército de Champagne.

Electo miembro de la convencion y considerándose precisado á manifestar mayor eutusiasmo por lo mismo que Mr. de Narbonne le habia acusado de haber tenido parte en las distribuciones de dinero que habia hecho la corte durante su mnisterio, sacó un puñal en medio de la asamblea y dijo que habia llegado á sus oidos que habia un partido en ella que trabajaba por nombrar un dictador, y que deseaba se le designaran para coserle á puñaladas en la sala misma. El 1.° de octubre de aquel año acusó á Luis XVI á quien llamó *infame* de haber querido derramar á torrentes la sangre del pueblo, y pidió que él y sus partidarios pereciesen en el cadalso, lo cual desgraciadamente no tardó en verificarse. Antes de la muerte del rey le nombraron comisario representante en Maguncia, y desde allí escribió votando por la muerte. No se le puede negar que manifestó mucho valor en aquella comision, pues no quiso salir de la plaza cuando estaba sitiada por los Prusianos y contribuyó mucho á su defensa saliendo el primero en persona en todas las salidas; pero al mismo tiempo la opinion pública le atribuia no pocas malversaciones fundándose en el escesivo lujo que ostentó luego y en las casas de campo y carruages que compró. Mas adelante estuvo tambien de representante en el Vendee y propuso que se escluyese del ejército á todos los nobles. A pesar de haber pertenecido de un modo tan claro al partido de la Montaña, no por eso dejó de alistarse con igual ardor en las banderas de los termidorianos, denunciando con igual furor á todos los que en su concepto pretendian volver á los principios de terror. Se encarnizó sobre manera contra la sociedad de jacobinos de quien antes habia sido miembro, y en los años sucesivos hizo deportar á una multitud de ellos. Finalmente este es uno de los pocos que despues de haber corrido todas las borrascas revolucionarias, acabó sus dias disfrutando de las inmensas riquezas que habia adquirido por medio de ellas.

PAGINA 278.

6 Claudio Bazire, hijo de un mercader de Dijon, se recibió de abogado y llegó á ser comisario de los archivos de los estados de Borgoña. En los primeros años de la revolucion fué nombrado administrador de distrito, y en setiembre de 1791 diputado de la costa de Oro á la asamblea legislativa. Señaló su llegada con las mas violentas mociones contra el rey y con una delacion contra Mr. Varnier recibidor general de contribuciones en Dijon por haber escrito una carta á uno de sus subalternos instándole á que enviára gente á Coblentz El 25 de aquel mismo mes votó la supresion de los hábitos eclesiásticos y religiosos, y dos dias despues hizo que se crease la comision de vigilancia. Durante todo el tiempo de aquella asamblea espuso los principios mas acalorados en favor de la revolucion llegando hasta pedir que se pregonase la cabeza de Lafayette, y es casi inutil decir que fué uno de los principales promotores de las jornadas de 20 de junio, 10 de agosto y primeros dias de setiembre. Nombrado miembro de la convencion, propuso desde las primeras sesiones la pena de muerte contra cualquiera que hiciese la mocion de crear un poder hereditario ó individual. Votó la muerte del rey, y al mes siguiente de su suplicio le nombraron miembro de la comision de seguridad general. El 22 de julio de 93 denunció al general Custine como partidario de los Girondinos é hizo decretar su arresto. El 28 de agosto siguiente propuso la ley que declaraba á la república en estado de revolucion hasta la paz. El 4 de octubre se opuso á que las cenizas de Fenelon fuesen llevadas al Panteon porque habia escrito en favor del gobierno monárquico. Todo esto iba muy bueno, pero habiéndosele escapado un dia decir que era mal hecho que se declarase fuera de la ley á los que lograban sustraerse de la justicia, le hizo acusar Robespierre juntamente con Chabot, Delaunay y Julian de Tolosa y fué condenado á muerte el 1.° de abril de 1794, siendo de edad de 30 años. Esta fué sin duda

la verdadera razon de su muerte, pero el pretesto que se tomó fué el haber sabido el robo y falsificacion del decreto de disolucion de la compañia de las Indias, hecha por Fabre de Eglantine y los dichos y no haberla revelado.

PAGINA 281.

7 L. H. T. de Cossé, duque de Brissac, par de Francia y gefe de la real Panateria, gobernador de Paris, capitan coronel de los cien suizos de la guardia real, y caballero de las órdenes. Fué nombrado en noviembre de 1791 general de la guardia constitucional del rey, y cuando se licenció este cuerpo bajo pretesto de que no era adicto á la constitucion, lograron Bazire, Chabot y algunos otros un decreto de arresto contra él y le enviaron preso á Orleans. Allí permaneció hasta el tiempo en que los Marselleses vinieron á buscar á los presos para llevarlos á Versalles donde los sacrificaron. El duque se resistió largo tiempo contra sus verdugos, pero habiéndole cortado dos dedos de la mano y hecho otras varias heridas, recibió un sablazo en la mandíbula que le hizo caer al suelo donde le acabaron. Fué hombre de una fidelidad á toda prueba, y cuando alguno le alababa de ella respondia: « No hago mas que lo que debo á sus antepasados y á los mios. » Sus virtudes y su funesta muerte inspiraron al poeta Delille unos versos hermosísimos, que estan en el tercer canto de su poema de la Compasion.

PAGINA 297.

8 J. A. Mourgues, vecino de Montpellier, sustituyó á Roland en el ministerio del interior el 13 de junio 1792, pero le desempeñó muy poco tiempo, reemplazándole Terrier-Monciel. La causa de su elevacion fué Dumouriez, pues habiéndole visto dirigir los trabajos del puerto de Cherburgo, suplicó al rey Luis XVI le nombrase ministro del interior. Escribió en 1797 una obra titulada *La Francia comparada á la Inglaterra y á la casa de Austria.*

Tambien en 1798 escribió otra que tenia por epígrafe ¿Es conveniente á la Francia ser dueña de un acta de navegacion general é indefinida? Y por último escribió en 1800 un Ensayo estadístico.

PAGINA 297.

9 Beaulieu era comisario de la contabilidad, cuando en mayo de 1792 fué nombrado, gracias al diputado Chapelier, ministro de contribuciones públicas, en reemplazo de Claviere. Pero este empleo peligroso le desempeñó muy poco tiempo aprovechando para dar su dimision, el informe que presentó el dia 10 de julio del estado de su ramo, concertándose para ello de antemano con sus cólegas. No fué aceptada esta dimision en aquel momento, aunque el dia 29 del mismo mes logró desistirse de su empleo. Pocos dias despues del 10 de agosto fué arrestado pero consiguió al corto tiempo que le pusiesen en libertad.

PAGINA 298.

10 J. B. Gouvion general frances, é hijo de un teniente de policia de Toul, entró desde muy jóven en el cuerpo de ingenieros y obtuvo el grado de capitan, con el cual sirvió en América bajo las órdenes de Lafayette, y llegó á ser su consegero mas íntimo. Cuando este último tomó el mando de la guardia nacional de Paris, llamó á Gouvion cerca de sí y le hizo dar el grado de general mayor. Pero como este oficial tenia poca inclinacion á rovoluciones democráticas, y era mas á propósito para mandar tropas disciplinadas, que á un populacho exaltado, no hizo gran papel en aquel destino. Habiéndole nombrado en setiembre 1791 para la asamblea legislativa se portó con tal moderacion que causó un desagrado general, y eso que en la sesion del 4 de diciembre inmediato pronunció un discurso contra los aristócratas de Toul. Mas queriendo oponerse el dia 6 de abril de 92 á que se concediesen los honores de la sesion á los

soldados de Chateauvieux que se habian escapado de presidio, donde se hallaban de resultas de la insurreccion de Nancy, y habian asesinado á su hermano; empezó á insultarle y amenazarle una parte de la asamblea y las tribunas, añadiendo Choudieu que no tenia mas que *salirse* sino se queria encontrar con los que él llamaba asesinos de su hermano. En efecto pocos dias despues dió su dimision de diputado y desafió á Chondieu hiriéndole gravemente de un pistoletazo. Entonces se fué al egército que mandaba Lafayette quien le empleó como general de division, y despues tomó el mando del egército. Habiendo sido atacado en Florennes por el general Beaulieu, se defendió muy bien durante cinco horas, á pesar de la inesperiencia é indisciplina de sus tropas. Pero atacado despues el dia 11 de junio delante de Maubeuge, le mataron de un cañonazo en el momento que estaba reuniendo sus tropas. Esta pérdida fué muy sensible para Lafayette y para todo el egército.

PAGINA 301.

11 El conde Dufort de Lajard ó Lajarte era natural de Burdeos donde se hallaba domiciliado, cuando dos hijos suyos habian emigrado á Coblentz; y la comision militar de allí le condenó á muerte por haber tenido correspondencia con ellos el dia 18 de marzo 1794.

PAGINA 301.

12 El marques de Chambons, mariscal de campo, era sobrino del mariscal de Biron y se habia casado con una hija natural de St. Florentin y de Madama Sabbatin, de quien se separó de resultas de un pleito muy ruidoso. Fué el primer corregidor constitucional de Sens y presentó á la asamblea el voto de quella ciudad, que habia resuelto lavantarla un monumento. Fué gran partidario de Lafayette, y mandó hacer una multitud de copias de su retrato para regalar á los confederados. En abril de 1792

se le empleó como mariscal de campo de las tropas del departamento de Paris y en el mes de junio siguiente fué ministro de negocios estrangeros; pero habiéndole denunciado Brissot por no haber dado conocimiento á la asamblea de la aproximacion de las tropas prusianas, se disculpó diciendo que el mismo no habia sabido nada de un modo positivo. Aquel mismo dia hizo su dimision, como todos sus compañeros declarando que no podian resistir á la anarquía. Despues del 10 de agosto de 92 salió de Francia y se refugió á Londres donde sucesivamente fue relogero, platero y diamantísta. Como era naturalmente disipador tuvo poco órden en sus negocios, contrajo deudas, jugó para salir de ellas y tuvo que contraer muchas mas, hasta que le pusieron preso en 1805 y le condenaron al pago ó á una larga prision donde creemos que murió.

PAGINA 301.

13 Terrier de Monciel, presidente del departamento del Jurá, en 1791 fué nombrado encargado de negocios de Francia cerca del elector de Maguncia y en 18 de junio de 1792, ministro del interior. En aquellas críticas circunstancias mostró un gran valor y suma probidad. Viósele muchas veces presentarse á la barra de la asamblea legislativa con el objeto de hacer sentir la verdad desnuda de los excesos de los desorganizadores, dirigiendo todos sus esfuerzos al mantenimiento del órden y á proporcionar una solidez positiva á la monarquia constitucional. Poco despues del 20 de junio publicó una proclama llena de vigor contra los jacobinos, los cuales resentidos de ello le obligaron á ofrecer su dimision. Desapareció entonces de la escena política en la que no volvió á tomar parte.

PAGINA 302.

14 C. F. Mallet, general frances y comandante de la legion de honor, nació en Dóle, en el Franco Condado

el 28 de junio 1754 y entró á servir en el cuerpo de carabineros á la edad de 16 años. Cuando se reformó este cuerpo se retiró á su pueblo donde permaneció hasta que principió la revolucion saliendo de él con el primer batallon con el grado de capitan. Distinguióse en muchas ocasiones, haciéndose acreedor al empleo de ayudante general en mayo de 1793, hasta que en 14 de agosto de 99 le elevaron al grado de general de brigada. Hizo la campaña de los Alpes bajo las órdenes de Championnet y obtuvo un gobierno en el interior. A principios de 1805 fué llamado á Paris, pero cuando principiaron de nuevo las hostilidades fué enviado á Italia en cuyo egército contribuyó á las victorias del general Masena.

PAGINA 308.

15 Desilles, hidalgo Breton, era oficial del regimiento de infanteria del rey, y se hallaba en Nancy cuando en 31 de agosto 1790, Mr. de Bouillé avanzó sobre esta ciudad al frente de algunos regimientos para reprimir la guarnicion que se habia amotinado. Viendo Desilles que los sublevados se dirigian á la puerta Stainville para hacer fuego sobre una de las columnas de aquel general y principiar por este medio las hostilidades, se arrojó sobre los cañones y arrancó repetidas veces las mechas ya encendidas de manos de los artilleros; pero esta conducta heróica le costó la vida, pues los artilleros cansados de su oposicion hicieron fuego sobre él y murió seis semanas despues, de sus heridas. Los teatros y las artes celebraron estraordinariamente este acto de adhesion, pero el triunfo de los jacobinos dió una nueva direccion á las ideas é hizo que se aprobase la conducta de la guarnicion. Algunos individuos de su familia y muy particularmente su padre y sus dos hermanas se vieron comprendidas en 1792 en una de las varias conspiraciones de aquel tiempo; el primero se vió precisado á huir á Inglaterra donde murió poco despues, y á las dos segundas se las mandó comparecer en 1793 ante el tribu-

nal revolucionario quien condenó una de ellas á muerte y absolvió á la otra.

PAGINA 308.

16 M. Jouve Jourdan, horriblemente conocido con el nombre de *corta cabezas*, nació en 1749 en St. Just, cerca de Puy, departamento del Alto Loira. Fué sucesivamente carnicero, aprendiz de herrador, contrabandista en las fronteras de Saboya, soldado en el regimiento de Aubernia, palafrenero en casa del mariscal de Vaux, vinatero en Paris con el nombre de Petit en 1787 y 88, asesino en 89, comerciante de rubia para tintes en Aviñon en 1790, general del ejército de Vaucluse en 1791, y últimamente gefe de escuadron en la gendarmeria nacional. Principió á brillar en Paris en 1789 desde los primeros asesinatos y particularmente el 6 de octubre en Versalles, donde cortó la cabeza á los dos guardias Deshuttes y Varicourt, observándose que para que la lluvia no borrase la sangre que tenia en las barbas, cuidaba mucho de llevarlas tapadas con la levita. « No merecia la pe-« na, decia con cierto orgullo, de hacerme ir hasta allá « por solas dos cabezas. » El fué quien arrancó el corazon á Foulon y á Berthier, por cuya hazaña pidió una recompensa cívica á la asamblea nacional. Despues le enviaron á Aviñon con motivo de la repugnancia que oponia una gran parte del pueblo á la reunion de aquel condado á la Francia. Son tan conocidas las atrocidades que allí cometió aquel monstruo, que la pluma se resiste á recordarlas. Hombres, mugeres, niños y ancianos fueron degollados por su mano en el palacio apostólico llamado la *Glaciere*. Las inumerables quejas que llegaron contra su crueldad hicieron que se le pusiese preso en marzo de 1792; pero inmediatamente le *amnistiaron*, y volvió de nuevo á Aviñon, donde no dejó con vida á ninguno de sus acusadores. Pasó despues á Marsella, cuando se insurreccionó aquella ciudad, donde estuvo para perecer pues ya le tenian en la cárcel; pero le libertaron las fuerzas de la convencion que llegaron; mandadas por Carteaux, y se le

nombró gefe de escuadron de la gendarmeria en una ciudad donde habia derramado tanta sangre. Ultimamente habiendo vuelto á Paris en 1794 el tribunal revolucionario, cuyo oficio era matar inocentes y culpados, condenó á muerte á este infame el dia 27 de mayo por federalista.

PAGINA 310.

17 Thevenot de Maroise era subdelegado de policia en Langres, donde le nombraron diputado del estado llano á los estados generales, donde no fué conocido por otra cosa que por haberse opuesto en los dias 5 y 19 de agosto 1790 al proyecto relativo á la creacion de tribunales de paz y de familia, y á que se impusiese la pena de muerte contra los oficiales de marina que hubiesen estado escondidos durante el combate.

PAGINA 310.

18 G. H. Couppe, no Coubé como dice el testo, era senescal del Lanion y diputado del estado llano á los generales de 1789. Provocó en octubre de 92 el decreto de acusacion contra Arturo Dillou, y en noviembre de 93 votó por la reclusion de Luis XVI. Adicto al partido de la Gironda, se huyó en la época del 31 de mayo de aquel mismo año, y habiéndole arrestado en Mantes declaró que si habia abandonado su puesto, no era mas que por el temor de que se renovasen las jornadas del 2 y 3 de setiembre. Habiéndole traido á Paris se le consideró como si hubiese renunciado y le sustituyó el suplente. Despues de la muerte de Robespierre volvió á entrar en la asamblea y se pronunció fuertemente contra los terroristas. En setiembre de 1795 llegó á ser miembro del consejo de los 500 y en el de 97 apoyó la súplica que se hizo en nombre de los niños, á quienes durante el régimen del terror habian puesto los nombres de Marat, Robespierre, etc. para que pudiesen cambiarlos por otros menos malsonantes. Salió del consejo en

mayo de 98, y en el de 1800 le nombraron los cónsules sucesivamente juez de apelacion y presidente del tribunal criminal de las costas del Norte; y últimamente fué miembro del cuerpo legislativo.

PAGINA 512.

19 A. F. Sergent gravador en dulce en Paris, fué uno de los mas grandes alborotadores de los distritos y del club de los franciscanos, de que era miembro. En 1790 y 91 era elector, y en 1792 le nombraron oficial municipal que es lo mismo que regidor. Entre él y su amigo Panis condugeron el motin el dia 20 de junio contra el palacio del rey, y lo que es peor escitaron la matanza que se hizo el dia 10 de agosto de los infelices Suizos en el patio de Tullerias. Por supuesto que quedaron entre sus manos una multitud de alhajas de gran precio, entre ellas una preciosísima ágata, por lo cual le quedó el sobrenombre de *Sergent-Agatte*, de que se le acusó repetidas veces en la convencion. No hablemos de las atrocidades que cometió é hizo cometer en las cárceles de Paris los primeros dias de setiembre, firmando ademas la circular que el dia 5 de aquel mes dirigió el ayuntamiento á todos los de Francia, *invitándoles á que imitasen aquel egemplo.* Estas proezas le proporcionaron ser elegido miembro de la convencion en aquel mismo mes y por consecuencia se opuso muy mucho en la sesion del 21 á que se aprobára una mocion que hizo el diputado Kersaint para que se publicase una ley contra los provocadores al asesinato, como cosa que le interesaba tan directamente. En los primeros dias de enero tuvo la crueldad de presentar adiciones á la acta de acusacion contra Luis XVI cuya muerte votó. Poco despues se pronunció contra el partido de la Gironda. y apoyó á los primeros que fueron á denunciar á Dumouriez, asi como se declaró defensor de Pache y de Rossignol, que eran si cabe peores que él. En el mes de agosto del año siguiente propuso que se erigiera una estatua á Juan Jacobo Rousseau

Biblioteca Universitaria Oviedo

y solicitó los honores cívicos para Pedro Bayle que habia muerto en Tolon. Lo admirable es, que un hombre tan infame, tan lleno de crímenes y tan odioso á todos los partidos no solo pudiese escapar al régimen del terror, sino que tampoco le eligieron por víctima ninguna de las reacciones que hubo despues del 9 thermidor, y que consiguiese un empleo en la administracion de los hospitales militares de la capital, que tuvieron que quitarle por sus malversaciones.

PAGINA 312.

20 Panis era un abogado, cuñado de Santerre, y uno de los diputados de la convencion mas influyentes de la capital. El fué quien estuvo encargado con Sergent de sublevar el arrabal de San Antonio, y uno de los miembros de la municipalidad que se constituyó á sí misma el dia 10 de agosto para acabar de anonadar la monarquia. Se le acusa generalmente de haber sido autor principal de las matanzas que se hicieron en las cárceles los dias 2 y 3 de setiembre 1792. Se dice tambien que él habia hecho escapar al príncipe de Poix mediante un fuerte rescate; pero no dice esto muy bien con la estrema pobreza en que salió de la convencion y la miseria con que vivió despues. En enero 1793 votó la muerte de Luis XVI, y como gran partidario de Robespierre, fué miembro de la comision de seguridad general durante su reinado, aunque luego se separó de él poco antes de su caida. Sin embargo continuó adicto al partido jacobino despues de la muerte de aquel tirano y cuando le tocó el turno de ser acusado el mismo, se defendió de la manera mas ridícula, hablando de la *pureza de su corazon*, *de su humanidad*, y llamando á sus compañeros *Señores, Señores*, lo cual no le libertó de que le enviasen arrestado. Algun tiempo despues fué comprendido en una amnistia y le emplearon en los hospitales de Paris donde pasó el resto de su vida en la mayor oscuridad y no sabemos si vive ó si ha muerto.

PAGINA 313.

21 Carlos Alejo Alexandre comisario de guerra de los egércitos de la república francesa, fué uno de los principales promovedores de la jornada de 10 de agosto de 92. Habia sido antes corredor de la bolsa de Paris, y su amigo Santerre le hizo nombrar comandante del batallon del barrio de los Gobelinos y despues pasó al egército de los Alpes en calidad de comisario ordenador. El 22 de junio de 93 fué propuesto por Barrere para ministro de la guerra en lugar de Alejandro Beauharnais que habia reusado aquel empleo, pero no se llegó á verificar. Tambien estuvo en lista para ser director, antes del 18 fructidor en concurrencia con Barthelemy y Beurnonville. Despues fué oficial mayor del ministerio de la guerra y últimamente miembro del tribunado.

PAGINA 313.

22 Carlos Fournier, llamado el americano, habia estado preso mucho tiempo en las cárceles de Santo Domingo donde nació, por una multitud de crímenes que habia cometido, y acababan de traerle á Francia para ser juzgado cuando principió la revolucion. En 1789 le sacaron de los calabozos para que fuese á gritar al palacio real y no tardó en ser uno de los corifeos del club de los franciscanos. En 1791 acompañó á Jourdan *corta cabezas* á Aviñon, donde mereció igual sobrenombre. Despues vino á la capital al frente de las bandas conocidas con el nombre de los Marselleses, y mandó una compañia el 10 de agosto 1792. Convidado por Leonardo Bourdon y por el polaco Lazousky compañero de todos sus crímenes, se dirigieron á Orleans al frente de una multitud armada, donde se habian sacado los presos para traerlos á juzgar á Versalles, y allí se apoderaron de ellos los asesinos y los sacrificaron el dia 9 de setiembre del mismo año. Despues continuó haciendo un gran papel en las

secciones, y burlándose de cuantas acusaciones se dirigian contra él, inclusas las del mismo Marat que le denunció el 12 de marzo de 92. Sobrevivió á todas las catástrofes revolucionarias y todavia en 1799 era miembro de los jacobinos de Paris, hasta que en noviembre de aquel año le condenaron á la deportacion, mas pronto se conmutó esta pena en la de tener la casa de ayuntamiento por carcel. Al año siguiente le volvieron á poner en otra lista de deportados, y murió en las islas Sechelles en 1805.

PAGINA 315.

23 L. Legendre habia sido marinero durante diez años, y era cortador en Paris cuando principió la revolucion. Tenia bastante talento natural, aunque se resentia de su educacion grosera y de los oficios que habia desempeñado. Desde el 1.° de junio 1789 fué uno de los conductores de aquellas procesiones patrióticas que pasearon por las calles los bustos de Necker y del duque de Orleans. Hizo entonces algunas arengas al pueblo, que no dejaron de llamar la atencion de los corifeos del partido popular. Entre ellos se distinguieron mucho los hermanos Lameth, de quienes era carnicero, y le adulaban y se reunian con él frecuentemente. Pero con el tiempo les abandonó por serviles y se unió con Marat, Danton y Camilo Desmoulins, llegando á ser uno de los gefes del club de los franciscanos. Dió asilo al primero de estos en su casa, cuando le quisieron arrestar por sus escritos incendiarios. El fué quien al frente de una diputacion del teatro frances, fué á arengar á la asamblea legislativa sobre la necesidad de deponer al rey, y representó gran papel en las jornadas del 20 de junio y 10 de agosto. En consecuencia de ellas le nombró la ciudad de Paris miembro de la convencion, y desde entonces ya puede discurrirse con cuanta obstinacion perseguiria al rey, cuya muerte votó. Mas no contento con eso, propuso la víspera del suplicio que se cortase el cuerpo de S. M. en 84 pedazos y se enviase uno á cada departamento. Esta absurda y cruel proposi-

cion, le valió el nombramiento de miembro de la comision de seguridad general. Posteriormente le nombraron representante á Lyon, á Ruan y á Dieppe, donde esparció el terror y la muerte con atroz prodigalidad. Cuando en los pueblos se quejaban de la escasez de pan, les respondia muy seriamente que *comiesen carne de aristócratas*. Sin embargo de eso, cuando en 1794 se hizo una epuracion de la sociedad de los jacobinos, fué denunciado por algunos, á causa de que su conducta en Lyon era casi contra revolucionaria; pero le defendieron Bazire y Marat y de resultas fué nombrado presidente de los jacobinos. Seria demasiado prolijo seguir la marcha de los crímenes de este malvado, tanto mas cuanto para aquellos tiempos fué efectivamente muy larga; pues que habiendo atravesado las épocas del terror, de la reaccion thermidoriana, y todas las conspiraciones y revueltas que se siguieron á ellas, murió de muerte natural en Paris el 15 de diciembre 1797, de edad de 41 años, dejando en su testamento su cuerpo á la facultad de medicina de Paris á fin, decia, de ser útil á los hombres aun despues de su muerte.

PAGINA 313.

24 Este Rossignol era un aprendiz de platero en Paris, cuyas violentas pasiones estravió mucho mas la falta de instruccion y la concurrencia á todas las conmociones é insurrecciones jacobinas. Desde la toma de la Bastilla hasta las matanzas que se hicieron en los primeros dias de setiembre, siempre se encontró de los primeros en la perpetracion de todos los crímenes. Este fué el que dió la señal para la muerte de Mandat en las escaleras del ayuntamiento en el momento que se retiraba. En 1793 le hicieron teniente coronel de una division de gendarmeria y le emplearon contra los del Vendee; pero Biron que mandaba en gefe aquel ejército, le mandó encarcelar en Niort por robos y atrocidades cometidas en aquel país. Obtuvo su libertad por medio de sus amigos los jacobinos, y se le dió el mando de una divi-

sion conocida con el nombre de las costas de la Rochela. Durante el mes de agosto de aquel año obtuvo algunas ventajas sobre los realistas ; pero cual seria su conducta, cuando á fines del mismo mes los representantes de la convencion tuvieron que quitarle el mando por sus *robos inauditos y por haberse entregado á la crápula mas escandalosa*. Sin embargo volvió despues á reintegrarle el ministro Bouchotte, y desde entonces fué constantemente batido por los realistas, y en particular por LarocheJacquelin , con cuyo motivo le quitaron de alli y le dieron el mando en gefe del ejército de las costas de Brest, donde se excedió á sí mismo en crueldades y horrores de todo género. Una de ellas fué, publicar en la órden del dia que pagaria diez pesetas por cada par de orejas de insurgente que le lleváran , y asi sucedió efectivamente, segun asegura Danican en sus memorias. Era hombre que habia llegado á vanagloriarse públicamente de sus atrocidades, y así decia en Saumur en una cena donde estaba con otros amigos: « Ves este brazo; pues bien él degolló sesenta « y tres sacerdotes en la iglesia del Carmen de Paris. » Otra vez , enviando sus instrucciones á Grignon le decia: « En general , pienso que estás pronto á pasar el Loira , « y te encargo que mates todo lo que encuentres , porque « no hay otro modo de hacer una revolucion. » Podrian citarse otros mil dichos y hechos igualmente horribles ; pero seria una lista demasiado larga , y se fatiga la imaginacion con solo escribrir tales horrores. El 1.° de abril 1793 mandó la convencion que le arrestasen por un sin fin de crimenes que refiere el acta de acusacion, sin embargo de que en aquel tiempo acusar era morir, este obtuvo la libertad y pudo continuar por algun tiempo la carrera de su frenesí que parecia llegar á ser inestinguible de sangre. Cuando en 1796 se ligó con Drouet y Babeuf que intentaban la conspiracion de que hablará luego el testo de esta obra , les decia Rossignol : « Yo no quie- « ro nada con vosotros , ni con vuestro club , ni con vues- « tra insurreccion , como yo no vea caer las cabezas lo « mismo que el granizo y como el piso de las calles no

«esté todo lleno de sangre, y últimamente como no me «deis palabra de que hemos de inspirar tal terror, que «se estremezca todo el universo.» Sin embargo, repetimos, este hombre se escapó del cadalso, y aun figuró al frente de las tropas que en 1797 estuvieron encargadas del arresto de Pichegru y de todos los miembros proscriptos de los dos consejos. Pero al fin ni podia dejar de cometer crímenes ni quedar enteramente impunes; resultó complicado en la esplosion del 24 de diciembre 1800 en que quisieron matar á Bonaparte con una máquina infernal, y le deportaron á una de las islas del archipiélago, donde murió miserablemente en 1803.

PAGINA 315.

25 Carlos Barbaroux, diputado á la convencion, nació en Marsella y abrazó la causa de la revolucion con un ardor poco comun. Vino á Paris en junio de 92 con algunos centenares de Marselleses para hacer la revolucion contra la corte, de que con tantos pormenores dá cuenta Mr. Thiers. Por tanto es inutil que repitamos muchas de las anécdotas de su vida; pero atribúyesele á él casi esclusivamente haberse anticipado las divisiones entre los Girondinos y los de la Montaña, que tanta sangre costaron á uno y otro partido. El fué quien acusó á Tallien, á Panis, á Santerre, á Deforgues, á Robespierre, á Marat, á Petion y á los demas miembros del ayuntamiento, de que se habian apropiado una gran cantidad de plata labrada y un millon y cien mil francos en oro; pero no se dió curso á su denuncia. En otras varias ocasiones acusó á Robespierre y á Marat, lo cual prueba el ascendiente y aun el valor que tenia este personage. Votó la muerte del rey, y sin embargo hizo luego grandes esfuerzos para que se esperase la sancion del pueblo en asambleas primarias, pero no consiguió nada sino irritar contra sí el furor de la Montaña que propuso su espulsion y que se le formase causa. Sin embargo fué miembro de la primera comision de salud pública, cuya diso-

lucion no tardó en proponer él mismo. Igualmente solicitó el 7 de mayo de 93 que se restringiesen las facultades de los representantes que se enviaban á los departamentos, citando los excesos y crueldades cometidas por Moises, Bayle, Freron y Boysset en Marsella. Igualmente sacó á plaza las intrigas y venalidades de los jacobinos en la provision de empleos para el ejército, numerando hasta nueve mil personas que habian obtenido grados por corrupcion. Semejantes osadías no podian menos de costarle muy caro en aquel tiempo, y habiéndole arrestado con los demas de la Gironda el dia 2 de junio 1792 logró escaparse del gendarma que le guardaba y se retiró al departamento de Calvados, donde, de concierto con Buzot, Gorsas, Enrique Lariviere y otros intentó hacer un levantamiento contra la convencion. Mas habiéndole cogido poco despues en Burdeos, le guillotinaron el 25 de junio 1794. Dice Madame Roland en sus memorias que era tan hermoso este jóven que solo se le podia comparar á Antinoo: lo cierto es que su memoria es mucho menos odiosa que la de otros patriotas de aquel tiempo, y que la convencion le puso despues de su muerte en el número de los mártires de la libertad.

PAGINA 319.

26 L. P. Manuel, natural de Montargis, hijo de un simple portero, recibió bastante buena educacion y llegó á ser sustituto de una cátedra en Paris y luego preceptor del hijo del banquero Tourton que le señaló una pension vitalicia. Despues publicó un folleto que le ocasionó estar tres meses preso en la Bastilla; pero cuando principió la revolucion se entregó á ella con el mayor entusiasmo haciéndose miembro de la sociedad de los jacobinos. En 1791 le nombraron procurador síndico del ayuntamiento de Paris y entonces dió un libre curso á su audacia y á sus diatribas contra toda clase de autoridad. En 1792 propuso que se encerrase á la reina en Val de Grace durante la guerra, como sospechosa. Suspendido por el di-

rectorio del departamento de sus funciones de resultas de los escesos del 20 de junio de 92, fué reintegrado por un decreto de la asamblea para que los continuase en el 10 de agosto, y en efecto lo hizo con tanta eficacia, que dos dias despues solicitó en la barra que se encerrase á Luis XVI en el Temple, y tuvo la satisfaccion de conducirle á él. Nombrado miembro de la convencion, tomó el encargo de ir á notificar al rey su abolicion y el establecimiento de la república. Desde entonces conmovido de la serenidad del monarca y de la dulzura de toda su familia, parece que se mitigaron los gérmenes de su resentimiento, y así se separó del partido de Robespierre y procuró diferir el proceso del rey, proponiendo en la convencion que se consultase al pueblo en asambleas primarias para saber si consentia en la abolicion definitiva de la monarquia. Este cambio repentino sorprendió á todos los oyentes, procurando cada cual investigar la causa de él y sospechando los mas que habia sido ganado por la reina. Casi el mismo lenguage tuvo en los jacobinos, añadiendo que las matanzas del mes de setiembre habian sido el *San Bartolomé del pueblo, quien aquel dia se habia manifestado tan malo como un rey*. Al oir esto todos los concurrentes digeron que se habia vuelto loco y fueron tales las injurias que le prodigaron que tuvo que hacer su dimision el 19 de enero 1793. Entonces escribió á la asamblea, diciendo: « que de la manera que ella estaba « compuesta, la era imposible salvar á la Francia, y que « el hombre de bien no podia hacer otra cosa que envol- « verse en su capa. » Entonces fué cuando Choudieu propuso declararle infame y traidor por haber abandonado su puesto. Mas esta proposicion no tuvo efecto y Manuel se retiró á Montargis, donde una porcion de furiosos le dieron tantos palos y pedradas que le dejaron por muerto. Habiendo sobrevivido á este atentado, le arrestaron por sospechoso y le condugeron á la consergeria de Paris. Su aparicion en aquel sitio inspiró un horror general á todos los presos que le miraban como uno de los principales autores de las matanzas de setiembre, y asi

Biblioteca Universitaria Oviedo

le cogieron y le llevaron á un pilar, que estaba todavia teñido con la sangre derramada en aquellos dias desastrosos. Uno de los presos le dijo en alta voz: « mira bár- « baro, esa sangre se levanta contra tí. » Citado como testigo en el proceso de la reina, lejos de incriminarla alabó su valor y compadeció sus desgracias. Mas no tardó en comparecer ante el tribunal revolucionario, donde se defendió con energia, hasta que oyendo su condenacion á muerte, cayó en un abatimiento que no cesó hasta el momento de recibir el golpe mortal el dia 14 de noviembre 1793 á la edad de 42 años. Es autor de una *carta de un oficial de guardias de Corps*, y *de una ojeada filosófica sobre el reinado de San Luis*, impresos en 1786.

PAGINA 319.

27 Alexis Brulard de Genlis, marques de Sillery, mariscal de campo y antiguo coronel de dragones, fué diputado por la nobleza de Reims á los estados generales. Estaba casado con la célebre Madama Genlis la escritora, mas no por eso dejó de ser desde su juventud el confidente y compañero de todos los placeres y desórdenes del duque de Orleans. En el momento de la revolucion fué uno de sus mas ardorosos partidarios, aunque no el mas distinguido de entre ellos, y asi tomó parte en todos los movimientos populares, asi como en las discusiones en 1789 y 90, sobre todo en la relativa á los derechos de la rama española de los Borbones al trono de Francia, defendiendo constantemente al duque de Orleans, que era enemigo declarado de Luis XVI. Era adversario acérrimo de las dos cámaras, como medio para establecer la aristocracia del senado; y asi decia: « Si despues de « esta revolucion, no sois el pueblo mas libre del uni- « verso, la posteridad os tratará de rebeldes y pusilani- « mes » Tomó una parte activa en las jornadas del 5 y 6 de octubre, y se le designó en la causa como uno de los principales autores de los atentados contra la familia real. El era quien hacia las proposiciones que le dictaba su

patron relativas á la marina real, sobre todo en las que decian relacion con su preferencia sobre la mercante. En 1792 le nombraron miembro de la convencion nacional y á poco tiempo pasó de representante al ejército de Dumouriez. En el proceso de Luis XVI votó por la reclusion y *destierro perpetuo* de aquel *príncipe* y de *su familia* despues de la paz. La desercion de Dumouriez, á que se siguió muy pronto la del hijo del duque de Orleans (hoy Luis Felipe I), colmaron la medida del desprecio y desconfianza que ya inspiraba el padre, y á pesar de los esfuerzos de Sillery, no solo se decretó la muerte de aquel príncipe, sino que tambien se le puso á él con centinela de vista, y habiéndole envuelto en la proscripcion del 31 de mayo, 1.° y 2 de junio de 93, le condenaron á muerte el dia 30 de octubre de aquel mismo año.

PAGINA 324.

28 P. L. Ræderer era consejero en el parlamento de Metz cuando vino á los estados generales y en ellos tomó el partido de la revolucion. Denunciado en noviembre de 1789 por su mismo parlamento, hizo que se tomasen medidas rigurosas contra este cuerpo, y lo mismo pocos dias despues contra el de Rennes. Estuvo en las comisiones de impuestos y como tal habló varias veces con mucho acierto sobre la division departamental, judicial y religiosa de Francia. Sus votaciones en general fueron entonces en el sentido del movimiento, declarándose grande enemigo de los emigrados y de los partidarios de la corte. Denunció varias veces á los ministros de Luis XVI y en particular al de la guerra. Mas luego que se disolvió la asamblea nacional en setiembre de 1791 fué nombrado procurador síndico general del departamento de Paris, en cuyo destino alagaba unas veces al rey, y otras á los jacobinos y á la asamblea, esperando por esta conducta incierta preservarse de los ataques de la municipalidad; pero no puede negarse que en el terrible dia 10 de agosto se condujo noblemente con el rey, por

mas que fuese tan triste el resultado del consejo que le dió de refugiarse en la asamblea. Con todo eso le acusaron del crimen de haber querido mantener la constitucion que entonces regia, y sobre todo de haber intentado salvar la vida del rey. El se defendió vigorosamente, pero al fin tuvo que tomar el recurso de esconderse por todo el tiempo que duró el régimen del terror. Volvió á parecer en público en 1794 redactando *el diario de Paris* de que era propietario, hasta que en 1799 se reunió con Volney y con Talleyrand y fué uno de los que mas contribuyeron á preparar la revolucion del 18 brumario. El primer consul le nombró consejero de estado y presidente de la seccion del interior. Poco despues le dió la direccion de la instruccion pública en que fué reemplazado por Fourcroi. En tiempo del imperio fué senador y desempeñó varias comisiones en Suiza y en Bruselas, teniendo mucha parte en varias combinaciones diplomáticas que le consultaba el emperador. Fué hombre de mucha elocuencia, y sus escritos denotan mucho nervio é instruccion.

PAGINA 525.

29 J. V. Dumolard, abogado de Grenoble, nació en Vizille en el Delfinado, y no tenia mas que 25 años cuando le nombraron diputado á la legislatura. El fué quien en octubre de 1791 provocó la necesidad de prestar individualmente el juramento cívico y por consecuencia las persecuciones dirigidas contra los clérigos y contra los emigrados. Durante todo aquel año y parte del siguiente afectó unos sentimientos mucho mas exagerados que los que le distinguieron despues. Pero desde el dia 11 de mayo empezó á indignarse contra la insubordinacion que reinaba en los egércitos, contra las infames calumnias que se levantaban contra la reina, contra los promovedores de los escesos del 20 de junio y contra el abuso de las diputaciones armadas que se presentaban en la asamblea. Estuvo para ser asesinado el dia 8 de agosto de 92 al salir de ella, por haberse opuesto al decreto de acusacion

contra Lafayette y se refugió en un cuerpo de guardia del palacio real, de donde tuvo que saltar por una ventana. Este peligro le sirvió de escarmiento para no volver á desplegar sus labios en la tribuna y para esconderse despues durante todo el tiempo del terror, sin volver á parecer hasta el mes de enero de 1796. Entonces, á pesar de los murmullos y gritos del partido contrario, defendió la causa de los parientes de los emigrados, diciendo que no habia ningun derecho para privarles de sus bienes; y en una palabra se declaró protector nato de todos los oprimidos. Entre ellos contaba tambien en 1797 á la libertad de imprenta, que el directorio se empeñaba en aniquilar. Fué un perpetuo denunciador de todos los que intentaban volver al régimen del terror, y acabó por ser deportado á Oleron, hasta que los cónsules le volvieron á llamar en 1799 y le dieron la subprefectura de Cambray y últimamente se le nombró en 1805 miembro del cuerpo legislativo.

PAGINA 327.

30 J. J. Calvet diputado del departamento del Arriege á la asamblea legislativa, donde se declaró contra los jacobinos, y desde las primeras sesiones hizo que se decretára la formacion de la guardia asalariada de Paris en dos batallones de linea á pesar de la oposicion del lado izquierdo. El 30 de enero de 92 combatió como sanguinarias las proposiciones para impedir la emigracion como contrarias á la libertad. Se opuso mucho á que se le concediesen á Dumouriez, ministro de negocios estrangeros, los seis millones de francos que pedia para gastos secretos. El dia 20 de junio de 92 se opuso abiertamente á que se permitiese la entrada en la barra á los sublevados del arrabal de San Antonio que se dirigian á palacio. Estuvo tres dias preso en la Abadia por haber tratado de canalla á los denunciadores de la nueva guardia real, y comparado los tiempos en que él vivia á los reinados de Tiberio y de Neron. Fué sucesivamente miembro de las comisiones militar y de vigilancia y habló muchas veces en

nombre de una y otra. Este fué uno de los que sufrieron mas insultos del populacho por haberse opuesto á la acusacion de Lafayette, con cuyo motivo tuvo la sensatez de escaparse y de este modo evitó los efectos del régimen del terror.

PAGINA 332.

31 Andres Arnoldo Aclocque, fabricante de cerbeza de Paris en el arrabal de San Marcelo cuando principió la revolucion, siendo elector de su distrito se reunió á la municipalidad el 14 de julio de 89 y le nombraron representante y comandante de su batallon. Despues de la retirada de Lafayette quedó siendo uno de los seis comandantes de la guardia nacional que alternaban en el mando. No se separó del rey en la jornada del 20 de junio de 92, y cuando la multitud penetró en la real cámara, Luis XVI se apoyó sobre él y no dejó de hacerle servicios muy esenciales. Segun los papeles que se encontraron en el armario de hierro, parece que Aclocque fué el encargado de distribuir las sumas que esparcia la corte para el pueblo de los arrabales. Entre todos los que ocuparon aquel empleo de gefes diarios de la guardia nacional, es Aclocque el único que escapó de la muerte ó de la destitucion. Supo ocultarse durante el terror y mas que todo contribuyó á ello su conducta estimable y honrosa. Su familia goza en Amiens de mucha y muy justa consideracion.

CAPITULO VI.

Consecuencias de la jornada del 20 de junio.— Llegada de Lafayette á Paris; sus quejas á la asamblea.— Rumores de guerra; invasion inmediata de los Prusianos; discurso de Vergniaud.— Reconciliacion de todos los partidos en el seno de la asamblea el 7 de julio.— Declárase la patria en peligro. — Suspende el departamento de sus funciones al corregidor Petion. — Representaciones conminatorias contra la corona. — Propone Lafayette al rey un proyecto de fuga.— Tercer aniversario del 14 de julio; descripcion de la fiesta.— Preludio de una nueva revolucion.— Comision insurreccional.— Pormenores acerca de los mas célebres revolucionarios de aquella época; Camilo Desmoulins, Marat, Robespierre, Danton. — Proyectos de los amigos del rey para salvarle.— Diligencias de los diputados girondinos para evitar una revolucion.

A la mañana siguiente de aquel dia insurrecional del 20 cuyas principales circunstancias acabamos de referir, tenia todavia Paris un aspecto amenazador y los diversos partidos se agitaban con mas violencia. La indignacion no podia me-

nos de ser general entre los partidarios de la corte que le miraban como un ultraje; y entre los constitucionales que consideraban aquella invasion como un atentado á las leyes y á la tranquilidad pública. Grande habia sido sin duda el desórden, pero se exageraba mucho mas, suponiendo que se habia tenido proyecto de asesinar al rey y que solo se habia malogrado por una feliz casualidad. Asi por una natural reaccion, todo el favor de aquella jornada era para la familia real, que en el dia anterior habia estado espuesta á tantos peligros y ultrages, mirándose con gran odio á los supuestos autores de la insurreccion.

Todos los semblantes estaban tristes en la asamblea y algunos diputados se espresaron con mucho vigor contra los acontecimientos de la víspera. Propuso Mr. Bigot [1] una ley contra las peticiones armadas y contra la costumbre de que desfilasen las bandas por el salon; y en efecto aunque ya existian leyes sobre este punto, se renovaron por un decreto. Quiso Mr. Davierhoult [2] que se formase sumaria á los perturbadores, pero se le replicó que como era posible sumariar á cuarenta mil hombres. Pues bien, respondió él, si no se puede distinguir á los culpables entre cuarenta mil hombres, á lo menos se debe castigar á la guardia que no se ha defendido, y de todos modos es me-

nester hacer algo. Vinieron despues los ministros á informar sobre lo que habia pasado y se sucitó una discusion acerca de la naturaleza de los hechos. Un miembro de la derecha, apoyándose en la idea de que Vergniaud no podia ser sospechoso y habia presenciado la escena, quiso que refiriese lo que habia visto; pero Vergniaud no quiso levantarse á pesar de esta interpelacion y guardó silencio. Entretanto los mas osados del lado izquierdo sacudieron todo temor y volvieron á estar sobre sí al fin de la sesion. Se atrevieron hasta á proponer que se examinase si era necesario el *veto* para los decretos de circunstancias, mas esta proposicion fué desechada por una gran mayoria.

A la tardecilla se receló que hubiese otra nueva escena semejante á la de la víspera, porque el pueblo al retirarse habia dicho que volveria y se creyó que cumpliese su promesa. Pero bien fuese un efecto de la emocion del dia anterior ó que este nuevo proyecto no mereciese la aprobacion de los corifeos del motin, se le contuvo fácilmente, y Petion se apresuró á ir á palacio á anunciar á S. M. que estaba restablecido el órden y que el pueblo despues de haber presentado su peticion se habia quedado tranquilo y satisfecho. Eso no es verdad —dijo el rey.—¡Señor!.....—Cállese V. —El magistrado del pueblo no tiene por que callar cuando cumple con su deber y dice la verdad.

—V. responde con su cabeza de la tranquilidad de Paris.— Conozco cual es mi obligacion y sabré cumplirla.— Basta: vaya V. á desempeñarla y retírese.

Por mas bondadoso que fuese el rey, era propenso á raptos de mal humor, que los cortesanos llamaban *coup de boutoir* (una raviscada). Se irritó mucho al ver á Petion, á quien todos echaban la culpa de haber promovido las escenas de la víspera, y esto fué lo que ocasionó la conversacion que acabamos de referir. No hubo persona que no lo supiese en todo Paris, é inmediatamente se esparcieron dos proclamas, una del rey y otra del ayuntamiento, en que parecia que estas dos autoridades estaban en lucha abierta.

Decia el ayuntamiento á los ciudadanos, que permaneciesen tranquilos, que respetasen al rey y que no solo respetasen sino que *hiciesen tambien respetar* á la asamblea nacional; que no se reuniesen con armas porque lo prohibian las leyes, y sobre todo que desconfiasen de los mal intencionados que procuraban suscitar nuevos movimientos.

Decíase esto último porque corria la voz que la corte intentaba sublevar de nuevo al pueblo para tener ocasion de emplear en él la metralla; resultando de este modo que mientras la corte suponia á los demas el proyecto de un asesinato, los

barrios la suponian capaz de proyectar una matanza.

La proclama del rey decia : « No habrán oido sin « dolor los franceses la nueva de que una multi- « tud estraviada por algunos facciosos ha pene- « trado á mano armada hasta la habitacion del « rey..... Y que el rey no ha opuesto á las ame- « nazas é insultos de los facciosos mas que su con- « ciencia y su amor al bien público.

« Ignora cual es el término á donde se han pro- « puesto llegar, pero cualquiera que sea el exceso « que se cometa, nunca le arrancarán el consen- « timiento á lo que él no considere útil al interes « público.....

« Si los que quieren trastornar la monarquía « tienen necesidad de un crímen mas, ya pue- « den cometerle.

« Manda el rey á todos los cuerpos administra- « tivos y municipales que velen en la seguridad de « las personas y propiedades. »

Estos lenguages tan opuestos correspondian á las dos opiniones que se formaban entonces. Todos aquellos á quienes desesperaba la conducta de la corte, se irritaron mucho mas contra ella y se decidieron á trastornar todos sus proyectos por cuantos medios les fuesen posibles. Las sociedades populares, los ayuntamientos, la gente de armas tomar, una porcion de la guardia nacional y el lado izquierdo de la asamblea, comprendieron la pro-

clama del corregidor de Paris y se resolvieron á no tener mas prudencia que la necesaria para no dejarse fusilar sin resultado decisivo. Inciertos todavía sobre los medios que debian emplear, esperaban llenos de desconfianza y de la misma aversion que tenian antes, y lo primero que hicieron fué obligar á los ministros á presentarse en la asamblea para dar cuenta de las precauciones que hubiesen tomado acerca de estos dos puntos esenciales: el 1.º sobre las turbulencias religiosas que excitaban los clérigos; y el 2.º sobre la seguridad de la capital, á quien debia cubrir un campamento de 20 mil hombres reusado por el rey.

Aquellos á quienes se daba el nombre de aristócratas, es decir, los constitucionales sinceros, una parte de las guardias nacionales, muchas provincias y sobre todo los directorios de departamento, se pronunciaron en aquella ocasion con un tono bastante enérgico. Como las leyes habian sido violadas, y ellos tenian la ventaja de la palabra usaron de ella con altivez, y asi llegaron á manos del rey una multitud de representaciones. En Rohan y en Paris se preparó una peticion con mas de 20 mil firmas, la cual fué mirada por el pueblo con igual ódio que la que habian firmado ocho mil parisienses contra el proyecto del campamento. Ultimamente se mandó por el departamento hacer una informacion sumaria contra el

corregidor Petion y contra el procurador síndico Manuel, acusados ambos de haber favorecido con su inercia la irrupcion del 20 de junio. Se hablaba en general con admiracion de la conducta del rey en aquella fatal jornada, y se habia cambiado enteramente de opinion acerca de su carácter, arrepintiéndose de haberle tenido por débil. Pero bien pronto se vió que todo aquel valor pasivo que resiste, no es comparable con el otro valor activo y emprendedor que previene los peligros en lugar de aguardarlos con resignacion.

Tambien el partido constitucional empezó á moverse con la mayor actividad, y todos cuantos habian rodeado á Lafayette para concertar con él la carta del 16 de junio volvieron á reunirse para intentar un gran paso. Se habia indignado aquel general cuando supo lo que habia pasado en palacio, y le encontraron perfectamente dispuesto. Se hicieron llegar á él varias representaciones de sus regimientos que todas manifestaban igual indignacion. Que estas representaciones fuesen sugeridas ó espontáneas, él las interrumpió con una órden del dia en que prometia espresar él mismo en persona los sentimientos de todo el ejército. Por tanto resolvió ir él mismo á repetir al cuerpo legislativo lo que habia escrito el 16 de junio; y para ello se concertó con Luckner, que como antiguo guerrero que jamas habia salido de su cam-

po, era muy fácil de persuadir. Le hizo escribir una carta destinada al rey en que espresase los mismos sentimientos que él iba á manifestar de viva voz en la barra del cuerpo legislativo. En seguida tomó todas las medidas necesarias para que su ausencia no perjudicase á las operaciones militares, y se separó de sus soldados que le amaban tiernamente para ir á ponerse en Paris en medio de los mayores peligros.

Contaba Lafayette con su fiel guardia nacional y tambien con la corte cuya enemistad no parece que debia temer viniendo á sacrificarse por ella. Despues de haber dado pruebas de su amor caballeresco á la libertad, queria probar su adhesion sincera al rey, y en su heróica exaltacion es de creer que su corazon no era insensible á la gloria de aquellos dobles afectos. Llegó el 28 de junio por la mañana y al instante se estendió la voz por todas partes diciéndose unos á otros, como con admiracion y curiosidad, que el general Lafayette estaba en Paris.

Antes de que él llegase se encontraba muy agitada la asamblea con una multitud de peticiones contrarias. Las de Rhoan, del Hávre, del Ain, de Sena y Oisa y del paso de Calais, clamaban altamente contra los excesos del 20 de junio; y las de Arras y del Herault parecian casi aprobarlos. Se habia leido por una parte la carta de Luckner al

Bibliotheca Univ.

rey, y por otra los pasquines horrorosos que hablaban contra él, cuyas diversas lecturas habian alborotado los ánimos durante muchos dias.

El 28 acudió una multitud considerable á la asamblea, contando con que se presentaria alli, aunque se ignoraban todavía sus proyectos. Efectivamente á cosa de la una y media se anunció que pedia ser admitido en la barra y fué acogido con infinitos aplausos por el lado derecho, mientras que el izquierdo y las tribunas guardaban profundo silencio.

«Señores, les dijo, debo aseguraros ante todas «cosas que segun las disposiciones concertadas en«tre el mariscal Luckner y yo, mi presencia en «este sitio no compromete en manera alguna ni el «suceso de nuestras armas ni la seguridad del «ejército que tengo el honor de mandar.»

Luego anunció el general los motivos que le traian, principiando por decir que parece que se habia dudado en aquel recinto si la carta era suya, y el venia á asegurar que lo era, para lo cual habia salido del medio de su campo, donde le rodeaba el amor de sus soldados. Pero otra razon mas poderosa le habia decidido á dar aquel paso, y era la indignacion que habia producido en su ejército la jornada del 20 de junio, sobre la cual se le habian presentado una multitud de representaciones, que él habia mandado cesar, toman-

do el compromiso de venir él mismo á ser órgano de sus tropas cerca de la asamblea nacional. Ya los soldados, añadió, se preguntan unos á otros si es verdaderamente la causa de la libertad y de la constitucion la que defienden.

Despues suplicó á la asamblea nacional, 1.º que persiguiese á los instigadores del 20 de junio; 2.º que destruyese una secta que usurpa la soberania nacional, y cuyos debates públicos no dejan ninguna duda de la atrocidad de sus proyectos; últimamente 3.º que hiciese respetar á las autoridades y dar á los egércitos la seguridad de que la constitucion no recibiria ningun ataque en lo interior, mientras que ellos prodigan su sangre para defenderla de los de fuera.

El presidente le respondió que la asamblea seria fiel á la ley jurada, y que examinaria su peticion, convidándole á participar de los honores de la sesion.

Pasó el general á sentarse en los bancos de la derecha, pero el diputado Kersaint [3] hizo la observacion de que debia colocarse en el banco de los peticionarios. Sí, sí, no, no, gritaron de todas partes, y el general se levantó modestamente y fué á sentarse en el banco que se le indicaba. Numerosos aplausos le acompañaron en aquel sitio, y Guadet fué el primero que tomó la palabra, usando de un rodeo bastante astuto y preguntan-

do si quedaban ya vencidos los enemigos y si la patria estaba enteramente libre, supuesto que Mr. de Lafayette estaba en Paris. No, se respondió á sí mismo, la patria no está libre de sus inquietudes ni se ha mejorado nuestra situacion, y sin embargo está en Paris el general de uno de sus egércitos! —Yo no examinaré, continuó, si Mr. de Lafayette, que no vé en el pueblo frances mas que unos facciosos que cercan y amenazan á las autoridades, está ó no él mismo rodeado de un estado mayor que le oprime; pero sí haré observar á Mr. de Lafayette, que falta á la constitucion convirtiéndose en órgano de un ejército legalmente incapaz de deliberar, y que probablemente ha faltado tambien á la gerarquía de las autoridades militares, viniéndose á Paris sin permiso del ministro de la guerra.

En consecuencia, pidió Guadet que declarase el ministro si habia dado licencia á Mr. de Lafayette, y que ademas la comision estraordinaria diese un informe sobre la cuestion de saber si un general puede venir á ocupar á la asamblea de objetos puramente políticos.

Presentóse Ramond para responder á Guadet, y principió por una observacion muy natural y muy frecuentemente aplicable, y es que segun las circunstancias se varia mucho la interpretacion de las leyes. «Nunca, dijo, ha habido tantos es-

crúpulos acerca del derecho de peticion, y por cierto no ha mucho que habiéndose presentado aquí una multitud armada, no se la preguntó cual era su mision, ni se la echó en cara que viniese á atentar con el aparato de las armas la independencia de la asamblea. Y cuando Mr. de Lafayette cuya vida entera le constituye tanto en Europa como en América el estandarte de la libertad, se presenta aquí, inmediatamente se suscitan sospechas!.... Si hay dos pesos y dos medidas, y tambien dos maneras de considerar las cosas, permitido será hacer alguna ecepcion de personas en favor del hijo primogénito de la libertad.... »

Luego votó Ramond por que se enviase la peticion á la comision estraordinaria, no para examinar la conducta de Lafayette sino la peticion en sí misma, cuya mocion fué aprobada despues de un gran tumulto y de una doble votacion nominal. Entonces se salió Lafayette de la asamblea, rodeado de un gran número de diputados y soldados de la guardia nacional todos, partidarios suyos y antiguos compañeros de armas.

Era aquel un momento decisivo para él, para la corte y para el partido popular y asi se fué inmediatamente á palacio donde ya circulaban los chismes mas injuriosos contra él en los grupos de los cortesanos. El rey y la reina recibieron con frialdad al hombre que venia á sacrificarse por

ellos, y Lafayette salió del palacio afligido no por sí mismo, sino por la familia real de las disposiciones que acababan de mostrarle. A su salida de Tullerias le recibió una numerosa multitud, que fué acompañándole hasta su posada gritando viva Lafayette, y llegaron hasta plantar un mayo delante de su puerta. Estos testimonios de una antigua aficion enternecian al general al paso que intimidaban á los jacobinos. Pero era preciso aprovecharse de aquellos restos de cariño, y excitarlo algo mas para que fuesen eficaces. Algunos gefes de la guardia nacional, particularmente adictos á la familia real, se dirigieron á la corte para saber lo que debian hacer; y el rey y la reina fueron ambos de dictámen que no se debia ayudar á Mr. Lafayette * Encontróse pues abandonado de la única porcion de la guardia nacional en que podia apoyarse, y sin embargo queriendo servir al rey á pesar suyo se entendió con sus amigos. Mas estos no estaban tampoco de acuerdo, por que los unos, y particularmente Lally-Tolendal, deseaban que obrase prontamente contra los jacobinos, y que los atacase de viva fuerza en su club; los otros que todos eran miembros del departamento y de la asamblea, aferrados en la ley y no viendo re-

* Véase á Madama Campan, tomo 2.° pag. 224; una carta de Mr. de Lally al rey de Prusia y todos los historiadores.

cursos sino en ella, no querian aconsejar que se violase y se oponian á todo ataque abierto. Sin embargo, Lafayette prefirió el mas atrevido de aquellos dos consejos y dió una cita á sus partidarios para ir con ellos á echar á los jacobinos de su sala y tabicar las puertas. Mas con todo de habérseles fijado el punto de reunion, hubo muy pocos que se presentasen y Lafayette se vió en la imposibilidad de obrar. No obstante eso y cuando él estaba mas desesperado de auxilios, los jacobinos que ignoraban la pusilanimidad de sus adversarios, se llenaron de un terror pánico y abandonaron el club. Se fueron á casa de Dumouriez que aun no habia salido para el ejército y le instaron á que se pusiese á su frente para marchar contra Lafayette; mas aquel no quiso aceptar la oferta. Permaneció todavía Lafayette un dia en Paris entre denuncias, amenazas y proyectos de asesinato, y por último se marchó desesperado de su inútil celo y de la funesta obstinacion de la corte. ¿Y éste es el hombre, tan completamente abandonado cuando venia á esponerse á los puñales por salvar al rey, á quien se acusa de haber hecho traicion á Luis XVI? Los escritores de la corte han pretendido que sus medios estaban mal combinados, y no hay duda en que era mas fácil y mas seguro, por lo menos en la apariencia, valerse de 80 mil Prusianos; pero en Paris, y con el proyecto de no

apelar al estrangero, ¿qué podia hacerse mas que ponerse al frente de la guardia nacional y sugetar á los jacobinos dispersándolos?

Marchó Lafayette con la intencion de servir todavia al rey y de proporcionarle, si era posible, los medios de salir de Paris; y escribió á la asamblea una carta en que repitió aun con mas energia, todo lo que el mismo habia dicho contra los que llamaba facciosos.

Apenas se vió libre el partido popular de los temores que le habian causado la presencia y proyectos del general, cuando continuó su ataque contra la corte, y persistió en pedir una rigurosa cuenta de los medios que tomaba para defender el territorio. Ya se sabia, por mas que el poder egecutivo no hubiese comunicado nada á la asamblea, que los Prusianos habian roto la neutralidad y que avanzaban por Coblentz en número de 80 mil hombres, todos soldados viejos de Federico el grande, y mandados por el duque de Brunswik[4] que era un general muy célebre. Como Luckner tenia muy pocas tropas y no contaba demasiado con los Belgas, se habia visto precisado á retirarse sobre Lille y Valenciennes. Al retirarse de Courtray habia incendiado un oficial los arrabales de la ciudad, y se habia creido que esta medida cruel era para enagenarse á los Belgas. El gobierno no tomaba disposicion alguna para au-

mentar la fuerza de nuestros egércitos, que á lo mas ascendian en las tres fronteras á doscientos treinta mil hombres; sin decidirse á tomar ninguna de aquellas providencias fuertes que despiertan el celo y entusiasmo de una nacion, y eso que el enemigo podia estar en Paris dentro de seis semanas.

La reina contaba con ello y asi se lo decia en confianza á una de sus damas, como que tenia el itinerario de los emigrados y del rey de Prusia, y sabia que tal dia podian estar en Verdun, al otro en Lille, cuyo sitio debia emprenderse. Aquella desgraciada princesa esperaba, segun decia, verse libre dentro de un mes *. ¡Ay! porque no creia mas bien á sus sínceros amigos que la representaban los inconvenientes y la inutilidad de los socorros estrangeros, siempre prontos para comprometer y siempre tardíos para salvar! ¡Por qué no creia á sus propios recelos en esta parte y á los siniestros presentimientos que la cercaban algunas veces!

Ya hemos visto que el medio en que se fiaba mas el partido nacional, era una reserva de 20 mil confederados junto á Paris, á cuyo proyecto se habia opuesto el rey como ya hemos dicho. Se le intimó en las personas de sus ministros, que se esplicase acerca de las precauciones que habia to-

* Véase Madama Campan, tomo 2.º pag. 230.

mado para suplir á las medidas que se habian acordado por el decreto no sancionado, á lo cual respondió proponiendo un nuevo proyecto, que consistia en dirigir sobre Soissons una reserva de 42 batallones de voluntarios nacionales, para reemplazar la antigua reserva que acababa de agotarse por completar los dos principales ejércitos. En cierto modo esto venia á ser el mismo decreto antiguo con la única diferencia, muy importante para los patriotas, de que el campamento de reserva se habia de formar entre Paris y la frontera, y no cerca del mismo Paris. Este plan fué recibido con murmullos y remitido á la comision militar.

Posteriormente muchos departamentos y muchas municipalidades, escitadas por sus corresponsales de Paris, habian resuelto egecutar el decreto del campamento de 20 mil hombres, por mas que no estuviese sancionado. El primer egemplo le dieron los departamentos de las Bocas del Ródano, de la Gironda y del Herauld, y no tardaron en ser imitados por otros. Este fué el principio de la insurreccion.

Apenas se supieron estas levas espontáneas, cuando la asamblea, modificando el proyecto de los 42 nuevos batallones, propuesto por el rey, decretó que pasasen por Paris aquellos batallones que guiados de su celo se habian puesto en marcha antes de ser convocados legalmente, para ins-

eribirse en el ayuntamiento de esta ciudad, y ser luego dirigidos á Soissons. Mandó tambien que los que pudieran encontrarse en Paris antes del 14 de julio, dia de la confederacion, asistiesen á la solemnidad nacional. No se habia celebrado aquella fiesta en 1791 á causa de la huida á Varennes, y querian celebrarla en 92 con mucho brillo. Añadió la asamblea que inmediatamente despues de la celebridad, se encaminarian los confederados al lugar de su destino.

Esto venia á ser en sustancia autorizar la insurreccion y renovar con muy corta diferencia el decreto no sancionado. La única que podia encontrarse el que los confederados no hacian mas que pasar por Paris; pero lo importante era traerlos alli y una vez llegados, mil circunstancias podrian retenerlos. El decreto fué remitido inmediatamente al rey y sancionado al dia siguiente.

A tan importante medida se siguió otra que consistia en desconfiar de una parte de los guardias nacionales, y sobre todo de los estados mayores que á ejemplo de los directorios de departamento, se acercaban por sus grados á la autoridad y propendian mas en su favor. A quien mas se dirigia esta desconfianza era al de la guardia nacional de Paris; pero no pudiendo hacerlo directamente, se decretó el 2 de julio que todos los estados mayores en las ciudades de mas de 50 mil

hombres serian disueltos y reelegidos. De este modo contaban con que en el estado de agitacion en que se hallaba la Francia, era seguro que los hombres mas acalorados tendrian mayor influjo y sacarian sugetos adictos al partido popular y republicano.

Estas fueron las grandes medidas ganadas á viva fuerza sobre el lado derecho y la corte; pero sin embargo nada parecia bastante para tranquilizar á los patriotas contra los inminentes peligros de que se veian amenazados. Cuarenta mil Prusianos y otros tantos Austriacos y Sardos avanzaban sobre nuestras fronteras, y la corte pro bablemente de acuerdo con el enemigo, no empleaba medio alguno para multiplicar los ejércitos y escitar á la nacion, cuando por el contrario se prevalia del *veto* para inutilizar las medidas del cuerpo legislativo, sirviéndose al mismo tiempo de la lista civil para proporcionarse partidarios en el interior. Veian tambien á un general que aunque le consideraban incapaz de unirse con la emigracion para entregar la Francia, con todo eso parecia dispuesto á sostener á la corte contra el pueblo, cuyas circunstancias reunidas atemorizaban los ánimos y los agitaban profundamente. El grito general era *que la patria estaba en peligro*; ¿pero cómo habia de prevenirse este peligro? He aqui la gran dificultad, pues que ni siquiera se estaba de acuerdo sobre

las causas. Los constitucionales y los partidarios de la corte, tan aterrados como los mismos patriotas no imputaban toda clase de riesgos mas que á los facciosos, ni temblaban mas que por la corona, ni veian otro peligro que el de la desunion. Por el contrario los patriotas no veían otro que el de la invasion, ni acusaban mas que á la corte, á sus negativas, á sus lentitudes, á sus secretas maniobras. De todas partes se cruzaban las peticiones atribuyendo unas todo el mal á los jacobinos y otras á la corte, designándola con los nombres de el *palacio*, *el poder ejecutivo y el veto*. Todo lo escuchaba la asamblea y todo lo remitia á la comision estraordinaria de los doce, que estaba encargada hacia mucho tiempo de discurrir y proponer los medios de salvarse, y asi se esperaba su plan con impaciencia. Entre tanto no cesaban de aparecer pasquines en todos los sitios públicos, y los periódicos, no menos osados que los pasquines, no hablaban de otra cosa que de la deposicion ó abdicacion forzada. Este era el asunto de todas las conversaciones, sin que se guardase la menor reserva en ninguna parte sino en la asamblea.

Alli todavía los ataques no eran mas que indirectos, como por ejemplo, haberse propuesto suprimir el *veto* para los decretos de circunstancias, y hablarse á menudo de la lista civil, de los objetos en que se empleaba, teniéndolos por culpa-

bles, y proponiendo reducirla ó sujetarla á dar cuentas públicas.

Nunca habia reusado la corte ceder á las instancias de la asamblea y aumentar los medios de defensa, ni ciertamente hubiera podido hacerlo sin comprometerse abiertamente; fuera de que no debia recelar mucho el aumento numérico de los ejércitos, por que los creia completamente desorganizados. Por el contrario el partido popular deseaba aquellos medios estraordinarios que anuncian una gran resolucion, y que frecuentemente hacen triunfar la causa mas desesperada. De esta clase fueron los medios que discurrió la comision de los doce, y que propuso á la asamblea despues de un prolijo trabajo. Su proyecto era el siguiente.

Luego que amenaze un estremo peligro deberá el cuerpo legislativo declararlo asi con la solemne fórmula *de que la patria está en peligro.*

Inmediatamente que fuese hecha esta declaracion, debian constituirse en permanencia y sin interrupcion alguna todas las autoridades locales, los consejos de los ayuntamientos, los de los distritos y departamentos, y la asamblea misma como primera autoridad. Estarán obligados todos los ciudadanos, bajo las penas mas severas, á entregar á las autoridades cuantas armas posean para que las distribuya convenientemente. Todos los varones, viejos ó jóvenes, que se hallen en es-

Biblioteca Univ. Oviedo

tado de servir, deberán alistarse en las guardias nacionales; los unos como movilizados, quienes se dirigirán á la cabeza de partido ó capital del dedepartamento, y los otros en disponibilidad para ir á donde exigiese la seguridad de la patria, asi en lo interior como en lo esterior. No se exigia uniforme de los que no pudiesen costearle, y á cuantos guardias nacionales saliesen de su domicilio se les daria el sueldo de voluntarios. El surtido de municiones quedaba á cargo de las autoridades. Se imponia la pena de muerte contra el menor signo de rebelion que se notase, y contra toda escarapela ó bandera que no fuese la tricolor, pues todas las demas se calificaban de sediciosas.

Con arreglo á este proyecto, toda la nacion estaba alerta y en armas, pudiendo deliberar y batirse en cualquier parte donde ocurriera, y aun pasarse sin gobierno y suplir á su inaccion; pero quedaba regularizada y dirigida aquella agitacion sin objeto de las masas populares. En el caso en que los franceses no respondiesen á ese grito de alarma, nada habria que esperar de semejante nacion supuesto que nada queria hacer para su propio bien. Ya se deja discurrir que tras de un proyecto semejante no tardaria en suscitarse una discusion de las mas acaloradas.

El diputado Pastoret [5] fué quien leyó aquel informe el dia 30 de junio; y por cierto que no sa-

tisfizo á nadie porque sin mas que acumular faltas de los unos y de los otros, no fijaba de un modo positivo los medios de hacer frente á los peligros que amenazaban. Despues de él principió á hablar con moderacion y á dar las razones del proyecto, el diputado Juan de Bry [6], y de sus resultas la discusion degeneró en reconvenciones recíprocas, dando lugar á que las imaginaciones ardientes y precoces propusieran los medios mas estremados. Llegó á tocarse la especie de aquella gran ley de salud pública, llamada dictadura, es decir el medio de hacerlo todo aunque á riesgo de abusar cruelmente que luego se decretó en la convencion, pero cuya propuesta se hizo en la asamblea legislativa.

Mr. Delaunay de Angers [7] propuso á la asamblea que hiciese la declaracion de que hasta que pasára el peligro *no consultaria mas que la ley imperiosa y suprema de la salud pública.*

Todo esto venia á ser en sustancia suprimir abiertamente el poder real y declararse la asamblea soberana absoluta, aunque bajo una fórmula abstracta y misteriosa. Decia Mr. Delaunay que la revolucion no estaba acabada y que se engañaba quien lo creyese, sino que era necesario reservar las leyes para cuando estuviese ya salva la revolucion y no para cuando habia que salvarla; en una palabra decia todo lo que comunmente se dice en favor de la dictadura, cuya idea es siempre la pri-

mera que ocurre en los momentos de riesgo. La respuesta de los diputados del lado derecho era muy natural, porque segun ellos se violaban todos los juramentos prestados á la constitucion, creando una autoridad que absorbia los poderes establecidos y arreglados. Replicaban sus adversarios alegando que ya se habia dado el ejemplo de la violacion y que no convenia en ningun caso dejarse prevenir y sorprender sin defensa. — Pero prueben Vstedes, les decian los partidarios de la corte, que se haya dado este ejemplo y que se haya hecho traicion á la constitucion. Mas á este reto solo se respondia con nuevas acusaciones contra la corte, que provocaban otras acusaciones contra los agitadores. — Vstedes son unos facciosos. — Vstedes unos traidores; tal era el lenguage perpétuo y recíproco y tal la cuestion que ambos se proponian resolver.

Mr. de Jaucourt [8] queria que la proposicion se remitiese á los jacobinos, de quienes era digna por su violencia, mientras que Mr. Isnard, á quien acomodaba mucho por que era conforme con su carácter, pedia que se tomase en consideracion, y que se enviase á los departamentos el dicurso de Mr. Delaunay, para contraponerle al de Mr. Pastoret, que no era mas que *una dósis de opio suministrado á un moribundo.*

Por fin logró Mr. de Vaublanc que le escucha-

sen, diciendo que la constitucion podia salvarse por la constitucion misma, como lo probaba el proyecto de Mr. Juan de Bry, y que no habia inconveniente en que se imprimiera si se queria el discurso de Mr. Delaunay, con tal que no se enviase á los departamentos, y entrar de lleno en la proposicion de la comision. En efecto se difirió la discusion hasta el 3 de julio.

Pero faltaba que hablar el diputado Vergniaud que aunque miembro de la Gironda y su principal orador, era sin embargo independiente. Fuese por atonia ó por verdadera elevacion, tenia el aire de ser superior á las pasiones de sus amigos, y aunque participaba de su ardor patriótico no tenia las mismas preocupaciones ni los mismos arrebatos. Luego que se decidia en cualquiera cuestion, arrebataba por su elocuencia y por una cierta imparcialidad á toda la porcion flotante de la asamblea, á quien en otro tiempo dominaba Mirabeau por su dialéctica y entusiasmo. En todas partes las masas inciertas pertenecen siempre al dominio del talento y de la razon.

Se habia anunciado que tomaria la palabra el dia 3 de julio y asi acudió un inmenso gentio para escuchar aquel gran orador en una cuestion que se miraba como decisiva. En efecto empezó á hablar echando una rápida mirada sobre el estado de Francia y dijo: «Si se dudase del perpetuo

« amor del pueblo á la libertad, podria dudarse
« igualmente si la revolucion retrocede ó si se en-
« camina á su término. Nuestros ejércitos del norte
« iban avanzando por la Bélgica, cuando de repen-
« te se replegan y el teatro de la guerra se traslada
« *á nuestro territorio, sin dejar entre los desgracia-*
« dos Belgas otro recuerdo nuestro que el de los in-
« cendios que alumbraron nuestra retirada. Al
« mismo tiempo un formidable ejército de Prusia-
« nos amenaza el Rhin, por mas que se nos hu-
« biese hecho esperar que no seria tan inmediata
« su marcha.

¿Cómo es posible que se haya escogido precisa-
« mente este momento, para exhonerar á unos
« ministros populares, interrumpir la cadena de
« sus tareas, entregar el imperio á manos ines-
« pertas y desechar las útiles medidas que ha-
« biamos creido deber proponer?.... ¿Será ver-
« dad que se temen nuestros triunfos?..... ¿Es
« nuestra propia sangre ó la de Coblentz la que
« se desea que no se derrame?.... ¿Se inten-
« ta reinar sobre ciudades abandonadas y sobre
« campos desiertos? ¿En donde estamos en fin y
« que es lo que pensais emprender, que sea gran-
« de y digno de la causa pública?

« Vosotros á quienes se lisongean de haber in-
« timidado, y cuyas conciencias se intenta alar-
« mar calificando vuestro patriotismo de espíritu

« de faccion, como si ya no se hubiese dado el « mismo nombre de facciosos á los que prestaron « el juramento del juego de pelota; vosotros á « quienes tanto se ha calumniado porque no per- « teneceis á una raza orgullosa que la constitucion « ha sumido en el polvo..... vosotros á quienes se « suponen intenciones culpables, como si investi- « dos de otro poder que el de la ley, pudierais dis- « poner de una lista civil; vosotros á quienes se « veria con una moderacion hipócrita hacer indi- « ferentes á los peligros del pueblo; vosotros á quie- « nes han logrado dividir, pero que en el momen- « to del peligro estais prontos á deponer vuestros « odios y miserables disensiones que nunca podeis « preferir á la salvacion de la patria; vosotros en « fin, escuchadme: cuales son los recursos que « teneis? ¿cuales los que necesitais y que es lo « que os permite hacer la constitucion?

Durante este exordio una infinidad de aplausos cubrian la voz del orador, el cual continuando señaló dos clases de peligros interiores los unos y estrangeros los otros.

« Para prevenir los primeros propuso la asam- « blea un decreto contra los clérigos, y bien sea que « el genio de los Medicis anda errante todavia por « las bóvedas de las Tullerias, ó que algun nuevo « Lachaise ó Letellier llenen de zozobras el cora- « zon del príncipe, la verdad es que el trono no

« ha querido sancionar el decreto. No es permiti-
« do suponer sin hacer injuria al rey que él se
« complazca en las turbulencias religiosas. El está
« persuadido sin duda que tiene bastante poder y
« que alcanzan las leyes antiguas para asegurar
« la tranquilidad pública. En este caso los minis-
« tros deben responder de ella con sus cabezas,
« supuesto que tienen los medios de asegurarla.

« Para prevenir los peligros esteriores habia de-
« terminado la asamblea un campamento de re-
« serva, y el rey no ha querido aprobarle. Seria
« injuriarle demasiado suponer que su intento
« sea entregar la Francia; con que es natural que
« tenga los medios suficientes para protegerla, y
« y en este caso digo tambien que sus ministros
« deben respondernos con sus cabezas de la salva-
« cion de la patria.

Hasta aquel punto ya observarán los lectores que el orador se limitaba á la responsabilidad ministerial, aunque requiriéndola con mayor inminencia. Pero en seguida añadió: « no basta seño-
« res sepultar á los ministros en el abismo que su
« propia malicia ó impotencia han abierto á sus
« pies..... Escuchadme tranquilamente y no os deis
« prisa por adivinarme..... »

Estas palabras hicieron redoblar la atencion y el mas profundo silencio reinaba en la asamblea.
« El criminal intento de los príncipes franceses de

« sublevar la Europa, ha sido hecho en *nombre del* « *rey*, y el tratado de Pilnitz no ha tenido otro « objeto que el de vengar *la dignidad real.* Es igual- « mente para venir al *socorro del monarca* por lo que « el soberano de Bohemia y de Ungria nos hace « la guerra y por lo que el rey de Prusia marcha « contra nuestras fronteras. Ahora pues yo leo en « la constitucion estas palabras. Si el rey se pone « al frente de un ejército y dirige sus fuerzas con- « tra la nacion, ó si no se opone por un acto for- « mal á semejante empresa que se ejecuta en su « nombre, se le considerará como si hubiese abdi- « cado la corona.»

« ¿Y qué se llama un acto formal de oposicion? « Si marchasen cien mil hombres hacia la Flan- « des, cien mil Prusianos hacia la Alsacia, y el rey « no les opusiese mas que diez ó veinte mil hom- « bres ¿se diria que habia hecho un acto formal « de oposicion?

« Si encargado el rey de notificar al cuerpo le- « gislativo hostilidades inminentes, é instruido de « los movimientos del ejército prusiano no diese « conocimiento alguno á la asamblea nacional; si « se hubiese propuesto un campo de reserva, in- « dispensable para detener los progresos del ene- « migo por lo interior, y que el rey sustituyese á « esta providencia un plan incierto y muy largo « de ejecutar; si el rey dejase el mando del ejér-

« cito en manos de un general intrigante y sospe-
« choso á la nacion; si otro general criado lejos
« de la corrupcion de las córtes y avezado á la
« victoria pidiese un refuerzo, y que el rey con
« una negativa le dijese *yo* te prohibo vencer; ¿po-
« dría decirse que el rey ha hecho un acto formal
« de oposicion?

« Cuidado, Señores, que he exagerado muchos
« hechos para quitar todo pretesto de aplicacio-
« nes puramente hipotéticas. Pero si mientras que
« la Francia estuviese nadando en sangre viniera el
« rey á deciros: verdad es que los enemigos pre-
« tenden obrar en mi favor, en el de mi dignidad
« y en el de mis derechos; pero yo he probado
« que no era cómplice suyo: he puesto mis ejérci-
« tos en campaña, y aunque son demasiado débi-
« les, la constitucion no fija el grado de sus fuer-
« zas: las he reunido demasiado tarde, pero la cons-
« titucion no fija el tiempo de su reunion: he dete-
« nido á un general que iba á vencer, pero la cons-
« titucion no prescribe las victorias: he tenido mi-
« nistros que engañaban á la asamblea y desorga-
« nizaban el gobierno, pero su nombramiento me
« pertenece esclusivamente: la asamblea ha espe-
« dido decretos útiles que yo no he sancionado,
« pero tenia derecho para ello: he hecho cuanto
« prescribia la constitucion y por tanto no es po-
« sible dudar de mi fidelidad á ella. ..... »

Llueven los aplausos de todas partes y continúa Vergniaud: « Si el rey emplease este lenguange de-
« lante de vosotros, no tendriais derecho para res-
« ponderle: ó rey que como el tirano Lisandro,
« habeis creido que la verdad tenia el mismo va-
« lor que la mentira, y que habeis fingido no
« apreciar las leyes mas que para conservar el po-
« der que os era útil para inutilizarlas ¿llamais de-
« fensa oponer á los soldados estrangeros unas
« fuerzas, cuya inferioridad es tal que no deja la
« menor duda de su próxima derrota? ¿Es buen
« modo de defendernos desechar proyectos que
« se dirigian á fortificar lo interior? ¿Es defen-
« dernos no reprimir á un general que habia vio-
« lado la constitucion, y encadenar el valor de sus
« defensores?..... ¿Os concedió la constitucion la
« eleccion de los ministros para nuestra felicidad
« ó para nuestra ruina? ¿Os constituyó gefe del
« ejército para nuestra gloria ó para nuestro opro-
« bio? ¿Os concedió el derecho de sancion, la lista
« civil y tantas otras prerrogativas para arruinar
« constitucionalmente la constitucion y el imperio?
« No, no, hombre á quien no ha podido hacer sen-
« sible la generosidad de los Franceses, y que solo
« lo es al amor del despotismo..... Tu no eres
« ya nada para esta constitucion que tan indigna-
« mente has violado, ni para este pueblo á quien
« tan cobardemente has vendido.....

« Pero no, volvió á continuar el orador, si nues-
« tros ejércitos no están al completo, el rey no tie-
« ne culpa de ello; sin duda tomará las medidas
« necesarias para salvarnos, y la marcha de los
« Prusianos no será tan triunfante como ellos
« se prometen; pero era necesario preveerlo y de-
« cirlo todo porque no tenemos mas medio de
« salvacion que la franqueza. » *

Concluyó Vergniaud proponiendo un mensage firme pero respetuoso á Luis XVI que le obligase

* Este discurso de Vergniaud debe servir de respuesta á los que pretenden que sin la ferocidad de los jacobinos la revolucion francesa no hubiera pasado de ser una mera reforma ó un tránsito suave desde el gobierno absoluto al representativo. Nosotros creemos por el contrario que las teorias de los girondinos no solo hicieron y completaron la revolucion, sino que llevaron al rey al cadalso y fueron causa primitiva de todos los horrores que luego no ejecutaron ellos y de que fueron víctima. ¿ Qué importa que todavia revisticsen sus discursos con algunas formas respetuosas, si la esencia y objeto de ellos solo se dirigia á hacer odiosa al pueblo la conducta y las intenciones del monarca? Su aparente moderacion en lo sucesivo no fue otra cosa que el sentimiento de haber perdido la popularidad y el recelo de la suerte que les esperaba. Ellos no temieron envilecer al rey y presentarle como enemigo del pueblo, y luego que le hubieron desnudado de toda defensa pretendieron salvarle con otras teorias cuyo menor defecto era la inconsecuencia. La historia de los girondinos debe ser el espejo donde se miren todos los especuladores de moderacion, cosa muy distinta de los verdade-

á optar entre la Francia y los estrangeros, y en que se le hiciese entender que los Franceses estában resueltos á perecer ó triunfar con la constitucion. Propuso tambien que se declarase la patria en peligro para inflamar en los corazones aquellos grandes afectos que siempre han animado á los pueblos y que sin duda existen entre los franceses, porque no era de esperar que la naturaleza se mostrase degradada con los que se habian regenerado en 89. Ultimamente quiso que se pusiese término á unas disensiones, cuyo carácter degeneraba en siniestro y que se reuniesen á los que estaban en Roma los habitantes del monte Aventino.

Al pronunciar estas palabras, la voz alterada del orador produjo una emocion general y los aplausos de las tribunas asi del izquierdo como del lado derecho. Bajó Vergniaud de la tribuna rodeado de una multitud que se agolpaba para felicitarle, como que era el primero hasta entonces que se hubiese atrevido á hablar en la asamblea de la deposicion que todo el mundo pronunciaba en público, si bien no la habia presentado mas que de una manera hipotética, y con formas que pueden parecer respetuosas cuando se las compara

ros moderados. Meta cada cual la mano en su pecho y vea si se tranquiliza su conciencia con solo no egecutar los crímenes por su mano cuando ha suministrado las razones y las armas para que otros los cometan. *(N. del T.)*

con el lenguage de las pasiones de aquel tiempo.

Quiso responder Dumas y principió á improvisar despues de Vergniaud y en presencia de un auditorio preocupado de todo lo que acababa de oir. Reclamó muchas veces el silencio y una atencion que no estaba destinada para él, recargando sobre las acusaciones dirigidas al poder egecutivo. « La « retirada de Luckner, dijo, es un efecto de la suer- « te de las batallas que no pueden dirigirse desde « los gabinetes ¿Teneis confianza en Luckner? — « Si, si, gritaron todos; y Kersaint propuso un de- « creto en que se declarase que Luckner habia con- « servado la confianza de la nacion. » Espidióse el decreto y Dumas continuó diciendo con mucha razon, que si se tenia confianza en aquel general no se podia mirar la intencion de su retirada ni como culpable ni como sospechosa; que en cuanto á la falta de fuerzas de que se quejaban, el mismo mariscal sabia que se habian reunido para aquella empresa todas las tropas que habia disponibles; que por otra parte todo debia estar preparado por el antiguo ministerio girondino, que era el autor de la guerra ofensiva, y que si no tenia los medios suficientes, suya era la culpa; que los nuevos ministros no habian podido remediarlo todo con algunos correos, y que finalmente habian dado carta blanca á Luckner dejándole facultad de obrar con arreglo á las circunstancias y al terreno que ocupaba.

«Se ha reusado el campamento de los 20 mil hombres, añadió Dumas, pero por de pronto los ministros no son responsables del *veto*, y ademas el proyecto que han sustituido es ciertamente mejor que el propuesto por la asamblea, por que no paraliza los medios de hacer nuevas reclutas. Si se ha reusado el decreto contra los clérigos, tambien es ciertísimo que no hay ninguna necesidad de nuevas leyes para asegurar la tranquilidad pública; solo necesitamos sosiego, seguridad y respeto á la libertad individual y á la de los cultos. En todas partes donde se han respetado estas libertades, los clérigos no han sido sediciosos.» Ultimamente justificó Dumas al rey diciendo que él no habia querido la guerra, y tambien á Lafayette recordando que siempre habia amado la libertad.

Sin embargo de todo esto, se espidió en medio de los mayores aplausos el decreto propuesto por la comision de los doce, para arreglar las formas con que se habia de declarar la patria en peligro; pero se difirió la declaracion de este peligro por que no parecia todavia muy inminente. Escitado sin duda el rey por lo que se habia dicho en aquella sesion, notificó á la asamblea la necesidad urgente de principiar las hostilidades contra la Prusia, fundándola en el convenio de Plinitz, en la acogida que habian dado á los rebeldes, en

Biblioteca Universitaria Oviedo

las violencias egercidas contra comerciantes franceses, en el pasaporte que habian dado á nuestro ministro y en la salida del embajador prusiano de Paris; últimamente en la marcha de las tropas prusianas, en número de cincuenta y dos mil hombres. « Todo me prueba, añadia el mensage « del rey, que existe una alianza entre Viena y « Berlin (risas generales al oir estas palabras); y « asi con arreglo á la constitucion, doy aviso de « ello al cuerpo legislativo. » Sí, replicaron muchas voces, cuando los Prusianos están en Coblentz. Remitióse el mensage á la comision de los doce.

Luego continuó la discusion sobre las formas con que se habia de declarar *el peligro de la patria*, y se decretó que esta declaracion seria considerada como una simple proclama, y que por consiguiente no se someteria á la sancion real lo cual no era á la verdad muy justo, supuesto que contenia disposiciones legislativas. Pero ya sin haberla publicado se iba egecutando la ley de la salud pública.

Cada dia iban agriándose mas las disputas, y estaba muy distante de realizarse el deseo de Vergniaud, de reunir á los que estaban en Roma con los del monte Aventino; antes al contrario, los recelos que se inspiraban recíprocamente, se cambiaban en un ódio irreconciliable.

Habia en la asamblea un diputado llamado Lamourette [9], obispo constitucional de Lyon, el cual nunca habia comprendido de la libertad mas que el retorno á la fraternidad primitiva, y que se afligia y admiraba de las divisiones de sus cólegas. Nunca creyó que pudiera existir un ódio irreconciliable entre unos y otros, ni suponia en ellos mas que algunas desconfianzas injustas. Este buen señor, pues, en el momento en que el dia 7 de julio iban á continuar la discusion sobre el peligro de la patria, pidió la palabra para una mocion de órden, y dirigiéndose á sus compañeros con el tono mas persuasivo y el semblante mas noble y mesurado les dijo, que todos los dias se oia proponer medidas terribles para terminar el peligro de la patria; mas que en cuanto á él, creia que habia otros medios mas suaves y eficaces. La causa principal de todos los males es la division de los representantes y esta es la que necesita un pronto remedio. Ahora bien, dijo aquel digno prelado, el que consiga reconciliaros á vosotros, ese será el verdadero vencedor del Austria y de Coblentz. Todos los dias se dice que en el punto á que han llegado las cosas, vuestra reconciliacion es del todo imposible; pero yo me estremezco de oirlo y me parece que es haceros una injuria, porque no comprendo que haya nada irreconciliable como no sean el crímen y la virtud.

Los hombres de bien disputan y se acaloran, porque tienen la conviccion sincera de sus opiniones, pero no por eso se aborrecen; y asi Señores la salud pública está en vuestras manos. ¿Por qué os deteneis en realizarla? . . . . .

« ¿Qué és lo que se echan en cara las dos por-
« ciones de la asamblea? La una acusa á la otra de
« que intenta modificar la constitucion por medio
« de los estrangeros, y esta otra acusa á la primera
« de que quiere trastornar la monarquía para esta-
« blecer la república. Condenad, condenad, Señores,
« á un mismo anatema asi la república como las dos
« cámaras; execrad igualmente á la una y á las
« otras con un sincero é irrevocable juramento: ju-
« remos todos no tener mas que un mismo espíri-
« tu y unos mismos sentimientos: juremos una fra-
« ternidad eterna: sepa el enemigo que lo que to-
« dos queremos y deseamos todos es salvar la
« patria. »

Apenas hubo el orador concluido estas últimas palabras, cuando se pusieron en pie los dos lados de la asamblea aplaudiendo sus generosos sentimientos, y presurosos de descargar el peso de sus recíprocas animosidades. En medio de una aclamacion universal, dijeron que execraban todo proyecto de alterar la constitucion ni en favor de las dos cámaras ni en el de la república, y se precipitaron de los bancos opuestos para abrazarse. Asi

los que habian combatido como los que habian defendido á Lafayette, al *veto*, á la lista civil, á los *facciosos* y á los *traidores*, todos se arrojaron en brazos unos de otros y todos se confundieron sin distincion alguna. Alli se vió abrazarse á los señores Pastoret y Condorcet, que el dia anterior se habian tratado inicuamente en los periódicos; sin que hubiese ni lado derecho ni lado izquierdo, sino que todos se sentaron indistintamente unos junto á otros. Dumas se puso junto á Bazire, Jaucourt junto á Merlin, y Ramond junto á Chabot.

Inmediatamente se decidió que se informase á las provincias, al ejército y al rey de aquel feliz acontecimiento, y salió una diputacion para palacio, conducida por Lamourette. Este no tardó en dar la vuelta anunciando la llegada del rey que venia, como el 4 de febrero 1790, á manifestar su satisfaccion á la asamblea y decirla que era inútil esperar ninguna diputacion. porque le faltaba tiempo para presentarse en medio de ella.

Estas palabras llevaron á su colmo el entusiasmo y si hubiera de creerse el grito universal la patria estaba ya salvada. ¿Seria posible que hubiese allí un rey y ochocientos diputados hipócritas, que formando de improviso el proyecto de engañarse, fingiesen el olvido de las injurias para venderse luego con mas seguridad? No por cierto; semejante proyecto no le forman repentinamente

tantos hombres juntos sin una premeditacion anterior. Pero el ódio pesa, y es tan dulce descargarse de un peso!..... Por otra parte, á la vista de unos sucesos tan críticos ¿cuál seria el partido que no se hubiese aceptado voluntariamente en la incertidumbre de la victoria, con tal de conservar y asegurar lo presente tal como estaba? Este hecho prueba como tantos otros que la desconfianza y el temor producen todos los ódios y que un momento de confianza los hace desaparecer, como igualmente que el partido á quien llaman republicano no pensaba en la república por sistema sino por desesperacion. ¿Qué razon hubo para que apenas vuelto el rey á su palacio no escribiese inmediatamente á la Prusia y al Austria? ¿Por qué no añadió alguna medida grande y pública á aquellas medidas secretas? ¿Por qué no dijo, como en otro tiempo su abuelo Luis XIV al acercarse el enemigo: *allá irémos todos.*

Mas por la tarde se anunció á la asamblea el resultado del proceso instruido por el departamento contra Petion y Manuel, y este resultado era la suspension de aquellos dos magistrados. Segun se ha sabido despues por boca del mismo Petion, es probable que hubiera podido impedir el movimiento del 20 de junio, supuesto que mas adelante impidió otros; y aunque á la verdad se ignoraba entonces, existian fuertes sospechas de su

conivencia con los agitadores. Fuera de eso se le podian echar en cara varias infracciones de las leyes, como por ejemplo haber andado tan lento en sus comunicaciones con las diferentes autoridades y haber tolerado que el consejo municipal tomase una determinacion contraria á la del departamento, cuando decidió que los peticionarios fuesen admitidos en las filas de la guardia nacional. Era pues muy legal y muy justa, aunque impolítica, la suspension pronunciada por el departamento; pero en vista de la reconciliacion verificada aquella mañana, ¿no fué una insigne imprudencia dar cuenta en la tarde misma de la suspension de dos magistrados que gozaban tanta popularidad? Verdad es que el rey lo dejaba en manos de la asamblea, pero esta no disimuló su descontento, y le devolvió la decision para que resolviese él mismo. Las tribunas volvieron á principiar sus acostumbrados gritos, y una multitud de representaciones vinieron tambien á pedir *Petion ó la muerte*, añadiéndose que el diputado Grangeneuve [10], cuya persona habia sido insultada, exigió que se procediese contra el autor del ultrage, y asi quedó olvidada la reconciliacion. Tocábale á Brissot el turno de hablar sobre la cuestion del peligro público, pidió tiempo para modificar algunas espresiones de su discurso, á causa de la reconciliacion que habia sobrevenido despues;

mas no pudo dejar de recordar todos los actos de negligencia y lentitud que se habian echado en cara á la corte, á pesar de la soñada reconciliacion, acabó por pedir que se ventilase solemnemente la cuestion de la deposicion, que se acusase á los ministros por haber notificado tan tarde las hostilidades de la Prusia, que se formase una comision secreta compuesta de siete miembros, y encargada de vigilar sobre la salud pública, que se vendiesen los bienes de los emigrados, que se acelerase la organizacion de los guardias nacionales, y últimamente que se declarase sin demora, *que la patria estaba en peligro.*

Súpose al mismo tiempo la conspiracion de Dussaillant [11], que era un antiguo noble, el cual al frente de algunos insurgentes, se habia apoderado del fuerte de Bannes, en el departamento del Ardeche, de donde amenazaba toda la comarca inmediata. Igualmente se espusieron á la asamblea por el ministerio las disposiciones de las potencias, y que la casa de Austria arrastrando consigo á la Prusia la habia decidido á marchar contra Francia, por mas que los discípulos de Federico murmurasen contra aquella impolítica alianza. Todos los Electorados eran enemigos nuestros patentes ú ocultos; y la Rusia era la primera que se habia declarado contra la revolucion, accediendo al tratado de Pilnitz, lisongeando los proyectos de Gustavo

y auxiliando á los emigrados; pero todo para engañar á la Prusia y al Austria dirigiéndolas ambas contra la Francia mientras ella obraba contra la Polonia. Entonces mismo estaba tratando con los señores Nassau y Esterhazy [12], que eran los corifeos de los emigrados; y á pesar de sus abultadas promesas, solo les habia concedido una fragata para libertarse de su presencia en Petersburgo. La Suecia se habia quedado inmóvil despues de la muerte de Gustavo, y admitia nuestros navíos en sus puertos. La Dinamarca prometia una rigurosa neutralidad, y por lo que hace á la corte de Turin podiamos considerarnos en guerra abierta con ella. El Papa preparaba sus rayos espirituales, y Venecia, aunque neutral, estaba dispuesta á proteger á Trieste contra sus flotas. La España sin entrar abiertamente en la coalicion, manifestaba disposiciones de no querer egecutar el pacto de familia ni restituir á la Francia los socorros que habia recibido de ella. La Inglaterra se comprometia á la neutralidad y daba nuevas seguridades. Ultimamente, los Estados-Unidos hubieran querido ayudarnos con todos sus recursos; pero no se podia contar con ellos á causa de la distancia y escasez de su poblacion.

Al oir este cuadro quiso la asamblea declarar inmediatamente la patria en peligro; pero se remitió á un nuevo informe de todas las comisiones

reunidas, y el 11 de julio despues de haber oido este informe y en medio de un profundo silencio pronunció el presidente la fórmula solemne de: CIUDADANOS, LA PATRIA ESTA EN PELIGRO.

En aquel instante se declararon las sesiones en permanencia, y se dispararon cañonazos de rato en rato anunciando aquella gran crísis, los ayuntamientos y consejos de distrito y de departamento permanecieron reunidos sin interrupcion, y todos los guardias nacionales se pusieron en movimiento. Habianse erigido en medio de las plazas públicas unos anfiteatros, donde los empleados de ayuntamiento inscribian sobre una mesa llevada por tambores el nombre de los que venian á alistarse voluntariamente; y en solo un dia ascendieron á 15 mil.

Ya se deja conocer que la reconciliacion del 7 de julio y el juramento que se habia seguido á ella no habian calmado ninguna desconfianza, sino que se continuaba en defenderse contra los proyectos de palacio y todos pensaban con mas ahinco que nunca en obligar al rey á que abdicase, como el único remedio posible para los males que amenazaban á la Francia. No habia hecho Vergniaud mas que indicar aquella idea, y eso bajo una forma hipotética; mas otros, y en particular el diputado Torné [13], querian que se considerase como una proposicion positiva la suposi-

cion de Vergniaud. De todas partes llegaban peticiones, apoyando con el auxilio de la opinion pública este proyecto desesperado de los diputados patriotas.

Ya la ciudad de Marsella habia hecho una representacion en tono amenazador y fue leida en la asamblea el 19 de junio como ya hemos dicho; mas luego que se declaró la patria en peligro, fueron llegando otras muchas. Una de ellas proponia acusar á Lafayette, suprimir el *veto* en algunos casos, reducir la lista civil y reintegrar á Manuel y Petion en sus funciones municipales. Otra solicitaba, con la supresion del *veto* la publicidad de los consejos; pero la ciudad de Marsella, que habia dado el primer ejemplo de aquellos actos atrevidos, los llevó bien pronto á su colmo, haciendo una manifestacion en la cual instaba á la asamblea para que se aboliese la corona en la dinastia reinante, creando una electiva y sin *veto*, es decir, una verdadera *magistratura egecutiva*, como en las repúblicas. El estupor que produjo aquella lectura no tardó en convertirse en aplausos de las tribunas, ni en proponerse por uno de los diputados la impresion de aquel papel. Pero se remitió á la comision de los doce para que se le aplicase la ley que declaraba infame todo proyectó de alterar la constitucion.

Al saber esto quedó consternada la corte, y no

lo estaban menos los patriotas, á quienes no tranquilizaban de ningun modo estas atrevidas peticiones. Llegó á persuadirse el rey que se atentaba á su persona, y creyó que el 20 de junio habia sido un proyecto de asesinato abortado. En esto se equivocaba ciertamente, porque no hubiera habido cosa mas fácil que la egecucion de este crímen si se hubiese proyectado. Recelando siempre que querian envenenarle, él y su familia se hacian servir sus comidas en casa de una dama de confianza de la reina, donde tomaban otros alimentos distintos de los que estaban preparados por los cocineros de palacio. Como se acercaba el dia de la confederacion, habia preparado la reina para el rey una especie de peto compuesto de muchos forros de paño y capaz de resistir á una puñalada. Pero sin embargo, segun iba pasando el tiempo y aumentándose la audacia popular, sin que se verificase ninguna tentativa de asesinato, principiaba el rey á comprender mejor la naturaleza de sus peligros, y recelaba ya que no era un puñal sino una condenacion jurídica la que le amenazaba, y asi siempre le representaba su imaginacion la infeliz suerte de Carlos I.

Por mas que Lafayette fuese desechado por la corte, no cesaba en su resolucion de salvar al rey, y le hizo presentar un proyecto de fuga combinado con mucha osadia. Habia principiado por

apoderarse del ánimo de Luckner, á quien habia arrancado la promesa de marchar sobre Paris, y en consecuencia queria Lafayette que el rey les enviase á llamar á los dos, bajo pretesto de asistir á la confederacion. Creia él que la presencia de aquellos dos generales debia imponer al pueblo, y prevenir todos los peligros que se temian en aquel dia. Al siguiente de la ceremonia intentaba Lafayette que Luis XVI saliese públicamente de Paris con pretesto de ir á Compiegne, y dar una prueba de su libertad á los ojos de la Europa. En caso de resistencia, no pedia mas que cincuenta caballos decididos para arrancarle de Paris. Desde Compiegne le conducirian al ejército francés unos escuadrones preparados y alli contaba Lafayette con remitirse á su probidad para la conservacion de las nuevas instituciones. Ultimamente en caso que no alcanzase ninguno de estos medios, estaba decidido el general á marchar sobre Paris con todas sus tropas.

Séase que este proyecto exigiese demasiada osadia de parte de Luis XVI, ó que la repugnancia de la reina contra Lafayette impidiese aceptar sus auxilios, el rey le reusó de nuevo, y mandó darle una respuesta bastante fria y poco digna del celo que habia manifestado el general. « El mejor « consejo, decia esta respuesta, que hay que dar « á Mr. de Lafayette, es que sirva siempre de es-

Biblioteca Universitaria Oviedo

« pantajo á los facciosos cumpliendo bien con su « oficio de general. »

Acercábase ya el dia de la confederacion, y ni el pueblo ni la asamblea querian que faltase Petion á la solemnidad del dia 14. Ya el rey habia querido descargar en la asamblea el cuidado de aprobar ó desaprobar la sentencia del departamento contra él y Manuel, pero ya hemos visto que le devolvieron el mensage obligándole á esplicarse el mismo, y todos los dias le instaban á que diese á conocer su decision para terminar este asunto antes del dia 14. En efecto el rey confirmó el dia 12 la suspension, cuya noticia aumentó el descontento, y la asamblea se apresuró por su parte á tomar un partido que es fácil de adivinar. Al dia siguiente, es decir el 13 rehabilitó á Petion; pero por un resto de consideracion difirió su resolucion con respeto á Manuel, á quien se habia visto pasear con su faja tricolor por medio del tumulto del dia 20 de junio sin hacer uso alguno de su autoridad.

En fin llegó el 14 de julio de 1792, época en la cual se habian cambiado ya mucho los tiempos desde igual dia de 1790. No habia ya ni aquel altar magnífico servido por trescientos sacerdotes, ni aquel vasto campamento guarnecido de sesenta mil guardias nacionales, ricamente vestidos y regularmente organizados: ni aquellas gradas laterales cargadas

de aquella inmensa multitud entusiasmada de placer, ni en fin aquel balcon en que los ministros, la familia real y la asamblea asistian á la primera confederacion. Todo estaba cambiado, todos se aborrecian como despues de una falsa reconciliacion, y todos los emblemas anunciaban la guerra. Ochenta y tres tiendas de campaña figuraban los ochenta y tres departamentos; al lado de cada una de ellas habia un gran chopo en cuya cima flotaban unas banderillas tricolores; otra tienda mayor estaba destinada para la asamblea y para el rey y otra para los cuerpos administrativos de Paris. De esta suerte toda la Francia parecia que estaba acampando en presencia del enemigo. El altar de la patria no era mas que una columna truncada, puesta encima de unas gradas que todavia existian en el campo de Marte desde la primera ceremonia. Veiase á un lado un monumento erigido en honor de los que habian muerto, ó iban á morir en la frontera; en otro estaba un árbol inmenso llamado el árbol de la feudalidad, plantado en medio de una gran pila de leña, de cuyas ramas estaban colgadas coronas, grandes cruces, thiaras, capelos de cardenales, llaves de San Pedro, mantos de armiño, bonetes de doctores, legajos de pleitos, títulos de nobleza, escudos de armas, etc. El rey debia ser invitado á pegar fuego á la leña.

Debia prestarse el juramento á mediodia, y el rey se habia dirigido á las habitaciones de la escuela militar, donde aguardaba la comitiva nacional, que habia ido á poner la primera piedra de una columna que se queria colocar sobre las ruinas de la antigua Bastilla. Manifestaba el rey una tranquila dignidad y la reina se esforzaba por vencer el sentimiento que era demasiado visible, rodeada de su hermana y de sus hijos. No dejó de haber alguna conmocion en las habitaciones, ocasionada por algunas espresiones tiernas que arrancaron lágrimas de los ojos de mas de un espectador, hasta que por último llegó la comitiva. Hasta entonces el campo de Marte habia estado casi enteramente vacio, cuando de repente se inundó con toda la multitud. Viéronse desfilar por debajo del balcon donde estaba el rey muchas mugeres, niños y hombres borrachos que gritaban *viva Petion: Petion ó la muerte*, y que llevaban en sus sombreros las mismas palabras que pronunciaba su boca. Los confederados iban agarrados por los brazos, y llevaban un modelo en bajo relieve de la Bastilla, con una imprenta que se detenia de tiempo en tiempo para imprimir y esparcir canciones patrióticas. Seguian despues las legiones de la guardia nacional y los regimientos de línea, sin poder guardar la formacion conveniente de sus filas en medio de aquel populacho flo-

tante; y por último las mismas autoridades y la asamblea. Bajó entonces el rey, y colocado en medio de un cuadro de tropas, se encaminó con la comitiva hacia el altar de la patria. Era inmensa la multitud en el campo de Marte y no se podia avanzar sino muy lentamente; mas al fin á esfuerzos de algunos regimientos llegó hasta las gradas del altar. La reina desde su balcon, de donde no se habia movido, observaba aquella escena con un anteojo; mas viendo que se aumentaba la confusion al rededor del altar y que el rey habia bajado una grada, dió la reina un grito que consternó á todos los que estaban á su alrededor; mas al fin se terminó la ceremonia sin accidente. Apenas se hubo prestado el juramento cuando echaron todos á correr hácia el árbol de la feudalidad, queriendo llevar consigo al rey para que le pegase fuego; pero él se dispensó, replicando con mucha oportunidad que ya no habia semejantes feudos. Entonces continuó su marcha hacia la escuela militar, y las tropas muy contentas de haberle salvado, dieron repetidos gritos de *viva el rey*, y la multitud que siempre necesita simpatias, repitió aquellos gritos, y estuvo tan dispuesto á festejarle, como lo habia estado pocos minutos antes á prodigarle insultos. Tuvo todavía aquel desgraciado Luis XVI por algunas horas la ilusion de que era amado, y el pueblo

mismo lo creyó en aquel momento; pero no era fácil prolongar las ilusiones y yá principiaba á no caber engaño. El rey volvió á su palacio, satisfecho de haber escapado á unos peligros que creia inminentes, pero muy inquieto todavía por los que se sospechaba para lo futuro. Las noticias que cada dia llegaban de la frontera aumentaban la inquietud y agitacion, estando ya toda la Francia en movimiento con la declaracion de que la patria estaba en peligro, que es lo que habia decidido la salida de una multitud de confederados. No habian llegado mas que dos mil á Paris el dia de la confederacion, pero iban llegando continuamente, y el modo mismo con que se conducian justificaba los temores y esperanzas que respectivamente se habian concebido de su presencia en la capital. Como todos ellos se habian alistado voluntariamente, componian la espuma y la nata de todo lo mas exaltado de los clubs de Francia, y la asamblea les señaló seis reales diarios, mandando que se les reservasen las tribunas. Mas no tardaron mucho tiempo en imponerla la ley con sus gritos y sus aplausos, porque ligados con los jacobinos y reunidos en un club, que en pocos dias escedió en violencia á todos los demas, estaban prontos á insurreccionarse á la primera señal, ni disimularon tampoco esta disposicion en que se hallaban, comunicándosela á la

asamblea en una representacion, diciendo que no se ausentarian sin que quedasen aterrados los enemigos del interior. De este modo quedó plenamente realizado el proyecto de reunir en Paris una fuerza insurreccional, á pesar de la oposicion de la corte.

Otros medios se añadieron tambien á este para conseguir el mismo objeto, porque determinó la asamblea que los antiguos guardias franceses, que se hallaban esparcidos en diferentes regimientos, se reuniesen en un cuerpo de gendarmeria. No era posible engañarse acerca de sus disposiciones, supuesto que ellos eran los que habian principiado la revolucion. En vano se objetó que aquellos soldados, casi todos sargentos del ejército, componian su principal fuerza, porque la asamblea no quiso escuchar nada, temiendo mas á los enemigos de adentro que á los de afuera. Despues que se organizaron estas fuerzas, fué necesario desorganizar las de la corte, y para ello determinó la asamblea que se alejasen todos los regimientos. Hasta allí estaba dentro de los términos de la constitucion; pero no contenta con alejarlos, les mandó que fuesen á la frontera, en lo cual usurpó abiertamente la disposicion de la fuerza pública que pertenecia al rey.

El principal objeto de aquella medida era alejar á los Suizos, cuya fidelidad no podia ser du-

dosa, y para contener aquel golpe se valió el ministerio de su comandante Mr. Affry, el cual se apoyó en sus capitulaciones para reusar la salida de Paris. Se dió á entender que se tomaban en consideracion aquellos motivos, pero se mandó provisionalmente que saliesen dos de los batallones Suizos.

Verdad es que el rey tenia todavia el *veto* para resistir á tales medidas, pero habia perdido todo su influjo y no podia hacer uso de su prerrogativa. Tampoco la misma asamblea podia resistir siempre á las proposiciones que la hacian algunos de sus miembros, constantemente apoyados por los aplausos de las tribunas. Jamas dejaba de decidirse por la moderacion cuando era posible, y al mismo tiempo que se la veia consentir las medidas mas insurrecionales, se la veia por otro aprobar y acoger las peticiones mas moderadas.

Asi las providencias ya tomadas, como las representaciones y el lenguage que se observaba en todas las hablillas, anunciaban una próxima revolucion. Los girondinos la preveian y deseaban, pero sin distinguir claramente por qué medios habia de hacerse, recelaban el resultado. Se murmuraba de tras de ellos de su inercia, y se les acusaba de molicie é incapacidad; en términos que todos los corifeos de los clubs y de las secciones fastidiados de una elocuencia que no da-

ba de si nada, pedian á grandes gritos una direccion activa y única para que no fuesen infructuosos los esfuerzos populares. Habia en los jacobinos una sala destinada al despacho de las correspondencias y en ella se habia establecido una comision central de los confederados para concertarse entre si y entenderse. A fin de que las resoluciones fuesen mas secretas y enérgicas, se redujo aquella comision á cinco miembros, y se la dió entre ellos el nombre de *comision insurreccional.* Llamábanse estos cinco miembros Vaugeois, que era un provisor eclesiástico; Debessé de la Drôme; Guillaume [14], catedrático en Caen; Simon [15], diarista en Strasburgo, y Galissot de Langres. No tardaron en agregarles á Carra, Gorsas [16], Fournier el americano, Westermaun [17], Klinglin [18], de Strasburgo, Santerre, Alexandre, comandante del barrio de San Marcelo, un polaco llamado Lazouski [19], capitan de artilleros de aquel mismo batallon, un ex-constituyente llamado Antonio de Metz, y dos electores llamados Lagrey y Garin. Igualmente fueron agregados despues Manuel, Camilo Desmoulins y Danton, que egercieron en ella un influjo estraordinario, entendiéndose con Barbaroux, el cual les prometió la cooperacion de los Marselleses, cuya llegada aguardaban con impaciencia. Pusiéronse en comunicacion con el corregidor Petion y obtuvieron de él la promesa de

no impedir la insurreccion, ofreciéndole ellos por su parte poner guardia en su casa y consignarle en ella para justificar su inaccion con la fuerza en caso de que saliera mal la empresa. El proyecto en que definitivamente se convino fué dirigirse armados al palacio y deponer al rey; pero era necesario poner al pueblo en movimiento, lo cual no podia hacerse sin alguna circunstancia estraordinaria. Andaban discurriendo cual seria y estaban hablando de ello los jacobinos, á tiempo que el diputado Chabot estaba disertando con el ardor propio de su carácter sobre la necesidad de una gran resolucion y decia que para determinarla seria de desear que la corte atentase contra la vida de algun diputado. Grangeneuve que lo era y escuchaba aquel discurso, era hombre de mediano talento pero de un carácter muy decidido, y llamando á Chabot á parte le dijo: —V. tiene razon, es preciso que muera un diputado, pero la corte es demasiado astuta para suministrarnos una ocasion tan bella; y asi es preciso suplir su falta y darme á mi la muerte lo mas pronto posible en las inmediaciones del palacio: guarde V. el secreto y prepare V. los medios para egecutarlo. Lleno de entusiasmo Chabot, le ofreció participar de su suerte, y Grangeneuve aceptó diciéndole que dos muertes harian mayor efecto que una. Convinieron ambos en el dia, la hora y los medios de

matarse sin *estropearse* ningun miembro, segun ellos decian, y se separaron resueltos á sacrificarse por el suceso de la causa comun. Decidido Grangeneuve á cumplir su palabra, puso órden en sus negocios domésticos, y á cosa de las diez y media de la noche se encaminó al lugar de la cita, donde no encontró á Chabot, y al ver que no venia discurrió que habria variado de resolucion, pero sin embargo continuó esperando, persuadido á que en cuanto á él á lo menos no dejaria de verificarse. Fué y vino muchas veces esperando el golpe mortal; pero tuvo la desazon de volverse sano y salvo á su casa sin haberse podido sacrificar por una calumnia.

Aguardábase pues con impaciencia la ocasion que no se presentaba y se reconvenian recíprocamente de que les faltaba la fuerza, la habilidad y la union. Los diputados girondinos, el corregidor Petion, y en fin todos los hombres de viso que ya en la tribuna, ya en el egercicio de sus funciones, tenian precision de hablar el lenguage de la ley, tenian que disimular y aun condenar aquellas continuas agitaciones que no hacian mas que comprometerles sin resultado. Echaban en cara á los agitadores subalternos, que gastaban sus fuerzas en movimientos parciales é inútiles, y que esponian al pueblo sin producir un acontecimiento decisivo. Por el contrario estos otros, que hacian cuanto po-

la cabeza muy grande, las facciones fuertemente pronunciadas, la tez livida, los ojos fogosos y toda su persona muy desaseada. Ciertamente no hubiera pasado mas que por un ente ridículo ó asqueroso, si de pronto no se hubiesen oido salir de aquel cuerpo estravagante máximas estrañas y atroces, proferidas con un acento duro y una insolente familiaridad. Es necesario, decia, cortar muchos miles de cabezas y destruir á todos los aristócratas que hacen imposible la libertad. Causaba aquel hombre horror y desprecio, de suerte que le rempujaban, le pisaban los pies y hacian burla de su miserable persona; pero acostumbrado á las luchas científicas y á las estravagantes ascerciones, se habia habituado á despreciar á los que le despreciaban, y los compadecia como incapaces de comprenderle. Desde entonces hizo alarde en su periódico de la execrable doctrina de que él estaba poseido, y la vida subterránea á que tuvo que condenarse para huir de la justicia, habia exaltado su temperamento, que se irritaba mucho mas con los testimonios que recibia del público horror que inspiraba. Nuestras costumbres urbanas no eran á sus ojos mas que unos vicios que se oponian á la igualdad republicana, y en medio de su ódio frenético contra los obstáculos, no veía mas medio de salvacion que el esterminio. Sus estudios y esperiencia sobre el hombre físico habian debido

acostumbrarle á vencer el aspecto del dolor, y como no se paraba su imaginacion por ningun instinto de sensibilidad, iba directamente á su objeto por medio de la sangre. Aquella misma idea de llegar á todo por medio de la destruccion, se habia apoderado de su cerebro y asi no le lisonjeaba la idea de la dictadura por el placer de ser todopoderoso, sino por la terrible carga que le impondria de depurar la sociedad. El dictador debia tener en su dictámen, una cadena á los pies, para estar siempre al alcance del pueblo, sin dejarle otra facultad que la de indicar las víctimas, y ordenar por único castigo la muerte. Marat no conocia mas que aquella pena, porque él no se proponia castigar, sino suprimir un obstáculo.

Viendo que en todas partes conspiraban los aristócratas contra la libertad, iba recogiendo aqui y alli todos los hechos que halagaban su pasion y denunciaba con aquel furor y ligereza que nacian de su furor mismo, todos los nombres que le designaban y que frecuentemente no existian. Los denunciaba sin ódio personal, sin temor y aun sin peligro para sí mismo, porque estaba fuera de todas las relaciones humanas, habiendo desaparecido no solo las que podian existir entre el ultrajado y el denunciador, sino todas las que podia haber entre él y sus semejantes.

Decretada recientemente la acusacion contra Ro-

you y contra el *Amigo del pueblo*, se habia ocultado en la casa de un abogado oscuro y miserable que le habia dado asilo, y desde alli hizo llamar á Barbaroux. Este se habia aficionado al estudio de las ciencias físicas y conocido en otro tiempo á Marat, por lo cual no pudo escusarse de ir á verle, y creyó al escucharle que se habia vuelto loco. Segun su opinion los franceses no eran mas que unos revolucionarios mezquinos: «Dadme, decia, dos«cientos Napolitanos armados de puñales, y sin «llevar en el brazo izquierdo mas que un man«guito en forma de escudo, y con ellos recorreré «la Francia y haré la revolucion.» Queria él para señalar á los aristócratas, que la asamblea les obligase á llevar una cinta blanca en el brazo y que fuese permitido matarlos siempre que hubiera tres reunidos. Es de advertir que con el nombre de aristócratas designaba él á los realistas, á los fuldenses y á los girondinos; y cuando por casualidad se le hablaba de la dificultad de reconocerlos, decia que no era posible engañarse, porque en viendo á cualquiera que tuviese coche, ó criados, ó vestidos de seda, ó que saliese del teatro, seguramente era un aristócrata.

Barbaroux salió de alli asustado, y Marat poseido de su atroz sistema se inquietaba muy pocode los medios de insurreccion, siendo por otra parte incapaz de prepararlos. En aquellos sueños mortí-

feros, se complacia con la idea de retirarse á Marsella, donde el entusiasmo republicano le hacia esperar que le comprenderian y acogerian mejor. Por tanto pensó en refugiarse alli y queria que Barbaroux le recomendase; mas este no estaba en ánimo de hacer semejante regalo á su pueblo, y abandonó aquel insensato, cuya apotheósis no le era posible preveer.

No era pues el sistemático y sanguinario Marat aquel activo gefe que hubiera podido reunir las masas esparcidas que fermentaban confusamente. Mas capaz hubiera sido Robespierre, porque se habia formado en los jacobinos una clientela de oyentes, ordinariamente mas activa que la clientela de lectores; pero tampoco reunia todas las calidades necesarias. Era Robespierre un abogado mediano de Arras á quien nombraron diputado por aquella ciudad en los estados generales, donde se habia relacionado con Petion y Buzot y sostenia con cierto arte las opiniones que aquellos defendian con una conviccion tranquila y profunda. En los principios pareció ridículo por la pesadez de su diccion y pobreza de su elocuencia; pero su misma tenacidad llamó la atencion sobre él, particularmente en la época de la revision. Cuando despues de la escena del campo de Marte se estendió la voz de que iba á formarse causa á todos los que habian firmado la peticion de los ja-

Biblioteca Universitaria

cobinos, su terror y juventud inspiraron interes á Buzot y á Roland, quienes le ofrecieron un asilo. Pero no tardó en tranquilizarse, y luego que se disolvió la asamblea, se acogió á los jacobinos, en donde continuó sus arengas dogmáticas é hinchadas. Habiéndole nombrado acusador público, reusó aquellas nuevas funciones sin dedicarse á otra cosa que adquirir la doble reputacion de patriota incorruptible y orador elocuente.

Sus primeros amigos, Petion, Buzot, Brissot y Roland le recibian en su casa y veían con sentimiento que su orgullo sufria mucho, lo cual se echaba de ver en sus miradas y en todos sus movimientos. Se interesaban en él y les pesaba de que ocupándose tanto de la causa pública, pensase tan poco en sí mismo; pero al mismo tiempo era muy poco importante para que ofendiera su orgullo, mas antes se le perdonaba en favor de su medianía y celo. Se observaba sobre todo, que siendo tan silencioso en todas las reuniones, donde rara vez esponia su parecer, era el primero al dia siguiente á publicar en la asamblea las ideas que habia recogido de los otros. Hiciéronle esta observacion aunque sin acritud, y esto bastó para que detestase aquella reunion de hombres superiores, como habia detestado la de los constituyentes. Entonces se retiró enteramente á los jacobinos, donde como ya hemos visto difirió del dicta-

men de Brissot y Louvet sobre la cuestion de la guerra, y les llamó y aun creyó que eran malos ciudadanos, porque pensaban de distinto modo que él y sostenian su dictámen con elocuencia. ¿Estaría de buena fé cuando sospechaba tan de pronto de los que le habian contradicho, ó los calumniaria á sabiendas? Este es uno de los misterios de las almas; pero no se puede dudar que teniendo no mas que medianas luces y una susceptibilidad estremada, era muy propenso á irritarse y muy dificil de convencer; no siendo tampoco imposible que un ódio causado por el orgullo se cambiase para él en ódio de principios, y que creyese malos á todos los que le habian ofendido.

Sea de esto lo que se quiera, en el círculo ininferior en que él se hallaba, escitó el entusiasmo por su tono dogmático y su reputacion de incorruptible, fundando asi su popularidad sobre las ciegas pasiones y los entendimientos medianos. La austeridad y tono dogmático cautivan tambien á veces á los caracteres superficiales y aun á las inteligencias superiores; de suerte que habia hombres dispuestos á suponer en Robespierre una verdadera energia y un talento superior al suyo. Camilo Desmoulins le llamaba su Aristides y le tenia por elocuente.

Otros que no tenian talento, pero estaban subyugados por su pedanteria, iban repitiendo por to-

das partes que era el único hombre que debia ponerse al frente de la revolucion y que sin un dictador semejante no era posible ir adelante. Por lo que hace á él, dejaba á sus partidarios que se esplicasen como lo hacian, pero sin presentarse jamas en los conciliábulos de los conjurados. Se quejaba mucho de que le comprometian, porque uno de ellos que habitaba su misma casa, habia traido á ella la comision insurreccional; y así sin dar la cara dejaba obrar á sus apasionados Panis, Sergent, Osselin [20] y otros miembros de las secciones y de los cuerpos municipales. Marat que andaba buscando un dictador, quiso asegurarse de si Robespierre podria serlo, y en verdad que su persona desaseada y cinica contrastaba notablemente con la de Robespierre que era toda aseo y reserva. Retirado en un elegante gabinete donde su retrato estaba colgado reproducido de mil maneras, en pintura, en gravado y en escultura, se entregaba allí á un trabajo asiduo, leyendo y releyendo á Rousseau, para componer sus discursos. Vino á verle Marat y no encontró en él mas que miserables odios personales sin ningun sistema en grande, sin aquella audacia sanguinaria que él veia en su monstruosa conviccion, y últimamente sin genio, por lo cual salió de allí, penetrado de menosprecio contra aquel *hombrecillo* á quien declaró incapaz de salvar al estado, y mas persuadido que nunca á que

él era el único que poseia el gran sistema social.

Los partidarios de Robespierre no dejaron en paz á Barbaroux hasta llevarle á su casa diciendo que se necesitaba *un hombre* y que no habia otro sino Robespierre. Disgustó mucho á Barbaroux este lenguage por que no entraba bien en la idea de la dictadura, y por que seducida su ardiente imaginacion con la virtud de Roland y el talento de sus amigos habia modificado en gran manera sus ideas. Sin embargo fué á casa de Robespierre y en la conversacion se trató de Petion, cuya popularidad ofuscaba á este último y que segun se decia era incapaz de salvar la revolucion. Barbaroux replicó con acritud á lo que el otro decia contra Petion y defendió con viveza un carácter que á él le parecia admirable. Habló Robespierre de la revolucion y repitió segun su costumbre que él era quien habia acelerado su marcha, concluyendo por decir como todo el mundo que se necesitaba un hombre. Respondióle Barbaroux que él no queria ni un dictador ni un rey, á lo cual replicó Freron [21] que Brissot aspiraba á serlo y asi no hicieron mas que agriarse unos contra otros sin ponerse de acuerdo en nada. Luego que se separaron, queriendo Panis remediar el mal efecto de aquella entrevista, le dijo á Barbaroux que no habia comprendido bien de lo que se trataba, pues solo se pensaba en establecer una autoridad mo-

mentanea y que para ella ninguno era mas á propósito que Robespierre. Estas vagas hablillas y mezquinas rivalidades fueron las que hicieron creer á los Girondinos que Robespierre queria usurpar la suprema autoridad, equivocando la vehemencia de sus pasiones envidiosas con la de una enérgica ambicion. Este es uno de los errores que el falso prisma de los partidos ocasiona por lo general. Robespierre no era capaz mas que de odiar el mérito, pero carecia de la fuerza y carácter propio para la ambicion, de suerte que sus partidarios pretendian para él lo que él mismo era incapaz de desear ni concebir.

Algo mas capaz que estos era Danton para aspirar al papel de gefe que todos andaban buscando y para dar union á todos los movimientos revolucionarios. Habia intentado seguir la carrera de la abogacía sin haber logrado distinguirse. Hallándose pobre y devorado de deseos se habia lanzado con ardor en las conmociones políticas, con la esperanza probable de mejorar su condicion. Era ignorantísimo pero dotado de gran talento y de una vasta imaginacion. Sus formas atléticas, facciones duras y un si es no es africanas, acompañadas de una voz de trueno; aquellas imágenes estrambóticas pero grandiosas de que hacia uso, cautivaban al auditorio de los franciscanos y de las secciones. Su semblante espresaba á un mis-

mo tiempo pasiones brutales sin perjuicio de la jovialidad y aun de la benevolencia. No era hombre para amar ni aborrecer á nadie, pero tenia una audacia estraordinaria, y en algunos momentos de entusiasmo era capaz de egecutar todo lo que la imaginacion atroz de Marat era capaz de concebir.

Una revolucion cuyo efecto inevitable habia sido sublevar las clases inferiores de la sociedad contra las que estaban en la elevacion, no podia menos de despertar la envidia y dar origen á nuevos sistemas, desencadenando las pasiones brutales. Robespierre representa la envidia; Marat es el símbolo de los sistemas, y Danton fué el hombre apasionado, violento, variable y unas veces cruel y otras generoso. Preocupados los dos primeros, el uno por la envidia que le devoraba, y el otro por sus funestos sistemas, era muy natural que tuviesen pocas necesidades, que son el origen comun de la corrupcion de los hombres. Por el contrario Danton, que estaba lleno de pasiones y ansioso de gozar, de nada debia tener menos que de incorruptible. Bajo pretesto de indemnizarle de un antiguo empleo que tuvo de abogado del consejo, le dió la corte sumas bastante considerables; pero al mismo tiempo que se dejaba pagar nunca pudo ganarle en su favor, ni dejó por eso de arengar y excitar contra ella á la multitud de los clubs.

Cuando le echaban en cara que no cumplia lo tratado, solo respondia que para reservarse los medios de servir á la corte, debia tratarla en la apariencia como enemiga suya.

Era efectivamente Danton el corifeo mas terrible de aquellas bandas que se dejaban apasionar y conducir por medio de la palabra; pero sin embargo de ser el mas atrevido é influyente en los momentos decisivos, no era apropósito para aquellas atenciones minuciosas que exige el deseo de dominar, y por mas influjo que tuviese entre los conjurados, no era él quien les gobernaba todavía. Solo en algun momento de vacilacion era capaz de reanimarlos y conducirlos á su objeto por medio de un impulso decisivo.

Todavia no habian podido entenderse los diferentes miembros de la comision insurreccional, é instruida la corte de sus menores movimientos, tomaba por su parte algunas medidas para ponerse al abrigo de un ataque repentino, y darse tiempo para esperar con seguridad la llegada de las potencias coligadas. Habia fundado y establecido cerca del palacio un club llamado frances, que se componia de obreros y soldados de la guardia nacional, que todos tenian sus armas ocultas en la casa donde celebraban sus sesiones, y podian en un caso apurado acudir al socorro de la familia real. Esta sola reunion costaba á la lista civil diez

mil francos cada dia. Ademas de eso un marselles llamado Lieutaud mantenia un tropel de gente que ocupaba alternativamente las tribunas, las plazas públicas, los cafés y las tabernas para hablar en favor del rey y resistir á las continuas conmociones de los patriotas * En todas partes se disputaba y casi siempre desde las palabras llegaban á los golpes, pero á pesar de todos los esfuerzos de la corte sus partidarios eran poquísimos y la porcion de la guardia nacional que la era adicta se hallaba muy desanimada.

Un gran número de fieles servidores que hasta entonces habian estado alejados del trono, acudieron á defender al rey y formarle una muralla con sus cuerpos. Eran frecuentes y numerosas sus reuniones en palacio, y esto mismo aumentaba la desconfianza pública, llamándolos *caballeros del puñal* desde la escena del mes de febrero 1791. Se habian dado órdenes para reunir secretamente la guardia constitucional, que aunque licenciada, no habia dejado de recibir sus sueldos. Durante este tiempo se repetian sin cesar los consejos al rededor del rey, produciendo en su alma débil y naturalmente vacilante las mas dolorosas incertidumbres, sin que faltasen algunos hombres prudentes, y entre otros Malesherbes [22] que le acon-

* Véase á Bertand de Molleville tomo 8 y 9.

Biblioteca Universitaria

sejaban que abdicase. Otros en mayor número querian que tomase la fuga, sin estar de acuerdo ni en los medios ni en el lugar á donde, ni en el resultado que podia tener la evasion. Para dar algun cuerpo á aquellos diferentes proyectos, quiso el rey que Bertrand de Moleville se entendiese con Duport el constituyente, en quien S. M. tenia mucha confianza, y se vió obligado á dar una órden positiva á Bertrand para ello, por que este no queria mantener ninguna relacion con un constitucional como Duport. En aquella especie de consejo entraban Lally-Tolendal, Malouet, Clermont Tonnerre, Goubernet y otros adictos á Luis XVI; pero en este punto diferian bastante de opinion en cuanto á la parte de poder que habia de quedar á la corona en caso de poder salvarla. Allí se resolvió la fuga del rey y su retirada al castillo de Gaillon, en Normandia, cuya provincia mandaba el duque de Liancourt, amigo de Luis XVI, dueño de toda su confianza, y que respondia de sus tropas y de los habitantes de Rohan que se habian pronunciado en una manifestacion enérgica contra el 20 de junio. Este ofrecia recibir á la familia real y conducirla á Gaillon ó entregársela á Lafayette, quien la trasladaria en medio de su ejército. Ademas sacrificaba todo su caudal por favorecer la egecucion de aquel proyecto, sin reservarse mas que cien luises de renta para sus hijos. Agradaba este

plan á los miembros constitucionales de la comision, porque en lugar de poner al rey en manos de los emigrados, le entregaban al duque de Liancourt y á Lafayette; mas por el mismo motivo les repugnaba á los otros y se temia disgustar á la reina y al rey. Era muy ventajosa la posicion del castillo de Gaillon por estar á solo treinta y seis leguas del mar y ofrecer por la Normandía, que era una provincia muy bien dispuesta, una huida fácil á Inglaterra. Tenia tambien otra ventaja que era la de estar á solo veinte leguas de Paris y poder el rey llegar á él sin faltar á la ley constitucional, lo cual era mucho para él estando como estaba decidido á no ponerse en contravencion abierta.

Mr. de Narbonne y la hija de Necker Madama Staël [23], imaginaron tambien un proyecto de fuga, y la emigracion por su parte propuso tambien el suyo, que consistia en trasladarse al rey á Compiegne, y desde alli á las orillas del Rhin por los montes de las Ardenas. Cada cual queria aconsejar á un rey débil, porque cada cual aspiraba á suplir con su voluntad propia la falta que el monarca tenia de ella; resultando de todas estas inspiraciones contrarias aumentar la indecision natural de aquel desgraciado príncipe abrumado de consejos, contento con la razon de los unos, arrebatado por la pasion de los otros, atormentado

de temores por la suerte de su familia y agitado con los escrúpulos de su conciencia; no sabia cual elegir entre mil proyectos y veía llegar el torrente popular, sin atreverse á huir de él ni menos hacerle frente.

Entre tanto, los diputados girondinos que con tanta osadia habian entablado la cuestion de la deposicion del rey, todavia estaban inciertos de lo que habian de hacer á la víspera de una insurreccion; y aunque la corte estuviese casi desarmada, y la fuerza toda de parte del pueblo, todavia la inmediacion de los Prusianos y el temor que siempre inspira un antiguo poder, aun estando privado de sus fuerzas, llegaron á persuadirles que valia mas transigir con la corte que esponerse á los azares de un ataque. Por mas que hubiese motivos de suponer que este ataque seria feliz, recelaban que la inmediata llegada de los estrangeros destruyese todos los resultados de una victoria en palacio, y que venganzas terribles sucediesen á un triunfo momentaneo. Mas sin embargo de aquella disposicion á negociar, no entablaron proposiciones sobre el asunto, ni se atrevieron á tomar la iniciativa; pero escucharon las que les hizo un tal Boze [24] pintor de S. M. y muy amigo de Thierry [25] que era su ayuda de cámara. Asustado Boze de los peligros que corria la causa pública, les escitó á que escribiesen lo que tuvie-

ran por conveniente en aquel apuro para salvar al rey y la libertad. En consecuencia escribieron una carta firmada por Guadet, Gensonné y Vergniaud que principiaba por estas palabras. *Nos preguntais cual es nuestra opinion sobre el estado actual de Francia*..... Este principio prueba suficientemente que la esplicacion habia sido provocada. Ya no es tiempo, le decian los tres diputados á Boze, de que el rey pueda disimularse nada, y será mucho engañarse si no conoce que su conducta es la causa de la conmocion general y de la violencia de los clubs por mas que se queje continuamente de ella; ya serian inútiles y aun parecerian irrisorias nuevas protestas de su parte, por que segun el grado á que han llegado las cosas, serian necesarios hechos muy decisivos para tranquilizar al pueblo. Por egemplo todo el mundo está persuadido de que solo consistia en el rey que se alejasen los egércitos estrangeros, y por tanto era preciso que principiara por mandarlos alejar. Luego debia escoger un ministerio patriota, quitar el mando á Lafayette, que en el estado actual no podia ya servirle con utilidad, espedir una ley para la educacion constitucional del Delfin, someter su lista civil á una contabilidad pública, y declarar solemnemente que no aceptaria para sí mismo ningun aumento de poder, sin el libre consentimiento de la nacion. Con estas condiciones, añadian los girondinos, era de

esperar que se calmase la irritacion, y que con el tiempo y la perseverancia en aquel sistema recobrase el rey la confianza que hoy tenia enteramente perdida.

Cierto que los girondinos se hallaban entonces muy cerca de conseguir su objeto, si verdaderamente habian conspirado hasta aquel dia y despues de mucho tiempo por la realizacion de una república. Por tanto es increible que de repente se hubiesen detenido en el momento de conseguir su plan, por solo entregar el ministerio á tres de sus amigos. Parece pues evidente que jamas pensaron en república sino cuando fuese imposible la monarquia; que fué falso semejante proyecto y que aun en vísperas de obtenerle, aquellos á quienes se acusa de haberle preparado de antemano, no querian sacrificar la causa pública al triunfo de aquel sistema, y consentian en conservar la monarquía constitucional, con tal que estuviese rodeada de las seguridades convenientes. Al ver que los girondinos pedian ante todas cosas que se alejaran las tropas, no puede dudarse de que les preocupaba el peligro actual, asi como el llamar la atencion sobre la educacion del Delfin, demuestra que la monarquía no presentaba para ellos un porvenir insoportable.

Se ha querido decir que Brissot por su lado habia hecho proposiciones para impedir la deposi-

cion del rey, con la condicion de que se le diese una cantidad considerable de dinero; mas este aserto viene de Bertrand de Molleville, que calumnia constantemente y por dos razones, esto es, por malicia de corazon y por falsedad de entendimiento. Sobre todo, no presentando ninguna prueba de este hecho, debemos atenernos á la pobreza notoria de Brissot y á su conviccion exaltada, que son las que deben responder de él. No es esto decir que sea imposible que la corte haya dado dinero con destino á Brissot, pero esto no probaria en rigor que este dinero haya sido pedido ni recibido por él. El hecho que ya hemos referido acerca de la promesa de la corrupcion de Petion, hecha á la corte por unos estafadores, juntamente con otros numerosos ejemplos que pueden alegarse, indican que grado de confianza merecen estas acusaciones de venalidad, tan fácil y tan frecuentemente aventuradas. Por otra parte sea lo que se quiera de Brissot, los tres diputados Gensonné, Guadet y Vergniaud no fueron acusados siquiera de tal cosa, y ellos fueron los únicos firmantes de la carta entregada á Boze. *

* Creemos que en esto último se equivoca el autor, porque en efecto consta en las actas de la convencion, que Gensonné fué acusado de venalidad en el negocio de la carta por Bourdon del Oisa. *(N. del T.)*

Por lo mismo que el corazon del rey estaba tan ulcerado se hallaba menos dispuesto que nunca á escuchar sus prudentes avisos. Thierry le presentó la carta, pero él la desechó con aspereza, dando *una de sus respuestas acostumbradas de que no* era él sino el ministerio patriota quien habia provocado la guerra; y que en cuanto á la constitucion, él la observaria fielmente, mientras que otros ponian todo su empeño en destruirla. Estas razones no eran del todo exactas, porque aunque no fuese él quien habia provocado la guerra, esto no le dispensaba de sostenerla bien, y en cuanto á su fidelidad escrupulosa á la letra de la constitucion, no bastaba observar el testo sino evitar comprometerla apelando á los estrangeros.

No podemos menos de atribuir las consideraciones guardadas por los girondinos á la esperanza que tenian de que se escuchase su dictámen, cuando se quiso suscitar en la asamblea la cuestion de la deposicion, que ya se agitaba diariamente en los clubs, en los grupos y en las representaciones que se hacian. Cada vez que venian en nombre de la comision de los doce, á hablar del peligro de la patria y de los medios de remediarle, se les decia *remontad á la causa;* y *remontad á la causa* repetian las tribunas. Vergniaud, Brissot y los girondinos replicaban que la comision tenia la vista fija *sobre la causa* y que ya la descubririan cuando fuese

tiempo, pero que por entonces no se debian suscitar nuevos fermentos de discordia.

Pero estaba decidido que todos los medios y proyectos de transaccion habian de estrellarse, y no tardó en llegar muy pronto la catástofre que tanto se temia y se habia previsto como verémos en el capítulo siguiente.

NOTAS DEL TRADUCTOR

PERTENECIENTES AL CAPITULO SESTO.

PAGINA 368.

1 Feliz Julian Bigot-de-Preameneu, del instituto nacional, consejero de estado, y gran oficial de la legion de honor, fué elegido en 1790 juez del cuarto cuartel de Paris y en marzo 1791 fué uno de los tres comisarios que envió el rey á Uzés para restablecer la tranquilidad. En setiembre del mismo año fué nombrado diputado por Paris á la asamblea legislativa, en la cual siguió constantemente los principios juiciosos y moderados que formaban el partido de la oposicion. No solo se declaró contra las peticiones armadas que solia tolerar aquel cuerpo, sino que le dijo facha á facha el dia 7 de enero de 92 que no era el único representante del pueblo, y que los derechos del rey eran por lo menos tan sagrados como los suyos. Sin embargo de estas opiniones que para aquel tiempo pudieran llamarse atrevidas, supo sustraerse á los peligros del terror y ya le verémos en 1799 fiscal del tribunal de casacion, consegero de estado en 1800 y senador en tiempo del imperio.

PAGINA 368.

2 J. A. Daverhoult, patriota holandes, que habiendo tenido que abandonar su patria por opiniones políticas, se retiró á Francia y le nombraron miembro del departamento de las Ardenas, y despues de la legislativa de que llegó á ser presidente. Era hombre de ideas muy claras y moderadas, siguiendo en lo general la cuerda misma de Lafayette. En consecuencia se

declaró enemigo de todas las persecuciones, esceptuando aquellas que se dirigian contra los autores y cómplices de los atentados públicos, cuyo castigo solicitó muchas veces en vano. Mas viendo que eran inútiles todos sus esfuerzos, singularmente contra Petion y Manuel, tomó el partido de renunciar su plaza el dia 15 de julio 1792 y se marchó al ejército donde habia obtenido el grado de coronel, pero en el mes siguiente dió cuenta Thuriot de que habiendo intentado emigrar y sido cogido por una patrulla se habia disparado un tiro en la frente y habia quedado muerto. Este fué uno de los fundadores del club de los fuldenses.

PAGINA 376.

3 A. G.S. conde de Kersaint, era capitan de navio de la real armada y ya se habia dado á conocer antes de la revolucion por una obra intitulada *El buen sentido,* en la cual atacaba los privilegios y existencia de las dos primeras clases del estado. Habiendo abrazado el partido de la revolucion fué nombrado en 1791 administrador del departamento, y despues diputado suplente á la legislativa. Entró en plaza efectiva poco tiempo despues en lugar de Monnerou y se unió al partido de la Gironda. Fué grande enemigo de la corte, solicitando que se nombrase una comision estraordinaria para examinar la conducta del rey é informar si merecia que se le depusiese. Despues del 10 de agosto le enviaron al egército de Lafayette, y apenas llegó á Sedan le mandó poner preso aquel general, pero le soltaron los diputados de las Ardenas. De vuelta á la asamblea continuó en los mismos principios que antes, aunque desaprobando siempre todas las medidas sanguinarias: de suerte que á medida que la Montaña se iba haciendo mas furiosa, él se inclinaba á los principios moderados. Se encontró bastante comprometido en los papeles que se hallaron enel armario de hierro, pero se defendió con vigor de las sospechas de haber favorecido la causa del rey. En el proceso de este monarca votó por la reclusion hasta la paz, y la víspera

de su suplicio escribió al presidente haciendo renuncia de su plaza y diciendo « que si se habia visto reducido á ser « compañero de los panegiristas y promotores de las ma- « tanzas de setiembre, queria defender su memoria del « cargo de haber sido cómplice suyo; que para esto no le « quedaba mas que aquel momento, *porque al dia siguiente « ya no habrá tiempo.* » Este rasgo de valor no le fué nunca perdonado por la Montaña, y así á pesar de haber estado en concurrencia con Monge para el ministerio de marina, fué arrestado y condenado á muerte el 4 de diciembre 1793, como conspirador y federalista. Habia nacido en Paris y tenia 52 años de edad.

PAGINA 381.

4 Carlos Guillermo Fernando duque de Branswick, feld-mariscal de los egércitos prusianos, nació el 9 de octubre 1735. Desde su tierna juventud manifestó una aficion decidida á la carrera militar, y se distinguió en varias ocasiones durante la guerra de 7 años. Cuando Federico II tomó las armas en 1778 para la defensa de la Baviera, confió al duque su sobrino el mando de un cuerpo de egército en la alta Silesia. En 1787 estuvo encargado de la espedicion contra Holanda, y no tardó en restablecer la obediencia al antiguo gobierno de las Provincias Unidas. En 1792 fué nombrado gefe de las tropas combinadas de las potencias que se habian coligado contra la revolucion francesa; y el mismo rey de Prusia Federico Guillermo se fué al egército para presidir en persona las operaciones. Entonces fué cuando se publicó el famoso manifiesto de que habla esta historia. Despues de la retirada de Champagne se desistió el duque del mando de las tropas imperiales y quedó encargado del de las Prusianas, bajo las órdenes del rey, durante la campaña de 1793. A fines de aquel año, ciertas combinaciones políticas de las cortes aliadas le determinaron á pedir su retiro, escribiendo una carta al rey de Prusia, que dá mucha luz sobre las causas de los reveses que sufrió la primera coalicion contra

la Francia. Desde entonces ya no se ocupó mas que del cuidado de administrar su ducado y hacer la felicidad de sus habitantes. Pero en setiembre de 1805 le llamó la corte de Prusia á Berlin y le dió el mando de un ejército destinado á garantir la neutralidad, y despues de muchos viages á las fronteras de Prusia se encontró en Berlin durante la permanencia del emperador Alejandro en aquella corte y fué recibido de él con mucha distincion. Despues pasó al Hanover y desde allí á Rusia, al mismo tiempo que Mr. de Haugwite iba á Paris, encargados uno y otro de negociaciones diplomáticas que no produgeron ningun resultado á lo menos en la apariencia. Ultimamente batido por Napoleon en 1806 cerca de Arverstadt, fué herido de una bala en los ojos el dia 14 de octubre, y fué á morir en Altona el 10 de noviembre del mismo año.

PAGINA 388.

5 Manuel José Pedro Pastoret nació en Marsella en 1756 y fué abogado antes de la revolucion, consejero de subsidios, miembro de la academia de inscripciones y bellas letras y coronista de Francia etc. Luis XVI le nombró ministro del interior en 1790 en lugar de Mr. de St. Priest, pero ocupó poco tiempo el ministerio, y fué sucesivamente electo en enero de 91 presidente del departamento de Paris: en febrero procurador síndico del mismo departamento: en setiembre diputado á la legislativa, y en octubre presidente de aquella asamblea. En el momento de la muerte de Mirabeau se presentó en la barra de la asamblea nacional á pedir que la iglesia de Santa Genoveva fuese consagrada para conservar las cenizas de los grandes hombres que el cuerpo legislativo juzgase dignos de aquel honor. Presidió en aquel mismo año la asamblea electoral de Paris, y él fué quien mandó arrestar al alguacil Damien que tenia encargo de prender á Danton, cosa que desaprobó todo el mundo y aun la asamblea misma. El fué tambien quien hizo abolir las felicitaciones y cumplimientos de año nuevo y decretar la

ereccion de una columna, coronada con la estatua de la libertad en el sitio que habia ocupado la Bastilla. El 19 de junio presentó un informe muy filosófico sobre la necesidad de quitar á los curas el cargo de registrar las partidas de nacimiento, matrimonios, muertos etc. Habiendo sovrevivido al reinado del terror, fué nombrado en 1795 diputado al consejo de los quinientos y llegó á ser uno de los mas firmes defensores del partido de Clichy. Allí solicitó los honores del Panteon para Montesquieu y pronunció muchos y muy elocuentes discursos sobre la libertad de imprenta, sobre el injusto castigo que se continuaba dando á los clérigos deportados en virtud de una constitucion religiosa que ya no existia: sobre la mala administracion de las cárceles, etc. etc. En tiempo del directorio solicitó con eficacia que se cerrasen los clubs, haciendo una pintura tan horrible como cierta de los crimenes que habian ocasionado durante la revolucion. Estas y otras ideas le ocasionaron la pena de la deportacion en 1797; mas en lugar de ir á Cayena pasó en 1798 á la isla de Oleron, de donde le llamaron los cónsules en 1799. En 1804 le nombraron catedrático de derecho natural y de gentes en el colegio de Francia, miembro del instituto y caballero de la legion de honor. Ha dejado muchas obras escritas, de las cuales citarémos la de *Zoroastro*, *Confuccio y Mahoma comparados como sectarios*, *legisladores y moralistas*: *Moises considerado como legislador y moralista*: *sobre las leyes penales*: diferentes *memorias y disertaciones sobre el gobierno y legislacion de los Asirios y Babilonios*: *sobre el estado de la magistratura y monarquía de los Hebreos*, etc. etc.

PAGINA 389.

6 Juan de Bry ó Debry, miembro del directorio del departamento del Aisne fué diputado por él á la asamblea legislativa, y uno de los mas acérrimos perseguidores de los clérigos y de los príncipes emigrados. Fué tambien uno de los agentes mas activos en los desórdenes del 20 de junio y

10 de agosto de 92, y como tal denunciador de los generales Luckner y Lafayette. Se hizo particularmente célebre este personage por su famosa propuesta de crear un cuerpo de doce mil tiranizidas, cuyo oficio habia de ser ir asesinando á todos los reyes que estaban en guerra con Francia. Propuso ademas el dia 8 de octubre de 92, juntamente con su amigo Gossuin, que se concediese un premio de cien mil francos á cualquiera que tragese la cabeza del duque Alberto de Sajonia-Teschen, é igual recompensa á los que presentasen las de Francisco II, de Federico Guillermo, la del duque de Brunswick, y las de todas las *bestias feroces que se les asemejaban*. En el proceso del rey votó por la muerte, aunque no debia verificarse hasta despues de aceptada la nueva constitucion por el pueblo. El 21 de enero fue elegido miembro de la comision de seguridad general, y despues de la de salud pública de que hizo dimision. Despues de la revolucion de termidor y muerto Robespierre, varió infinito sus opiniones politicas, favoreciendo unas veces á la juventud de Paris contra los terroristas, y otras reprimiendo las justas venganzas de aquella. Durante el directorio solicitó con el famoso Louvet una ley represiva de la imprenta é hizo el elogio del general Bonaparte y del ejército de Italia. En mayo de 98 fue nombrado ministro plenipotenciario en Rastadt con Bonnier y Roberjot, y habiendo sido atacados por unos bandidos con uniforme de húsares de Szecklers que debian escoltarlos, perecieron los compañeros y él quedó herido. Vuelto á Paris en 1799, le reeligieron para el consejo de los quinientos, donde se presentó con el brazo suspendido con un pañuelo y dió las gracias al cuerpo legislativo del interes que habian tomado en su suerte. Entonces le dijo el presidente estas palabras: « Tu vives, « y á la posteridad toca pronunciar tu elogio, nosotros nos limitarémos á vengarte. » El respondió: « Juro « sobre la tumba de mis desgraciados cólegas, participar « primero de su suerte que ser infiel á esta república, sin « la cual no nos resta sino morir. » Sin embargo no

solo no murió aunque se acabó la república, sino que despues del 18 brumario fué miembro del tribunado y durante el imperio prefecto del departamento de Doubs y comandante de la legion de honor.

PAGINA 389.

7 F. Delaunay comisario regio ó como si digéramos fiscal en el tribunal de Angers antes de la revolucion, y diputado despues á la asamblea legislativa. En ella solicitó la destruccion de la constitucion civil del clero, proponiendo que debian casarse los sacerdotes. Era uno de los principales miembros del partido jacobino, y como tal se presentó como acusador de Lafayette y pidió la suspension de Luis XVI por causa de sus *traiciones*. Cuando le nombraron miembro de la convencion se fijó en los bancos de la Montaña y se opuso vigorosamente á la reunion de las asambleas primarias que solicitaban los Girondinos para juzgar al rey cuya muerte votó. El fué quien hizo suprimir definitivamente la compañia de las Indias y poner los sellos en todos sus almacenes para impedirla que vendiese sus géneros. Esta medida que parecia dictada por el interes público no fué mas que una corrupcion, de que habla menudamente el testo y denunciada por Chabot como un sórdido cálculo de agiotage, cuyo secreto descubrió; pero el resultado de esta negociacion falsa ó cierta fué que tanto el acusador como los acusados tuvieron que presentarse en el tribunal revolucionario el 16 de marzo 1794 y fueron condenados á muerte el dia 5 del siguiente mes.

PAGINA 390.

8 El conde de Jaucourt, coronel del régimiento de dragones de Condé, fue nombrado en 1790 presidente del departamento del Sena y Marne, en cuya calidad juró á la asamblea nacional, que tanto en la de soldado como en la de administrador permaneceria eternamente

Biblioteca Universitaria

adicto á la constitucion. En Setiembre de 91 le nombraron diputado á la legislativa, y fue uno de los corifeos del club de los fuldenses. Se distinguió en la comision militar oponiéndose á las leyes severas contra los emigrados, á que se admitiesen en la barra los soldados de Chateauvieux escapados de presidio por la insurreccion de Nancy, y á que se formase un campamento de 20 mil hombres en la capital. En 1792 fue uno de los siete miembros que votaron contra la declaracion de guerra, y de resultas hizo dimision de su plaza despues de haber propuesto que se cerrasen todos los clubs que estaban entonces tratando de fomentar la jornada del 10 de agosto. Pocos dias despnes de esta le encerraron en la Abadia, donde presintiendo la suerte que le amenazaba, tuvo proporcion por medio de sus amigos de adquirir la proteccion de Panis, sacrificando una buena suma, y este le sacó de la cárcel la víspera de aquellas sangrientas egecuciones. En 1799 le nombró el gobierno consular miembro del tribunado. En 1802 fue elegido senador, y en 1804 primer gentil hombre del príncipe José Bonaparte.

PAGINA 403.

9 Este bueno de Lamourette, nació en Fevent departamento del paso de Calais y llegó á ser provisor y vicario general del obispado de Arras. Publicó algunos escritos en que intentaba asociar las ideas filosóficas con las religiosas, que agradaron mucho á Mirabeau, y le llamaba su teólogo de cámara, adoptando varios de sus discursos cuando hablaba de la religion y de la constitucion del clero. En 1791 le nombraron obispo de Lyon, y diputado del Ródano y Loira á la asamblea legislativa, donde mostró una moderacion estraordinaria. Ha pasado á ser proverbial el beso de Lamourette para significar lo vanas que suelen ser esas reconciliaciones dictadas por el entusiasmo y no por un convencimiento político ó religioso. Lo que sucedió entonces en la asamblea legislativa, sucederá en otras muchas, y lo hemos visto ya recientemente en

España, sin que por eso falten algunas almas cándidas que todavia cuenten con semejantes recursos. Lo peor de todo es que no solo no obtuvo la verdadera reconciliacion que deseaba, sino que por haberse empeñado en que se hiciese cargo á la municipalidad de las matanzas del mes de setiembre, le persiguieron cruelmente cuando se restituyó á su silla despues del sitio de Lyon, y trayéndole preso á Paris le condenó á muerte el tribunal revolucionario el 11 de enero 1794, á la edad de 52 años. Cuando oyó su sentencia, hizo la señal de la cruz y les dijo á sus compañeros de infortunio: « ¿Por qué nos he- « mos de admirar de morir? La muerte no es mas que un « accidente de la vida, y por medio de la guillotina, vie- « ne á ser un papirotazo que le dan á uno en el cuello. » Es autor de las *consideraciones sobre el espíritu y deberes de la vida religiosa*: de los *pensamientos sobre la incredulidad; sobre la filosofía de la fé y sobre las delicias de la religion.*

PAGINA 407.

10 J. A. Grangeneuve abogado y sustituto del síndico del ayuntamiento de Burdeos y diputado á la legislativa por la Gironda. Él fue quien propuso é hizo adoptar el decreto en que se suprimia el tratamiento de magestad que se le daba al rey; pero que se revocó al dia siguiente porque escitó una gran fermentacion en los partidos, no por respeto al trono sino porque vieron en ello un cierto desprecio de la constitucion nueva. Se declaró gran enemigo de los emigrados y de sus familias, pidiendo el dia 21 de marzo de 91 que el *maximum* de alimentos que pudiera señalárselas no escediese de 800 francos. Apoyó las denuncias que se habian hecho contra Bertrand de Molleville y Narbonne, al mismo tiempo que solicitó con grande empeño una amnístia en favor de Jourdan *corta cabezas* y sus cómplices de Avignon. El dia 14 de junio del mismo año, insultó en la comision á otro diputado llamado Jouneau, y habiéndole pedido satisfaccion este último, no quiso dársela el otro y continuó dicién-

dole desvergüenzas y amenazas. Enfurecido Joneau, empezó á darle de palos y puntapies, en términos que tuvo que guardar cama por algun tiempo. Nombró la asamblea una comision para que informase sobre el suceso y aunque Jouneau pretendia no haberle dado mas que un latigazo, aseguró St. Hurugue que por buena cuenta él le habia visto recibir en las espaldas sobre doscientos palos y mas de cien puntapies. En consecuencia se mandó al acusado que guardase arresto por algunos dias en la Abadia, y Grangeneuve, como buen abogado, le puso pleito. Omitimos repetir lo que dice el testo de su proyecto de dejarse asesinar con Chabot. Pero ya que perdió aquella ocasion de morir calumniando, no tardó en darle este gusto el verdugo de Burdeos, á quien le entregó la comision militar de allí el 21 de diciembre 1793 á la edad de 43 años.

PAGINA 408.

11 El conde del Saillant, no Dusaillant como dice el testo, habia sido page del rey y á los principios de la revolucion le nombraron coronel de la guardia nacional de Mende, donde se hizo querer mucho de su cuerpo y de los guardias nacionales inmediatos. De este modo contribuyó mucho á reunir cerca de 20.000 hombres en Jalés el año 1791, bajo pretesto de una nueva confederacion, pero mas bien con la esperanza de organizar un movimiento realista en los departamentos del Ardeche y de la Lozere. Cuando se renovó el juramento de fidelidad á la nacion, á la ley y al rey se retiraron los guardias nacionales, pero muchos de sus gefes y algunos clérigos se reunieron con Saillant en el castillo de Jalés para formar una especie de club, que aunque no pudo realizar sus proyectos por entonces, entabló correspondencia con los hermanos de Luis XVI por medio de un tal Conwai que debia tomar el mando en gefe luego que se reuniesen fuerzas considerables. Trabajaba el conde con mucha actividad aunque con poco éxito, cuando la asamblea espidió un decreto de acusacion contra él el dia 3 de enero

1792, como cómplice de la conspiracion del mediodia. Sin embargo intentó hacerse fuerte en St. André y en St. Brés y aun llegó á apoderarse del castillo de Bannes; pero como aquella reunion tenia poca consistencia y menos dinero, no tardó en ser dispersada por los patriotas, que hicieron prisionero al mismo Conde, y habiéndole llevado á Vans le sacrificaron en la plaza pública con otras cuatro personas que le acompañaban.

PAGINA 409.

12 El conde de Esterhazy era descendiente de la misma familia que los célebres Esterhazys de Ungria, pero de una rama que despues de muchos años estaba establecida en Francia. Este de quien habla el testo, fué ministro plenipotenciario de Francia en San Petersburgo, donde reemplazó á Mr. de Segur. Despues de la jornada de 10 de agosto 1792 se declaró ministro de los príncipes franceses, á quienes hizo grandes servicios, juntamente con un sobrino del príncipe de Nassau, los cuales en nombre de los emigrados obtuvieron grandes promesas de Catalina II y de Pablo I en favor de su causa. Era coronel de un regimiento de húsares al servicio de Francia, y luego se incorporó con el egército austriaco. Pablo I le concedió algunas tierras en Polonia donde se retiró hasta su muerte.

PAGINA 410.

13 P. A. Torné, nació en Tarbes el 21 de enero 1727, y fué á los principios esculapio y profesor de filosofia en Tolosa. Pero no siendo su carácter propio para una congregacion religiosa, abandonó la enseñanza de la doctrina y se dedicó al púlpito, predicando la cuaresma en Versalles en 1765. Estos y otros trabajos bien desempeñados, le valieron un priorato y una canongia en Orleans, la plaza de limosnero del rey de Polonia Estanislao y el título de académico de Nancy. Hallándose al principio de la revolucion en el departamento de los Bajos Pi-

rineos, se ligó con Barrere, cuya proteccion le valió el obispado de Bourges, y publicó varios escritos mas propios de un filósofo que de un obispo. En setiembre de 1791 le eligieron diputado á la legislativa, y si bien á los principios observó alguna moderacion, no tardó en declararse enemigo encarnizado de su órden y de la monarquia. En 5 de abril 1792 propuso en un largo discurso la prohibicion de los trages eclesiásticos, y el 3 de julio se desató contra el rey y contra Lafayette, haciendo un cuadro horrible de las maniobras contrarrevolucionarias de la corte, y pidiendo que se declarase la patria en peligro. Concluida aquella legislatura, le hicieron administrador del departamento del Cher, y desde allí firmó su adesion al triunfo de la Montaña. En octubre de 93 renunció á las funciones episcopales, y se retiró á su patria, donde murió el 12 de enero 1797 de edad de 70 años. Escribió una oracion fúnebre de Luis XV y tres tomos de sermones que estan en un estilo bastante elegante aunque algo hinchado.

PAGINA 421.

14 Guillaume era abogado del consejo real y diputado por el estado llano á los estados generales. Aunque partidario de los principios filosóficos, se pronunció contra el partido revolucionario luego que vió su tendencia al desórden. Él fue quien en 1.° de julio de 92 se presentó en la barra de la legislativa al frente de una diputacion que llevaba una súplica, conocida con el nombre de la *peticion de las 20 mil firmas*, dirigida á que se castigase á los autores de los atentados cometidos el 20 de junio contra el rey. Esta súplica fue escuchada con paciencia, pero no produjo el menor efecto, y se retiró el orador en medio de los murmullos de las tribunas y de una parte de los diputados. Cuando se acercó el momento del proceso del rey, presentó otra peticion para que se le juzgara por uno ó dos tribunales, y que los votos fuesen secretos, pero tampoco se le quiso dar oidos. Ultimamente se ofreció á ser uno de sus defensores pero

tampoco pudo conseguirlo, visto lo cual se retiró de la escena política y vivió y murió en la oscuridad.

PAGINA 421.

15 Filiberto Simon, á quien otros llaman Simond, era un clérigo Saboyardo y vicario general del obispado de Strasburgo, natural de Rumilly. Abrazó el partido revolucionario, y en setiembre de 92 le nombraron diputado á la convencion, por el departamento del Bajo Rhin. No votó la muerte del rey por hallarse de comisionado en Montblanc, pero escribió una carta á la convencion instándola á que *juzgase sin apelacion* aquel rey perjuro. Su excesivo celo le atrajo la confianza de los diputados Saboyardos Dopet y Villars, quienes obtuvieron que se le nombrara comisario en su pais, que tomó entonces el nombre de departamento de Montbanc. En mayo de 93 trató de contrarrevolucionario al presidente Isnard, amenazándole con la venganza del pueblo, y despues acusó é hizo arrestar al general Custine y á una multitud de gentes tenidas por sospechosas, mandando cerrar antes las barreras de Paris. Algunos dias despues propuso que se declarasen las ciudades Anseáticas enemigas de la república, y pronunció en la tribuna de los jacobinos muchos discursos sobre los crímenes del gobierno ingles y contra los federalistas. En medio de todo le disgustaba mucho la tirania de Robespierre y se alistó entre los descontentos, por lo cual le acusó St. Just el 17 de mayo 1794, juntamente con Herault-Secheles, como cómplices de las conspiraciones del momento. Pero Simon no se presentó en el tribunal, mas antes le pidió Herault por defensor suyo. Algun tiempo despues volvió á ser acusado por Vadier de que intentaba restituir el trono al *pequeño capeto*, bajo la regencia de Danton, Legendre y Bourdon del Oisa, con cuyo motivo Fouquier Tinville le envolvió en la misma condenacion que á Chaumette y Gobel, que fueron perseguidos como ateistas, y decapitados el dia 13 de abril 1794, teniendo Simon entonces 39 años de edad.

PAGINA 421.

16 A. J. Gorsas nació en Limoges en 1751, y en el de 1788 le encerraron en Bicetre por haber corrompido á varios jóvenes en una pension que dirigia en Versalles. Cuando salió de su prision abrazó el partido de las nuevas ideas, y desde 1789 redactó un diario con el título de *Correo de los departamentos*, en un sentido fuertemente revolucionario. Este fue uno de los que hicieron mas papel en las jornadas del 20 de junio y 10 de agosto, cuyos méritos le sirvieron para ser nombrado diputado á la convencion por el departamento del Sena y Oisa. En el proceso del rey votó por la prision y destierro cuando se hiciese la paz. Perteneció primero á la faccion de Orleans, y luego se relacionó con el ministro Roland y los girondinos, á quienes consagró su grosera pluma. En consecuencia, el dia 8 de marzo de 95 asaltó su casa un grupo de hombres armados para romperle las prensas, y aunque la convencion quiso con este motivo que sus diputados, que eran al mismo tiempo periodistas, optasen entre estas dos ocupaciones, abandonó esta idea y le mandó arrestar el dia 2 de junio de aquel mismo año. Huyó á Caen donde Buzot y Wimpfem habian reunido un ejército departamental. Entonces le declaró la convencion fuera de la ley, y aunque él estaba ausente, tuvo la imprudencia de venir á Paris y presentarse en el palacio real donde una querida suya llamada Brigida Mathei tenia un gabinete de lectura. Allí le arrestaron inmediatamente y el tribunal le condenó á muerte el dia 7 de octubre. Apenas oyó su sentencia empezó á arengar al pueblo, diciendo que era inocente y que le recomendaba á su muger y á sus hijos y marchó al cadalso. Posteriormente concedió la convencion algunos socorros á su viuda. Este Gorsas es autor de una obrita satírica bastante graciosa intitulada *el borrico de paseo ó Critere paseándose sobre su pollino.*

PAGINA 421.

17 Francisco José Westermann, natural de Malsheim en la Alsacia, era un antiguo oficial en tiempo de la monarquía y abrazó con ardor el partido de la revolucion, habiendo escitado varios alborotos en Hagnenau donde se habia hecho escribano antes de venir á Paris. Ya habrán visto los lectores en el texto la parte que tuvo en los preparativos y egecucion de la jornada de 10 de agosto. De resultas de ella le enviaron de comisario al ejército de las Ardenas, donde Dumouriez le elevó al grado de ayudante general, sirviéndose de él para sus conferencias con los Prusianos y le despachó á Paris en busca de varios documentos relativos á este objeto. El 23 de diciembre del mismo año de 92 le denunció á la convencion la seccion de los Lombardos, con pruebas en la mano de que en 1786 habia robado unos cubiertos de plata en una fonda, y que era un calumniador y un intrigante; pero le defendieron sus amigos Carrá y Chabot y salió absuelto al año siguiente por la comision de Versalles. No se le puede negar que era hombre de valor y por eso le enviaron al Vendée, donde mandaba entonces Biron, con el grado de general de brigada. Mas aunque obtuvo al principio algunas ventajas en Partenay y Chatillon, le derrotaron luego en este último punto, tan completamente que perdió casi toda su infantería, toda la artillería, y solo pudo escaparse él con algunos caballos. De resultas le quitó el mando la convencion y le citó á su barra para justificarse ante un tribunal militar que le declaró absuelto. Habiendo vuelto al Vendée, continuó con mas furor que nunca la persecucion contra sus habitantes á quienes desde entonces no quiso dar cuartel. Mas esta conducta no le preservó de ser destituido de nuevo, con cuyo motivo vino en los primeros dias de enero de 94 á la convencion y presentándose en la barra esclamó diciendo: « Todos los rebeldes del Vendée quedan destruidos, y la « Europa verá con admiracion una república, que como

« el padre eterno, dicta sus leyes desde lo alto de una « Santa Montaña etc. » Estas frases produgeron el efecto propio de las circunstancias, y se le dijo que habia cumplido perfectamente con sus deberes; pero dos meses despues salió la órden de arrestarle y el tribunal revolucionario le condenó á muerte el dia 5 de abril 1794, siendo de edad de 40 años. Se encontraron en su bolsillo tres cartas de Robespierre, pero esto no le impidió subir al cadalso.

PAGINA 421.

18 El baron de Klinglin, no Kienlin como dice el texto, era mariscal de campo al servicio de Francia, y se halló complicado en las medidas tomadas por el general Bouillé en junio de 1791 para la evasion de Luis XVI. En consecuencia decretó su acusacion la asamblea nacional el dia 13 del siguiente mes, y el tomó la fuga para pais estrangero. En 1792 mandó un cuerpo de emigrados, y al año siguiente entró al servicio del emperador con el grado de general mayor, y sirvió en el ejército del Rhin. Este fue quien dejó coger por negligencia cuando la retirada de Mr. Latour en 1796, la correspondencia de muchos oficiales del ejército frances, cuyas cartas sirvieron de texto á los enemigos de Pichegru para acusarle en setiembre de 1797 de haber tenido correspondencia con el príncipe de Condé: en términos que hasta el mismo Moreau fue tambien reconvenido mas tarde por no haberlas comunicado inmediatamente al directorio; y en una palabra estas cartas comprometieron en aquel tiempo á un gran número de individuos. En 1800 fue empleado Klinglin en el ejército de Brisgaw.

PAGINA 421.

19 Lazaowski era polaco de nacion, y vino á Francia á principios de la revolucion, y obtuvo una plaza de inspector de manufacturas. Tenia un carácter emprendedor y ambicioso, y asi se entregó inmediatamente al partido

revolucionario. En consecuencia se despojó de su elegante vestido y se vistió de *sans culotte*, por lo cual le nombraron capitan de cuartel de la guardia nacional, y el fue quien dirigió la artilleria contra palacio el dia 10 de agosto 1792. En setiembre de aquel mismo año fue uno de los principales actores de las matanzas que se hicieron en las cárceles y las de los prisioneros de Orleans en Versalles. En premio de estos servicios le nombraron miembro de la comision de insurrecciones situada en los jacobinos. Mas adelante le denunció Vergniaud y pidió su arresto, pero le defendieron vigorosamente los de la Montaña y estando en esto, le acometió una calentura inflamatoria que le llevó al sepulcro por resultas de sus desórdenes, y Robespierre en persona pronunció su oracion fúnebre. Le enterraron en la plaza de Carrousel, al pie del árbol de la libertad, con toda la pompa republicana, y el ayuntamiento adoptó por suya á una hija que dejaba.

PAGINA 432.

20 C. N. Osselin, abogado y domiciliado en Paris, fué miembro del ayuntamiento de 1789, y del que se renovó el 10 de agosto de 92, como uno de los directores de la insurreccion de aquel dia. Tambien fué uno de los miembros del tribunal criminal que se creó, para juzgar á las víctimas de aquel tumulto dándolas por autoras de su propia muerte. Electo diputado de la convencion votó la de Luis XVI y luego le nombraron individuo de la comision de seguridad general, donde denunció á la de los doce porque entorpecia los proyectos de los jacobinos. Mas él mismo fué tambien denunciado ante estos porque decian que favorecia demasiado á los acusados como á Bonne, Carrere y á otros. Entonces hizo decretar con el auxilio de Robespierre el dia 29 de mayo, que los jurados del tribunal revolucionario, *pudiesen acortar los debates con solo* declararse suficientemente instruidos del negocio. Con todo eso el año de 93 le condenó el tribunal revolucionario de Paris á la deportacion, y no ha-

biéndose podido realizar esta pena, le metieron en Bicetre mientras se disponia su partida; pero llegado el mes de julio le condenó el mismo tribunal á muerte como cómplice de la conspiracion de las cárceles. Cuando oyó su sentencia, arrancó un clavo que habia en una pared de su calabozo y se le metió por el costado, y como no quedó muerto de la herida, le volvieron á llevar al tribunal en unas parigüelas, y acercándosele el presidente mandó que inmediatamente le llevasen á la guillotina y alli pereció á la edad de 40 años.

PAGINA 455.

21 L. S. Freron, hijo del antiguo periodista Freron adversario de Voltaire y de la secta filosófica, á quien combatió el mismo despues de la muerte de su padre. Educado en el colegio de Luis el grande con Robespierre, vino á ser en tiempo de la revolucion su amigo, su émulo y últimamente su denunciador. Era ahijado del rey de Polonia Estanislao, y protegido de madama Adelaida, tia de Luis XVI. Despues de la muerte de su padre trabajó en el *año literario* con Geoffroy y en 1789 principió á redactar el *orador del pueblo* y llegó á ser camarada de Marat. Ya desde 1791 se atrevió Freron á pedir la muerte de Luis XVI, y fue uno de los miembros de la municipalidad de Paris que el 10 de agosto de 92 acabó de trastornar la monarquía. En setiembre de aquel año le nombraron diputado á la convencion donde votó la muerte del rey que ya habia propuesto dos años antes. Pero donde mostró su espíritu revolucionario y cruel fue en las comisiones departamentales que le dieron, particularmente en Marsella donde en union con Barras preparó todos los desastres de aquella ciudad, publicando una proclama en que decia que el *terror estaba á la órden del dia, y que el objeto de todos sus trabajos no era otro que el de salvar á Marsella y arrasar á Tolon*. En efecto esta última ciudad no tardó en ser teatro de nuevas atrocidades, reservándose Freron

el placer de las matanzas y demoliciones. « Esto va « muy bueno, escribia en enero de 1794 á Moises Bayle, « hemos reunido por fuerza doce mil albañiles para des« truir la ciudad, y desde que llegamos hacemos derri« bar cada dia doscientas cabezas, ya van 800 Tolone« ses fusilados. Todas estas grandes medidas se malogra« ron en Marsella, donde con solo que se hubiesen fu« silado 800 conspiradores y con que se hubiese creado « una comision para condenar á los restantes, no hubie« ran llegado las cosas al punto en que se hallan. » Desde el principio se formó el proyecto de acabar con todo el que hubiese aceptado cualquier empleo ó tomado las armas en la ciudad durante el sitio y en consecuencia mandó Freron que se presentasen todos bajo pena de muerte en el campo de Marte. Creyendo los Toloneses obtener perdon por medio de la obediencia, se reunieron en número de 8,000 personas en el lugar designado, de suerte que todos los representantes como Barras, Salicetti, Ricord, Robespierre el menor etc. se quedaron atónitos á vista de aquella multitud, y aun el mismo Freron, rodeado de una artilleria formidable miró con espanto aquel número de víctimas. Por tanto siguiendo el dictámen de Barras se determinó una especie de jurado, que escogiese alli inmediatamente los mas culpables y se les fusiló en el acto. Mas no bastando las fusilaciones, tomaron el recurso de cargar los cañones á metralla y echaron por tierra un sin fin de víctimas. Pero sospechando Freron que algunos no estarian del todo muertos empezó á gritar « que los que vivan todavia se levan« ten y la república les perdona. » Algunos infelices dando crédito á esta palabra se levantaron y mandó disparar sobre ellos. Cuando salió Freron de aquella desgraciada ciudad, fué con sus compañeros á acabar la despoblacion de Marsella, á quien declararon pueblo *sin nombre*, y donde hicieron condenar á mas de 400 individuos por el tribunal revolucionario y demoler los mas hermosos edificios de la ciudad. De vuelta de su proconsulado fué declarado Freron por los jacobinos el *salvador del mediodia.*

Biblioteca Universit.

Pero á pesar de tan eminentes servicios, llegó á ser sospechoso á Robespierre que le hizo espeler de la sociedad. Entonces dándose por víctima con otros varios terroristas, atacó á Robespierre y contribuyó mucho á su ruina, siendo uno de los seis adjuntos que se dieron á Barras el 28 de julio 1794 para ir á egecutar la muerte de los vencidos y contener á sus partidarios. Siempre poseido de la manía de derribar, propuso aquel dia echar por tierra las casas de ayuntamiento de Paris. Mas desde aquella época empezó á mostrarse enemigo irreconciliable de los terroristas y los persiguió con un furor digno de un antiguo cofrade suyo. El primero contra quien se declaró fué Fouquier Tinville, y despues pegó contra Moises Bayle y contra Granet como fautores de la contrarrevolucion del mediodia; pero ellos le acusaron de dilapidador, cuyo pleito dió tanto mas motivo á que se hablase de él, cuanto mayor razon tenian de una y otra parte. Terminados estos inmundos debates propuso en la convencion que se dejasen ya de la mania contra la aristocracia, por que no era mas que un fantasma, y que era necesario vivir en paz y que se revisasen las leyes revolucionarias y se pusiese en libertad á los sospechosos. Ultimamente llegó á proponer la abolicion de la pena de muerte por delitos revolucionarios, que no fuesen los de *emigracion*, *provocacion á volver á la monarquia ó traicion militar*. El año de 1795 le enviaron en comision á las Bocas del Ródano, donde desplegó un fausto escandaloso y andaba siempre rodeado de una fuerza armada imponente por temor de las venganzas privadas, y cuando volvió tuvo que traer de escolta doscientos hombres de á caballo. En 1799 fué nombrado comisario del directorio en Santo Domingo, á donde no fué por entonces por haberle nombrado casi al mismo tiempo director de hospitales; mas cuando se determinó la espedicion del general Leclerc á aquella isla en 1802, le nombraron prefecto del Sur y allí pereció de la peste despues de una enfermedad de seis dias.

PAGINA 437.

22 C. G. de Lamoignon Malesherbes, nació en Paris el dia 16 de diciembre 1721, de Guillermo Lamoignon, que era canciller de Francia. Al principio desempeñó la plaza de agente fiscal, despues de consegero en el parlamento, y últimamente presidente del tribunal de subsidios en 1750. Fué sumamente severo contra los proyectos frecuentes en la corte de querer aumentar las contribuciones, y sobre todo se opuso abiertamente al abuso y al uso de los mandamientos arbitrarios de prision que llamaban *lettres de cachet*. Pero su principal celebridad viene del tiempo en que la convencion puso en juicio á Luis XVI, en cuya circunstancia le presentó ella misma para defensor suyo y respondió: « he sido llamado dos « veces al consejo de aquel á quien vais á juzgar, en un « tiempo en que todo el mundo ambicionaba aquel honor; « y ahora que tantos otros piensan que esta funcion es pe- « ligrosa, le debo el mismo servicio. « En efecto le presentaron en el Temple el 14 de diciembre 1792 y Luis XVI le recibió estrechándole en sus brazos. Malesherbes hizo cuanto pudo por salvar aquel príncipe; pero cuando supo la sentencia de muerte que habia recaido, tuvo él mismo el dolor de anunciársela, y el rey la recibió con tranquilidad religiosa, diciéndole: « No lloreis amigo « porque no tardarémos en encontrarnos en otro mundo « mejor. » En efecto no tardó en verificarse porque habiéndo arrancado de sus brazos á su hija la esposa del presidente de Rosambó para llevarla á la prision, pidió su padre que le concediesen la gracia de participar de su suerte y se lo concedieron aquellos bárbaros. Conducido al tribunal revolucionario con su hija y su nieta, fueron condenados todos tres á muerte, que sufrió el anciano con admirable serenidad. Se halla su estatua de mármol en el salon llamado *des pas perdus* en el palacio de justicia de Paris. Escribió diferentes obras y puede decirse de él que su ilustracion fue por lo menos igual á su probidad.

PAGINA 439.

23 La baronesa de Staël Holstein, muger del gentil hombre de la corte de Suecia Erico-Magno baron de aquel título, era hija del ministro Necker; y por mas que parezca inútil hablar de una muger tan célebre entre todos cuantos tienen alguna idea de literatura en España, no podemos dispensarnos de dar una ligera noticia de su vida, aun cuando no sea mas que por cumplir la obligacion que nos hemos impuesto de anotar todos los personages célebres que se citan en esta obra.

Llamábase esta señora Ana Luisa Germana y nació el 22 de abril 1766 de Jacobo Necker y de Susana Curchod de Nasso, habiendo merecido por sus escritos y por el influjo que ejerció entre sus contemporaneos, una de aquellas reputaciones que parecen destinadas á la inmortalidad. Dotada de una imaginacion brillante, de un entendimiento de primer órden, y de un corazon accesible á todas las pasiones generosas, ha dejado marcado el tránsito de su vida con acciones virtuosas y producciones del ingenio. Tanto su padre como su madre presidieron á su educacion, siendo esta última una señora igualmente capaz que su marido para arreglar y contener los estravios de la imaginacion de su hija, que desde la mas tierna juventud anunciaba ya la muger de grande ingenio. Son tantos los detalles que refiere Mma. Necker del modo con que velaba sobre la educacion de su hija y sobre las pruebas de precocidad que daba su talento, que solo parecen creibles siendo referidas por una señora tan severa en sus costumbres como ilustre por sus conocimientos y bondad de alma. Desde la edad de once años llamaba ya la señorita Necker la atencion de los sábios que concurrian á su casa, como el abate Raynal, Mr. Thomas, Marmontel, el marques de Pesai, el baron de Grimm y otros muchos literatos de aquel tiempo con quienes sostenia las discusiones mas sérias, ya que no con discursos, á lo menos con signos y frases sueltas que

indicaban haber comprendido los intereses de la conversacion. La habia dotado la naturaleza, juntamente con una gran movilidad, de cierto aire sério y solemne, que se manifestaba ya en sus primeras composiciones y en sus gustos literarios. Habituada desde su mas tierna edad á las conversaciones de los hombres mas elocuentes de su época, contrajo la aficion al lenguaje correcto y á las ideas sérias. Su carácter era y se mostró siempre tan generoso é indulgente con la desgracia, que todas las víctimas de todas las opiniones encontraron en ella simpatias y socorros. Tuvo la desgracia de no ser comprendida del grande hombre del siglo, Napoleon, quien para vencer y destruir á la revolucion, tenia necesidad de que todo plegase en su presencia y que todos reconociera la autoridad de su génio. Pero Mma. Staël no comprendió tampoco las necesidades de aquella situacion y cometió la imprudencia de servir á la oposicion, dividiendo de este modo lo que tanto convenia reunir en presencia de la Europa armada. Asi fue que en su tertulia se reunian tribunos ambiciosos ó de buena fé, que querian sustituir la discusion á la obediencia. Era sin duda muy bella la causa que defendian: su principio era escelente, pero las consecuencias no podian menos de ser desastrosas cuando la tempestad amenazaba por todas partes. Querer en tales casos criticar las órdenes del piloto es esponerse á perecer. Pero no entremos por ahora en pormenores que pertenecerán mas bien á la historia del consulado y del imperio y limitémonos á la época de la historia que estamos traduciendo. Mma. Necker que era una celosa protestante, queria que su hija se casase con un hombre de su religion, y aunque por su propio mérito y por la importancia del papel que representaba su padre, pudiese aquella señorita aspirar á los mejores partidos, se fijó su eleccion en Mr. de Staël, embajador que era entonces de Suecia cerca de la corte de Francia, teniendo entonces la novia la edad de 20 años. La primera obra que publicó inmediatamente despues de su matrimonio fueron unas *Cartas sobre J. J. Rousseau*, que tu-

vieron una escelente acogida del público. Pero inmediatamente principiaron las convulsiones revolucionarias, que obligaron á su padre á tomar y dejar dos veces el ministerio como puede verse en el texto, retirándose la última á su quinta de Coppet á donde fue á reunírsele su hija. No volvió esta á Paris hasta el mes de setiembre de 92, ocupándose solo en arrancar algunas víctimas á los furores populares, de los que estuvo para serlo ella misma y gracias al procurador síndico del ayuntamiento Manuel, si pudo escapar sana y salva á Suiza. Hallábase en Inglaterra cuando ocurrió la muerte de Luis XVI y publicó una memoria llena de elocuencia y sensibilidad en favor de la reina de Francia. Despues que pasó el régimen del terror, publicó un folleto *sobre la paz interior* que dedicó á los Franceses. Creia ella entonces de buena fé que era posible una república en Francia, pero no tardó en desengañarse, sobre todo al ver la que presentaban por modelo la convencion y el directorio. Esta conviccion y la franqueza con que se esplicaba la valieron el destierro; y este la dió ocasion de publicar su libro *del influjo de las pasiones*, en el cual se echa de ver su inmenso talento. Ablandado en fin el directorio, pudo volver Mma. Staël á Paris donde encontró á su íntimo amigo Talleyrand, y empleó todo su crédito con el director Barras para hacerle nombrar ministro de negocios estrangeros. Hasta el diciembre de 1797 no vió por primera vez al general en gefe Bonaparte, que estaba entonces ocupado en su espedicion de Egipto, y fue estraordinario el efecto que produjo en ella la presencia de aquel gran capitan. Pero bien pronto sucedió á este entusiasmo una especie de aversion recíproca, nacida probablemente de los celos que inspiraba á cada uno de estos dos célebres personages el influjo del otro. Es bien sabida la respuesta de Bonaparte cuando Mma. Staël le preguntó cual era la muger á quien él tenia en mas estima, á lo que replicó el general que la que pariese mas hijos. Un rasgo semejante no podia menos de destruir toda simpatia entre aquellas dos potencias. Sin embargo

obtuvo ella en 1798 que se borrase á su padre de la lista de los emigrados, pero nada le pudo decidir á volver á Paris, siguiendo el prudente consejo del filósofo en tiempo de revoluciones, que *es adorar el eco*. En consecuencia se volvió Mma. Staël á Suiza y durante aquel viage sucedió el gran acontecimiento del 18 brumario, que acabó por romper las últimas relaciones que existian entre ella y Mr. de Talleyrand. A poco tiempo murió su marido y ella permaneció un año entero cerca de su padre y compuso la novela de la *Delfina*, que colocó á su autor en el primer rango de los escritores de la época. Pero al lado de este triunfo se echaron de ver las malas impresiones que aquella obrita y otra que habia publicado sn padre el año anterior con el título de *Ultimas miradas de política y hacienda* habian hecho en el nuevo gobierno francés. Asi recibió una órden de destierro al fin del año 1803.

Partió para Alemania, donde á pesar de los homenages con que la acogieron estuvo siempre inconsolable. Pero creció su dolor estraordinariamente cuando supo la muerte de su padre sin que jamas pudiera consolarse de esta pérdida. Al cabo de algun tiempo pasó á Italia, donde compuso la novela *La Corina* en que hace una deliciosa descripcion de aquel pais con los colores mas bellos y variados. En los ratos ociosos que habia tenido durante un destierro de 10 años compuso su magnífica obra *Sobre la Alemania*, que se imprimió en 1810, y fue inmediatamente recogida por la policía francesa. No se sabe que pudiera haber dado motivo á tanta severidad, pero lo cierto es que no solo se recogió la obra sino que se prohibió á Mma. Staël volver á Francia ni salir de su palacio de Coppet. Alli fue donde recibió la visita de un oficial jóven peligrosamente herido llamado Mr. de Rocca, y como se hallaba en aquella soledad, no pudo ser insensible á las pruebas de ternura que la manifestaba y se determinó á casarse con él. Este fue un matrimonio de inclinacion, del que nació un hijo que no se declaró hasta la muerte de Mma. Staël, por no perder

un nombre que ella estimaba en mucho. A principios de 1812 salió Mma. Staël para el Austria, y no encontrando allí el reposo que buscaba penetró hasta Rusia. Mas no pudiendo tolerar que el ódio que allí se tenia al gefe de la Francia, pasase hasta los Franceses, se apresuró á marchar á Suecia, donde la recibió perfectamente el príncipe real, y colocó á su hijo en el ejército. Esta circunstancia la proporcionó otro gravisimo motivo de pena, cual fue la muerte de aquel hijo en un desafio. Inmediatamente marchó á Inglaterra, donde se encontraba en la época de la ocupacion de Paris por los ejércitos de la coalicion. Volvió á Francia en 1815, despues de la batalla de Waterlóo; pero no hizo una larga permanencia, sino que pasó á Italia á cuidar de la salud de Mr. de Rocca á quien tuvo la felicidad de prolongar la vida á fuerza de ternura. Pero su propia salud se alteraba sensiblemente, y algunos intereses de familia la hicieron volver á Francia donde se hallaba su hija Albertina, casada con el Sr. duque de Broglie, muger de gran talento y de bello carácter que ha muerto prematuramente con sentimiento de cuantos la han conocido. Allí se desenvolvió con rapidez una enfermedad de que Mma. de Staël tenia síntomas hacia mucho tiempo y que la arrebató el dia 14 de julio 1817. La mejor de sus obras políticas es la que tiene por título *Consideraciones sobre la revolucion francesa;* pero son tambien suyas y tienen mucho mérito *Las reflexiones sobre la paz, dirigidas á Mr. Pitt y á los franceses; De la literatura considerada en sus relaciones con las instituciones sociales; Del carácter de Mr. Necker y de su vida privada; Mis diez años de destierro.*

PAGINA 440.

24 Boze era pintor en Paris y solo es conocido en la revolucion por habérsele citado á la barra de la convencion el 5 de junio de 1795, por el diputado Gasparin, para que declarase lo que habia de cierto relativamente á una negociacion entablada por el ayuda de cá-

mara de Luis XVI Mr. Thierry con varios diputados de la asamblea legislativa. Dió sus esplicaciones que fueron apoyadas por muchos diputados y se le concedieron los honores de la sesion. En 1798 presentó al cuerpo legislativo un magnífico retrato de Mirabeau, asi como se dice que él es el que mejor ha retratado á Luis XVI y al emperador Napoleon.

PAGINA 440.

25 Thierry de Ville-d'Avray primer ayuda de cámara de Luis XVI é intendente de su casa en el departamento de los muebles de la corona, escribió varios estados de los fondos y gastos del guarda muebles, desde los años 1774, hasta 1790, y permaneció tan fiel á su amo, que S. M. hizo mencion honorífica de él en su testamento.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

TABLA

DE LOS

CAPITULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

CAPITULO PRIMERO.

Estado politico y disposiciones de las potencias estrangeras durante el año 1790. — Discusiones sobre el derecho de paz y guerra. — Primera creacion del papel moneda ó sean los asignados. — Organizacion judicial. — Constitucion civil del clero.—Abolicion de los títulos de nobleza.—Aniversario de 14 de Julio.—Fiestas de la primera confederacion. —Alzamiento de las tropas en Nancy.—Dimision de Necker.— Proyectos de la corte y de Mirabeau.—Formacion del campamento de Jalés. — Juramento cívico mandado prestar á los eclesiásticos. . . . . pag. 1.

CAPITULO II.

Progresos de la emigracion. — Ataque del castillo de Vincennes por el pueblo amotinado. — Conspiracion de los caballeros del puñal.—Discusion de la ley sobre emigrados.— Muerte de Mirabeau. — Intrigas contrarrevolucionarias.— Fuga del rey y de su familia, su detencion en Varennes y su vuelta á Paris. —Disposiciones de las potencias estrangeras; preparativos de los emigrados. — Declaracion de Pilnitz. —Ley marcial proclamada en el campo de Marte. — El rey acepta la constitucion. — La asamblea nacional cierra sus sesionas . . . . . 61.

CAPITULO III.

Juicio acerca de la asamblea constituyente. — Apertura de la segunda asamblea nacional, llamada *legislativa*; su composicion. — Estado de los clubs.—Miembros que influian en ellos.—Petion, corregidor de Paris. — Politica de las potencias. — Emigracion; decretos contra los emigrados y contra los clérigos que reusaron prestar el juramento. — Modificaciones en el ministerio. — Preparativos de guerra; estado de los ejércitos . . . . . 129.

CAPITULO IV.

Division de los partidos acerca de la cuestion de guerra.— Papel del duque de Orleans y de su partido.—Decreto de acusacion contra los principes emigrados. — Formacion de un ministerio Girondino. — Dumouriez, su carácter, su genio y sus proyectos; pormenores acerca de los nuevos ministros. — Conversacion de Dumouriez con la reina. — Declaracion de guerra al rey de Uungría y Bohemia. — Primeras operaciones militares. — Derrotas de Quievrain y de Tournay. — Muerte del general Dillon. . 219.

CAPITULO V.

Divisiones en el ministerio girondino. —La soñada camarilla Austriaca. — Decreto para la formacion de un campamento de 20.hombres cerca de Paris. — Carta de Roland al rey. — Exoneracion de los ministros girondinos y dimision de Dumouriez. — Formacion de un ministerio fuldense. — Proyectos del partido constitucional y carta de Lafayette á la asamblea.—Situacion del partido popular y de sus gefes; planes de los diputados meridionales, conducta de Petion en los sucesos de junio. — Jornada del 20 de junio 1792; insurreccion de los arrabales; escenas en las habitaciones de Tullerías. . . . . 273.

CAPITULO VI.

Consecuencias de la jornada del 20 de junio.— Llegada de Lafayette á Paris; sus quejas á la asamblea.— Rumores de guerra; invasion inmediata de los Prusianos; discurso de Vergniaud.— Reconciliacion de todos los partidos en el seno de la asamblea el 7 de julio.— Declárase la patria en peligro. — Suspende el departamento de sus funciones al corregidor Petion. — Representaciones conminatorias contra la corona. — Propone Lafayette al rey un proyecto de fuga.— Tercer aniversario del 14 de julio; descripcion de la fiesta.— Preludio de una nueva revolucion.— Comision insurreccional.— Pormenores acerca de los mas célebres revolucionarios de aquella época; Camilo Desmoulins, Marat, Robespierre, Danton. — Proyectos de los amigos del rey para salvarle.— Diligencias de los diputados girondinos para evitar una revolucion. 367.

INDICE DE LAS NOTAS BIOGRAFICAS

CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

Aclocque . . . pag. 366.
Alexandre . . . . . 355.
André . . . . . 122.
Barbaroux . . . . . 359.
Bazire 345
Beaulieu . . . . . 347.
Beaumetz . . . . . 208.
Bender . . . . . 218.
Berthois . . . . . 272.
Bigot-de-Preameneu . 447.
Biron . . . . . 271.
Boze . . . . . 472.
Brissac . . . . . 346.
Brissot . . . . . 202.
Brunswick . . . . . 449.
Bry . . . . . 451.
Buzot . . . . . 122.
Cabanis . . . . . 116.
Calvet . . . . . 365.
Carra . . . . . 341.
Chavot . . . . . 342.
Chabroud . . . . . 55.
Chambons . . . . . 348.
Claviere . . . . . 262.
Clootz, ... 53.
Cobentzel . . . . . 270.
Condé . . . . . 255.
Condorcet . . . . . 187.
Couppe . . . . . 352.
Damas . . . . . 120.
Danton . . . . . 193.
Daverhoult . . . . . 447.
Degraves . . . . . 261.
Delaunay . . . . . 453.
Demeunier . . . . . 209.
Latour-du-Pin 56,
Desilles . . . . . 350.
Dillon . . . . . 272.
Drouet 118
Duchatelet . . . . . 124.
Dufort-de-Lajard . . 348.
Dumas . . . . . 185.
Dumolard . . . . . 364.
Dumouriez . . . . . 259.
Duportail . . . . . 57.
Duranthon . . . . . 262.
Dutertre . . . . . 57.
Esterhazy . . . . . 457.
Fersen . . . . . 117.
Fournier . . . . . 355.
Freron . . . . . 464.
Genlis . . . . . 362.
Gensonne . . . . . 207.
Gerville . . . . . 212.
Girardin . . . . . 182.
Goguelas . . . . . 121.
Gorsas . . . . . 460.
Gouvion . . . . . 347.
Grangeneuve . . . . 455.
Guadet . . . . . 257.
Guillaume . . . . . 458.
Hertzberg . . . . . 53.
Hubert . . . . . 211.
Isnard . . . . . 214.
Jaucourt . . . . . 453.
Jourdan . . . . . 351.
Kersaint . . . . . 448.
Klinglin . . . . . 462.
Lacoste . . . . . 261.
Lamourette . . . . . 454.
Laporte . . . . . 59.
Laqueuille . . . . . 257.

Latour Maubourg . . 121.
Lazaowski . . . . 462.
Legendre . . . . . 356.
Louvet . . . . . 204.
Luckner . . . . . 215.
Malesherbes. . . . 467.
Mallet . . . . . 349.
Manuel . . . . . 360.
Marat . . . . . 268.
Mirabeau . . . . 256.
Moleville . . . . 179.
Monciel . . . . . 349.
Montmorency . . . 55.
Mourgues . . . . 346.
Narbonne . . . . 212.
Osselin . . . . . 463.
Panis . . . . . 354.
Pastoret . . . . . 450.
Payne . . . . . 124.
Philipon . . . . 265.
Prefeln . . . . . 115.
Ræderer . . . . . 363.
Ramond 181
Roland . . . . . 263.
Romæufs . . . . . 118.
Rosignol . . . . . 357.
Royou . . . . . 340.
Saillant . . . . . 456.
Salles . . . . . 127.
Santerre . . . . . 113.
Sausse. . . . . 120.
Sergent . . . . . 353.
Servan . . . . . 339.
Simon . . . . . 459.
Staël . . . . . 468.
Talon . . . . . 58.
Theveno. . . . . 352.
Thiery . . . . . 473.
Thionville . . . . 343.
Torné . . . . . 457.
Tourzel . . . . . 117.
Tronchet . . . . . 122.
Vaublan-Viennot . . 183.
Vergniaud . . . . 190.
Westermann. . . . 461.